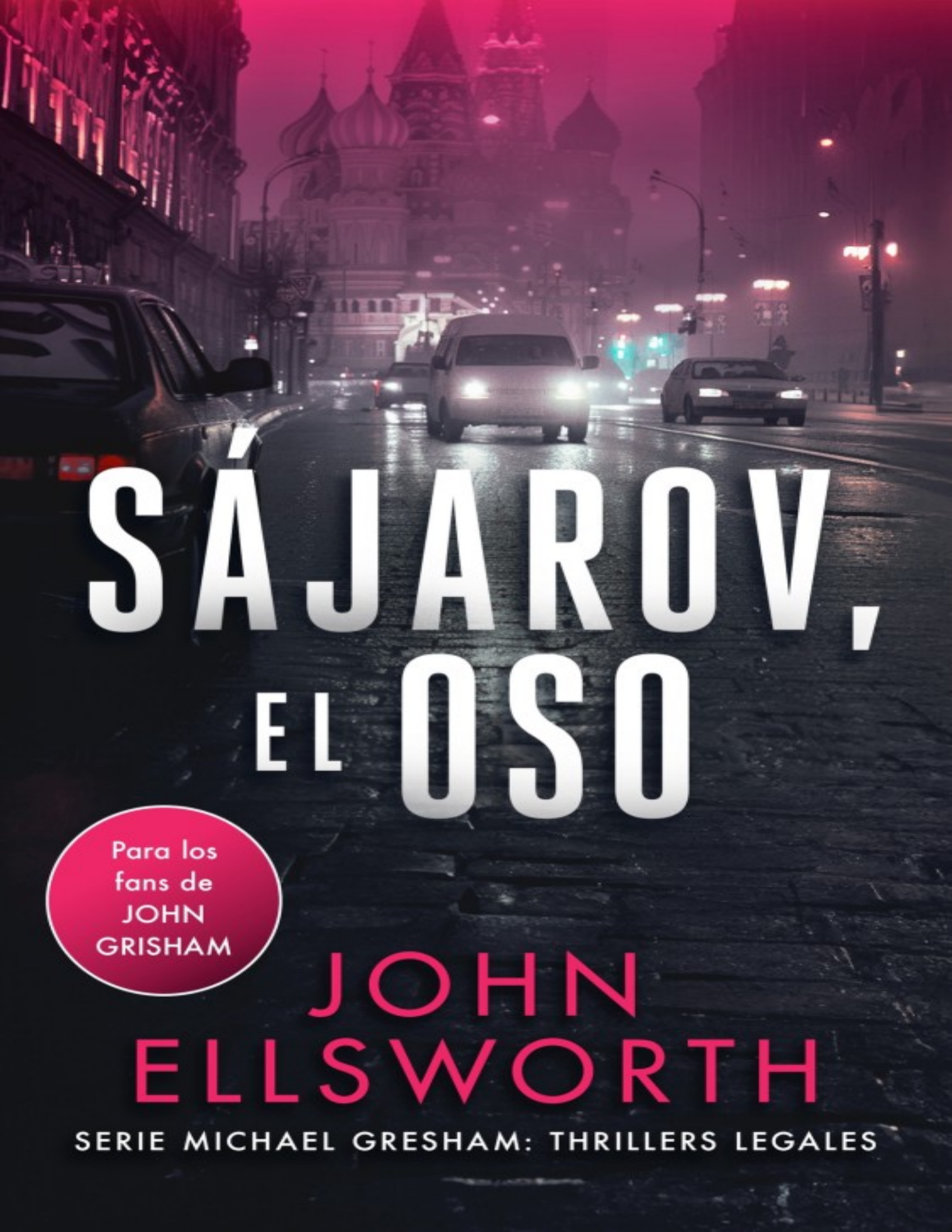




SÁJAROV, EL OSO

Para los
fans de
JOHN
GRISHAM

JOHN
ELLSWORTH

SERIE MICHAEL GRESHAM: THRILLERS LEGALES

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Siguiente en la serie Michael Gresham](#)

[El Veredicto de Annie: Capítulo Uno](#)

[El Veredicto de Annie: Capítulo Dos](#)

[Acerca del Autor](#)

SÁJAROV, EL OSO

Serie Michael Gresham: Thrillers Legales

Libro 5

JOHN ELLSWORTH

vinci
BOOKS

Copyright © 2017 - 2026 John Ellsworth

Esta edición de 2026 es publicada por Vinci Books.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización previa por escrito de la autora, salvo breves citas utilizadas en crítica literaria.

Esta es una obra de ficción. Salvo que se indique lo contrario, todos los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes que aparecen en este libro son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Capítulo Uno

RUSSELL XIANG

Estamos dando tumbos por la Plaza Roja en Nochebuena. El Kremlin queda a nuestra derecha, extendido bajo estrellas que han estallado en el cielo nocturno sin nubes. Bajo las ruedas de nuestro Lada, la nieve congelada está surcada por los canales que dejaron los camiones. Las interminables luces del tráfico barren el cielo, los edificios y los muros, y ciegan a los que vienen de frente. Los conductores confunden los faros con efectos ópticos y entonces giran de más, deslizándose de lado por la calzada. Putin podría cobrar entrada.

Fuera de las ventanas de nuestro pequeño coche, el aire está helado, mientras que más adelante las luces traseras rojas del Volvo de nuestra presa envían señales en código Morse a través de su cableado oxidado. Podemos ver al único ocupante limpiando frenéticamente el parabrisas con un trapo blanco. Se llama Henrik Nurayov, y supongo que su aliento ha empañado el parabrisas porque el desempañador de su coche está fallando, igual que sus luces traseras. Son víctimas del óxido ruso que con el tiempo hace que todo deje de funcionar, incluidas las personas. Nos disgustaría perder al pobre Henrik en un accidente automovilístico violento,

cegado como parece estar. Si alguien va a matarlo esta noche, deberíamos ser nosotros. Aunque, por otro lado, si se estrella, llegaríamos a casa a tiempo para una copa nocturna. Por fin, Henrik logra despejar lo suficiente el parabrisas como para continuar su viaje sin desviarse hacia un coche lleno de ángeles.

Henrik es súbdito británico al servicio del MI6. Dice que no le importan los juramentos de lealtad del MI6 ni todo eso. En su lugar, cobra rublos rusos a cambio de los esquemas de cableado de los portaaviones de Su Majestad, el *Queen Elizabeth* y el *Prince of Wales*, actualmente en construcción. O tal vez reciba el pago por una memoria USB cargada con los códigos nucleares del primer ministro para lanzar un ataque preventivo sobre Moscú. Si se puede descargar, Henrik lo tiene a la venta.

Esta noche, Henrik se desvía un poco de su ruta habitual a casa. Lo sabemos porque lo hemos estado siguiendo durante una semana, esperando que hiciera un movimiento. Se dirige a los estacionamientos que sirven a la Catedral de San Basilio, donde recogerá un manjar succulento: un niño refugiado sirio de diez años.

Nuestro trabajo esta noche —el de mi conductora y el mío— es infiltrarnos en la casa de Henrik y robar todo tipo de computadoras, portátiles, discos duros, dispositivos y papeles que puedan tener algún valor para los enemigos de Su Majestad. Henrik cree en la libre empresa, excepto cuando no debería ser libre, es decir, cuando debe pagarse, lo cual es siempre. En torno a ese silogismo ha amasado una fortuna, dinero que guarda en bancos ubicados en países del Tercer Mundo como las Caimán. Henrik nunca vio un banco rodeado de árboles de plátano que no quisiera llenar con dinero proveniente de sus actos traicioneros. Era muy democrático en ese sentido, dando a todas las naciones la oportunidad de pujar por los secretos de Su Majestad.

¿Y por qué estamos nosotros, de la Estación de Moscú, ayudando a nuestros amigos del Reino Unido? Porque hemos recibido la orden de hacerlo. Las órdenes de la CIA nunca se cuestionan. Somos más parecidos al ejército que el propio ejército.

El Volvo de Henrik avanza a trompicones sobre el suelo irregular hacia el estacionamiento junto a San Basilio. Las luces de freno se

encienden y las intermitentes toman el relevo. Hay niños por todas partes junto al muro: de uno en uno, en parejas o tríos, algunos ríen y juegan alegremente, otros tienen la mirada vacía y desanimada; otros más tiritan, sin abrigo, ante el frío que esta noche podría convertirnos a todos en estatuas. Es a uno de estos —uno sin abrigo— a quien Henrik hace una seña, indicando que debe acercarse y hablar por la ventanilla bajada. El elegido se señala a sí mismo, Henrik asiente con fuerza, y el niño corre hacia su lado. Podemos ver al niño limpiarse un largo hilo de mocos del labio superior con la manga de su camisa de algodón. Henrik ignora esto, extendiendo la mano fuera de la ventanilla sin dudar para inspeccionar los testículos del niño. Con suavidad pesa el saco en su palma, decide que el niño es adecuadamente prepubescente, tras lo cual Henrik, siempre el consumidor, sonríe como si un camarero le ofreciera el cordero más tierno de toda Atenas. El niño, al que acaban de manosearle los testículos, se acerca un paso más al coche. De repente se inclina y besa a Henrik directamente en la boca. Mientras hace esto, dos niños golpean la ventanilla de mi conductora —nos hemos detenido detrás de Henrik como si también estuviéramos de compras navideñas— y Petrov, mi conductora, los espanta. Ellos patean el maletero de nuestro Lada Vesta mientras pasan por detrás hacia la acera. No le damos importancia.

El elegido sin abrigo rodea orgullosamente el coche hasta la puerta del pasajero del Volvo de Henrik y se desliza dentro. Su cabeza desaparece de inmediato de la vista mientras las luces intermitentes del Volvo se apagan y el coche se aleja del bordillo, aburrido del festín peatonal. Lo seguimos, pero entonces, justo cuando Petrov cree que Henrik nos ha descubierto, ella lo rodea y se adelanta, integrándonos al tráfico del carril rápido. Ya no es necesario seguir a nuestro hombre: sabemos que se dirige a casa porque no tiene otro lugar donde saciar su hambre sexual con el elegido más que en su hogar.

Nos desviamos entre el tráfico durante unos buenos veinte minutos. Finalmente, dejamos atrás los límites de la ciudad y una mayor porción del cielo se hace visible.

La casa es una vivienda unifamiliar agazapada junto a una carretera oscura y con una pronunciada curvatura al norte de Moscú. A sus bordes hay zanjas de riego, y la expresión en el rostro de Petrov me dice que, si nos saliéramos del camino y cayéramos en una de ellas, probablemente moriríamos congelados tras quedarnos sin gasolina, aún sin ser descubiertos en este lugar solitario. Así que mientras Petrov conduce con cuidado, los ojos fijos en la carretera, mis propios ojos examinan las tierras que rodean la propiedad de Henrik. Busco cualquier vehículo o forma que represente una adición reciente al terreno desde que nuestro satélite espía envió sus imágenes esta tarde. Es una tarea difícil, la mía, porque las imágenes eran vistas aéreas, mientras que la mía es una vista frontal. Aun así, de algún modo la mente traduce una imagen en la otra, y estoy felizmente satisfecho al ver que no hay nada nuevo bajo el cielo. Al menos nada en el exterior; lo que pueda estar al acecho dentro, eso es un misterio. Por eso Petrov y yo llevamos pistolas silenciosas PSS, el orgulloso arma corta de los Spetsnaz. Con nuestro poder de fuego abrumaremos a cualquiera que intente impedirnos llegar hasta Henrik. Esta noche lo atraparemos y acabaremos con esto. No hay duda de eso, pienso, y la frase se convierte en un estribillo en mi mente. En mi estado de agotamiento —llevamos tres días sin dormir— mi mente produce imágenes de bailarines rusos en fila, deslizándose con gracia al ritmo de la letra *Make no mistake*. Imagino que la melodía es rusa, y de repente soy consciente de que podría estar imaginándome todo este momento. Inhalo profundamente y trago con fuerza el aire hasta el pecho, donde forma una burbuja que presiona contra mi diafragma. Sí, he tenido alucinaciones muchas veces esta noche; todo debe detenerse ahora antes de que dispare a alguien que no está allí y hiera a alguien que sí lo está. Ese es mi mayor temor.

Eructo y mi pulso vuelve a la normalidad. El momento de locura ha pasado.

Me llamo Russell Xiang. Petrov y los demás en la Estación de Moscú me llaman Rusty. No me molesta; la Estación es mitad estadounidense. Pero algunos de los nuestros fueron reclutados del montón de desechos del KGB. Lo que para los rusos era escoria,

para los estadounidenses es oro. Los que vinimos desde América fuimos bien recibidos en Moscú, bien pagados, nos dieron nuevas identidades y nos enviaron a recolectar información de la forma más tradicional del espionaje: peinar bares y clubes nocturnos en busca de burócratas lesbianas y gais. Estos son los desesperados, los ángeles que venderán los secretos de Putin por unos brazos cálidos y caricias. He sostenido a estos desesperados en mis brazos y les he susurrado dulzuras mientras mi cámara en el dormitorio grababa todo. Nunca arruinamos a nadie, tampoco expusimos a nadie. Pero ciertamente los explotamos por su oro mientras ignorábamos su escoria.

Nos detenemos junto a la casa y retrocedemos por un camino cubierto por los restos de unos nogales. Sus ramas entrelazadas forman una especie de canasta sobre nuestras cabezas, bloqueando parcialmente la luz de las estrellas, y es desde este refugio que observaremos la llegada del Volvo de Henrik. No han pasado ni cinco minutos cuando vemos acercarse unos faros y, muy lentamente, la luz del tablero del vehículo se convierte en la silueta de dos cabezas humanas lado a lado, como si estuvieran sentadas rodilla con rodilla en el asiento delantero.

—Dos cabezas ahora —dice Anna Petrov—. Se han ganado rublos.

Sin señalizar, Henrik maniobra hacia una curva amplia a la derecha y acelera por su entrada hasta la rotonda frente a la casa.

—¿Cuál es la prisa? —pregunta Petrov; ambos reímos. Todo nuestro trabajo debería ser así de fácil. El deseo de Henrik está conduciendo el auto y pisando el acelerador. Estaciona y la luz interior se enciende con fuerza y sabemos, Petrov y yo, que Henrik no puede esperar a entrar a la casa y al jacuzzi con su adolescente. Toda la escena me llena de náuseas y de un profundo asco hacia ese hombre, lo cual viola mi regla cardinal de no albergar sentimientos hacia mi objetivo, ni buenos ni malos. Mantengo ese equilibrio para no cometer errores en mi trabajo que puedan nacer de una emoción. Las emociones matan. Esa debería ser la primera línea en el manual de todo recluta espía.

Decidimos esperar diez minutos. Para ese momento, Henrik y el elegido estarán en el punto máximo de su transacción, con la atención distraída; entonces Petrov y yo entraremos en acción. Ahora esperamos, sin hablar, observando cómo comienza a nevar mientras el cielo se cubre de nubes y los copos se deslizan de lado alrededor de nuestro pequeño auto. Aquí hay una calma, casi, y me descubro deseando poder estar así con Petrov toda la noche, aunque quizá incluso más cerca dentro del auto. Ella no sabe nada de mis sentimientos hacia ella y jamás lo imaginaría: de vuelta en Estados Unidos soy ahora un hombre casado. Petrov nunca sospecharía que un hombre como yo se permitiría sentir algo por una compañera de trabajo. Me conocen como frío y metódico, capaz de matar sin siquiera pestañear en el instante en que doy el golpe mortal. Además, soy conocido como el mejor agente de campo que tiene la Estación en Rusia —particularmente en Moscú—, lo que exige el más alto grado de autocontrol y la menor dosis posible de frivolidad en la vida personal. Hay otras partes de mí que mis camaradas no conocen, partes que podrían llevarme a una aguja en el brazo con un agente paralizante fluyendo hacia mi corazón. Pero esas partes jamás se muestran. Nunca. Esos secretos morirán conmigo. Esos mismos secretos, irónicamente, también podrían ser mi muerte.

Ella me da un codazo.

—Diez minutos —susurra a través del aire helado.

Sin decir palabra, abro la puerta del pasajero y me pongo de pie. Ella me sigue. No hay luz, somos demasiado experimentados para eso. Con nuestros abrigos de plumón y capuchas, avanzamos por el centro de la carretera congelada. Luego giramos hacia la entrada de Henrik y nos movemos de sombra en sombra mientras nos acercamos a nuestro objetivo. El arma pesada, dentro de su funda, está bien ajustada bajo mi brazo; Petrov lleva la suya del mismo modo. Juntos, mi compañera y yo hemos disparado decenas de miles de rondas con nuestras armas de servicio en el campo de tiro de Zarkovnia. Somos tiradores expertos, ambos, capaces de desarmar nuestras armas y volver a armarlas en cuarenta segundos, con los ojos vendados. Estamos, en una palabra, listos para la

guerra mientras bordeamos la parte trasera de la casa. Solo hay una luz encendida adentro, y estoy bastante seguro de que es una luz de noche en el dormitorio principal. Así es, he estado aquí antes, como invitado de Henrik, cuando la Estación y el MI6 aún conversaban. Ahora, ya no tanto, pues las relaciones se han deteriorado. Culpen a Henrik.

Nos deslizamos por la parte trasera de la casa, deteniéndonos en la puerta corrediza. La pruebo primero. Está cerrada. Petrov saca dos ventosas con manijas y las ajusta firmemente contra el vidrio, presionando una pieza que sella el vacío contra el cristal. Con un cortavidrios, giro y trazo un agujero del tamaño de una persona en el vidrio, lo bastante grande para que ambos podamos pasar juntos. Petrov manipula una manija de succión y yo la otra mientras levantamos el vidrio extraído y lo colocamos bruscamente sobre la nieve. Una ráfaga de aire cálido que viene del interior hace que las cortinas se agiten, brindándonos por un instante una rápida mirada al interior. No hay nadie en la habitación, aunque mi campo de visión es limitado. Toco a Petrov en el hombro y entramos en la zona de muerte de Henrik. En breve será nuestra zona de muerte, si tenemos suerte, si somos rápidos, si Henrik no es más afortunado y rápido que nosotros.

Justo cuando entramos y nos detenemos para orientarnos, una voz calmada y autoritaria resuena con fuerza.

—No den un paso más. Hay todo tipo de armas apuntándoles en este momento.

La luz que estaba encendida antes se apaga. Estamos completamente a oscuras e indefensos, con las armas aún enfundadas —lo que da igual: no hay blancos visibles.

—Retiren sus armas y sujéténlas por el cañón como si las estuvieran entregando. Porque eso es lo que están haciendo.

Seguimos la instrucción. Apenas he extendido mi arma cuando alguien la arranca de mi mano.

Entonces se encienden las luces y quedamos cegados por focos intensos dirigidos directamente a nuestros ojos. Ahora sí estamos realmente ciegos.

—Rusty, viejo amigo, ¿de verdad pensaste que no te vimos detrás de nosotros?

Es Henrik. Levanto la mano para protegerme los ojos y apenas logro distinguirlo frente a mí. Sostiene una pistola pesada, con el cañón apuntando a mi cabeza. A mi lado, siento que Petrov hace lo mismo, buscando entre la luz cualquier tipo de abertura, cualquier tipo de ventaja. Estoy seguro de que ve lo mismo que yo: estamos en compañía de cinco hombres más Henrik, todos fuertemente armados, todos dispuestos a dispararnos, no tengo duda. Son rusos, lo sé por sus trajes mal ajustados y cortes de cabello apagados. Una cosa es segura: no son agentes del MI6 como Henrik. No, este pequeño asunto de esta noche no está bajo el auspicio de la inteligencia británica. Hemos entrado al escenario de la Rusia detrás del telón. Lo cual significa que moriremos aquí esta noche antes de que esto termine.

Henrik va directo al grano.

—¿Cuánto saben sobre Ehrlyich IT? —nos pregunta a los dos.

Con toda honestidad, no tengo idea de qué está hablando. Y así se lo digo.

—No sabemos nada sobre Ehrlyich. No sabemos quién es, y no es por eso que estamos aquí.

Puedo oír el sarcasmo incluso antes de que Henrik hable:

—¿Vinieron a ver a mi visitante juvenil? ¿Eso es lo que van a usar para intentar zafarse de esto? Qué lástima, los dos. ¡Maldita sea, cómo se atreven a insultarme!

—Eso no iba a decirlo en absoluto —respondo—. Vinimos aquí a robarte. No teníamos idea de que estuvieras cerca.

Henrik se ríe largo y ruidosamente.

—Por favor, ahórratelo. Me seguiste hasta aquí, imbécil. Sabías perfectamente que yo estaba aquí.

—Por mi honor, de un espía estadounidense a un agente británico, no estábamos siguiéndote esta noche, Henrik. Quienquiera que hayas visto allá atrás no éramos nosotros.

Todavía no puedo ver con claridad porque los focos nos ciegan, pero oigo una garganta aclararse, una tos leve, una inhalación de

aire enfisematosa. Me permiten imaginar, en mi mente, la ubicación de quienes nos rodean esperando para dispararnos.

—Tu honor. Ya veo —dice Henrik. Luego su voz se vuelve firme—. Ustedes dos, lleven a estos intrusos al chiquero y dispárenles. Déjenlos para que los cerdos se los devoren. Para la mañana no quedará ni un hueso que limpiar.

—Darán la vuelta y caminarán delante de nosotros —ordena una voz nueva—. No se darán la vuelta. Si lo hacen, les dispararemos en el acto. Vamos a caminar cuarenta metros en línea recta hasta llegar a un corral de engorde. Ustedes abrirán la verja, entrarán y esperarán.

—¿Y entonces nos dispararán? —pregunto.

—Entonces les dispararemos —dice una segunda voz, femenina—. Y los dejaremos a los cerdos.

Ya sé que hay un acuerdo tácito entre Petrov y yo. Ella atacará a la mujer; yo me encargaré del hombre, si se presenta la oportunidad, lo cual probablemente no ocurra. Esta gente es profesional. No se les conoce por dar oportunidades.

Nos damos la vuelta como se nos ordenó y retrocedemos por el agujero que hicimos en la puerta corrediza. El viento ha aumentado y la nieve cae en copos gruesos que se me pegan en las pestañas. En otro momento serían un toque bienvenido de un universo compasivo, pero esta noche me digo que no quiero morir en una tormenta de nieve; quiero morir de viejo, en mi cama, con mis hijos reunidos alrededor y mi esposa leyendo de los Salmos.

Cuarenta pasos más y estamos junto al chiquero. Se huele mucho antes de poder distinguir sus límites con la luz ambiente de la casa. Nunca es un perfume bienvenido en la noche de nadie.

—¡Alto! —grita el hombre. Petrov y yo nos detenemos en seco a mitad de paso. Sabemos que sería una locura desobedecer, pero también sabemos que quiere que usemos nuestras últimas fuerzas para meternos por nuestra cuenta en el corral. Sería un gran esfuerzo para él tener que obligarnos a entrar, y está claro que no tiene intención de hacerlo.

—Abran la puerta y entren.

Resbalo en la nieve, me sostengo y extendiendo la mano hacia la puerta.

—Hay un lazo sobre el poste de la puerta. Levántelo y retírelo.

Hago lo que me indica y tiro de la puerta. Se desliza hacia mí sobre el suelo helado.

—Usted primero —ordena la mujer a Petrov. Sé que ha llegado el momento en cuanto lo dice.

Petrov da un paso hacia la abertura del corral, amaga con el cuerpo y luego lanza el dorso de su mano como un martillo contra la nariz de la mujer armada. En ese mismo instante giro el pie y golpeo al hombre detrás de mí en el lado izquierdo del cráneo. Se desploma de rodillas, aturdido, pero aún sostiene el arma con la mano derecha. Entonces por suerte pierde el equilibrio y baja la mano con la pistola hacia el suelo congelado para evitar caer de cara sobre el hielo. Justo en ese instante lo remato con una patada de fútbol directa a la cabeza y, al conectar, escucho el crujido seco de sus vértebras al girársele la cabeza de lado, casi decapitada. En esos mismos milisegundos, Petrov ha incrustado su codo en la garganta de la mujer y ella se desploma de rodillas, sujetándose el cuello y jadeando, intentando hacer pasar aire por su laringe aplastada. Muere así, instantes después, con una expresión de sorpresa en el rostro, como quien ha recibido un telegrama anunciando su propia muerte. Rápidamente recuperamos sus armas y, sin decir palabra, disparamos una vez a cada uno en el cráneo. Henrik oirá los disparos y pensará que estamos muertos y en las fauces de los residentes del corral.

No perdemos tiempo. Las probabilidades no son buenas: cuatro asesinos expertos armados contra dos agentes de la CIA. Admitámoslo, también podríamos ser considerados asesinos expertos, pero solo éramos dos. La mitad del poder de fuego de nuestro objetivo y sus guardias. Que así sea.

Regresamos a nuestro coche, donde abrimos el maletero y sacamos nuestras escopetas. Accionamos las correderas, asegurándonos de que haya cartucho en la recámara. Nos quitamos los abrigos de plumón y nos ponemos los chalecos antibalas. Luego, de nuevo los abrigos encima para no congelarnos en la caminata de

regreso a la casa de Henrik. Una vez vestidos y armados, me doy vuelta y observo el terreno de Henrik desde nuestra posición. Está claro que se siente seguro y confiado; hay varias luces encendidas dentro de la casa y creo distinguir las notas de Ella Fitzgerald flotando en el aire nocturno. No es ningún secreto que los rusos aman el jazz estadounidense, especialmente Billie Holiday y Ella Fitzgerald, así que quizá estén aún más relajados ahí abajo de lo que esperamos. Petrov me da una palmada en la espalda y, sin decir nada, comenzamos el regreso.

Las estrellas están bajas y brillan por todas partes; la nieve ha cesado y esta vez podemos oír el golpeteo de los cerdos escarbando contra sus comederos en el corral mientras nos acercamos a la *dacha* de Henrik. Rodeamos la esquina oeste de la casa, donde nos sobresalta una bandada de cuclillos que sale volando desde debajo del alero. Habría pensado que estarían invernando en los desiertos, pero evidentemente han encontrado calor emanando del techo y han decidido pasar el invierno en Moscú, por improbable que parezca. Dan vueltas, regresan y se lanzan de nuevo al ático por un pequeño agujero bajo el alero. Aspiro hondo y siento a Petrov rozarme. Ella rodea mi cuerpo y me hace un gesto de aprobación con el pulgar —estamos bastante seguros de que nadie oyó el revuelo, dada la música que suena adentro y considerando que nuestros objetivos probablemente ya estén disfrutando de su vodka y bocadillos.

Justo cuando estamos a punto de rodear la esquina hacia la parte trasera, una figura solitaria atraviesa el hueco en la puerta corrediza de vidrio y avanza varios pasos hacia la oscuridad. Lo escuchamos gritar en ruso, buscando al dúo que sacó a Petrov y a mí por la parte trasera para ejecutarnos. No hay respuesta, así que la figura vuelve a llamar. Me enfrento a un dilema repentino: ¿lo elimino ahora o le permito regresar al interior y quizás reaparecer con los otros cuatro objetivos mientras lanzan una operación de búsqueda? ¿Y si él —ellos— no vuelven a salir? ¿Y si nuevamente nos enfrentamos a la posibilidad de asaltar la casa, dos contra cuatro? Retrocedo, decidiendo esperar y observar. Hago señales con las manos que Petrov entiende de inmediato, y me arrodillo sobre el

hielo mientras Petrov se asoma por encima de mí. Ahora tenemos dos armas listas por si nuestros objetivos aparecen en la mira.

Entonces oigo un grito fuerte desde el interior seguido por un estruendo —quizás un plato arrojado contra una pared—. Es una nota de angustia, estoy bastante seguro. Segundos después, nuestra paciencia es recompensada. Cuatro hombres han salido, adoptando de inmediato una posición defensiva en estrella, de espaldas entre sí mientras sus ojos se ajustan y esperan para determinar si hay una amenaza inmediata en la zona. Petrov y yo nos replegamos y contenemos la respiración. Les permitimos que esperen a ver si aparecen. Pasan varios minutos. Lentamente, los hombres se separan, giran y juntan las cabezas para susurrar. Está claro que van a desplegarse en línea hacia el corral de engorde. Petrov y yo somos profesionales en este tipo de cosas. Sabemos que es ahora o nunca, que la oportunidad de ataque no volverá a ser tan buena ni tan afortunada. Los dioses nos han sonreído y no dudamos.

Petrov dispara primero, seguido de inmediato por el estruendo de mi propia escopeta, y dos hombres caen como figuras de paja. Uno de ellos gime y gira en círculos sobre el suelo helado, sus piernas intentando escapar de forma involuntaria. Los otros dos corren y yo apunto al que va hacia nuestra izquierda mientras Petrov se encarga del que va hacia la derecha. Dos disparos más, luego otros dos, y las figuras caen al suelo. Pero Petrov y yo no corremos de inmediato hacia nuestros objetivos para darles el tiro de gracia necesario. No lo hacemos porque podría haber más personas dentro. Inicialmente vimos a seis anfitriones listos para acribillarnos al atravesar el vidrio. Pero ¿quién dice que no había otros dentro, ocupados en esto o aquello mientras éramos interceptados? No hay garantías en este punto, así que esperamos y susurramos antes de decidir que tendremos que entrar a la casa y registrarla por completo. En algún lugar cercano oigo el motor de un auto encenderse. Estamos concentrados y no podemos detenernos a ver. Yo entro primero.

Petrov me espera afuera, oculta en las sombras. Si me matan, ella aún tendrá la oportunidad de eliminar a mis asesinos y retirar mi cuerpo para que nuestra presencia siga siendo un misterio para los rusos. Es crucial para la paz mundial que la Estación de Moscú no

sea vinculada con los acontecimientos de esta noche. Así que Petrov va de copiloto, en cierto sentido, con su escopeta.

Entro a la casa, esta vez en una habitación iluminada intensamente. Mis instintos me dicen que estoy solo en la casa y la reviso por completo. Varios minutos después, le doy a Petrov la señal de que todo está despejado. Estamos relativamente seguros, pero algún vecino probablemente ya llamó por los disparos y es muy probable que las autoridades estén en camino. Así que nuestro tiempo en el lugar es muy limitado. Entonces oigo al segundo ruso que habíamos disparado. Todavía gira en el suelo, lo veo cuando miro hacia afuera. Así que me impulso y salgo, marchando hacia él. Me mira, sus ojos reflejan la luz de las estrellas y me dicen que sabe que esta es su última noche. Con una mano levanto mi arma y le vuelvo la cabeza.

—Descansa en paz —digo, no con dureza sino con pesar. Nunca he disfrutado matando.

Al regresar al interior, comienza nuestra verdadera búsqueda. Estamos buscando cualquier cosa y todo aquello que Henrik pudiera haber tenido y no debería. Buscamos específicamente papeles y archivos de computadora que pudiera haber estado preparando para vender —o que ya hubiera vendido— a los enemigos de la OTAN. Petrov se inclina sobre la computadora de Henrik y comienza a analizar los archivos. Yo realizo la búsqueda física del lugar. No tengo que ir muy lejos. Dentro de lo que parece ser su anuario universitario de 1992, Henrik ha escondido un conocimiento de embarque. Los artículos que Henrik envió son impactantes. La impresión dice:

Ametralladora Browning cal. .50 Arma automática de escuadra M249

Kalashnikov AK-47 Fusil de asalto F2000

Ametralladora M60 de 7,62 mm Misil FIM-92 Stinger

Lanzacohetes M72 Sarin, agente químico GB

Conocimiento de embarque: Ehrlych International Shipping, Moscú, Rusia

Contenedores de envío: NB322V-1993x - NB322V-1223x /s/ HN

—Aquí está lo que vinimos a buscar —le digo a Petrov, sosteniendo el papel sobre su hombro, frente a sus ojos. Ella lo recorre con la mirada y luego gira el rostro hacia mí.

—Jesús, María y José —susurra.

—Lo sé. Nuestro pequeño amigo estaba teniendo toda una aventura.

—¿Quién es Ehrlyich International?

—Puede que haya oído el nombre. Transportista, evidentemente.

Vuelvo a mirar. Es un conocimiento de embarque. Los artículos ya han sido vendidos y enviados. Pero ¿a quién? ¿Qué enemigo de la OTAN ha comprado suficiente material bélico como para tomar el control del estado de Nueva York a su Guardia Nacional? ¿O de alguna ciudad del Medio Oriente? ¿Va a caer algún emirato saudí? No tengo ni idea. Pero conozco gente que sí la tendrá.

Una cosa que hago, porque conozco a mi empleador y sé lo que podría hacer, es modificar el conocimiento de embarque. La parte inferior que enumera los contenedores de envío —NB322V-1993x - NB322V-1223x— la arranco. Luego memorizo esos números. Después prendo fuego a la porción más pequeña y veo cómo los números de los contenedores se convierten en humo. Ahora solo yo conozco los números de los contenedores porque los he memorizado. Son mi boleto de regreso a casa y con mi familia. Siempre consigo un boleto así cuando estoy en el trabajo.

Localizo una carpeta en el escritorio de Henrik que parece repleta del revoltijo de la vida cotidiana. Deslizo mi conocimiento de embarque dentro, arriba de todo, y levanto la carpeta bajo el brazo. Bingo.

—Dame cinco minutos —dice Petrov—. Casi termino de descargar su disco duro.

—Cuando escuchemos sirenas estás por tu cuenta si no te levantas y te vas conmigo de inmediato.

Se aparta un rizo de cabello oscuro de la frente, donde la capucha lo había empujado hacia adelante.

—Apuesto a que saldré por la puerta antes que tú —sonríe. Luego levanta la mano y chocamos los puños—. Tenemos lo que vinimos a buscar.

Se refiere a que hemos desmantelado el escondite de Henrik. La Estación de Moscú estará encantada con nuestro trabajo y, al mismo tiempo, quedarán atónitos con nuestro hallazgo. Hay suficiente porquería militar en mi conocimiento de embarque como para hacer que todos corran a localizar las armas que salieron de Rusia rumbo a quién sabe dónde. Nuestro trabajo apenas comienza. Y yo, que hasta esta noche estaba a solo doce días de regresar a Nueva York, de pronto me encuentro cercado por todos lados. La misión de localizar la pequeña guerra que está por estallar, y especialmente las armas que la harán posible, recaerá sobre mí por ser el de mayor rango. Y sobre Petrov.

Ella se gira y me mira. Asiente. Yo asiento también.

Apenas ha comenzado para nosotros.

Entonces oímos una sirena cortando el viento, arrastrada varios kilómetros. Petrov saca la carga explosiva de su mochila, la coloca bajo el escritorio de Henrik y activa el temporizador.

Afuera otra vez, Petrov levanta la mano. Enciende su linterna pequeña.

—Vamos a comprobar de nuevo —dice.

Empezamos a voltear cuerpos y a comparar los rostros con las cartas de “los más buscados” que trajimos. Las cartas muestran los objetivos de alto valor de la CIA. Enciendo mi linterna y sigo a Petrov de cuerpo en cuerpo, comparando las cartas con los rostros muertos. O con lo que queda de ellos. Después de voltear al cuarto hombre, Petrov me mira.

—¿Y bien?

Niego con la cabeza.

—No está aquí.

—Entonces ¿dónde...?

—Conociendo a Henrik, probablemente salió por el frente mientras nosotros rodeábamos por detrás. Escuché un motor arrancar. Sabremos si su Volvo ya no está.

—Dejó todo atrás.

—Excepto a sí mismo. Nunca se deja atrás. Ni al chico joven. Estoy seguro de que Henrik lo arrastró con él.

—Por supuesto que sí.

—Lo que nos llevamos bien podría ser desinformación.

—O sea, nada de lo que aparece en el conocimiento de embarque existe en realidad. Solo lo dejó para desviarnos de lo que realmente ha estado haciendo.

Ambos conocemos el procedimiento. Ella solo está verbalizando lo que ya sabíamos desde que recibimos la misión.

Me encojo de hombros.

—Muy bien podría ser.

—¿Entonces qué hacemos?

Las sirenas de la policía que se acerca están mucho más cerca ahora. A lo sumo a cinco kilómetros.

—Es hora —le digo y echo a correr hacia la carretera. Petrov, que ya ha demostrado que puede dejarnos atrás a todos, me rebasa al galope.

Observo su trasero mientras me adelanta, los brazos bombeando, la cabeza baja, la escopeta golpeándole la espalda. Incluso en esa carrera desesperada por nuestras vidas, no puedo evitar mirar. Esas mallas que lleva lo son todo. Y por más que lo intento, no puedo alcanzarla, donde, si pudiera, acariciaría ese trasero ondulante. Pero claro, el miedo siempre saca lo peor de un hombre.

Nuestro pequeño auto va tomando tracción y ya hemos pasado cien metros más allá de la *dacha* cuando la carga explota.

El nido romántico de Henrik ya no existe.

Capítulo Dos

Por más que lo intentó, Igor Tarayev no pudo evitar que le brotaran las lágrimas al enterarse de que su hijo había muerto. Henrik había llegado a la sede central del FSB, donde le dio a Tarayev la mala noticia sobre su hijo. El FSB era el sucesor del antiguo KGB y tan feroz y despiadado como había sido el brazo militar soviético. Pero Tarayev, aunque era el jefe del FSB en Moscú, también era humano. Así que lloró, tembló y se sonó la nariz una y otra vez. Luego miró a Henrik al otro lado del escritorio.

—Dime —le dijo.

El rostro de Henrik estaba torcido por el dolor.

—Su hijo, este valiente camarada, lideró el equipo de búsqueda que salió al exterior. Como capitán de la guardia, actuó exactamente como se esperaba. Fue intrépido, cruzó la puerta primero guiando a sus hombres. Y también fue el primero en caer abatido. Los criminales que hicieron esto estaban ocultos en la oscuridad, y Andreyavitch no tuvo oportunidad. Vi todo lo que pasó.

—¿Dónde estabas? —preguntó Tarayev—. ¿Por qué no estabas con él?

—Usted ya sabe la respuesta. Tenía que proteger mis documentos y archivos informáticos. No debería tener que recordárselo —dijo Henrik, frunciendo el ceño. No le gustaba que lo

cuestionaran por algo que podría haber hecho de otra manera—. No lo olvide, camarada, su hijo estaba allí para protegerme a mí. No al revés.

Tarayev era un hombre corpulento, con las orejas encorvadas y una nariz chata repleta de vellos grises que sobresalían. Era el oficial de caso del FSB asignado a Henrik mientras este traicionaba al MI6 colaborando con los rusos. Tarayev había establecido la política de tolerancia cero ante los fracasos en el campo, y esa política también se aplicaba a espías como Henrik. A medida que Henrik relataba los acontecimientos de la noche, el rostro de Tarayev se tornó rojo cereza. Henrik pensó que al hombre le daría un derrame cerebral y se lo dijo.

—Camarada, está reaccionando de forma exagerada contra quien fue puesto en peligro por sus propios guardias. El que fue abandonado fui yo —dijo con tono medido. No era ningún tonto; el FSB lo necesitaba mucho más de lo que él los necesitaba a ellos. Y se lo estaba recordando a Tarayev—. De no ser por mi rápida reacción, habría sido capturado y torturado. Ahora estarían enterándose de usted y del ataque inminente contra Washington. Pero, como resultó, logré escapar y su secreto fue protegido. Así que, cuando pregunta por qué no estaba allí con él, está olvidando todo esto. Simplemente no era mi papel proteger a su hijo. Estoy profundamente afectado por su pérdida, pero no soy responsable, camarada.

Tarayev se recostó en su silla de escritorio. Observó a Henrik, el operativo del MI6 sentado frente a él. En ese momento, no habría deseado nada más que sacar su arma de servicio y volarle los sesos al violador de niños y hacerlo arrastrar fuera de allí. Pero no lo hizo. Una cosa era cierta: el FSB lo necesitaba mucho más de lo que él los necesitaba a ellos. Se desataría un infierno si seguía su impulso y lo mataba. Así que no lo hizo. En su lugar, buscó otra forma de cobrar venganza.

—Nuestro hombre en la estación de Moscú tendrá los nombres de los responsables en menos de una hora. Luego actuaremos contra ellos y espero que tú lideres ese ataque, Henrik.

—Por supuesto, mi amigo. No deseo otra cosa que vengarme de estos cobardes. Nada me gustaría más que poner una bala en cada uno con mis propias manos. Estoy listo cuando usted esté listo para darme su plan.

—Mi plan es atacar a todos los involucrados, desde el jefe de estación hacia abajo. Pero con una excepción importante. Aquellos que dispararon directamente contra mi hijo serán capturados y encerrados en la prisión de Lefortovo. Luego nos ocuparemos de ellos lenta y exquisitamente. Incluso podríamos darles un juicio como advertencia para otros. Ese es mi plan.

—Y es un buen plan. Le sugeriría que me permita elaborar los detalles de este ataque.

—No lo querría de otra manera —dijo el oficial del FSB—. Tú conoces a esta gente mejor que cualquiera de los nuestros. Pero una cosa: quiero esto resuelto esta noche. Estos animales no verán el amanecer, Henrik.

—Por supuesto que no lo verán. Lo prometo solemnemente.

—Y quiero fotografías de sus cadáveres si no pueden ser capturados. No me falles en esto, camarada.

—Puede contar conmigo para hacerlo bien. Su hijo también era mi amigo. Será un honor vengar su muerte. Además, le traeré a los tiradores. Ya estoy pensando cómo podría suceder.

—Excelente, Henrik. Cuento contigo. Ahora, ¿qué artefactos podrían haber encontrado los cobardes cuando huiste de la *dacha*?

—No dejé nada atrás —mintió Henrik—. Lo que quedó fue desinformación. Ya he pasado por esto antes, camarada.

—Excelente. Pero ¿estás seguro de que no encontraron nada útil?

—Positivo.

Tarayev escudriñó el rostro de Henrik con sus propios ojos. Creía tener la capacidad de ver el alma misma de un hombre, que estaba dotado de un poder de visión que le permitía leer mentes. Al examinar al traidor, se dio cuenta de que el hombre estaba perfectamente protegido en lo que respecta a ocultar la verdad, que sus ojos, su actitud, no revelarían nada. Era un profesional puro. Tarayev no tuvo más opción que aceptar lo que le decían. No le creía, desde luego, pero sabía que debía proceder con el ataque a

Washington como si Henrik no hubiera dejado nada atrás al huir. Al menos por el momento.

—Muy bien entonces.

Henrik se permitió exhalar por completo y recostarse en su silla. Había estado cerca, esta conversación, la furia del jefe de estación. Pero Henrik había logrado redirigirlo contra los verdaderos malhechores, desviando la atención de sí mismo. Sabía que había sido hábil y sabía que había tenido suerte. Muchos habían estado antes con ese hombre y nunca se volvió a saber de ellos. Henrik sabía que, hiciera lo que hiciera esta noche, no podía fallar. No si quería ver el amanecer él mismo.

—Entonces hemos terminado aquí —dijo Tarayev—. Vete ahora. Te daremos nombres y fotografías de los asesinos dentro de una hora. Mantente cerca, Henrik.

—Hecho.

Capítulo Tres

RUSSELL XIANG

Mientras Petrov y yo revolvíamos la oficina de Henrik en busca de documentos y archivos informáticos, nunca dejé de tener presente quién era realmente Henrik. Es cierto que trabajaba para el MI6, pero también era hijo de un acaudalado financiero internacional. Tan rico que su padre había invertido cinco mil millones de dólares en Estados Unidos en los últimos años. Hoteles, comunidades de retiro, hospitales en zonas urbanas... los había construido todos. Por eso, no me sorprendería que la forma en que la Estación maneje el asunto de Henrik sea muy distinta a la que yo desearía.

La Estación de Moscú está oculta dentro de la Embajada de Estados Unidos en Moscú. El complejo de la embajada se encuentra en el distrito Presnensky, en el centro de la ciudad. Nuestro piso es largo y extremadamente abarrotado, como un vagón de carga. Es blanco de constantes ataques electrónicos por parte de los rusos, que intentan robar nuestros secretos. Estas son las formas en que los rusos han sustraído información secreta desde que estoy destinado en Moscú estas últimas semanas: intervención de líneas telefónicas y de teléfonos; cámaras diminutas ocultas en nuestras fotocopiadoras; circuitos electrónicos empotrados en paredes de

concreto; haces láser emitidos desde camiones estacionados hacia nuestras ventanas, capaces de escuchar conversaciones; espionaje electrónico de los campos electromagnéticos que generan todas las computadoras; micrófonos en computadoras y máquinas de escribir que transmiten pulsaciones al exterior, además de constantes intentos de sobornar a los marines que limpian nuestras oficinas. ¿Sabemos todo esto? Por supuesto, pero en esta era de desinformación dejamos la mayoría de esos dispositivos en su lugar. Si hay un ángulo político que aprovechar, llamamos a la prensa y la televisión y armamos un gran escándalo para avergonzar a nuestros anfitriones. Ah, y hay otra cara de todo esto: es una relación de *quid pro quo*. Ellos lo hacen con nosotros, nosotros se lo devolvemos. Y, por supuesto, ellos nos desinforman igual que nosotros a ellos. Lo que, al final, significa que todos los datos, conversaciones y archivos robados ya no se consideran genuinos.

Lo cual me lleva al conocimiento de embarque que tomamos de la oficina de Henrik en las afueras de la ciudad. Un conocimiento de embarque es normalmente un documento que una empresa naviera entrega a un vendedor por mercancías recibidas para ser enviadas. Como Petrov y yo discutimos esta noche, el conocimiento de embarque podría ser totalmente falso. Podría haber estado guardado dentro de ese anuario durante meses—o incluso años—esperando la llegada de espías a esa oficina. O podría ser completamente legítimo y simplemente lo encontramos mientras yo sacaba libros del estante y los sacudía para extraer papeles ocultos. Así que siempre existe la posibilidad de que las municiones, armas y productos químicos que figuran en esa lista hayan sido realmente enviadas y estén escondidas ahora mismo en Estados Unidos, esperando ser utilizadas cuando nuestros enemigos seleccionen ciudades como objetivo. ¿Para qué mover un ejército entero a un país si puedes eliminar su gobierno e instalaciones militares y envenenar su suministro de agua en menos de dos horas a nivel nacional? Los ejércitos están pasados de moda. Las pequeñas guerras son la nueva forma de enfrentamiento entre Oriente y Occidente. Y, por cierto, también de Occidente a Oriente. Nuestro grupo de expertos y estrategias militares ha establecido igualmente unidades de combate por toda

Rusia, equipadas con las mismas o incluso más potentes municiones, armas y productos químicos. ¿Químicos? Todo vale si alguna vez atacan a EE. UU. en su propio territorio. Usaremos y haremos lo que sea necesario para sobrevivir.

Pero hay otra cara de esto. ¿Y si los envíos aún no han llegado a EE. UU.? ¿Y si los números de los contenedores de envío que tengo memorizados son todo lo que EE. UU. posee para rastrear esas armas de guerra? Eso me convierte en indispensable. Pase lo que pase, la Estación de Moscú tendrá que llevarme de regreso a Estados Unidos si todo se va al infierno aquí.

Así que ahora estamos en el centro de Moscú en una helada noche de diciembre, sosteniendo un trozo de papel a la luz para decidir si es real o no. No literalmente a la luz, claro, hablo en sentido figurado. Basta con decir que nuestro laboratorio está mucho más adelantado en el proceso con nuestro hallazgo, realizando pruebas mucho más sofisticadas que simples análisis de porosidad, fabricación de tinta y marcas de herramientas.

El jefe de la Estación de Moscú, Edward R. Henshaw, se levanta de la cama con el primer zumbido de su teléfono. Ese zumbido está reservado para emergencias que requieren su presencia inmediata en la estación. Conoce su sonido de memoria y por entrenamiento. El jefe Henshaw es un hombre enjuto de sesenta años que boxeó en la categoría semipesado en Annapolis, un hombre que se casó con su novia de Gamma Phi y padre de tres hijos adultos, todos en Estados Unidos y a veces disponibles para él solo como contactos apenas reconocibles en su teléfono. Se viste con pantalones de lana y una camiseta de polipropileno bajo un suéter de lana. Mientras abre la puerta de su apartamento dentro del recinto de la embajada, se pone una chaqueta Northface para protegerse de la nieve, que cae del cielo en grumos a las 12.44 de la madrugada.

Petrov regresa a la sala donde vamos a hacer el informe, sosteniendo dos cafés delante de ella. Entre los dos ya nos hemos tomado dos cada uno desde que regresamos a nuestra base hace poco más de una hora; estamos congelados por completo y nuestros dedos de los pies y de las manos apenas empiezan a descongelarse. Al llegar, nos separamos para ir a nuestros baños y limpiamos lo que

podimos de barro y sangre de las botas, y nos lavamos de las manos la pena de la noche. Para personas como nosotros, nunca hay suficiente jabón ni agua para dejarnos realmente limpios. Y hablamos de eso, Petrov y yo, del persistente sentimiento de traición que llevamos dentro mientras atacamos a personas que alguna vez confiaron lo suficiente en nosotros como para dejarnos acercar. Son nuestros blancos habituales: personas que conocemos mientras estamos encubiertos, personas que apenas tratamos en galas y bailes por Europa del Este, y personas que conocemos solo por hojas de eliminación o a veces incluso solo por retratos hablados.

Ella deja el café frente a mí. Luego se sienta a mi lado y estira los brazos mientras bosteza. Me da un manotazo juguetón en la cara mientras se estira. Giro el rostro y le agarro el antebrazo con la mano izquierda. Como nuestro jefe, todos llevamos ropa interior de polipropileno, y esta noche Petrov no es la excepción. Cuando le agarro el brazo, el material está fresco y tiene un tacto brillante, justo como imagino su piel. No es una mujer que revele mucho sobre sí misma; nuestra relación hasta esta noche ha sido la de operativos secretos que a menudo son emparejados y que con la misma frecuencia actúan solos. Pero hay una especie de meritocracia entre nosotros que cambia según quién haya dado con algo valioso, quién haya eludido al FSB o quién haya hecho una baja esa noche. Esta noche somos iguales en eso, ya que ambos hemos derribado a tres hombres. Suelto su brazo y lo aparto.

—¿Era necesario? —pregunto.

—Lo era —responde—. Rusty, viejo, lo hiciste bien esta noche. Además, conseguimos un documento importante.

Me encojo de hombros.

—Tal vez sí, tal vez no.

—Oh, no —dice ella—. Acabo de hablar con Eddie Scales de Ciencia. Dice que el documento es auténtico, que los objetos de la lista han sido reportados como desaparecidos de varias bases y depósitos militares, y que todo parece legítimo.

—Entonces dimos en el blanco. Deberíamos ir a celebrar.

—Sí, un trago no nos haría daño.

—¿Tu esposo te espera despierto?

—Rodney nunca me espera despierto. Tiene clases a las siete en punto, ¿recuerdas? Muchas veces yo apenas me estoy metiendo en la cama cuando él ya se va.

—Él se lo pierde.

Ella aparta la mirada entonces, negándose a rebajarse reconociendo lo que quise decir. Me echo atrás. Quizá acabo de dar una pista de más.

Estamos mirando en silencio al vacío y manteniendo la distancia cuando un guardia irrumpe corriendo en la sala de informes.

—¡Los hemos estado buscando! —grita sin aliento—. ¡Han disparado al Jefe!

Nos levantamos de un salto y seguimos al hombre, rompiendo a trotar tras él. Estamos en el tercer piso de la embajada, del lado del enclave, mirando hacia los patios amurallados abajo. Un grupo de marines armados rodea un cuerpo caído y podemos distinguir los rasgos faciales del jefe Henshaw, tendido de espaldas en la nieve, con una pierna doblada detrás de él, los brazos extendidos y con la mitad de la cabeza ausente, donde la bala lo alcanzó y se expandió al impactar. Una gran mancha roja está a un lado y sé que allí, en esa sangre, mezclados entre ella, hay fragmentos de cráneo y masa encefálica donde descansan las partes faltantes de su cabeza. Varios marines señalan y miran hacia el norte, al otro lado de la calle, hacia el extremo norte de la embajada. Allí se eleva un edificio en la dirección que indican, y la mímica nos dice que creen saber de dónde provino el disparo mortal. O por ahí cerca.

Petrov corre hacia el ascensor y yo la sigo, pero le tomo la mano desde atrás.

—¡No puedes salir ahí! —grito—. Podrías recibir un disparo también. Esto es una represalia por nuestro trabajo de esta noche. Tú y yo aparecemos en el video como los dos agentes que salieron juntos en el Lada. Tal vez Henrik vio el Lada al pasar, y saben quiénes somos. ¡Henrik definitivamente nos vio en la *dacha*! ¡Estamos en el punto de mira, Petrov! ¿Lo entiendes?

Ella retira la mano del botón de bajada del ascensor y se da la vuelta hacia mí.

—Sí. Nos han descubierto. Y estamos en peligro.

—Entonces ¿adónde vas con tanta prisa?

—Yo iba a ir con Rodney, para advertirle.

—Si quieren a Rodney, ya está muerto. Ellos van muy por delante ahora mismo.

Las lágrimas le inundan los ojos y aspira una bocanada de aire cortante.

—¡Dios mío! ¡Pobre Rodney!

—Sí, esto no tiene que ver con que nos lleváramos los archivos de Henrik. Alguien está realmente furioso. Alguien de muy arriba.

Está atrapada. No puede llamar a su esposo desde su celular porque todas las llamadas que salen de la embajada son monitoreadas por los rusos. Delatarlos respecto a su esposo —si es que aún no saben de él— sería casi una sentencia de muerte para él.

Ambos sabemos que tengo razón. Nuestros días están llenos de maniobras de robo y contrarrobo, y nunca se piensa en represalias físicas. Pero esta noche se ha cruzado un puente. Rusia ha declarado la guerra a la Estación de Moscú porque hicimos algo inaceptable. Solo puedo suponer que en nuestra emboscada a los guardias rusos logramos matar a alguien importante. Matamos a alguien que tenía amigos en las altas esferas. No tengo idea de quién podría ser ni si mi suposición es correcta. Pero tengo un fuerte instinto para estas cosas y me preocupa que hayamos cruzado una línea. Una guerra interna podría haber estallado ya —o estar a punto de hacerlo— entre espías de Oriente y Occidente, espías que, en un sentido más amplio, no le importan a nadie. Mientras los que mandan nos dan la espalda, a nosotros nos dejan aquí para matar y ser asesinados.

Mis pensamientos se interrumpen bruscamente cuando Asunción Robles llega en el ascensor.

—Bien. Ustedes dos deberían salir de aquí y dirigirse a algún lugar seguro —dice nuestro segundo al mando.

—¿Y dónde sería eso, señor Robles? —pregunta Petrov, casi en tono de burla—. ¿A dónde huimos donde los rusos no puedan encontrarnos en Rusia?

—Estoy pensando en la «casa verde».

—Ni pensarlo —exclama Petrov—. Voy a casa a ver cómo está Rodney.

—No —dice Robles con su tono controlado—. No vas a hacer eso, Anna Petrov. Tú y Rusty van a salir por el subsuelo y se van a esconder en la «casa verde».

Sin que los rusos lo sepan, nuestra gente ha cavado un túnel que va desde la embajada hasta el sistema de alcantarillado que corre bajo las calles que rodean nuestro enclave. Digo que no lo saben; eso probablemente es más un deseo que una realidad. Seguramente lo saben todo y tienen cámaras vigilando esos laberintos y pasajes subterráneos. Pero estoy demasiado cansado para discutir. Además, no serviría de nada. A Robles no le agrado y no tolerará mis objeciones ni un minuto. Haremos lo que él diga y Petrov también lo sabe.

Robles pasa junto a nosotros y dice por encima del hombro:

—Mi oficina. Diez minutos. Estén listos para salir.

Capítulo Cuatro

RUSSELL XIANG

Asuncion Robles nos ha enviado a los túneles. Nuestros guardias armados nos están escoltando hasta la salida, donde abordaremos un autobús, recorreremos varios kilómetros, bajaremos y caminaremos dos cuadras hasta la «casa verde». La «casa verde» es el piso franco de la Estación, donde los agentes pueden esconderse mientras el FSB revuelve la ciudad buscándolos. ¿Por qué se considera segura? Porque es una gran casa de huéspedes detrás de la residencia de Rudina Alaevsky, quien forma parte de la Duma, la cámara baja de la Asamblea Federal Rusa. La Duma es la cámara legislativa más poderosa. Todos los proyectos de ley, incluso los propuestos por el Consejo de la Federación, deben ser considerados primero por la Duma. Lo que significa que su influencia política es nacional y que los políticos locales y las fuerzas del orden le temen. Alaevsky ha sido sobornada por los estadounidenses, por supuesto, y el FSB jamás se atrevería a sospechar que podría estar albergando al enemigo. La Estación transfiere a su cuenta suiza diez mil dólares al mes. A cambio, tenemos nuestra seguridad.

Salimos de los túneles y nos dirigimos a la parada de autobús. Faltan once minutos para el próximo autobús y estamos

congelándonos en cuanto salimos a la superficie. Petrov se sienta en el banco y yo me quedo de pie a su lado. A nuestro alrededor, a distintas distancias, nuestros guardias fingen estar ocupados en otras tareas. Nos vigilarán todo el camino hasta la casa de la diputada Alaevsky.

—¿Alguna vez pensaste que estarías escondiéndote en un clima bajo cero en Moscú, esperando un autobús sin calefacción porque el sistema seguro que está averiado?

Le sonrío a Petrov. Se ha cambiado de ropa y ahora lleva vaqueros, un suéter y un abrigo de plumas con capucha que le llega hasta las rodillas. El abrigo es negro y no pretende ser una declaración de moda. Sus palabras son un intento de humor en una situación incómoda. Siempre tratando de aligerar el ambiente, así es Petrov.

—No, nunca pensé que estaría esperando un autobús en clima bajo cero. Pensé que sería clima bajo cero durante una tormenta de hielo. ¿Dónde está el hielo?

Ella ríe entre dientes.

—Estás de pie sobre él, Rusty. Está por todas partes. Este país entero no es más que un bloque sólido de hielo. Por cierto, nunca hemos estado en el piso franco. Me pregunto si habrá comida decente y camas calientes.

—Bueno, he oído historias. He escuchado que es muy cómoda y bien equipada. Espero tener razón.

Ella balancea los pies de un lado a otro, como una niña en un columpio, y en ese momento parece totalmente inocente. Me atraviesa su belleza y me alegra que estemos juntos, que vayamos a pasar tiempo juntos, aislados, nuestro tiempo sin ser monitoreado por nadie, incluidos nuestros cónyuges.

Mi esposa está en Washington D. C., donde espera nuestro segundo hijo. Estoy muy feliz por eso, pero triste por no poder participar en los preparativos. Antonia me ha enviado imágenes de ultrasonido de nuestro bebé —un niño— y eso ayuda, pero no es, por supuesto, satisfactorio en ningún sentido.

Incluso con ese acontecimiento bendito ocurriendo en mi vida allá en Estados Unidos, descubro que me siento atraído por Anna

Petrov, mi amiga y compañera, en ausencia de mi esposa. Tal vez soy débil, no lo sé. Pero hay algo en el abrazo de otro ser humano — especialmente uno atractivo como Petrov— que me persigue y me tienta a desviarme del camino.

Guardamos silencio durante cuatro o cinco minutos hasta que finalmente se acerca el autobús. Dos de los cuatro guardias armados se acercan y se quedan de pie con nosotros como si nada, mientras el autobús frena con un silbido y su puerta delantera se abre de golpe. Subimos a bordo. Petrov y yo nos sentamos cerca del frente; los guardias están en algún lugar detrás. Los asientos son estrechos y me encuentro apretado contra el muslo y el torso de Petrov, una disposición no desagradable. Ella siente mi cuerpo presionando contra el suyo, pero no hace ningún intento por alejarse. Tal vez ella también anhela el contacto de otro.

En la siguiente esquina, el autobús vuelve a reducir la velocidad y se detiene con un vaivén. La puerta delantera se abre otra vez de golpe y esta vez suben tres hombres robustos con abrigos gruesos de lana y gorras de tropa. En un instante sé que son agentes del FSB ruso. Cierro los ojos y finjo dormir al sentir que los hombres se acercan, se detienen junto a nosotros y luego siguen hacia atrás hasta sentarse justo detrás. «Genial», pienso, «saben quiénes somos y nos arrastrarán fuera en la próxima parada».

Excepto que no lo hacen. Porque me doy cuenta de que puedo oler alcohol y que están pasándose una botella y compartiendo un trago en plena noche. No harían eso si creyeran que han localizado a dos espías —al menos esa es mi interpretación. O tal vez están actuando para convencer a nuestros guardias de que simplemente subieron al mismo autobús por casualidad. ¿Qué será? Bajo mi brazo izquierdo, mi arma está pesada y cálida por el calor de mi cuerpo. Lentamente levanto la mano derecha y bajo el cierre de mi chaqueta hasta el esternón para tener acceso a mi arma por si de repente la necesito.

Petrov se pone rígida de repente a mi lado y me giro para mirar. Uno de los rusos ha extendido el brazo y le está dando golpecitos en el hombro.

—Oye, belleza, ¿tienes hora? —le pregunta en ruso. Petrov no le responde. Así que lo intenta de nuevo, esta vez dándole un puñetazo en el hombro—. ¿Oye, me oíste, perra? Quiero saber si tienes la hora.

Me giro en mi asiento y le lanzo una mirada. Una mirada sombría. Sus ojos se desvían hacia mí.

—Date la vuelta, imbécil —me dice. Pero no lo hago. Sigo mirándolo.

—¿Me oíste, imbécil? Dije que te des la vuelta. ¡Es una orden! Vuelvo a ignorarlo.

Entonces hablo.

—No toques a mi esposa, por favor. No está interesada en ti. Sigue con tu noche, por favor.

Es una petición razonable. El hombre se recuesta con los ojos aún fijos en los míos, luego aparta la mirada. Me doy cuenta de que el hombre a su lado lo ha empujado con el codo, diciéndole que debería dejarlo estar. El segundo hombre me sonrío.

—Mi amigo ha bebido un poco de más esta noche. Por favor, disculpa su grosería.

Estoy a punto de darle las gracias cuando el primer hombre, de pronto, se inclina de nuevo hacia adelante y deja caer la mano sobre el hombro de Petrov, que empieza a masajear a través de su abrigo. Levanto el codo y le aparto la mano de un golpe.

—No lo hagas —le advierto.

—¿Ah. sí? —pregunta el hombre—. ¿No ves que somos tres?

—Me importa un carajo si son veinte. Estás siendo impertinente y no me gusta.

Entonces el hombre baja la mano a la cadera, desabrocha su funda y levanta su pistola hasta ponerla a la altura de mis ojos. Me la apunta directamente.

—¿Impertinente? ¿Y esto qué te parece?

Agita el cañón del arma y me lanza una mueca burlona. Como temía que sucediera, dos de nuestros guardias han avanzado y han sacado sus propias armas.

—No es buena idea, amigo —dice Samiov, el líder de nuestros guardias—. Le sugiero que la guarde en su funda.

Empuja con su arma la oreja del primer ruso. El primer ruso empieza a girarse, se da cuenta de que hay un arma apuntándole a la cabeza y baja la suya, devolviéndola a su funda.

—Hombre inteligente —dice Samiov—. Ahora baje del autobús. Sí, camine hacia el frente y baje de nuestro autobús. Vamos, muévase.

Los tres rusos se levantan al mismo tiempo y avanzan arrastrando los pies, con nuestros guardias rodeándolos y obligándolos a bajar por los escalones hacia la puerta.

—Deténgase ahora —le dice Samiov al conductor en ruso—. Estos caballeros ya han abusado de su estadía en su autobús.

El conductor obedece, frena y luego abre la puerta de golpe. Los tres hombres del FSB bajan a toda prisa por los escalones y se dirigen a la acera. La puerta se cierra de golpe y volvemos a ponernos en marcha.

—¿Lo sabían? —le susurro a Samiov cuando regresa con nosotros.

—Lo sabían —dice él—. Los habrían seguido hasta la «casa verde» y habrían montado un ataque después de que nos fuéramos.

Lanzo una mirada por la ventana trasera del autobús. Se puede ver al trío acercándose a la parada en la esquina, donde se quedan parados, golpean los pies contra el suelo por el frío y hablando animadamente. No pasará otro autobús en catorce minutos, según los horarios de la avenida Presbinaya. Está bien. Petrov y yo nos acomodamos en nuestro asiento.

—Eso fue una estupidez —le digo a Samiov—. Nos tenían y nos dejaron ir.

—El alcohol —dice nuestro guardia principal.

—Gracias —susurra Petrov a Samiov y su equipo.

El guardia sonríe. Me doy cuenta de que nunca lo había visto sonreír en todo el tiempo que lo conozco y he estado en su presencia.

—Es nuestro trabajo —le susurra a Petrov—. Solo hacemos nuestro trabajo.

Y en ese momento lo veo en sus ojos. Él también se siente atraído por Petrov.

Pobre mujer. Rodeada de hombres, hombres y más hombres que querrían devorarla.

Y ahí estoy yo, al frente de la manada, aullando más fuerte que nadie.

Saco la mano derecha de dentro de mi chaqueta por primera vez desde que los hombres se volvieron beligerantes. Mi pistola sigue en su funda.

Después de todo, no la necesitaba.

Capítulo Cinco

RUSSELL XIANG

Es nuestra segunda noche en la «casa verde», la segunda noche que Petrov y yo nos sentamos en extremos opuestos de un sofá de cuero suave a ver la televisión estatal rusa. Al escuchar la transmisión, uno pensaría que estamos disfrutando las comodidades y ofertas de la economía más robusta del mundo, con el desempleo más bajo y los salarios más altos en cualquier parte. Pero basta con caminar por las calles de Rusia para saber que no es así. La gente carece de lo básico, tiene hambre y frío, mientras que la clase dominante sí vive en ese mundo creado por la televisión estatal.

¿Pero realmente me importa? Por el rabillo del ojo observo a Anna Petrov mientras cambia de posición, sentándose más sobre la parte baja de la espalda en los cojines, con un pie apoyado en la mesa de centro y la otra pierna cruzada sobre la rodilla, comiendo papas fritas y bebiendo una Coca-Cola rusa. Bosteza, me lanza una mirada y una sonrisa.

Un número codificado llama al teléfono que me asignaron. Contesto. Intercambiamos contraseña y desafío. Podemos hablar.

—Estación Moscú, laboratorio.

—¿Sí? —pregunto, ya sabiendo por qué me llama el laboratorio de la CIA.

—¿El conocimiento de embarque ya estaba roto cuando lo encontró?

—¿Por qué lo pregunta? —respondo.

Un largo silencio. Palabras apagadas, una mano cubriendo el teléfono.

—El desgarró del papel es reciente. ¿Lo rompió usted?

—Sí.

—¿Por qué?

—La información al final es mi billete de regreso a casa.

—La información que arrancó eran los números de los contenedores de envío, ¿cierto?

—Sí.

—¿Por qué arrancó esos números? Son cruciales para que podamos interceptar esos envíos.

—Piense en nuestra situación aquí en la «casa verde». Nuestra tapadera ha sido descubierta. Conociendo a nuestro gobierno, hay al menos un cincuenta por ciento de posibilidades de que nos niegue. Negará que estamos conectados con él. Entonces ¿dónde quedamos Petrov y yo? ¿Nos llevará a casa ahora?

—Sabe que esa es una pregunta que no puedo responder; solo su superior puede hacerlo.

—Entonces dele este mensaje a mi superior. Petrov y yo hemos estado hablando. Nuestra tapadera ha sido descubierta y la represalia ya comenzó anoche, cuando mataron a Henshaw. Creemos que algo anda terriblemente mal para que los rusos ataquen a nuestro jefe de estación. Creemos que nosotros provocamos que eso saliera mal y creemos que somos objetivos. Si ese es el caso, queremos que la Compañía se asegure de que salgamos de Rusia sanos y salvos, y regresemos a Estados Unidos con seguridad. Solo entonces entregaré los números de los contenedores. ¿Está apuntando?

—Lo estoy haciendo. —Repite mis comentarios casi palabra por palabra.

—Buenas noches, entonces —le digo, y cuelgo. Le pregunto a Petrov: —¿Estuve bien?

—No podrías haber estado mejor.

Entonces guardamos silencio. Luego:

—Sabes que corremos un gran riesgo.

—Lo sé —dice ella—. Pero ahora necesito dormir. Hablaremos mañana.

—¿Te vas a la cama?

Ella asiente.

—Son las nueve y media. Me voy a la cama después de las noticias.

Le devuelvo el gesto con la cabeza. A pesar de todo lo bueno que hay entre mi esposa y yo, en este momento no deseo nada más que deslizarme por el sofá y tomar la mano de Petrov. Pero ¿qué tan insensato sería eso? La Estación se enfadaría conmigo; Petrov me odiaría; yo me odiaría por ser tan débil. Así que me quedo clavado en mi sitio, fingiendo mirar la televisión mientras, en secreto, me consumo por dentro. ¡Maldita sea!

Es entonces cuando lo oímos por primera vez: alguien corriendo afuera.

Entonces vemos una figura pasar como un destello por el porche, justo afuera de las puertas que dan a la terraza con vistas a un parque urbano. Afuera hay una parrilla cubierta de nieve sobre su cúpula; cuatro sillas arrimadas a una mesa demasiado alta para ellas, y una tumbona completamente extendida y plana también cubierta por una capa de nieve entrelazada. Estas cosas están allí y en su sitio, lo veo cuando cruzo y abro la puerta, pero hay un nuevo elemento: huellas en la nieve, cruzando de derecha a izquierda detrás de nuestra casa verde. Me doy la vuelta para recuperar mi arma de la repisa de la chimenea y, al moverme, una barra que se balancea desde más allá de la puerta me golpea en la frente y caigo al suelo.

Recobro el sentido. Solo y en un lugar oscuro y frío.

No hay luz en absoluto, y me doy cuenta de que mi ropa está mojada y estoy temblando sin control. Me he orinado encima. Llamo a Petrov, pero no hay respuesta. Me incorporo. He estado acostado

sobre concreto. Al sentarme, mi cabeza choca contra un objeto sólido y alzo la mano. Parece que el techo es tan bajo que no puedo sentarme erguido. Me inclino y extendiendo el brazo, tratando de tocar el suelo. No puedo tocarlo con facilidad, así que dejo caer las piernas por un borde y me deslizo hacia abajo en la oscuridad. Bajo, bajo, hasta que finalmente, cuando mis caderas pasan el borde, mis pies tocan un suelo firme. Ahora estoy de pie en la oscuridad y hago un inventario de mi cuerpo. Hay un dolor agudo en la frente donde la barra me golpeó. ¿Adónde me han llevado? ¿Y dónde está Anna Petrov?

—¡Eh! —grito en ruso—. ¡Ayúdenme!

No hay respuesta, ni la esperaba. Eso habría sido demasiado, que la ayuda llegara corriendo.

Dado a lo que me dedico, mi entrenamiento consiste en esperar lo inesperado y no reaccionar de forma exagerada. Es lo que me estoy obligando a hacer ahora: mantener la calma, reducir el ritmo cardíaco, estabilizar la respiración. Me doy la vuelta e intento trepar de nuevo a mi repisa, pero no puedo alzar la pierna lo suficiente para subirla al borde de concreto. Tanteando en la oscuridad, intento encontrar algún punto de apoyo para impulsarme, pero no hay nada. Nada a lo que aferrarse.

—¡Eh! —grito de nuevo, pero esta vez en inglés—. ¡Ayúdeme, por favor!

Me doy cuenta de que me tiemblan las piernas y me dejo caer en cuclillas. Es entonces cuando siento mi lengua recorrer los dientes frontales y me doy cuenta de que los dos superiores se han roto. Inhalo una bocanada de aire sobre ellos, probando si hay terminaciones nerviosas expuestas y, gracias a Dios, no siento un dolor agudo. No recuerdo haber recibido un golpe en la boca. Pero quien lo haya hecho, afortunadamente no rompió el diente lo suficiente como para dejar los nervios al descubierto. De lo contrario, estaría lidiando con algo más que miedo y alarma al despertar en este lugar oscuro.

Así que hago un inventario de mi entorno. Con los brazos extendidos, camino a través de la habitación hasta llegar a la pared del fondo. Mi caminata es corta, solo tres pasos. Luego trazo el

camino de derecha a izquierda hasta llegar a la pared trasera de la habitación. Es lo suficientemente pequeña —cuatro pasos esta vez— que solo puedo referirme a este lugar como una celda. Tres pasos más a la izquierda y luego de regreso a mi cama de concreto. Siguiendo más allá hacia la izquierda, regreso al punto de partida y descubro que hay una puerta metálica cerrada herméticamente, con solo la más mínima rendija de luz amarilla.

Supongo que estoy en la cárcel de Moscú, también conocida como la prisión de Lefortovo. Ese sería el lugar lógico al que el FSB me llevaría. Suponiendo de nuevo, Petrov también estará encarcelada aquí. Sin duda han percibido que somos un equipo; sin duda han determinado que fuimos quienes disparamos en la *dacha* de Henrik.

En cuclillas, mis piernas comienzan a temblar y me dejo caer de lado. No hay otra posición disponible para mí. Me abrazo el torso con los brazos y cierro los ojos.

No tengo miedo. Nuestro entrenamiento nos expuso a condiciones mucho más duras en Camp Peary y en *La Granja* que lo que estoy experimentando aquí. Simple y tranquilamente esperaré hasta que decidan venir a por mí. Podrían torturarme, incluso podrían matarme. Podría convertirme en una estrella en la pared de Langley.

Pero no tengo miedo.

Capítulo Seis

El presidente Hubert S. Sinclair odiaba orinar por primera vez en la mañana. Su próstata agrandada y esponjosa se volvía aún más malhumorada durante la noche, negándose a permitir que un buen chorro de orina fluyera y llenara el inodoro en el baño privado del presidente, justo al lado de su dormitorio privado. Se alegraba de ya no compartir habitación con la primera dama. Mientras estaba de pie frente al inodoro e intentaba forzar el chorro de orina para que se fortaleciera, apoyaba su brazo izquierdo contra la pared encima del inodoro, giraba el rostro hacia un lado y gruñía y gemía. Dorothy — la primera dama— habría escuchado sus ruidos del baño y de inmediato estaría encima de él para que llamara al médico sin demora. Y el presidente Sinclair odiaba a los médicos casi tanto como odiaba su próstata agrandada. Le habían ordenado dejar de trotar después del reemplazo de rodilla, y si descubrían que la próstata volvía a dar problemas, ¿quién sabe? ¿Quién sabe con qué saldrían después? ¿Una prostatectomía? ¿No lo dejaría eso incapaz de rendir en la cama? Se estremeció ante la idea y sacudió su pene con la mano libre, exprimiendo la última gota de producción en el inodoro y luego tirando de la cadena.

La noticia de los arrestos en Moscú llegó a Langley antes del amanecer y fue escalada a los burócratas del gabinete, y luego

escalada de nuevo, esta vez hasta el Despacho Oval. Se estaban llevando a cabo delicadas negociaciones de desarme con los rusos. Estados Unidos no podía permitirse bajo ninguna circunstancia verse vinculado con el asesinato del hijo de un jefe del FSB. Toda conexión con Xiang y Petrov tendría que ser desmentida.

—Y aquí viene la segunda parte de su tarea. Me informaron sobre los contenedores de carga que transportan armas hacia Estados Unidos. Sé todo sobre eso y sobre el conocimiento de embarque incautado por Xiang y Petrov. Así que esto es lo que vamos a hacer.

El presidente, después de orinar, regresó a su oficina privada contigua a su dormitorio. Se sentó aún en pijama y pidió café y tostadas a su mayordomo. Luego llamó al celular de su contacto, evitando la centralita de Langley donde trabajaba el hombre. El nombre del hombre era Anatoly Palatov. Su tapadera era un doctorado falso de Stanford en lenguas rusas. En realidad, sí sabía algo de ruso, pero eso fue tras dos periodos de servicio en la Estación de Moscú, no por haber estado en un aula universitaria. Sus funciones en Langley eran pocas y estaban envueltas en misterio. Se sabía que tenía una relación cercana con la Casa Blanca, pero poco más se podía decir de él.

—Anatoly —dijo el presidente como si hablara con un viejo amigo, que no lo era—, sobre este arresto en Moscú de su agente.

—Russell Xiang. Anna Petrov. Son buenas personas.

—Señor Palatov, aquí no estamos negociando. Se trata de un asunto de máxima seguridad nacional y le estoy dando una orden. ¿Tiene alguna duda sobre la orden?

—¿Hacer que parezca que los rusos hicieron el ataque?

—Sean buenos o no, no puedo permitir que esto se relacione con nosotros.

—Entiendo, señor presidente.

—Esto es lo que necesito que haga.

—¿Señor?

—¡Negarlo todo! ¡Negar, negar, negar! Desvincule cualquier relación entre ellos y Estados Unidos.

—¿Los dejamos colgados, señor?

—Ahora lo está entendiendo, Anatoly.

—Sí, señor.

—Y aquí viene la segunda parte de su tarea. Me informaron sobre los contenedores de carga que transportan armas hacia Estados Unidos. Sé todo sobre eso y sobre el conocimiento de embarque incautado por Xiang y Petrov. Así que esto es lo que vamos a hacer.

—¿Señor?

—Me dicen que la esposa de Russell Xiang trabaja como fiscal para el fiscal federal aquí en Washington D. C. Tiene el conocimiento legal suficiente para contratar a un abogado que defienda a su esposo en los tribunales de Moscú.

—Totalmente de acuerdo, señor.

—Bien. Quiero saber quién es la persona que ella contrata para defender a Russell. Averigua su identidad y dile que este gobierno hará todo lo posible por ayudar a liberar a Russell Xiang y Anna Petrov.

—¿Hasta dónde llegaremos?

—Todo lo que necesite el abogado se lo daremos. Todo. Tenemos que sacar a Xiang de allí si queremos obtener los números de los contenedores de envío. Eso es lo que me han explicado. Días como este odio este trabajo, Anatoly.

—Sí, señor.

—Manténgame informado de cada paso. Tiene mi línea directa y toda mi atención, Palatov.

—Sí, señor.

—Otra cosa. ¿En qué estaba trabajando Xiang?

—Lideraba un equipo en Langley. Su asignación en Moscú era solo temporal. En circunstancias normales no habría estado allí más de una semana.

—Entendido. ¿Qué tan grande es el equipo de Xiang?

—Tres hombres y una mujer.

—¿Son gente importante?

—Ya sabe, ¿están conectados? ¿Algún senador o congresista en la familia? ¿Algún papá héroe de guerra? Ese tipo de cosas.

—No, señor.

—Bien. Entonces quiero que los eliminen.

—¿Señor?

—No puedo permitirme que haya cabos sueltos que puedan vincular a Xiang con la CIA de Estados Unidos. Por la boca muere el pez, Palatov. Tan cierto ahora como siempre.

—Señor, la CIA no se dedica a matar a sus propios empleados. No sé de dónde sacó eso...

—¡Maldita sea, Anatoly Palatov! ¿No me está escuchando? La vida de millones de personas está en juego. El desarme nuclear no puede descarrilarse por culpa de un estúpido oficial de la CIA. ¿Acaso su gente no sabe que son prescindibles? ¿Qué clase de centro está dirigiendo?

—Señor, yo no puedo...

—Señor Palatov, aquí no estamos negociando. Se trata de un asunto de máxima seguridad nacional y le estoy dando una orden. ¿Tiene alguna duda sobre la orden?

—No, señor.

—¿Entiende mi orden?

—Sí, señor. Eliminar al equipo de Xiang.

—¿Entonces estamos claros?

—Sí, señor.

—Mire, Palatov. Incluso podemos mejorar nuestra jugada aquí. Cuando ataque a esa gente, hágalo parecer cosa de los malditos rusos.

—¿Hacer que parezca que los rusos hicieron el ataque?

—¡Así me gusta, ese es mi hombre! Ahora tenemos algo que podemos devolverles. Esto es pura inspiración, Palatov.

—Señor, si... si usted lo dice.

—Hágalo, Palatov. Sin demora.

—Sí, señor.

—Una cosa más. Planee pasar por la Casa Blanca en Nochevieja. Cantaremos canciones y tomaremos champán. A su esposa le encantará.

—No estoy casado, señor.

—Entonces traiga a alguien. No me falle, hijo.

—No lo haré, señor.

—Buen muchacho.

El presidente colgó el teléfono. Le temblaban las manos; las retorció entre sí e intentó controlarlas.

Para cuando recibió su tostada y dio el primer bocado, los temblores habían desaparecido.

Xiang y Petrov estaban abandonados, al menos de cara al público y a los rusos. Pero tras bambalinas, su administración haría todo lo posible por lograr su liberación y regreso a Estados Unidos. Respiró hondo y masticó lentamente su tostada. Ahora solo faltaba que todo sucediera antes de que las armas cruzaran a territorio estadounidense. Si fallaba, ocurriría el ataque más horrendo en suelo americano y la responsabilidad recaería sobre él.

Fallar no era una opción.

Capítulo Siete

La orden del presidente de localizar las armas en los contenedores de carga en no más de veinticuatro horas fue asumida por el FBI y el Departamento de Seguridad Nacional. Implicaba usar todos los recursos disponibles para ubicar los contenedores en los puertos marítimos estadounidenses antes de que recibieran la autorización para entrar. Era una tarea enorme, probablemente imposible, pero había empleos en juego: ese era el punto clave. Tenía que parecer que el gobierno había tomado todas las medidas posibles para localizar los contenedores. El presidente ordenó a ambas agencias que destinaran hasta el último de sus recursos al problema.

Los agentes especiales Timkins y Ng del FBI recibieron la tarea de liderar una gran fuerza de agentes en Los Ángeles. Lo primero era comprender la industria naviera. Según las computadoras del FBI, había más de veinte terminales de contenedores en Estados Unidos clasificadas como marítimas. Sabían que la interceptación debía realizarse en una terminal marítima cuando pasaran las armas.

¿Pero cómo reducir las opciones?

Al hablar con Seguridad Nacional, los agentes se pusieron al día con los procedimientos de búsqueda y escaneo de contenedores entrantes en busca de materiales nucleares. Increíblemente, descubrieron que menos del cien por ciento de los contenedores

eran escaneados para detectar contenido nuclear. Además, la estadística de búsquedas físicas —cuando los agentes gubernamentales realmente abrían los contenedores y revisaban su interior— era prácticamente inexistente. Las inspecciones físicas eran mínimas en comparación con el riesgo implicado, que ofrecía un enorme potencial para introducir de contrabando el tipo de armas que los terroristas deseaban. Así que Timkins y Ng supieron de inmediato que fracasarían por completo sin los números de los contenedores. No había opción: necesitaban los números de envío asignados a cada contenedor que transportara el material bélico ruso.

Sin embargo, solo Russell Xiang tenía esos números. Timkins y Ng no perdieron tiempo en informar que localizar los contenedores por inspección sería como buscar una aguja en diez mil pajares. Aun así, se les ordenó continuar. Lo que no se les dijo fue que su misión era política. No había ninguna expectativa real de encontrar las armas.

Lo único importante era que lo intentaran.

Entonces cuando ocurriera el ataque, el presidente podría demostrar todo lo que había hecho para prevenirlo.

Capítulo Ocho

Antonia Xiang estaba casada con Rusty y creía que él estaba en Rusia, aunque no tenía pruebas. «Pero una esposa siente estas cosas», le dijo a su amiga más cercana del trabajo. Antonia era abogada del personal en la fiscalía de los Estados Unidos en Washington. Trabajaba a poca distancia a pie de la Casa Blanca. Aunque su apellido de casada era chino, y aunque su esposo era de ascendencia china, Antonia no lo era. Nacida y criada en Wisconsin, era una auténtica fanática del queso que aún tenía un enamoramiento secreto por Bret Favre.

El martes estaba en casa con su hijo, que tenía fiebre por el dolor de garganta y que, en los últimos minutos, se quejaba de que le dolían los músculos. Antonia apagó la aspiradora y estaba a punto de ir a verlo cuando sonó el teléfono. Su corazón le dio un vuelco. ¡Siempre podía ser Rusty!

Pero el número no era de Rusia. No tenía el prefijo +7.

—¿Hola?

—Señora Xiang, habla el señor Slosser.

Ella sabía que se suponía que debía saber quién era. Y lo sabía. El jefe de Rusty.

—Sí, lo recuerdo de la fiesta de Navidad, señor Slosser.

—Bien. Bueno, la razón por la que llamo es que hemos tenido un pequeño contratiempo en Moscú y Rusty ha sido arrestado.

—¿Arrestado? ¿Por qué?

—Todavía no lo sabemos con exactitud. Estaba trabajando en la embajada, preparando nuevos folletos para los visitantes. De alguna manera, se vio envuelto en un problema con la policía de Moscú y ahora está en la cárcel.

—¿Él lo llamó para contarle esto?

—No, pero nuestras fuentes...

—¿Qué fuentes? ¿De quién estamos hablando aquí, señor Slosser?

—Nuestra centralita recibió una llamada. Desafortunadamente, la operadora no anotó el número desde el que llamaron. Pero el mensaje era que Russell Xiang había sido arrestado. Está en la prisión de Lefortovo, en Moscú.

«Eso no suena a una multa por exceso de velocidad», pensó. Ella no se alarmaba fácilmente por arrestos y, por eso, le diría más tarde a su amiga, no se había orinado del susto. Su trabajo en la fiscalía de los Estados Unidos era meter a los malos en la cárcel. Iba a seguirle el juego al señor Slosser y averiguar lo que pudiera. Luego decidiría qué hacer.

—Oh, no dije que fuera una multa. La verdad es que no sabemos por qué lo están reteniendo. Probablemente algún tipo de error. Sucede, ya sabe.

—Señor Slosser, sé un poco sobre el trabajo de Rusty. Sé que él no trabaja para la embajada...

Estaba a punto de continuar y decirle que sabía que Rusty trabajaba para la CIA, pero el cabrón le colgó. Volvió a llamar a su número y escuchó una grabación que decía: «El número marcado no existe». «"No existe", y un cuerno», pensó. «¿Qué se creen los hijos de puta de la CIA, que no pueden ser sinceros con miembros de la fiscalía de los Estados Unidos?» Sabía cómo los oficiales de la CIA y los agentes especiales del FBI colaboraban todo el tiempo. Entonces ¿por qué no pueden hacerlo sus superiores? Una pregunta para el mundo en general, si es tan amable. Que alguien se lo explique, porque esta simple ama de casa de Maryland quiere entenderlo.

En fin. ¿Y ahora qué?

Entonces, Russell junior volvió a llamarla. Esta vez sí sonaba peor. Y estaba tosiendo. Así que fue a su dormitorio.

Cuando colgó el teléfono, Slosser fijó la mirada en los dos agentes del FBI.

—¿Oyeron todo eso?

Se quitaron los auriculares y dijeron que sí.

—Su trabajo es vigilar con quién habla. Necesitamos todas las conversaciones, todos los viajes, todas las reuniones. Tenemos que saber a quién elige para defender a su esposo. ¿Entendido?

—Entendido.

—Avísenme en cuanto tengan un nombre. La persona que ella elija me pertenece.

—Entendido —dijeron al unísono.

Diez minutos después, Antonia ya le había dado jugo de naranja a su hijo, una dosis del jarabe para la tos que le quedaba de la vez anterior, le había sonado la nariz y le había untado el pecho con ungüento. Todos los viejos remedios de su madre, ninguno realmente eficaz, pero hacían que el paciente creyera que mejoraba. Además, muchos abrazos. Russell tenía solo seis años, así que aún no había empezado a alejarse de su madre, como ella había escuchado que pasaría.

Ahora tenía dos opciones. Una, dejar lo que estaba haciendo e intentar llamar a alguien en Rusia para averiguar más sobre Rusty; o dos, ir a la cocina, servirse dos dedos de whisky y ver si encontraba dónde había escondido sus cigarrillos la última vez. Con un suspiro profundo, decidió hacer algunas llamadas y luego tomar el whisky. Matar dos pájaros de un tiro.

—¿A quién llamas cuando arrestan a tu esposo en Rusia? —le preguntó esa tarde por teléfono a su amiga en la fiscalía de los Estados Unidos.

—Me rindo.

—Bueno, lo creas o no, hay montones de firmas legales estadounidenses que operan en Rusia. Algunos de sus abogados incluso llevan casos penales. Solo busca en Google «abogados rusos» y prepárate para empezar a llamar.

—Dios mío —dijo Laura.

—Dime, Laura, ¿nuestra oficina mantiene algún contacto con fiscales en Moscú? ¿O con la policía?

—Eh... que yo sepa, no. Nunca he oído algo así.

—Me pregunto si algún bufete ruso tendrá abogados que hablen inglés.

—Seguro que sí.

—Todo lo que puedo hacer es intentarlo. ¡Pobre Rusty!

—Pobre Rusty. Llama ahora, Antonia. Te hará sentir mejor.

Siguió el consejo de su amiga e hizo varias llamadas. Descubrió de inmediato que la mayoría de las empresas rusas querían tratar con negocios estadounidenses interesados en hacer negocios en Rusia. Por supuesto, ahí era donde estaba el dinero grande. Así que siguió marcando. Finalmente, encontró una pequeña empresa con nombres rusos y marcó el siete más el número. Decidió que al tipo le tenían que haber reenviado la llamada, porque contestó aunque probablemente era de madrugada allá. Hablaron y ella le explicó su problema. Su inglés era lo suficientemente bueno. Él dijo que haría algunas llamadas al día siguiente y que la llamaría de vuelta. Ella le preguntó cómo podía pagarle y él dijo, para su sorpresa: «¿Visa? ¿MasterCard?»

A la mañana siguiente él la llamó de vuelta. Tenía noticias. Russell Xiang estaba detenido en la prisión de Lefortovo, en Moscú. «¿Es su ser querido?», le preguntó el señor Andaleyev. Antonia le dijo que el nombre era correcto. Él preguntó qué más podía hacer por ella y ella le preguntó si manejaba casos penales. Hubo una larga pausa. Finalmente dijo, susurrando:

—Aquí no nos mezclamos con el Ministerio de Justicia. Es demasiado peligroso.

—¿Quiere decir que no irá a la prisión a averiguar por qué tienen encerrado a mi esposo?

—No. Demasiado peligroso.

—Podría llamar al fiscal y preguntarle, ¿no?

—Demasiado peligroso.

—¿Qué es lo que sí puede hacer?

—Nada más. No se preocupe por el pago. Adiós.

Y con eso, colgó.

«¿Y ahora qué demonios hago?», pensó Antonia. «No puedo simplemente subirme a un avión y dejar a mi hijo para irme volando a Rusia. Eso no funciona. Además, no hablo ni una maldita palabra del idioma, así que no llegaría a ninguna parte. Estoy realmente molesta con el señor Slosser por no haberse ofrecido a ayudarme con esto». Pero así es la CIA. Son rápidos para pedirte que te metas en la boca del lobo y aún más rápidos para dejarte en la estacada. Rusty lo sabía desde el principio. Supongo que yo también, pero nunca quise admitirlo.

«¿Y ahora qué?», se preguntaba, cuando Russell Junior gritó y le rogó que le comprara una Xbox. «Genial», pensó, «tu padre está encerrado en una cárcel rusa y tú quieres dispararles a soldados rusos en un videojuego. Necesito hablar con alguien».

Entonces Antonia se acordó del padre de Rusty. Justo el indicado.

Capítulo Nueve

A la mañana siguiente, Antonia consiguió una niñera y luego llamó a Henry Xiang para informarle sobre Rusty. Henry se puso manos a la obra de inmediato. Le dijo que revisaría los contactos de su oficina en Rusia. Esperaba que existiera algún tipo de relación entre la fiscalía de EE. UU. en Washington y su homóloga en Moscú. Algo así podría ser clave para sacar a Rusty de prisión. Antonia respiró hondo mientras sacaba el auto del garaje. Le costaba mantenerse entera, pero estaba haciendo todo lo posible. «Un paso a la vez», se dijo, «y todo saldrá bien».

Dentro del edificio Robert F. Kennedy, en su oficina del piso superior, Antonia acababa de quitarse el bolso del hombro y servirse su primer té cuando Maggie Maison, la asistente administrativa de Jeb Niswanger, el jefe de Equipos Especiales, tocó una vez y entró sin esperar respuesta.

—Jeb te quiere en la sala once. Urgente.

Jeb era justo el hombre con quien quería hablar sobre el problema de Rusty. La oportunidad era perfecta. Antonia apartó la taza humeante, sumergió dos veces más la bolsita de té por si acaso y agarró la tableta que necesitaría para tomar notas. Las reuniones con Jeb eran frecuentes para Antonia y, por lo general, no eran más que anuncios de cambios o nuevas políticas. Niswanger tenía la

tarea de mantener a todos los fiscales alineados con la política del departamento. Probablemente habría otros treinta fiscales en la sala. Ella pensaba abordarlo después de la reunión y sonsacarle información sobre Rusty. Tenía el presentimiento de que habría alguna conexión, alguna vía alterna para llegar a las oficinas de los fiscales rusos.

Pero al entrar en la sala de conferencias, se sorprendió al ver que solo estaban presentes Jeb y la propia fiscal de EE. UU., Barbara Anne Belizza. No había dispositivos de grabación ni nadie tomando notas, como era habitual en las reuniones de Niswanger y su equipo, especialmente en esas raras ocasiones en que la jefa misma —la fiscal— participaba. Como simple fiscal adjunta, Antonia no se sentó hasta que Niswanger, que estaba sentado un puesto a la derecha de la fiscal, se lo indicó. La dirigieron a la cuarta silla a la izquierda de la fiscal. Tomó su lugar y encendió su tableta.

—Gracias por venir —dijo Belizza—. Sabemos que esta es una reunión poco habitual para usted, Antonia; llegar y encontrarse solo conmigo y el señor Niswanger esperándola, pero lo que tenemos entre manos hoy también es poco habitual.

A Antonia se le aceleró el pulso. ¿Estaban a punto de asignarle un trabajo ultrasecreto? Eso esperaba; le encantaba estar al tanto de lo que sucedía en la fiscalía federal, especialmente esos grandes casos criminales que ocupaban las portadas mientras los casos avanzaban lentamente por el sistema judicial. Escribió la fecha del día en una nueva página y esperó.

—Poco habitual, pero estoy preparada —respondió con una sonrisa—. ¿En qué puedo ayudar? Ah, y luego necesito hacerle una pregunta.

Alzó la vista de su tableta. Ni Niswanger ni Belizza sonreían.

Belizza respondió:

—Vamos a tener que ponerla en licencia administrativa y ordenarle que se mantenga alejada de la oficina durante varios meses.

Antonia se quedó atónita. Se le puso pálido el rostro y frunció el ceño.

—¿Hice algo mal? ¿Acaso yo...?

Belizza negó con la cabeza.

—No, no, no es nada de eso. Jeb, ¿por qué no se lo explicas a la señorita Xiang?

Jeb Niswanger asintió. Sus gruesas gafas se deslizaron un poco por su nariz al hacerlo.

—Muy bien. Mira, Antonia, ¿nos conocemos desde hace cuánto? ¿Siete años?

—Ocho.

—Exactamente. Y durante ese tiempo hemos desarrollado cierto nivel de confianza entre nosotros, ¿no le parece?

—Sí, me lo parece.

—Pero ahora va a iniciarse una nueva acusación. Una acusación presentada por esta oficina contra... contra... bueno, contra su esposo.»

Antonia se incorporó a medias de su silla, pero luego se dejó caer lentamente de nuevo.

—Espera, ¿acabas de decir que nuestra oficina va a procesar a mi esposo?

—Así es —dijo Niswanger—. Su esposo se ha estado haciendo pasar por un agente de la CIA ante los rusos. Por supuesto, no lo es.

Se quedó atónita. Nunca había oído algo tan ridículo.

—¿Qué es esto, un universo paralelo? ¡Por supuesto que Rusty trabaja para la CIA! ¡Lleva diez años haciéndolo!

—Puede que eso sea lo que él le haya dicho, pero no es cierto. Estuvo involucrado en un asesinato en Moscú, los rusos lo arrestaron y lo están juzgando. El presidente nos ha encomendado procesarlo por hacerse pasar ante el gobierno ruso como agente de este país. Será juzgado en ausencia o, si regresa, será juzgado al volver aquí.

—¡Esto es una locura! Algo está muy, muy mal aquí. ¡Ustedes están ayudando al presidente a echarle la culpa a Rusty!

Niswanger miró a Belizza en busca de ayuda.

—¿Señorita Belizza?

—Correcto. Todo lo que podemos decir por ahora es que otra agencia ha estado investigando las actividades de su esposo. Su esposo ha sido acusado formalmente esta misma mañana.

Antonia sintió que el corazón se le aceleraba. Su frente se humedeció con el sudor del miedo. Se dejó caer bruscamente en su silla y recuperó el aliento.

—¿Acusado? ¿Cuándo se le informó de esto? Está en Rusia desde ayer.

—Sí, está en la cárcel municipal de Moscú.

—Cárcel municipal —susurró Antonia para sí. Luego dijo—: Debo ir. Debo entrar a verlo de inmediato.

—Espera —dijo Niswanger, levantando una mano e indicándole que permaneciera sentada—. Espera, Antonia. Pensemos esto con calma. Eres parte del equipo que está procesando a tu esposo en Estados Unidos. Te están poniendo en licencia administrativa mientras el proceso judicial avanza. Mientras tanto, no eres su abogada defensora y no puedes simplemente entrar a la cárcel en Moscú, mostrar tu credencial de abogada y esperar ver a tu esposo. Además, como miembro de este equipo, se podría decir que tienes un conflicto de interés respecto al señor Xiang. Aunque estés en licencia administrativa para evitar la apariencia de impropiedad, sigues siendo parte del personal, y eso significa que, ética y legalmente, no puedes comunicarte con el prisionero. Al menos no sin que su abogado esté presente y sin algún tipo de autorización firmada por esta oficina. Es un terreno muy pantanoso. Pero el punto es que no puedes simplemente correr a su lado en este momento. No es legal.

—¡Al diablo con lo legal! —gritó Antonia, levantándose de su silla—. ¡Está hablando de mi esposo, señor Niswanger, no de un acusado cualquiera! ¡Es el padre de mis hijos!

—¿Hijos? Solo tienes al hijo, ¿verdad?

Se irguió y adoptó una postura severa, casi militar, mientras decía con orgullo:

—Estoy embarazada de casi tres meses. Y voy a ver a mi esposo. Despídame si es necesario o haga lo que crea que debe hacer, pero voy a ver a Russell hoy mismo, ahora mismo. ¿Eso era todo lo que tenía para mí? ¿Hemos terminado?

—¿Señora Belizza? —preguntó Niswanger—. ¿Algo que agregar?

—Ya ha sido advertida —dijo la fiscal federal—. Le insto encarecidamente a que use la cabeza, Antonia. Ahora mismo está alterada. Probablemente sería prudente que contactara a un abogado de su elección antes de hacer nada.

—Es... es... —la imposibilidad de su situación comenzaba a volverse clara en la mente de Antonia. Las luces se encendieron en su cerebro. Había tantas dinámicas legales en juego en ese momento que realmente sentía que necesitaba hablar con alguien. El que mencionaran a su hijo y que ella recordara que estaba embarazada encendieron una señal de alerta. En ese momento, le debía lealtad a sus hijos. Ellos debían estar bien antes de que ella tomara cualquier otra acción que pudiera resultar en... ¿quién sabe en qué? Tomó su decisión en ese instante.

—Voy a hablar con el padre de Russell. Es abogado y me dará un buen consejo —dijo. Luego, Antonia se desplomó de nuevo en su asiento—. Espera un momento —dijo con solemnidad—. ¿Estoy yo... estoy bajo investigación también?

Belizza palideció.

—No podemos responder a eso, Antonia. Por eso te hemos pedido que te mantengas alejada de la oficina mientras todo esto se resuelve.

Antonia golpeó la mesa con la mano abierta.

—¡No, maldita sea! ¡Díganme la verdad! ¿He sido objeto de alguna investigación junto con mi esposo?

La directora de la agencia y su asistente principal se miraron.

—Sí —dijeron al unísono.

—Dios mío —murmuró Antonia. Se puso de pie y, aunque estaba en estado de shock, logró caminar hacia la puerta.

Luego se fue, moviéndose como en un sueño. Primero regresó a su oficina para tomar su mochila y su bolso, y después salió hacia los ascensores. Presionó el botón de bajar varias veces y siguió presionándolo hasta que las puertas se abrieron con un zumbido.

Entonces entró y al ver que estaba sola, apoyó la espalda contra la pared de acero y rompió en llanto.

—Solo voy a llorar esta vez —logró decir entre lágrimas—. ¡Y después voy a pelear contra ustedes, malnacidos! —exclamó al

espacio vacío que la rodeaba.

Los agentes del FBI, que observaban la transmisión de video desde el ascensor de Antonia y escuchaban sus palabras, se miraron entre sí.

—¿Y bien? —dijo el primero.

—¿Qué? ¿Esperabas que se escabullera y se fuera a esconder? —dijo el segundo—. Eso no va a pasar, ya se los dije. Es una luchadora y esto se va a poner feo.

Siguieron observando la transmisión en video. El momento de lágrimas ya había pasado. La mujer se secaba los ojos con un pañuelo y respiraba hondo. Luego le dijo a la cámara en la esquina superior : «Voy por ustedes, cabrones. Esto no va a quedar así. ¡Ahora pongan eso en su maldito informe!»

—Hecho —dijo el primer agente.

—No esperaba menos —dijo el segundo.

Estaban satisfechos con su trabajo. Al llegar a la oficina, habían revisado el bolso de Antonia. Mientras lo revisaban, el oficial de seguridad colocó un pequeño micrófono en el bolsillo de monedas. Parecía una moneda de diez centavos, pero no lo era. Podía oír a través de cualquier cosa —incluidas las paredes— y mantendría informados a los agentes del FBI sobre cualquier novedad a partir de ese momento.

Escucharon mientras ella rompía en llanto otra vez dentro de su Volvo y luego comenzaba a maldecir.

Entonces rastrearon su vehículo mientras el micrófono transmitía datos de GPS. Su auto se detuvo y el dispositivo se alejó lateralmente. Ella había estacionado y estaba caminando. Subieron el volumen y se recostaron.

Estaban muy cerca y pronto tendrían un nombre para Slosser.

Estaban seguros de ello.

Capítulo Diez

Pisó el acelerador y su Volvo se alejó bruscamente del edificio RFK. Necesitaba hablar. Con el padre de Russell, eso era lo que necesitaba. Él podría contarle más sobre Russell y sobre lo que debía hacer. Contuvo las lágrimas; todavía le resultaba difícil pensar en esos términos —que su esposo estaba en la cárcel— y le iba a tomar mucho más tiempo poder decírselo a sí misma sin ponerse llorosa y sentirse horriblemente asustada. En cuanto a Rusty, su hijo, sabía que no había hecho nada malo, lo que significaba que no se lo quitarían. A menos que... a menos que encontraran algo en su vida que la implicara en lo que fuera que Russell hubiera hecho.

Redujo la velocidad de su Volvo en el siguiente semáforo y luego aceleró cuando se puso en verde, pasando frente al edificio del FBI que prestaba servicio a la fiscalía federal. Dentro había una mezcla de agentes del FBI y policías de D.C.; los primeros para investigar violaciones de leyes federales y los segundos, de leyes locales. Era complicado y, a la vez, no lo era. Antonia había comenzado su carrera trabajando en delitos locales junto con la policía de D.C. antes de pasar al ámbito federal. Ahora eso era todo lo que hacía. O lo que solía hacer hasta hace quince minutos. Sonrió con amargura; incluso habían tenido el descaro de decirle que tendría que

someterse a una prueba de polígrafo y a un test de drogas antes de poder volver eventualmente a su trabajo.

—Claro que voy a pasar por sus aros—le dijo al retrovisor—. ¡No se van a deshacer de mí tan fácilmente, cabrones!

Al darse cuenta de que probablemente su auto también estaba intervenido, compuso una máscara de calma rígida y siguió conduciendo. Pero entonces los sentimientos regresaron con fuerza y, con ellos, las lágrimas. Tenía que admitirlo: estaba más asustada que nunca.

Se serenó y se preguntó cuál debería ser su primer paso. Sacó su celular y llamó a Henry Xiang, el padre de Russell. Al oír su voz y notar la preocupación, él le dijo que por supuesto podía pasar y que le haría un hueco para verla de inmediato. Veinte minutos después, estaba entrando al estacionamiento subterráneo de Xiang and Partners, Abogados.

Henry Xiang era un litigante temible, un hombre de unos cincuenta y tantos años que hacía press de banca con noventa kilos sin sudar y que podía hacer llorar a un jurado a voluntad. Se ejercitaba religiosamente, decidido a seguir teniendo energía cuando se jubilara a los sesenta y cinco, y sus argumentos en la corte eran preparados y afinados por un psicólogo cuya práctica atendía exclusivamente a abogados que querían tener ventaja sobre la otra parte. Henry Xiang estaba casado, tenía cinco hijos que aún se reunían en su casa para Acción de Gracias y Navidad, y era un hombre relativamente feliz en un buen matrimonio con una mujer que era corredora de bolsa. Cuando sonó el intercomunicador, le dijo a su secretaria que hiciera pasar a Antonia de inmediato a su oficina.

Se levantó, rodeó su escritorio y abrazó a su nuera favorita.

—Mírate —dijo, alejándose de la esposa de su hijo y observándola—. El embarazo te hace brillar, Antonia.

Sintió que se le enrojecía el rostro y sonrió.

—Gracias, papá. Me siento muy bien —mintió. Últimamente estaba teniendo problemas con el embarazo y no se lo había contado a nadie. Pero Henry no tenía por qué saber eso. Eso sería para después.

—Siéntate y déjame traerte algo de tomar. ¿Un té, tal vez?

—Nada, gracias —dijo, dejándose caer en una de las sillas para visitantes—. Pero no te cortes por mí.

Él lo desestimó con un gesto.

—Ahora hablemos de Rusty. Estoy atónito por su arresto y muy preocupado. Rusia no es precisamente conocida por respetar los derechos constitucionales de quienes arresta. ¿Qué demonios sabemos hasta ahora?

—Quiero hablar de forma directa y abierta. Quiero hacerte unas preguntas sobre Russell. Necesito sacarme esto del pecho.

El hombre parecía preocupado.

—¿Estás aquí como fiscal?

Sintió que él se estaba cerrando. Se apresuró a añadir a lo que ya había dicho:

—Esto es personal. Se trata solo de Russell y de mí. Bueno, eso no es del todo cierto. También hay un aspecto profesional. Llegaré a eso en un minuto.

—Está bien. Adelante entonces.

—¿Russell... alguna vez estudió ruso?

—¿Estudió ruso? ¿Como para hablarlo? Realmente no lo sé. Nunca mencionó nada parecido. Sabes, su doctorado es en ingeniería de software. Creo que escribió su tesis sobre algoritmos. No creo que haya incluido nada de ruso en eso. ¿O sí?

Ella se encogió de hombros.

—Eso es lo que intento averiguar. La verdad es que lo escuché hablando ruso por teléfono una noche.

—¿Por qué no se lo preguntaste? ¿No crees que podría tener que ver con su trabajo?

—Debería haberlo hecho, pero no lo hice. Amo a mi esposo y no quiero nada más que lo mejor para él. Lo más importante es que no quiero que piense que desconfío de él. Esa es una parte. La otra es que trabajo para el gobierno como fiscal. En algún momento podría tener la obligación de acudir a las autoridades con cualquier información que reciba, algo que no estoy dispuesta a hacer si se trata de Russell. No lo denunciaría ni siquiera con sospechas abrumadoras. Pero tampoco quiero estar en medio si algo anda mal.

—Eso es muy problemático si estás casada con una persona bajo investigación.

Ella le explicó que acababan de ponerla en licencia administrativa y que no sabía nada más; que lo habían arrestado e imputado tras un evento en Rusia y que tampoco sabía más al respecto. Mientras hablaba, le temblaban las manos y la voz se le quebraba. Esto venía de una mujer que Henry Xiang siempre había conocido como más dura que el acero, una mujer capaz de enfrentarse de igual a igual con cualquier hombre en cualquier tribunal en cualquier momento. Quedó atónito y, de pronto, muy preocupado por su hijo. Los rusos no procesaban a nadie a menos que fuera para encerrarlo por mucho tiempo. Tampoco solían fallar. Lo sabía por las historias de Rusty.

Terminó diciendo:

—¿Qué debo hacer, Henry? No tengo ni idea de cómo defender un caso en Rusia. ¿Hay alguien a quien puedas recomendarme? ¿Alguien duro como el acero y que no les aguante ni media a esta gente?

Henry se recostó y consideró varios nombres, hombres y mujeres con los que había trabajado y que sabía que eran abogados defensores sólidos. Entonces lo recordó. Por supuesto.

—Déjame darte un nombre. Con el embarazo, tu trabajo, el trabajo de Russell, la libertad de Russell y tal vez hasta su vida en juego, me gustaría que un abogado que conozco interviniera.

—¿Quién es?

—Mi compañero de cuarto en la universidad. Se llama Michael Gresham.

—¿Podemos llamarlo ahora mismo?

—Lo haré —dijo el suegro mientras levantaba el teléfono.

Capítulo Once

MICHAEL GRESHAM

Henry Xiang me llama unos días después de Navidad. Henry fue mi compañero de cuarto en la universidad; su hijo es agente de la CIA. Por supuesto, se supone que no debo saberlo. Pero lo sé. Henry y yo nos hemos quedado despiertos hasta tarde en más de una ocasión, intercambiando historias y presumiendo de nuestros hijos.

—Michael, soy Henry —dice—, Russell está en la cárcel municipal de Moscú. Lo ha arrestado el FSB. ¿Puedes ayudarlo?

—¿En serio, Henry? ¿Rusia? No sé nada sobre la ley rusa. No estoy autorizado para ejercer allí y no hablo el idioma.

—Eso te convierte en justo lo que estoy buscando —dice mi viejo compañero de cuarto con ese tono seco suyo—. Necesito a alguien que no esté conectado de ninguna forma. A estas alturas la CIA ha negado toda relación con mi hijo. Dicen que nunca han oído hablar de él.

—¿Por qué harían eso?

—Hasta donde podemos deducir, es por las negociaciones de desarme que están teniendo lugar entre nosotros y los rusos. El gobierno no quiere que la misión de mi hijo afecte esas negociaciones.

—¿Y cuál era su misión?

—Eliminar a un traficante de armas ruso, hasta donde sé. El problema es que había vigilancia de la que nadie sabía. Russell fue capturado y ahora se enfrenta a un pelotón de fusilamiento si lo condenan.

Se me cayó el alma a los pies. El hijo de mi viejo amigo estaba en un lío muy gordo. Los rusos no se andan con juegos y, por lo que sé, su sistema judicial está completamente manipulado. La «justicia» en Rusia es solo una palabra más.

—Mira, Henry, hay todo tipo de bufetes estadounidenses con oficinas en Moscú. ¿Qué tal si investigo un poco y te consigo a alguien de confianza? Créeme, avanzarás mucho más avanzado con un abogado de allí. ¿Te parece bien?

Un largo silencio. Siento que estoy defraudando a mi viejo amigo. Además, hay algo más en el fondo. Una vieja herida entre nosotros que nunca ha sanado y probablemente nunca lo hará, y yo fui quien tuvo la culpa. Pero no puedo dejar que eso afecte mi juicio profesional. Enviarme a un tribunal ruso significaría una muerte segura para Russell Xiang. No veo un buen final en hacer eso.

—No te vas a arrepentir. En cuanto cuelgue, empezaré a hacer llamadas.

—Si estás absolutamente seguro de que no puedes hacerlo, Michael, tendré que confiar en tu criterio.

—No te vas a arrepentir. En cuanto cuelgue, empezaré a hacer llamadas.

—Está bien, Michael. Por favor, avísame en cuanto sepas algo.

—Lo haré.

—¿Crees que será hoy?

—Tiene que ser —digo—. Las cárceles rusas son peores que los gulags. Te llamo antes de que anochezca.

Colgamos y empiezo a buscar en Google. Tiene que haber un bufete estadounidense de derecho penal en Moscú.

Siento un nudo en el estómago mientras reviso nombres. Una cosa sé: los tribunales rusos tienen poco o nada que ver con hacer justicia como estamos acostumbrados en Estados Unidos. Pero en cierto modo, después de pensarlo un poco, eso no va a asustarme.

Los tribunales estadounidenses son iguales cuando los ves de cerca. La justicia siempre queda relegada frente al linaje de los implicados y la influencia que tienen en la ciudad.

Golpeo el teclado y sigo buscando. La vida de un hombre está en juego por un lado, y las negociaciones de desarme entre las dos superpotencias del mundo están en juego por otro. Conociendo al Tío Sam, Russell será descartado si es necesario; está solo en esto.

Tengo que calmarme después de que ese pensamiento cruza por mi mente.

De todos modos, no iré a Rusia y punto.

Capítulo Doce

MICHAEL GRESHAM

Claro, punto final.

Henry conocía mis sentimientos por Russell y sabía que no podría negarme a ir. Era un *fait accompli* incluso antes de que me llamara. Especialmente después de que hice algunas llamadas y encontré poco o ningún interés por parte de abogados. Nadie quería enfrentarse al sistema judicial de Moscú. Todos me dijeron lo mismo: el caso está perdido antes de empezar. Me dicen que vaya y trate de conseguir el mejor trato posible para el hijo de mi amigo. Tal vez tengan razón: vivir en un campo de prisioneros es mejor que un pelotón de fusilamiento, ¿no?

Al final, meto algunas cosas en una maleta, beso a los niños y los dejo con su niñera y con su abuela materna en mi casa de Evanston. Mikey ahora va medio día al preescolar y Dania está subiendo de grado; sus vidas han empezado a adquirir nuevas dimensiones, al punto de que mi ausencia por unos días ya no es algo importante para ellos. Lo cual es todo lo que puedo esperar, ya que la pérdida de su madre sigue siendo muy reciente.

Hablando de su madre, se llamaba Danny. La mujer que amé y adoré. En el vuelo a Moscú, durante esas primeras horas, me invade

una soledad cada vez más profunda. Miro por la ventana, observando la masa terrestre abajo pasar sin sentido ni razón, y me doy cuenta de que me duele por dentro y que extraño ser abrazado. Hay un gran consuelo en sentir los brazos de otro rodeándome. Aún más cuando ese otro es alguien a quien amo profundamente. Mientras lidio con estos sentimientos tan intensos, inadvertidamente permito que mi mente y mis emociones se deslicen cuarenta años atrás. De vuelta a la madre de Russell, a Henry, a nuestros largos días y noches durante una sesión de verano justo antes de nuestro último año, y al drama que se desarrolló hasta la graduación. Ahora estoy sumido en la melancolía. Decido que definitivamente es momento de tomarme un trago y hasta llorar en privado antes de que Moscú aparezca grande en mi ventanilla.

El personal del avión me trae un whisky con hielo, algo raro, ya que casi nunca bebo. Me lo tomo y me preguntan si quiero otro. El alcohol ha bajado caliente y fuerte, pero me ha dejado sintiéndome aún más solo al aflorar sentimientos más intensos. Así que rechazo el segundo whisky y opto por un café. Pronto llega y lo bebo a sorbos, al borde de las lágrimas al darme cuenta de que nada va a calmar el dolor que siento por los brazos amorosos de mi esposa, al menos no hoy. Estoy condenado a una noche solo, sin ternura ni consuelo. Entonces, me enderezo. El abogado y el orgullo masculino en mí emergen de golpe. Me reprendo por permitir que mis emociones arruinen mi momento de tranquilidad en el avión. Lo que pudo haber sido un largo respiro de llamadas de clientes, interrupciones del personal y el bullicio general de manejar un bufete de abogados, lo he convertido en una sesión de autocompasión. Al menos así me reprendo ahora. Y funciona. Salgo de mi letargo sintiéndome con energía y decidido a no volver a ese lugar emocionalmente anémico. Así es la psique masculina y yo definitivamente pertenezco a esa especie. Enciendo mi tableta y empiezo a repasar lo que he podido averiguar sobre Russell Xiang.

Horas después, despierto cuando estamos en la aproximación final. Miro por la ventanilla hacia un cielo negro con millones de luces centelleando hacia arriba. La ciudad es enorme. Llegamos a la

pasarela de embarque y entramos en el aeropuerto. Luego recojo mi equipaje y me dirijo al mostrador de Aeroflot.

Rusia es penetrante en diciembre. Por todas partes están los olores de sudor corporal y del humo de tabaco que se arremolina en el aire dentro de edificios públicos como el aeropuerto de Moscú. «Debe de hacer demasiado frío aquí para bañarse», pienso.

—Señor Gresham —dice el empleado de Aeroflot en buen inglés—, su vuelo de regreso ha quedado abierto, como solicitó. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarle?

Me devuelve el billete que le pedí que revisara. Deslizo el billete de regreso dentro de su carpeta y lo guardo en el bolsillo del pecho de mi chaqueta.

—Supongo que no, gracias. Ah, espere. Hay una cosa más. ¿Puede recomendarme un buen hotel donde hablen inglés?

—Muchos de nuestros pasajeros se hospedan en el Moscow Marriott. Está en Tverskaya, que es como la Quinta Avenida de Moscú. En la recepción hay personal que habla inglés.

—¿A qué distancia está de la Plaza Roja caminando? —pregunto. Frunce los labios.

—Quizás quince minutos. Veinte si hay hielo.

—¿Hay hielo?

Su rostro se ilumina.

—Señor Gresham, siempre hay hielo. Es Moscú.

—Incluso en julio. No, es broma.

—No estoy tan seguro. En fin, gracias, Denis.

Bajo a la zona de taxis. El aire helado del exterior me despeja la cabeza. Estoy aquí tras un vuelo de catorce horas desde Chicago a Moscú, con escala en Bruselas. Viajando en clase ejecutiva, pude dormir algo. Pero aun así, a bordo de cualquier transporte público, con gente y personal entrando y saliendo a todas horas del día y la noche, dormir no es realmente dormir. Estaba agotado cuando bajé del avión y listo para dormir.

El taxista me lleva al Marriott y me ayuda a descargar.

Después de una ducha y de cuatro horas dando vueltas en la cama, estoy listo para localizar a Russell Xiang.

Primero, un viaje en taxi de veinte minutos al Tribunal de la Ciudad de Moscú. Este tribunal tiene jurisdicción sobre todos los casos penales que involucren secretos de Estado. Un amable anciano con algún tipo de uniforme me ayuda a localizar el expediente de Russell y me traduce. En resumen, Russell ha sido procesado y acusado de asesinato y de obtener documentos que contienen un secreto de Estado. No hay mucho más que saber por ahora, me asegura el caballero. Luego me entero de dónde está detenido Russell. Así que le doy las gracias y tomo un taxi hacia la prisión de Lefortovo, también conocida como la Cárcel de la Ciudad de Moscú.

Cárcel.

Apenas entro, la cárcel es un lugar desesperanzador y deprimente. Paredes verde lima, linóleo gris descolorido y enormes retratos en la pared de bienvenida de Lenin y Putin. Sostenidos debajo por letras rusas, no me cabe duda de que esos líderes probablemente no están ahí para dar la bienvenida. Esta prisión tiene esa clase de reputación.

Me acerco al mostrador y descubro de inmediato que nadie habla inglés.

Escribo el nombre de Russell en una nota adhesiva amarilla, el único material de escritura que hay en toda la fila de ventanillas de los empleados. La paso por una pequeña compuerta en el plexiglás que me separa del empleado. Obviamente a prueba de balas y de asaltos, la ventana entre nosotros; me pregunto cuán estúpido tendría que ser un ruso para intentar entrar a esta cárcel. Los beneficios de atacar a los empleados de seguridad detrás de un plexiglás en un lugar como este se me escapan. Pero es lo que hay.

La empleada a la que le pasé el nombre de Russell regresa tras conversar con otro par de empleados y supervisores. No sonrío cuando me devuelve la nota adhesiva.

—Nyet —dice y luego levanta la vista hacia la siguiente persona detrás de mí en la fila.

—Un momento —digo bruscamente—. En el tribunal me dijeron que él está aquí. Por favor, déjeme verlo. Russell Xiang, así se llama.

Ella me ignora. Luego me hace un gesto con la mano para que me aparte. Pero no me muevo.

Vuelvo a pasarle la nota por debajo del vidrio divisorio. Ella me la empuja de vuelta.

—No me voy hasta que alguien hable conmigo —le advierto.

Entonces ella presiona un botón y en un instante un guardia armado está a mi lado, escuchando sus palabras. Luego asiente con brusquedad y me agarra del brazo. No me resisto mientras me conduce hacia afuera por las enormes puertas de vidrio, me empuja escaleras abajo y por la acera. Estoy a cincuenta metros de la entrada. El guardia entonces me mira a los ojos, sonrío amablemente y dice, en ruso, palabras que estoy casi seguro significan: «No vuelvas, y si lo haces, te haré daño. Mucho daño».

Asiento y meto las manos en los bolsillos de mi chaqueta. Llevo polipropileno y lana bajo la chaqueta, un gorro con orejeras y guantes gruesos, pero me estoy congelando y el viento helado me corta de inmediato. Así que me acerco al bordillo y empiezo a hacer señas a los taxis.

Cuando estoy de vuelta en el calor de mi habitación de hotel, razonablemente descongelado y disfrutando de mi segundo café del día, me doy cuenta de que esto me supera por completo. Así que llamo a Marcel, mi investigador, y le digo que tome su aerolínea favorita y se reúna conmigo en Moscú. Marcel, que ha trabajado para Interpol y Scotland Yard, domina varios idiomas eslavos, incluido el ruso. A estas alturas no recuerdo qué estaba pensando al venir sin él. Probablemente que Rusia sería como México, donde siempre puedes encontrar a alguien cerca que hable inglés. Y donde el libro de bolsillo de idiomas contiene palabras pronunciables. Rusia y el ruso no se parecen en nada a México y al español. Absolutamente nada que ver.

Рассел.

He aprendido que así se escribe Russell en ruso. Marcel no puede tardar en llegar.

Capítulo Trece

MICHAEL GRESHAM

Marcel aterriza en Moscú a las diez de la mañana del día siguiente. Lleva casi quince años conmigo y nos conocemos desde que nos llamaron para ir a Irak durante la desventura de Bush hijo. Yo serví diez meses en el país con el Cuerpo Jurídico del Ejército; Marcel hizo dos turnos como oficial de logística del general Dumont, lo que básicamente significaba que era un guardaespaldas que no podía disparar porque protegía a un general de cuatro estrellas. Ambos salimos frustrados, pero nos conocimos durante la hora de la cerveza y nos caímos bien. Cuando volvimos a Estados Unidos, yo tenía que resucitar mi bufete y Marcel no tenía adónde ir, así que se unió, obtuvo su licencia de investigador y empezó a trabajar en casos penales para mí. Funcionó bien, y aquí estamos.

Como yo, Marcel no está casado. Su triste historia incluye una esposa fallecida por cáncer de colon. La mía, una primera esposa que se fugó con un hombre más joven para tener un hijo a una edad tardía, y una segunda esposa que fue asesinada. A menudo, Marcel y yo nos encontramos solos, listos para compadecernos mutuamente, algo que hacemos durante la hora de la cerveza los miércoles por la noche. Mi límite son dos cervezas; Marcel, que ya

ha superado la etapa de la cerveza, suele tomar un Johnnie Walker con hielo. No sé cuál es su límite; como un reloj, pide el tercero justo cuando yo me voy a casa.

Lo veo venir por la pasarela de embarque. Hoy viaja ligero: una sola maleta con ruedas. Vamos al hotel y, después de registrarlo en su propia habitación, vamos directo a la mía. Nos miramos y negamos con la cabeza.

—¿En qué estabas pensando, Michael?

—No tengo ni idea. Tal vez en que alguien en esta ciudad sabría inglés.

—No, Rusia no es como otros lugares donde encuentras hablantes de inglés al acecho. Aquí, en cuanto a idiomas, estás totalmente aislado.

—Eso lo aprendí ayer. Por las malas. Pero mira, se supone que Russell Xiang está en la cárcel de Moscú y necesito confirmarlo. Luego tengo que averiguar cómo visitarlo. ¿Estás listo para eso ahora o prefieres ir a tu habitación y echar una cabezada?

—Estoy fresco como una lechuga —dice, siempre dispuesto a lo que sea que yo tenga planeado. Le estoy agradecido.

—Eso es fantástico.

—Solo déjame ir al baño y estoy listo.

—Tómate tu tiempo.

Cinco minutos después, oigo las cañerías de mi baño gemir anunciando que han tirado de la cadena. Ahora, el lavabo sirve agua a su ocupante. Marcel silba mientras hace lo suyo, luego termina.

—Muy bien, ¿estás listo?

Tomamos un taxi de regreso a la cárcel de Moscú.

En el mostrador, la misma mujer me mira, tratando de recordar quizá de qué me conoce. Pero esta vez, cuando llega nuestro turno, Marcel toma la iniciativa y le habla en ruso. Ella responde algo. Siguen así durante tres o cuatro minutos. Finalmente, él se vuelve hacia mí.

—No te muevas de la fila. Dice que él no está aquí. He exigido hablar con su supervisor.

—Tengo esto —digo, y saco mi teléfono con una foto que tomé del escueto expediente del tribunal sobre Xiang—. ¿Hay algo aquí

que diga que él está aquí?

Marcel amplía las imágenes en la pantalla y las examina.

—Mira esto —dice para sí mismo después de pasar por cuatro o cinco pantallas—. Aquí está la prueba de que nuestro chico está justo aquí.

La mujer regresa a su ventanilla acompañada de un caballero mayor. Lleva un traje ruso que le queda terriblemente mal y tiene manchas de café en la corbata. Nos mira de arriba abajo. Luego, Marcel le dice algo en ruso. Momentos después, le muestra a él —y a ella— los documentos del tribunal que tengo guardados en mi celular. Ellos toman el teléfono, lo giran de un lado a otro, luego conversan entre ellos. Después le hablan a Marcel. Él asiente, sonrío y se vuelve hacia mí.

—Tu hombre está detenido bajo el nombre que le dio el tribunal ruso. Es una deformación de su nombre real, adaptado a algo ruso.

—Entonces ¿dónde nos deja eso?

—Han confirmado que Russell está aquí, pero ahora quieren saber con qué autoridad vienes a visitarlo. ¿Eres su abogado? ¿Tienes documentos que prueben que eres un abogado ruso?

Siento que toda la posibilidad de ver a Russell se me escapa otra vez. Casi creí que lo teníamos, pero ahora parece que no.

—Maldición —digo.

Detrás de nosotros en la fila escucho murmullos y lo que evidentemente son quejas de otras personas.

—Están exigiendo pasar delante de nosotros en la fila —me dice Marcel—. ¿Qué hago?

—Dile que soy un abogado estadounidense y que voy a ir a la embajada de Estados Unidos a presentar una queja contra ella si no me deja ver a Russell de inmediato.

Marcel me mira de arriba abajo.

—¿Seguro que quieres hacer eso?

—Sí, estoy seguro.

Se vuelve hacia la recepcionista y le habla con voz firme. Ella empieza a asentir mientras él habla y luego escribe algo en su teclado. Después le habla a Marcel y él se gira hacia mí, sonriendo.

—Dice que no hace falta eso. Podemos reunirnos con él al mediodía.

—Genial, Marcel. Dile que gracias. Dile que volveremos a las doce en punto.

Marcel asiente y le transmite mi mensaje. Ella no sonríe ni reconoce mis palabras; en su lugar, hace señas desde su ventanilla al siguiente hombre detrás de nosotros. Él nos rodea y empieza a parlotear en ruso. Supongo que es ruso... ¿qué más podría ser?

Así que Marcel y yo encontramos una cafetería y pedimos el desayuno. Ya son las once y media; estamos muertos de hambre. Devoramos lo que podría llamarse un desayuno continental con café denso y amargo, y lo acompañamos con otra taza del mismo brebaje, con tanta crema como podemos echarle sin que rebosara.

—Por ti, Michael. Lo hiciste bien en la cárcel.

Levanto mi taza para corresponder su brindis.

—No, todo fue gracias a ti. Gracias por venir.

Después de que le explicamos a Russell Xiang quiénes somos, lo siguiente que dice es sobre Anna Petrov. ¿Dónde está? ¿Estamos allí para ayudarla también? ¿Está bien?

—La verdad es que no tengo esas respuestas —le digo—. Nadie me ha dicho nada sobre Anna Petrov. ¿Ella siquiera está en esta cárcel?

Es una pregunta inútil y lo sé. Él no sabe más sobre este lugar que nosotros. Niega con la cabeza, agotado, y se abraza el torso. Lleva una camisa de algodón fina con rayas verticales y letras en la espalda. Los pantalones hacen juego, igual de delgados, aunque en la cárcel hace un frío helado. Es evidente que la comodidad de los reclusos no es una prioridad para la burocracia penal de Moscú.

—No la he visto. Me dejaron inconsciente en la «casa verde» y desperté en la cárcel.

—¿La «casa verde»? —pregunto.

Estamos sentados en una pequeña sala de conferencias privada. No tenemos duda de que nos están grabando palabra por palabra, así que a propósito mantengo la conversación en términos muy generales.

Russell pasa la mano por la mesa de acero que nos separa, como si la estuviera limpiando.

—La «casa verde» es una casa segura de la Compañía.

—¿Compañía se refiere a...?

—Por supuesto.

—¿Así que usted trabajaba para ellos?

Entrecierra los ojos ante mi pregunta.

—No me diga, señor Gresham. ¿Me están negando?

—Así es. No quieren tener nada que ver con usted.

—Entonces, ¿quién lo envió aquí?

—Su esposa y su padre. Su padre me llamó y me convenció para que participara.

—Pobre papá y pobre Antonia. Estoy seguro de que la Compañía no les está diciendo nada.

—Eso es, básicamente. Ahora, teniendo en cuenta que esta sala está intervenida y probablemente grabada en video, lo que quiero que haga es deslizarse aquí a mi lado en este banco y susurrarme al oído cómo fue que lo arrestaron.

Él obedece, rodeando la mesa. Yo me hago a un lado y Marcel cede su asiento y cruza hacia donde estaba sentado Russell. Marcel se sienta en el banco de acero y empieza a hablar sin sentido —canciones infantiles, letras de canciones—, cualquier cosa para generar ruido blanco que cubra los susurros de Russell.

Mientras Marcel genera su cobertura sonora, Russell repasa los días previos a su arresto. Me explica sobre Henrik, sobre el conocimiento del manifiesto de carga del envío de armas, sobre el asesinato del jefe de la Estación en Moscú y sobre el trabajo de Anna con él. También me da información sobre cómo puedo probar su conexión con la CIA, pero me advierte que nunca use esa información sin consultarle primero y obtener su aprobación. Acepto y me cuenta todo, incluso dónde están enterrados todos los cuerpos. Literalmente, en algunos casos. Me dice que lo llevaron a juicio una vez y que un magistrado que hablaba inglés le explicó de qué se le acusaba y cuáles eran las posibles penas.

—Me acusaron de robar secretos de Estado —susurra—. ¿Las posibles penas? Muerte por fusilamiento.

Me quedo sentado, dejando que esa información dé vueltas en mi cabeza. Es una noticia terrible y siento que nunca tendré suficientes herramientas para defender con éxito a Russell, ya que no hablo el idioma, no pertenezco al colegio de abogados local y no tengo ni idea de las reglas rusas sobre procedimientos. Le serviría lo mismo que lo ayudara un estudiante de bachillerato.

—Entonces consiga a otra persona, señor Gresham —dice con calma—. Mi padre contratará a un abogado ruso como coabogado.

—Estoy seguro de que lo hará, y eso es exactamente lo que planeo recomendar. En cuanto regrese al hotel, voy a empezar a hacer llamadas y luego haré mis rondas. ¿Estará bien aquí unos días más, hasta que pueda llevarlo de nuevo al tribunal e intentar solicitar la libertad condicional?

—Si considera que comer sopa de remolacha con pan dos veces al día es estar bien, entonces supongo que sí. Al principio pensé que estaba sangrando en las heces. Ahora lo entiendo: es la remolacha.

—Nunca lo había pensado —dice Marcel, ahora que hemos vuelto a hablar en un volumen normal.

—No tiene nada de bonito —dice Russell, forzando una sonrisa para nosotros.

Nosotros le devolvemos la sonrisa, aunque los tres sabemos que es como silbar al pasar frente al cementerio. Son tiempos aterradores y necesitamos abogados y hacer lo que hay que hacer.

Capítulo Catorce

MICHAEL GRESHAM

—Vas a necesitar una nueva identidad —dice Marcel esa noche en mi habitación del hotel. Estamos comiendo un asado de ternera con patatas y cebolletas, regado con el mismo café ruso rancio de esta mañana. Pero no nos quejamos. Vemos un camino hacia adelante.

—Voy a necesitar una nueva identidad. ¿Por qué?

—Porque no quieres que haya repercusiones en casa. Esta es la clase de gente que iría tras tu familia.

—¿El FSB lo haría?

Él resopla.

—Hace apenas unos años eran la KGB, bajo el mando de Putin, quien ahora también dirige el FSB. Gente muy peligrosa, jefe.

—Entonces, ¿quién voy a ser?

—Mijaíl Sájarov.

—Sájarov.

—Sájarov el Oso. Vas a ser ruso. Mijaíl Sájarov existió en realidad, y vamos a tomar prestada su identificación, ya que tendría más o menos tu edad.

—Bueno, lo descubrirán de inmediato si soy alguien que existió, ¿no?

—No necesariamente, porque nadie estará buscando. Esta tarde alquilé un piso a un kilómetro de la Plaza Roja donde pasarás desapercibido.

—¿Agua caliente?

—Sí, agua caliente. Y amueblado como una película de cine negro de los años cuarenta.

—Perfecto. Puedo practicar mi Sam Spade. Con disculpas a Bogart.

—Escúchame, Michael. Vas a estar solo allí. No puedo acompañarte.

—¿Por qué no?

—Porque el FSB sabe quién soy y tiene un expediente completo sobre mí. Desde hace muchos años.

—Ah —digo, al encenderse la luz en mi cabeza. Claro, Marcel ha estado en Moscú antes y solo Dios sabe qué hizo aquí.

—Soy un hombre muy buscado. Así que no te convienen que te vean conmigo ni que te relacionen conmigo de ninguna manera. Para que conste, no volé hasta aquí con mi nombre real.

—Entendido. ¿Entonces mañana tomo un taxi a ese piso y me mudo con mis cosas?

—Más o menos. Estoy preparando unas tarjetas en ruso que explican que no puedes hablar, que eres víctima de un derrame cerebral.

Al día siguiente, hago mis maletas, lo meto todo en un taxi furgoneta y le doy al conductor la dirección de mi nuevo hogar. Está a unos diez minutos de la Plaza Roja, incluyendo dos embotellamientos por accidentes y una fuerte nevada. El barrio es viejo y lúgubre, con algunas iglesias en las esquinas de las calles que llevan a mi nueva vivienda. No parece haber nadie afuera; hace demasiado frío. Al girar en la calle Inkanov —mi nueva dirección—, la luz es tenue, el cielo está densamente nublado y gris, y de pronto me doy cuenta de que podría estar en cualquiera de un millón de vecindarios del medio oeste de Estados Unidos. Misma arquitectura, mismos edificios y casas, todo igual. Excepto que los letreros son completamente ilegibles y el taxista habla un idioma que no comprendo ni por un segundo. Me deja en mi dirección, da la vuelta

y abre mi puerta. Momentos después, me quedo de pie en la acera, con mis pertenencias colgando de los brazos, preguntándome cómo voy a cruzar el hielo del sendero recién paleado que lleva a mi nuevo hogar. Al final, bajo la cabeza y empiezo a subir por la acera hasta el porche, resbalando un poco en los escalones, y entro sin tocar la puerta porque estoy en un área común.

Subo las escaleras; el segundo piso es todo mío. Como prometido, la llave está sobre el dintel y entro por mi cuenta. El piso consiste en un mobiliario básico, cortinas de encaje cargadas de polvo —lo descubro al intentar abrirlas para dejar entrar luz— y un papel tapiz que bien podría ser de una granja rural de Wisconsin de 1955. El lugar huele a viejo y a humedad, y supongo que hay moho por todas partes, dentro de las paredes y bajo los lavabos. Soy muy sensible al moho, ya que ha atacado mi casa en Evanston dos veces en quince años y es muy caro eliminarlo. En el único dormitorio, dejo mis maletas en el suelo y me dejo caer sobre la cama doble. Resortes en el colchón y un marco inestable que podría colapsar en cualquier momento. «Nada de chicas aquí arriba», me sorprende pensando. Estoy en casa.

He recogido un teléfono desechable y lo saco del bolsillo de mis vaqueros. Hay wifi en la casa, como prometió, y mi portátil se conecta de inmediato sin necesidad de contraseña. Ahora estoy listo para ocuparme del motivo por el que estoy en Rusia.

Encuentro en internet cuatro bufetes de abogados en Moscú que dicen tener un ochenta y cinco por ciento de dominio del inglés. Los dos primeros que marco están cerrados, ya que salta el buzón de voz. Dejando esos de lado, intento con el tercero.

La voz masculina habla en ruso. Yo, por supuesto, no entiendo.

—Llamo por ayuda legal. ¿Habla inglés?

Me emociona cuando la voz responde:

—Sí. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me llamo Sájarov. Soy abogado estadounidense y tengo un cliente americano en la cárcel municipal de Moscú. Necesito un coabogado para defender a mi cliente. ¿Puede ayudarme?

—Creo que sí, señor Sájarov.

—¿Cuál es su nombre?

—Me llamo Ivanovich, pero prefiero que me llamen Van.

—De acuerdo. ¿Cuándo puedo ir a verlo?

—¿Esta noche le parece bien? Vivo encima de mi oficina y no tengo problema con horarios tardíos.

—¿Qué hora es ahora?

—Poco después de las tres.

—Parece que son las nueve de la noche.

—Aquí oscurece bastante en invierno. ¿Qué tal las seis?

—Allí estaré. ¿La dirección de su página web está actualizada?

—Sí. Ve a la puerta lateral del edificio y toque el timbre. No debería estar congelado, pero me aseguraré.

—Perfecto. Y gracias, Van.

—Nos vemos a las seis, señor Sájarov.

—Mijaíl.

—Entonces Mijaíl.

Casi tres horas después estoy tocando su timbre. La puerta se abre y un hombre ruso de tez morena me invita a entrar a una oficina que contiene varios archivadores; debo girar de lado para pasar entre ellos. Luego viene un enorme escritorio y dos sillas para visitantes. Me siento en una de las sillas y miro alrededor. Lo primero que noto, directamente detrás de mí, es una gran fotografía de las Torres Gemelas antes del 11 de septiembre. Me parecen completamente fuera de lugar aquí en Moscú, Rusia, pero luego recuerdo que este hombre habla buen inglés, así que probablemente haya alguna conexión. Me guardo eso para después.

Él toma la chirriante silla ejecutiva frente a mí y enciende un cigarrillo. Me ofrece el paquete abierto y niego con la cabeza.

—El Ministerio de Sanidad y todo eso —dice con una sonrisa. Definitivamente ha pasado tiempo en EE. UU. y se ha topado con nuestras advertencias en los cigarrillos.

—Sí, estoy de acuerdo. El Ministerio de Sanidad.

—Cuénteme un poco sobre usted Mijaíl. Su nombre es ruso, ¿lo es usted?

—Mire, no tengo más opción que ser totalmente franco con usted. ¿Es seguro hacerlo?

Él mira alrededor del cuarto, eligiendo sus palabras.

—Si se refieres a si esto es confidencial, entonces sí. Si me pregunta si entregaría a un enemigo del Estado, la respuesta es no. Pero si me pregunta si me derrumbaría bajo tortura y lo delataría, entonces la respuesta también es no, sus secretos no están seguros conmigo porque soy un cobarde absoluto cuando se trata de dolor. Y créame, Mijaíl, cuando se trata de infligir dolor no hay agencia mejor equipada para eso que la policía militar rusa, el FSB. Gobiernan el país con la bendición de Putin y son serpientes venenosas con su mordida.

Me cae bien y me siento cómodo después de eso, salvo por la parte de la serpiente del FSB. De todos modos, es de los míos.

—Muy bien, entonces voy a confiar en que el FSB nunca lo detenga para torturarlo. Voy a confiarle todo, Van.

Golpea su cigarrillo contra el borde de un gran cenicero de cristal.

—Buena idea. Ahora, hábleme de usted.

Y eso hago. Lo pongo al tanto de mi historia, de mi conexión con mi cliente a través de su padre, que fue compañero de cuarto mío; el hecho de que lo detienen por un asunto de secretos de Estado, y de mi desesperación por sacarlo de ese lío.

—Un lío, sin duda —dice Van cuando termino—. Su cliente puede ser fusilado si lo condenan, un desenlace muy común en estos casos. El presidente Putin no es amable con quienes comprometen secretos de Estado. O con quienes trafican con ellos, que probablemente es lo que hacía su hombre si era de la CIA. Supongo que trabaja para la CIA, Mijaíl, ¿estoy en lo cierto?

Suspiro y decido que voy con todo. No tengo otra opción.

—Está en lo cierto. De la CIA hasta la médula.

—Eso no es bueno. Como dicen en Estados Unidos, con eso ya lleva dos *strikes* en su contra.

—Su conexión con Estados Unidos es evidente. ¿Puedo preguntar cuál es?

—Derecho en la Universidad de Nueva York, 1986. Mi padre trabajaba en el consulado ruso en Nueva York.

—Me lo imaginaba.

—De ahí las Torres Gemelas. Pasé una buena cantidad de tiempo en Nueva York, yendo de juerga.

—Como debe hacer todo estudiante universitario —digo, recordando mi época en Georgetown y nuestros viajes a Manhattan durante los fines de semana en busca de mujeres emocionantes. Éramos salmones luchando contra la corriente para aparearnos con ellas.

—Entonces ¿preguntas?

—Sí. ¿Qué hay de la fianza para mi... puedo decir «nuestro»?

—Puede decir «nuestro» si tiene cinco mil dólares para contratarme.

—Considérelo hecho.

—Entonces, déjeme decirle. A nuestro cliente no le concederán la libertad bajo fianza. No hay fianza para este delito. Es un delito capital, y los delitos capitales no tienen fianza.

—Así que se queda atrapado en la cárcel mientras la justicia avanza a paso de tortuga.

—Lo siento, pero sí.

—Hablando de eso, ¿cuánto tiempo tomará este proceso judicial de principio a fin?

Enciende otro cigarrillo con las brasas del primero. Una enorme bocanada de humo sale por sus fosas nasales.

—Mucho más rápido de lo que se imagina. Probablemente tendrá su audiencia preliminar esta semana y el juicio será en unos treinta días.

—¿Treinta días? ¿En serio?

—Sí. Los acusados rusos tienen derechos garantizados por la Constitución, pero en la práctica son meramente formales. No existe el proceso de presentación de pruebas como en los tribunales estadounidenses. No hay motivo para demorar. El Estado está ansioso por dar un escarmiento con nuestro cliente. ¿Cuándo puede pagarme?

—Puedo darle un cheque ahora mismo.

—¿Tiene American Express?

Lo miro. Está ansioso por cobrar. No lo culpo; probablemente fue un golpe de suerte que yo apareciera por aquí.

—Sí —digo y deslizo mi tarjeta American Express sobre su escritorio. Él la toma y la examina.

—¿Quién es Michael Gresham?

—Es su tarjeta. Tengo su permiso.

—Perfecto.

Pasa la tarjeta por un lector antiquísimo; unas luces se encienden, algo emite un pitido y, en menos de un minuto, ya he contratado a mi coabogado.

—¿Necesita un contrato de honorarios por escrito? —pregunta. Negó con la cabeza—. Cuanto menos papel, mejor.

—Estoy de acuerdo. Mi oficina podría ser registrada por el FSB en cualquier momento una vez que acepte el caso. La suya también. Supongo que trabaja desde casa, ¿cierto?

—Sí.

—Un consejo. Nunca dé su dirección personal a nadie. Invéntese algo. O use la mía. Aquí tiene mi tarjeta. Muéstreles esto.

—Gracias, Van. Ah, una pregunta. ¿Cuál es su área habitual de práctica legal?

Sonríe.

—Recursos de recalificación urbanística.

—¿Urbanismo?

—Exacto.

—¿Alguna vez ha defendido un caso penal en un tribunal ruso?

—No, pero usted tampoco. Nuestro único límite será la imaginación. Así que prepárese para volar, camarada. ¡El cielo es nuestro!

Mientras regreso más allá de los archivadores hacia la puerta, solo me pregunto una cosa: ¿en qué demonios me he metido? Y, por extensión, ¿en qué he metido a Russell Xiang?

En la calle, pasan solo cinco minutos antes de que logre detener un taxi. Le doy al conductor una de las tarjetas que Marcel preparó para mí —soy víctima de un derrame cerebral y no puedo hablar—, y él lee la dirección con voz grave y me asiente por el retrovisor.

Nos adentramos en la noche oscura, con el tráfico zumbante de Moscú cerrándose a nuestro alrededor mientras, en mi mente, puedo ver al FSB en dos autos justo detrás.

¿O son tres?

Capítulo Quince

MICHAEL GRESHAM

Llama Van. Russell intentó escapar, fue capturado y golpeado brutalmente. Está en la enfermería de la cárcel de la ciudad. La cárcel llamó a Van porque él había enviado un aviso informando que ahora era su abogado oficial. Me pregunta qué quiero hacer. Le digo que nos veamos allí en media hora.

Está nevando cuando salgo corriendo y tomo un taxi. Aquí siempre está nevando. Las calles están negras de ceniza, usada por el departamento de calles de Moscú en lugar de sal.

Me dejan frente a la cárcel y subo los escalones de dos en dos. Adentro, encuentro a Van y me dice que la enfermería está afuera, dos edificios más abajo. Así que salimos, encontramos el edificio correcto y entramos apresurados. Sentimos que el tiempo apremia, pero en realidad, apenas entramos y preguntamos en el mostrador para ver a Russell, nos dicen que habrá al menos una espera de dos horas porque la enfermería no tiene suficiente personal para supervisar visitas. Así que, literalmente, tomamos un número y nos dirigimos a la sala de espera.

Una televisión parlotea sobre esto y aquello, mientras a nuestro alrededor se sientan otros visitantes. Van decide cambiar el canal y

busca el control remoto. No se puede encontrar, así que va hasta la TV y estira la mano hacia el botón de canales. Inmediatamente, una voz áspera le grita. Van le responde al hombre y luego me dice:

—Dice que quiere seguir viendo el canal de Putin. ¿Puedes creer a este estúpido patán peludo?

El hombre, al que se refería Van, vuelve a hablar cuando Van hace el cambio. Luego se levanta y empieza a acercarse a Van por detrás. Sin decir una palabra más, Van se da vuelta y enfrenta al visitante molesto. Sus puños se aprietan y permanecen apretados, y el hombre lo ve y detiene su avance. Se intercambian palabras con voces altas y enojadas, terminando con Van señalándome a mí y luego a la silla donde estaba sentado el hombre, y después el hombre se da la vuelta y regresa a su asiento. Mira a su alrededor con timidez y recoge un periódico abandonado. Van vuelve a sentarse a mi lado.

—¿Qué le dijiste? — le pregunto.

—Le dije que eras del FSB y que querías que pusieran el canal de deportes.

Miro al hombre y entrecierro los ojos como si lo evaluara con desdén. En otras palabras, lo estoy mirando por encima del hombro. Él aparta la vista, temeroso por su seguridad; ha creído la mentira de Van.

No estoy seguro de que me guste hacer de matón y le susurro a Van que preferiría no ser del FSB otra vez. Él me sonríe y me da una palmada en la espalda.

—Simplemente tienes ese aspecto —dice—, con el cabello corto y esa postura orgullosa que siempre mantienes.

—¿Ah, sí?

Justo entonces, Van se pone de pie.

—Vamos, Mijaíl, llamaron nuestro número por los altavoces.

No ha pasado ni de lejos dos horas, pero ¿quién se va a quejar?

Nos llevan hasta la última cama a la derecha. La cama noventa y dos está atornillada al suelo y el paciente está inmovilizado con esposas y grilletes. Russell ya no se parece a Russell. Su rostro está hecho pulpa, ambos ojos están morados, el brazo derecho enyesado y tiene tubos que entran en su cuerpo desde todos los ángulos. Al

lado de la cama hay una botella para orina que se está llenando mientras nos acercamos. El hombre logra sonreír a pesar de su rostro maltrecho. Tiene los dientes frontales astillados —aunque quizá ya lo estuvieran antes— y, cuando habla, se le escapa un pequeño silbido en las eses.

—¿Así que ustedes son mis visitantes? Señor Gresham, ¿encontró un coabogado?

Tomo el asiento más cercano a su cabeza. Pongo mi mano sobre la suya y digo:

—Sí. Se llama Van.

Mira a Van y luego vuelve a mirarme a mí.

—El traje de este caballero me dice que es ruso.

—Buena observación —digo—. Se llama Ivanovich. Es un tipo muy inteligente.

—Excelente. Ya me siento mejor, aunque probablemente no lo parezca.

—Intento de fuga, ¿cierto?

—Así es, yo...

—Espera un momento, por favor. Hablaremos de eso más tarde, cuando estemos lejos de otras personas y micrófonos.

—Está bien. —Gime e intenta girarse un poco para verme mejor. Yo deslizo mi silla y ahora podemos mirarnos a los ojos.

—Esta es la situación. Van me dice que el tribunal ni siquiera permite fianza en los casos que involucran secretos de Estado o asesinato. Son delitos capitales y aquí no hay fianza para ellos.

—Me lo imaginaba. Lo que me estás diciendo es que más vale que me prepare para una larga estadía.

—No sé cuánto tiempo será —interviene Van de repente—. Estarás en juicio para finales del próximo mes. No más tarde, eso te lo puedo prometer.

—Eso son siete semanas —dice Russell y gira los ojos hacia mí—. ¿Podremos estar listos?

—No tenemos opción —le digo—. Ahora vamos a necesitar un método de comunicación. ¿Se te da bien algún idioma?

—Crecí con el mandarín en casa.

Me vuelvo hacia Van.

—Van, ¿hablas mandarín?

—Para nada. Hablo inglés y ruso. El francés que sé apenas me alcanza para ganarme la mirada desdeñosa de la mayoría de *maîtres* en París.

—Mi esposa habla mandarín con fluidez. Tal vez podría ayudar — dice Xiang.

Miro a Van. Él se encoge de hombros.

—Déjame hablar con un amigo —digo con aire enigmático, evitando mencionar a Marcel por nombre.

—Está bien.

—¿Qué te parece esto? —Anoto una nota en mi bloc legal amarillo. Se la paso para que la lea: «Escríbeme un resumen falso de todo lo ocurrido que esté relacionado con los cargos penales. Asegúrate de que parezca que vienes de China y que estabas aquí explorando oportunidades de inversión. Dame nombres, fechas, lugares, todo inventado. Escríbelo en mandarín y un hombre de mi oficina pasará a recogerlo. ¿Te parece bien, Van?»

Van asiente con la cabeza.

—El acusado definitivamente tiene derecho a una comunicación plena y sin restricciones con su abogado.

Digo:

—Que normalmente es escuchada por el personal de la cárcel y entregada al FSB, que a su vez la pasa a la fiscalía. En realidad, no es tan diferente de cómo hacemos las cosas en la USSA.

Russell capta la indirecta, la referencia a la canción de los Beatles. Asiente, intenta sonreír, pero termina con una mueca cuando sus labios se agrietan y vuelve a sangrar. La enfermera se acerca y le aplica algo que huele fuerte, como alcanfor, en los labios. Le habla a Van en ruso.

—Cinco minutos —me explica él.

Entonces Van me lleva aparte.

—¿No creerás que nadie en el FSB sabe chino mandarín?

Sonrío y él estudia mi rostro.

—Por supuesto que saben chino.

—Entonces, ¿por qué hacer que él te diga las cosas confidenciales en chino?

—Russell Xiang es chino y solo habla chino. Su padre me ha proporcionado una dirección en China que confirmará que Russell vive allí con su familia y que nunca dejó China. Así que, para los rusos, él es chino. Siendo así, ¿por qué un visitante chino empezaría de repente a trabajar para la CIA? Se llama negación verosímil. Estudia a Richard Nixon, alrededor de 1972, para conocer toda la historia.

—No lo entiendo.

—Es una tradición estadounidense. Los políticos la han usado durante cincuenta años. Ahora la vamos a aplicar bien en Rusia. Es así: cuando defendemos casos penales en EE. UU., empezamos con el informe policial. Nuestra oportunidad está en lo que no se dice, lo que el informe no aborda. Muchos abogados defensores entonces crean esas partes no dichas. Así es como se fabrica una defensa.

—¿Tú haces eso?

Sonrío.

—Lo hago cuando estoy en Rusia, en un tribunal de pacotilla.

Estamos susurrando mientras hablamos de un lado a otro. Russell intenta escuchar, pero somos demasiado silenciosos para eso. No queremos que puedan drogarlo y obtener nuestras palabras de su boca.

Finalmente, Van empieza a asentir, esbozando de vez en cuando una gran sonrisa.

—¡Así que vamos a negar por completo que sea estadounidense!

—Bienvenido al rodeo, Van. Acabamos de encontrar nuestra defensa.

—Lo que él pueda negar de forma creíble.

—Sí, porque tenemos acceso a China y a nuestros contactos allá a través del padre de Russell. Los rusos no. Son odiados y temidos allí. No pueden verificar nada de lo que digamos.

—Me caes bien, Mijaíl —dice, levantando la mano y apoyándola en mi hombro—. Ustedes, los estadounidenses, son tan increíbles como dicen.

—¿Tan increíbles como quién dice?

Se encoge de hombros y parpadea.

—Lo dice todo el mundo.

Capítulo Dieciséis

MICHAEL GRESHAM

La embarcación era noruega y llegó al puerto de Long Beach un domingo por la noche. El barco era de clase Panamax y transportaba cuatro mil seiscientos TEU (contenedores).

Los contenedores amarrados sobre su larga cubierta plana eran de todos los colores. Estaban asegurados en la cubierta con guías de celda; no había habido ningún problema con el desplazamiento de la carga en ningún momento.

A las doce y media de la noche, los estibadores estaban ocupados trasladando los contenedores a suelo estadounidense; al cemento, para ser exactos. Al amanecer, los contenedores recuperados estaban apilados en grandes montones y el proceso aún continuaba. En ese momento, se había descargado menos de la mitad de la carga. Entre los ya desembarcados estaban los números NB322V-1993x - NB322V-1223x. Eran los números que Russell Xiang había memorizado y eran los contenedores que el FBI y el DHS buscaban frenéticamente. Allí, sentados en el muelle de Long Beach, los contenedores no se veían diferentes de los otros miles y miles de contenedores a lo largo de los enormes muelles y áreas de recepción.

Eran simplemente otro envío más de miles de unidades fungibles.

Dentro de las «cajas de Henrik» había ametralladoras Browning calibre .50, miles de fusiles de asalto AK47 con capacidad de fuego automático, fusiles de asalto F2000, un contenedor completo de misiles FIM-92 Stinger, gas nervioso Sarín, decenas de miles de cartuchos de munición, lanzacohetes M72, gas cloro y tres mil fusiles M4 con munición. Estos eran los artículos del conocimiento de embarque de Henrik. Muchos de los contenedores con su gas nervioso y municiones eran materiales peligrosos y volátiles, y debieron haber sido separados durante el viaje, pero no lo fueron gracias a un intercambio de dólares estadounidenses en distintos puertos de escala.

Pero hubo un pequeño inconveniente. El conocimiento de embarque de la carga fue borrado inadvertidamente de las computadoras del barco. En realidad, fue un acto de sabotaje, pero la tripulación quedó con la idea de que fue solo un error de uno de ellos. ¿El resultado? Nadie vino a reclamar los contenedores. Así que allí quedaron, bajo el brillante sol de Long Beach en enero.

Parejas paseaban por los muelles; los turistas caminaban por senderos formados entre los contenedores. Niños del lugar jugaban al escondite entre ellos. Mientras tanto, a lo largo de los muelles, el FBI y el DHS los buscaban. Solo que no tenían descripción ni números. Era mucho más difícil sin los números; había más de un millón de contenedores iguales a esos a lo largo de los muelles.

A veces, en los juegos de niños, el mejor escondite es el más obvio.

A veces también lo es para los adultos.

Capítulo Diecisiete

MICHAEL GRESHAM

A la mañana siguiente me levanto antes del amanecer y me dirijo al aeropuerto. Necesito hacer una llamada telefónica desde Zúrich.

La nieve sopla desde todas las direcciones y las ráfagas de viento amenazan con sacar de la carretera nuestro taxi. Pero mi conductor persiste, se toma su tiempo y me deja en la acera de desembarque del aeropuerto con solo mi mochila y mi portátil. Llevo puestos unos vaqueros, un suéter de lana y mi chaqueta. En el bolsillo interior está mi smartphone. Contiene un nuevo contacto: la esposa de Russell Xiang, con su número de teléfono. Russell lo introdujo en mi teléfono usando solo un dedo antes de que lo dejáramos ayer. Ahora estoy listo.

En el Boeing 777, vuelo en primera clase. En el respaldo del asiento de delante hay un folleto suizo. Lo leo y me recuerdo a mí mismo que realmente necesito hacer algo de turismo mientras esté en Moscú. La tripulación se acerca y me ofrece champán.

—Señor Sájarov —dice una azafata—, ¿le interesa un delicioso champán francés antes del despegue?

Le digo que no y sigo leyendo el folleto:

Moscú se convirtió en la capital rusa en 1480. Como la mayoría de los turistas, deberías comenzar a explorar la ciudad por el Kremlin. La Catedral de San Basilio es sin duda una de las piezas arquitectónicas más asombrosas del mundo, con sus exquisitas cúpulas y su vívido ladrillo que destacan como una joya entre las muchas maravillas arquitectónicas ubicadas alrededor de la mundialmente famosa Plaza Roja. Aquí se encuentra el Museo Histórico, el Mausoleo de Lenin justo al lado del Muro del Kremlin y la Torre Spasskaya del siglo XVI. Las famosas joyas de los zares están en exhibición en el Kremlin. Pero no olvides visitar uno de los cientos de parques en Moscú, siendo el Parque Gorki el más famoso y céntrico. Disfruta de una noche de clase mundial y visita el famoso Teatro Bolshói para una función de ballet única en el mundo.

—Interesante —murmuro al asiento vacío junto a mí—, pero estoy saliendo de Moscú y yendo a Zúrich. ¿Dónde está el folleto sobre Zúrich?

Observo las granjas, bosques, ríos y montañas rusas una vez que estamos en el aire rumbo hacia Suiza. El aire a esta altura es muy tranquilo, ya que estamos muy por encima de las nubes y las montañas y su clima feroz. Finalmente, me recuesto y sueño con mi esposa e intento recordar sus últimas palabras antes de morir. Me adormezco y despierto varias veces en el camino, soñando que ella extiende una mano hacia mí y trata de llamar mi atención. Intento bloquear el ruido del motor y el tintineo de los cubiertos mientras preparan la comida, solo para escuchar lo que intenta decirme. Pero no sirve de nada. En lugar de Danny recibo una pechuga de pollo al limón, arroz salvaje, verduras al vapor y dos tazas de café. Lo acompaño todo con varios vasos de agua y pienso que tengo sed por las lágrimas que he llorado mientras estoy solo en mi asiento, sin que nadie me vea, extrañando a mi hermosa esposa. Luego aterrizamos y la vida comienza de nuevo.

Mi vuelo de regreso es dentro de tres horas. ¿Por qué vine a Zúrich? Vine aquí para hacer una llamada telefónica. En mi teléfono, localizo el número de Antonia Xiang y pulso «llamar». El teléfono hace lo suyo, hay una pausa y luego una voz responde.

—¿Hola?

—Señora Xiang, soy Michael Gresham.

—¿Quién?

—Soy el abogado que su suegro envió a Rusia para reunirse con Russell.

—¡Ah, sí! ¿Ha visto a mi esposo? ¿Cómo está?

—Lo he visto. Ha pasado por momentos difíciles, pero va a estar bien.

—¿Lo están tratando horriblemente?

—Intentó escapar y lo golpearon brutalmente. Ahora está en la enfermería de la cárcel, donde parece que se recuperará por completo.

—Gracias a Dios. ¿Cuándo cree que volverá a casa?

Estoy sentado en una sala de espera para pasajeros completamente vacía, ya que no hay ningún avión afuera de la ventana preparándose para abordar. Por eso me inquieta cuando una mujer de piel olivácea que lleva *hiyab* entra en el área y se sienta detrás de mí. Ahora estamos espalda con espalda, las únicas dos personas en toda la sala de embarque. Así que me levanto y me alejo.

Mientras me aparto, doy un paso hacia atrás cuando ella, de repente, saca un teléfono inteligente y empieza a apuntarme con él, claramente haciéndome fotos.

Estoy atónito por su descaro y su total indiferencia hacia mí. Pero ¿por qué el *hiyab*? ¿Por qué una mujer de Medio Oriente trabajaría para los rusos? Entonces lo comprendo: no trabaja para los rusos, trabaja para los estadounidenses, y me están enviando un mensaje: me están vigilando.

Esto es inquietante y no soy un tipo que se altere fácilmente. Pero la idea de que la CIA me acose porque ofrezco servicios legales a uno de sus propios agentes realmente me enfurece. Se me eriza la nuca y estoy listo para correr hacia la mujer y darle un buen susto. Pero no lo hago.

En cambio, considero mi situación. Aquí estoy, asumiendo la defensa de un agente descartado de la CIA, cuyo trabajo evidentemente tiene el potencial de ser enormemente embarazoso para la CIA y, de forma indirecta, para Estados Unidos. Y me importa

un carajo. Tengo poco respeto por un gobierno que abandona a sus propios agentes cuando le conviene políticamente. Y ahora mismo abandonar a Russell es la opción elegida porque Estados Unidos y Rusia están involucrados en negociaciones muy delicadas sobre reducción de armas, y el presunto asesinato de un hijo de un agente del FSB por parte de Russell amenaza con hacer caer todo el castillo de naipes.

Los documentos judiciales son muy claros al respecto: alegan que Russell asesinó al hijo de Igor Tarayev durante un allanamiento de morada en las afueras de Moscú. Además, los documentos alegan que Russell Xiang trabajaba para la CIA cuando ocurrió el asesinato. También afirman que el homicidio fue cometido por orden del gobierno estadounidense. Es evidente que por eso la CIA y Estados Unidos han abandonado a Russell. Todo porque políticamente les conviene hacerlo, lo han arrojado a los lobos. Incluso sabiendo que podría enfrentarse a un pelotón de fusilamiento, le han dado la espalda.

Ahora ella se pone de pie y se acerca a mí. Dice, en perfecto inglés:

—¿Te molestaría si me tomo una selfi contigo?

Me aparto. Estoy muy enojado y temo que pueda soltarle un puñetazo. Grito:

—¿Estás loca? ¿Los rusos son así de descarados?

—¿Ruso? Soy estadounidense. Tan estadounidense como tú. Te oí hablando por teléfono. Apuesto a que eres de Indiana o Illinois. ¿Me equivoco?

—¿Por qué quieres una foto mía?

Ella sonríe entonces y se ríe en mi cara.

—Estamos en todas partes, Michael.

Entonces ella se da la vuelta y comienza a alejarse.

—¿Quién está en todas partes? —le grito.

Sin decir una palabra, me hace un gesto con la mano por encima del hombro. Luego vuelvo a hablar por teléfono con la señora Xiang.

—Perdón por eso, señora Xiang. Me interrumpieron.

—Dios mío, eso ha sonado bastante extraño.

—Russell se enfrenta a un juicio con jurado. Me dijeron que ocurrirá en unas siete semanas. Si tenemos éxito, debería volver a casa justo después.

—¿Y si no lo tienen?

—Entonces, su esposo se va a quedar en Rusia por mucho, mucho tiempo, señora Xiang. Por eso la estoy llamando. Su esposo necesita su ayuda.

—¿De qué manera?

—Necesita que venga a Moscú y nos eche una mano.

—Déjeme hacer arreglos para nuestro hijo y salgo de inmediato. Estoy segura de que los padres de Russell lo cuidarán por mí.

—¿Cuándo puede estar aquí?

—¿Mañana está bien?

—Sería perfecto. Solo marque este número cuando aterrice y yo iré a buscarla.

—Lo haré. Señor Gresham, ¿voy a poder ver a Russell?

—Probablemente no. Existe la posibilidad de que podamos convencerlos de que usted forma parte de mi equipo, pero lo más probable es que no. Estas personas son muy inteligentes.

—Bueno, no se pierde nada por intentarlo, ¿verdad?

—No, no se pierde nada.

Pasamos otros cinco minutos hablando de cosas no relacionadas con el caso y luego colgamos. Logro echar una siesta durante el tiempo que me queda en el aeropuerto. Luego duermo todo el camino de regreso a Moscú. Cuando por fin me meto en mi propia cama, se siente como un pedacito de cielo, con muelles y todo. Caigo rendido.

Antonia Xiang llega en un vuelo de Aeroflot la noche siguiente. Ha volado toda la noche anterior y casi todo el día para llegar aquí. Me llama al teléfono y voy directamente a buscarla al aeropuerto de Moscú.

La recogida de equipaje es un caos, con pasajeros agarrando maletas y porteadores lanzándolas sobre carritos que se alejan ruidosamente. Todos tienen mucha prisa y yo me siento lento entre ellos, todavía agotado por mis vuelos de ayer.

Ella es joven —unos diez años más joven que Russell, calculo—, pero se muestra serena y segura de sí misma mientras me entrega los resguardos del equipaje y se aparta de los viajeros que rodean la cinta transportadora.

—Maletas rojas, asas doradas. Dos en total —me grita desde atrás.

Estoy atrapado en el círculo de gente, tratando de no pisarnos mientras nos lanzamos hacia adelante, tiramos de las asas y retrocedemos bruscamente. En un momento siento una mirada en mi hombro y miro bruscamente a la derecha. ¡Ahí está! La mujer con el *hiyab*. Creo que es ella y creo que me está sonriendo. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea la CIA, malditos cobardes! Lo que me hace estar aún más decidido a liberar a Russell, llevarlo de vuelta a Estados Unidos, meterlo en la oficina de noticias extranjeras del *Times* y exponer toda la historia sucia sobre el abandono de agentes por parte de la CIA y los encubrimientos del gobierno estadounidense. ¿Seguirá sonriendo cuando eso ocurra?

Mi ensoñación se rompe cuando la señora Xiang me tira del brazo y exclama:

—¡Michael, dejaste pasar mis maletas dos veces! ¡Te dije que eran las rojas con las asas doradas!

—Entendido.

Y así es. En la siguiente vuelta, las saco con destreza de la cinta y empiezo a alejarme del área de equipaje hacia la parada de taxis. Ella me sigue, abrazándose a sí misma mientras nos azota una ráfaga invernal de viento y aguanieve de la noche moscovita. Atraviesa mi abrigo de cuero e incluso penetra mi ropa térmica.

Durante el trayecto en taxi de regreso a mi apartamento, pongo al tanto a la esposa de Russell. Le explico que Marcel ha recuperado un resumen escrito del caso que está esperando la traducción de la señora Xiang. Le digo que tengo la esperanza de que su esposo haya aprovechado al máximo la licencia literaria y escrito una historia tan extravagante que solo puede ser verdad. Los rusos no sabrán qué hacer con ella si está bien hecha.

Llegamos a mi apartamento y preparo café. Es una cafetera estilo *Mr. Coffee*. Lleno el recipiente con café ruso oscuro, casi

negro, que estoy seguro no se cultivó en ningún lugar cercano a Rusia. Pero el aroma del café al hervir y el silbido de los radiadores le dan a mi pequeño hogar una sensación de calidez y seguridad. Mientras lo primero es evidente, lo segundo es, en el mejor de los casos, frágil, porque en ninguna parte de Rusia alguien está realmente a salvo, ni siquiera los inocentes. Luego saco una hogaza de pan de masa madre muy oscuro, un cuchillo, una tabla, un chorizo de verano y una rueda de queso, y comienzo a preparar dos sándwiches. Unto mayonesa al estilo ruso, un condimento enormemente popular aquí, hecho con aceite de semilla de girasol. La mayonesa nunca fue pensada para usarse en tales cantidades, le explico a la señora Xiang, pero los rusos la adoptaron de los franceses y han abusado de ella desde entonces. Ella se ríe de mi tontería y parece relajarse un poco, que era justamente lo que yo buscaba.

Después de que comemos y bebemos nuestro café, saco el resumen del caso de su esposo. Está escrito con su letra en una hoja blanca de papel de copia. La tinta es azul y no hay nada en él que lo haga parecer especial.

Ella encuentra sus gafas en su bolso y se recuesta en el sofá gastado. Una taza de café se equilibra en el brazo del sofá, y su mano la gira lentamente mientras comienza a leer. La historia se despliega a medida que lee en voz alta, y escucho cómo va a sonar nuestra defensa.

Al final, la historia de Russell Xiang suena como algo sacado de un caso de estudio de la Escuela de Negocios de Harvard. Es la historia de un empresario chino que viajó a Rusia en busca de fotografías de viajes y precios para un sitio web de reservas que estaba creando para ciudadanos chinos. Explicó que, desde que China había relajado sus restricciones sobre los viajes al extranjero de su población, decenas de miles de ciudadanos chinos habían estado recorriendo el mundo en avión, buscando nuevos centros de entretenimiento y diversión, especialmente entre los jóvenes. Russell Xiang llegó a Moscú con la intención de captar parte de ese dinero para él y sus inversores, cuando de repente fue arrestado y acusado del asesinato de alguien de quien nunca había oído hablar. Relata en

su historia de desgracia cómo ha intentado contactar con su padre en China para pedir ayuda; que su padre contrató a Mijaíl Sájarov y que Sájarov está ahora en Moscú preparando su defensa. Xiang está casado, su esposa sigue en China y es padre de dos hijos, uno de los cuales fue a un campamento de matemáticas a los cinco años. Su vida parecía prometedora y tenía éxito hasta que el FSB lo metió en una furgoneta policial y lo arrojó en la prisión de Lefortovo.

Y esto es solo el comienzo. Sin duda habrá adornos y añadidos. Habrá suficiente sufrimiento humano como para derretir hasta el corazón ruso más helado en la triste narración del viaje fallido de un empresario a Rusia. Bueno, «derretir corazones» quizá sea exagerar un poco la reacción rusa.

Al día siguiente, llevo a Antonia a la oficina de Van y hablamos sobre lo que ha escrito Russell.

Después de leer el resumen, Van dice:

—Habrá suficiente para convencer al jurado adecuado... si es que siquiera conseguimos un jurado.

—¿Qué quieres decir?

—Incluso donde los juicios con jurado están permitidos por ley, no existe un derecho absoluto a tener un jurado. Sin jurado, la tasa de condenas en casos penales rusos ronda el 93 %. Con jurado, tal vez el 27 % son declarados no culpables.

—Entonces, ¿cómo garantizamos un jurado para Russell?

Durante la siguiente hora, nos rompemos la cabeza tratando de concebir todas las formas posibles de conseguir un jurado para Russell. Pero incluso después de revisar todas las leyes, las normas y los procedimientos habituales del sistema judicial, seguimos sin saber qué decidirá el tribunal respecto a nuestra solicitud de un jurado. En contraste, en Estados Unidos, la Sexta Enmienda garantiza el derecho a un juicio público, justo e imparcial con jurado en todos los casos penales.

Le digo a Van:

—Las garantías constitucionales en Estados Unidos no pueden ser restringidas.

Él niega con tristeza y observa la angustia en mi rostro.

Luego dice con toda seriedad:

—En Rusia no hay garantías.

—¿Cómo vive la gente así, con esa incertidumbre? —le pregunto.

—¿Quién dijo algo sobre vivir? En Rusia apenas sobrevivimos.

—¿Entonces qué podemos hacer? ¿Algo?

Niega con la cabeza.

—Este caso es un espectáculo político. No habrá jurado. A menos que.... —su voz se desvanece.

—¿A menos que qué?

—A menos que logremos convertirlo en algo tan grande que logremos avergonzar al tribunal para que nos conceda un jurado. Esa es nuestra única oportunidad.

Ya estoy pensando en eso mientras avanzo por el camino. Pero luego recuerdo que no estoy en Estados Unidos, donde normalmente convocaría una rueda de prensa para tirarle de la cola al león. Aquí no existe tal cosa.

—Entonces, ¿cómo avergonzamos al tribunal

—Estoy pensando en eso, Mijaíl. Puede que tenga una idea.

—¿Como cuál?

Él extiende las manos y me mira con rigidez.

—Déjame hablar con algunos contactos que tengo en el tribunal. Luego te contactaré, quizás con un plan.

—Gracias, Van. No sé qué haríamos sin ti aquí.

Él asiente con la cabeza.

—Yo tampoco. Por eso acepté tu caso.

Nos sentamos en silencio. Entonces Van se anima y su voz se eleva al decir:

—Ah, por cierto, recibiste una llamada, Mijaíl. —Levanta una nota rosa.

—¿Quién me llamaría?

—Verona Sájarov. Vive en Moscú y dice que es tu esposa.

Estoy atónito.

—Espera —consigo decir—, ¿ella dice que es la esposa de Mijaíl Sájarov?

—Eso dice.

—¿O sea que he tomado el nombre de su esposo fallecido?

—Ella no dice nada sobre que estés muerto. De hecho...

—¿De hecho qué?

Él sonríe y se ríe por lo bajo.

—De hecho, quiere reunirse contigo.

Él me entrega la nota.

—Ese es su número. Por favor, llámala.

—Pero yo no hablo ruso.

—Ella habla inglés. De hecho, enseña inglés en la universidad. Su esposo era abogado.

—Pero... pero...

—Solo llámala, Mijaíl. Sin duda merece oír de su esposo muerto, ¿no crees?

Antonia Xiang se hospeda en el Marriott de Moscú, así que hago que el taxista la deje allí. Prometemos que hablaremos más tarde ese mismo día, después de que yo haya ido a ver cómo está Russell. Quería acompañarme, pero le dije que no funcionaría en la enfermería, que son muy estrictos con quién dejan entrar y salir. Le aseguro que solo los abogados de Russell tienen acceso por ahora. A diferencia de los hospitales normales, no hay horario de visitas para la familia. Ella lo acepta y dice que esperará noticias mías. Le digo que así será.

Luego regreso a mi piso, donde preparo café y me pongo unas pantuflas mal ajustadas que vi en la vitrina de una zapatería y compré. Son un tipo de mocasín, aunque Rusia nunca tuvo indígenas que transmitieran la tradición del mocasín, así que me pregunto cómo y por qué el país vende mocasines. Pero decido que esa es una pregunta para otro día, mientras me sirvo una taza grande de café ruso. Es hora de llamar a Marcel.

Marcel está escondido en la casa de campo de un amigo de sus primeros días aquí. Eso es todo lo que me dice y, por supuesto, no lo presiono. Él tiene sus secretos y yo los míos; evidentemente, le digo, explicándole que la esposa de Mijaíl Sájarov ha llamado.

Su tono es muy medido. Está calculando.

—¿Cómo obtuvo tu nombre? ¿Dónde hizo alguna conexión?

—Evidentemente, la historia de Russell y su trabajo para la CIA se ha convertido en algo así como una noticia en *Izvestia*.

—¿El periódico ruso ha publicado la historia?

—Sí, y mi viuda, al parecer, vio la noticia, la leyó y se sorprendió al descubrir que su difunto esposo seguía con sus viejas mañas, defendiendo criminales en el Tribunal de la Ciudad de Moscú.

—Santo cielo. ¿Qué he hecho, Mijaíl?

—Por eso te llamo, Marce. ¿Qué has hecho?

Un largo silencio. Luego:

—Creo que esta vez sí la he cagado de verdad.

—No me digas, Sherlock —digo con todo el sarcasmo que puedo reunir—. Ahora hasta mi viuda me está llamando.

—¿Qué quiere?

—Quiere reunirse conmigo.

—¿Y qué le has dicho?

—Todavía nada. Pensé en llamarte primero, a ver si querías matarla a ella, a su familia y a todos sus amigos para proteger mi tapadera.

—No hace falta sarcasmo, Mijaíl. Lamento que haya pasado esto.

—Perdón por el sarcasmo, Marce. Pero de verdad que no necesitaba este giro. La próxima vez ten un poco más de cuidado al elegirme un nombre, ¿sí?

Largo silencio. Otra vez.

—No creo que haya una próxima vez, Mijaíl.

—¿Por qué no?

—Mi amigo aquí tiene un buen negocio de investigaciones con vínculos gubernamentales. Quiere que me una a él.

—¡Marce, piensa en lo que estás diciendo! ¡No quieres vivir en Rusia!

—No implicaría vivir en Rusia. Mi trabajo sería principalmente en el continente. Y algo también en Estados Unidos.

—Bueno, por favor no aceptes ninguna oferta todavía. Déjame hacerte una contraoferta primero. ¿Sí?

—No haré nada hasta que termines tu trabajo aquí, Mijaíl. Después hablaremos. Pero estoy muy inclinado a aceptar.

—Solo no lo hagas. No hasta que escuches mi contraoferta.

—Lo prometo. Te lo debo.

—De acuerdo.

—Mijaíl, reúnete con la mujer, dile que en realidad eres estadounidense y que, de alguna manera, tú y su difunto esposo comparten el mismo nombre. Eso debería tranquilizarla. No tendrá forma de comprobarlo.

—Está bien entonces. Que así sea.

Llamo al número de la mujer, salta su buzón de voz y le dejo un mensaje diciendo que la esperaré frente a San Basilio a las tres de la tarde. No tengo nada más que añadir, así que cuelgo bruscamente.

A las 14.58 estoy de pie, con la nieve hasta los tobillos, frente a la catedral, fumándome un cigarrillo de los nervios. Me fumo uno de vez en cuando, cuando estoy demasiado nervioso para funcionar. Como lo estoy ahora, pensando que estoy a punto de encontrarme con una mujer que podría estar furiosa, lista y capaz de entregarme al FSB como un impostor. El FSB podría entonces combinar mi engaño con el de Russell y hacerme pasar por otro agente de la CIA enviado para ayudar a Russell. Cosas así me rondan la cabeza, algunas con posibilidades reales, otras absurdas a más no poder, pero así es esto. Como todos los demás que se reúnen en la acera a mi alrededor y toman fotos del famoso monumento de Moscú detrás de mí, soy solo humano y tengo un cerebro perfectamente capaz de llevarse por delante mis procesos lógicos y tranquilos y dejarme colgado con la locura de la última idea disparatada que se me haya ocurrido. Hacerse pasar por un muerto podría ser justo eso, y bien merecido me lo tengo por confiar ciegamente en Marcel y no verificar su trabajo yo mismo. Pero lo hecho, hecho está. Un taxi se detiene en la acera y una mujer de unos cuarenta y tantos años sale del asiento trasero. Lleva botas de nieve, un grueso abrigo azul marino que le cubre desde los hombros hasta justo debajo de las rodillas, y el cabello peinado de lado en un corte muy estilizado. Le entrega algo de dinero al conductor y se dirige a la acera mientras el taxi se aleja. Luego se da la vuelta, me ve y me regala la sonrisa más hermosa que he visto en mucho tiempo.

—¡Mijaíl! —exclama, acercándose a mí con las manos extendidas para tomar las mías entre las suyas.

Yo obedezco, extendiendo las manos con cautela, y ella, efectivamente, las toma entre sus propias manos enguantadas.

—Gracias por venir —digo.

—Oh, esto es emocionante.

—¿Por qué? —Estamos de pie, aún cogidos de las manos.

—Bueno, estoy viendo a mi esposo, muerto hace tiempo, volver a la vida. Niñito travieso, perdiendo el tiempo en los tribunales sin llamar a tu esposa en cuanto pusiste un pie de nuevo en la Tierra. Tsk, tsk.

Veo que va a ser una tarde interesante. Hago señas a otro taxi, subimos y le pido a Verona que le diga que necesitamos una cafetería, algo cercano.

Y allá vamos.

Ella se inclina hacia adelante en su asiento y se gira para mirarme. Afloja la bufanda alrededor de su cuello. Sacude el cabello, liberándolo.

—Bien —dice sin el menor indicio de lo que siente por mí—, ¿quién eres en realidad?

Me tiene, sin duda. Pero necesito tiempo para armar mi historia.

—Preferiría esperar hasta que estemos solos en la cafetería, si no te importa.

Ella me ve señalar al conductor con la mirada, como si temiera que pudiera estar escuchando.

—¡Conductor! —exclama—. ¡Este hombre tiene un millón de dólares para usted si tan solo toca el claxon!

Por supuesto, no hay reacción. El conductor es inmune al idioma inglés, tal como ella sabía que sería.

—Aun así, por favor, esperemos hasta estar solos —intento de nuevo. Sueno como si me quejara y, de pronto, no me gusto mucho. Después de todo, he traicionado a esta mujer atractiva y ahora me siento como un imbécil.

—Está bien, Mijaíl.

Nos dejan frente a una pequeña cafetería con un toldo verde y un anfitrión en la entrada. Él abre la puerta y nos hace pasar.

Luego nos sentamos y pedimos café.

—De nuevo —pregunta sin esperar—, ¿quién eres tú?

—Me llamo Michael Gresham y soy abogado estadounidense. —El juego ha terminado.

Se aparta un rizo de la frente. Me encanta su cabello —una pizca de canas entremezcladas con rubio— y me encanta su brillo labial rojo intenso. Además, huele de maravilla, como el perfume de mis días universitarios.

—¿Trabajas para la CIA? ¿Es por eso que estás en Rusia, para ayudar al agente de la CIA que atraparon?

—No, soy cualquier cosa menos de la CIA. Me contrató el padre del acusado. Mi cliente es Russell Xiang y está acusado de adquirir secretos de Estado. También lo acusan del asesinato de un agente del FSB. No pinta bien.

—¿Por qué estás usando el nombre de mi esposo? ¿Por qué has robado su identidad? ¿Y por qué no debería ir directamente al FSB y denunciarte?

Por suerte, llegan nuestros cafés y usamos la crema y el azúcar; yo en cantidades generosas, ella muy poca.

Eso me da unos segundos para formular mi respuesta.

—Estoy usando el nombre de tu esposo porque mi investigador me creó una identidad rusa para mantenerme protegido del FSB. No queremos que sepan mi nombre real, por mi propia seguridad. Así que esa es la razón de tu pregunta. Y no deberías ir al FSB con esto porque me meterían en la cárcel y tirarían la llave.

Ella sonríe de pronto.

—Qué lástima, entonces tendría que ir a visitarte en Navidad.

—Y en mi cumpleaños.

Sigue sonriendo.

—Tonto.

No le toma más que un momento darse cuenta de que estoy completamente cautivado por ella.

—¿Y tú quién eres? —pregunto—. Yo ya he puesto mis cartas sobre la mesa.

—Soy Verona Kristinova Sájarov, tengo cincuenta y un años, soy viuda y doy clases en la Universidad Estatal de Moscú. No tengo hijos, pero sí cuatro hermanos y cuatro hermanas; todos viven en Moscú o sus alrededores, así que siempre tengo compañía en las fiestas y siempre hay un sobrino o sobrina esperando un regalo de

cumpleaños mío. Mi banda favorita es ABBA y mi pintor favorito es Gauguin. El mejor escritor estadounidense es...

—Espera por favor, ¿por qué Gauguin?

—Porque, Mijaíl, algún día me gustaría retirarme al Pacífico Sur y holgazanear bajo el sol en una playa de arena, y que un hombre me unte aceite de coco en los hombros. Es mi fantasía particular. ¿Cuál es la tuya?

—Más o menos lo mismo, sin el hombre.

Ambos reímos. Sus rasgos se tornan contemplativos.

—Dime, ¿tu cliente es culpable? ¿De verdad mató a un agente del FSB y robó secretos rusos?

Me está mirando directamente. Sabe que Russell es culpable de lo que se le acusa; después de todo, hay un agente muerto —ha salido en todas las noticias— y la CIA niega su implicación varias veces al día. Quiere ver si le voy a mentir ahora.

—No es mi trabajo decidir si es culpable o inocente. Mi trabajo es defenderlo.

Ella extiende la mano sobre la mesa y me agarra la muñeca. Aprieta.

—Vamos, Michael. Seguramente puedes hacerlo mejor.

—Entonces diré esto... —me está poniendo muy incómodo—: investigaré la base fáctica de la acusación del gobierno ruso contra mi cliente. Entonces sabré más.

—De acuerdo. Dejaremos esta conversación para más adelante. Pero volveremos a ella. ¿Te parece justo? —Suelta mi muñeca al decir esto.

—Sí, más que justo.

—¿Estás casado?

—Lo estuve. Mi esposa fue asesinada.

—Qué horror. Lo siento mucho. ¿Hace cuánto tiempo?

—Demasiado, y no lo suficiente. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Sí. Mijaíl no hace tanto que se fue. Lo echamos de menos.

—¿Cómo murió?

—Accidente de barco, en Colombia. Nunca recuperaron su cuerpo.

Se me ocurre una idea.

—Perdona que pregunte, pero es muy importante para mí. ¿Dices que nunca recuperaron su cuerpo? ¿Hubo un certificado de defunción?

Ella me estudia como si supiera algo que no va a revelar.

—En realidad no. No recuperaron su cuerpo y el gobierno colombiano necesita una declaración oficial de fallecimiento antes de emitir un certificado de defunción. Evidentemente, Colombia ha sido escenario de muchos fraudes de seguros por parte de estadounidenses que van allá a morir y no mueren, pero sus cónyuges presentan reclamaciones de seguros de vida. Así que ahora se requiere una declaración oficial. Por cierto, nuestro seguro de vida ruso se negó a pagar por la muerte de Mijaíl sin el certificado. Si de verdad eres abogado, tal vez algún día puedas demandarlos por mí.

—Lo haría...

Ella toca mi mano.

—Solo bromeaba, querido. Perdóname.

Le sonrío.

—Así que ambos hemos perdido a alguien querido. Es muy difícil, especialmente en estas fechas.

—Especialmente.

Luego hay un silencio entre nosotros. Ambos nos sentimos muy cómodos con él. De repente, el hechizo se rompe. Ella mueve los pies y empuja su taza y platillo de café hacia un lado.

—Tengo que volver a la universidad. Tengo clase.

—Lo entiendo perfectamente. Cogemos un taxi y te dejo.

—No hace falta. Cogeré mi propio taxi. Pero debo decir que he disfrutado esto, Michael.

No se me escapa que está usando mi nombre verdadero. Evidentemente, esa persona le resulta aceptable.

Me arriesgo.

—Deberíamos repetirlo. ¿Qué planes tienes para cenar?

—Mañana por la noche no tengo planes. Todas las demás noches de esta semana ya están comprometidas.

—Mañana por la noche es Nochevieja. ¿Te apetece celebrar?

—La verdad, me interesa más conocerte mejor. ¿Qué tal si vienes y cenamos en mi casa?

—Me encantaría. ¿Qué tipo de vino llevo?

—No hace falta. Mijaíl dejó una enorme bodega de vinos.

—Está bien. ¿A las siete te parece bien?

—Perfecto. Aquí tienes mi tarjeta. Déjame anotarte mi dirección al reverso.

Saca un bolígrafo rojo y escribe su dirección con tinta roja.

—Viejas costumbres —dice, reprochándose por usar el bolígrafo rojo de profesora de escritura.

—A las siete. Allí estaré.

—Nos vemos entonces. —Un taxi se detiene bruscamente en la acera y ella desaparece dentro.

Luego se fue.

—¿Mijaíl Sájarov? —susurro al viento helado de la tarde con su nieve interminable—. ¿Pero qué demonios?

Capítulo Dieciocho

—¿Disparó balas contra mi hijo?

—Yo no disparé nada.

Anna Petrov está sentada en una larga mesa de acero en una habitación sin calefacción. Lleva pantalones de algodón delgados y una camiseta también delgada. Tiembla de frío, y los mocos le corren de la nariz al labio superior. Se los limpia una y otra vez con la manga, pero no sirve de nada. El frío va a drenarla hasta que no quede nada por expulsar. Lo sabe, vagamente; sabe que está hecha un desastre, y en este momento ya no le importa. Solo quiere volver a sentir calor. Eso es todo, solo calor.

Sentados frente a ella en la mesa están el jefe del FSB, Igor Tarayev, y el agente del MI6, Henrik Nurayov, quien, como de costumbre, asiste a los rusos. Ambos hombres llevan ropa de abrigo contra el aire gélido de la sala. Sus abrigos son gruesos, y están envueltos en bufandas y guantes. Mientras ellos están cálidos y tranquilos, su presa tiembla en el aire helado. Esta noche están echando toda la carne al asador para demostrar que la CIA de Estados Unidos mató al hijo de Tarayev. Putin quiere que el caso esté resuelto desde ayer; la presión es intensa y ambos hombres la sienten. Petrov es una figura clave: estuvo con Russell Xiang la noche en que el joven Tarayev fue abatido; podría incluso ser quien

apretó el gatillo. Hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que haya sido ella y no Xiang. Así que van a por ella.

—Pero disparó a los guardias que salieron de la casa de Henrik esa noche, ¿no es cierto?

—¡No! ¡Esa noche nunca vi ni un arma!

—Señorita Petrov, sabemos que coopera con la CIA. Ellos la han reclutado como recurso por su conocimiento de los alrededores de Moscú y la política rusa. Además, están sus conocidas habilidades con las armas. Los rusos alguna vez la aclamaron como su heroína por ganar el biatlón con tiro y esquí en las últimas Olimpiadas en Sochi. Una medallista de oro, una heroína para sus compatriotas, ¿y qué? ¿Vende su patria por dólares americanos? ¿No es eso en lo que se ha convertido, en una puta americana?

—No, no he hecho tal cosa. Por favor, me estoy congelando aquí dentro.

Tarayev agita su grueso brazo por la habitación. A pesar del abrigo sobredimensionado, su masa corporal es enorme, como la de un león marino.

—Aquí estamos calientes y tú también puedes estarlo. Solo dínos la verdad. ¿Qué hay de Xiang? ¿Lo viste disparar un arma esa noche?

—¿Xiang? No conozco a nadie con ese nombre.

—¿Niega que estuvo con él en la *dacha* del señor Nurayov en Nochebuena?

—Lo niego. No estuve allí. Y no conozco a ningún Xiang.

—¿Y el hombre con el que la atraparon en la «casa verde»? ¿Cómo se llamaba ese hombre?

—No lo sé. Ya estaba allí cuando llegué.

—¿Y si dos de nuestros agentes la vieron viajando en autobús con ese hombre? ¿Le ayuda eso a recordar?

—Viajaba en autobús sentada junto a un completo desconocido. No sé qué vieron sus agentes. Por favor, ¿una chaqueta?

Se limpia el labio superior y la nariz con la manga. Las dos líneas de mucosidad desaparecen. El hombro de su manga brilla por las repetidas pasadas. Tarayev ve esto y retrae los labios de los dientes con asco. Normalmente no siente nada, pero la imagen de ella y su

manga empapada le quita el apetito, le revuelve un poco el estómago. No siente nada más que repulsión.

Tarayev se pone de pie y enciende un cigarrillo. Inhala con deleite y, cuando está seguro de que la prisionera no lo está mirando, de repente lanza una pesada mano sobre la mesa y la golpea con un derechazo, haciéndola caer de la silla. Luego rodea la mesa apresuradamente y la pateo con su bota mientras ella yace acurrucada en posición fetal sobre el suelo de concreto. Su patada le da en los riñones. Va a orinar sangre, y él lo sabe por experiencia. Vuelve a patearla, y esta vez le da en la frente. Ella se revuelca de espaldas y la boca se le abre. Con todo el desprecio que puede reunir, sacude la ceniza del cigarrillo dentro de su boca abierta. Ella tose y se retuerce en el suelo como un pez atrapado en una red. Él se inclina y apaga el cigarrillo en su antebrazo, aplastándolo contra la piel.

—No sirve de nada gritar, señora Petrov —dice Tarayev—. Nadie la oye. Y aunque lo hicieran, a nadie le importaría. Pronto, ni siquiera a usted le importará si sigue mintiéndonos. Ahora, déjeme intentarlo otra vez. ¿Quién disparó un arma esa noche mientras apuntaba a los guardias?

Ella empuja las caderas hacia arriba desde el suelo, pero no intenta moverse de otra forma.

—Y-yo... —balbucea. Pero las palabras no salen y se desmaya.

—¡Maldita sea, Henrik! ¿La he matado?

Henrik no se ha movido durante todo esto. Su tiempo con muchachos le ha enseñado que el abuso físico es relativo. Algunos se adaptan y lo aceptan; otros, como la mujer Petrov, resisten y hacen que el nivel de intensidad aumente hasta que, como ahora, se desmayan o mueren. Su incapacidad para defenderse le recuerda a los chicos. Se excita. Se pone de pie y rodea la mesa. Con una rápida mirada a Tarayev, quien asiente, echa hacia atrás su bota de montaña y pateo a la mujer inconsciente. Ella no se mueve. No reacciona al golpe. Nada.

Él vuelve a su silla y se queda allí, mirando con furia la pared del fondo. Se siente un inepto cuando su mejor esfuerzo no provoca ninguna respuesta. Le ha pasado antes. Ahora odia a la mujer

mucho más. Le gustaría verla pagar el precio máximo esta noche, pero sabe que no sucederá. No, será utilizada por el FSB, llevada a una sala de juicio donde todos jurarán que tiene derecho a defenderse. Luego la despedazarán. Y el mensaje quedará claro: traidora.

Tarayev va hacia la puerta de acero y la pateo con su bota.

—¡Agua! —grita. Pasa menos de un minuto hasta que un brazo se estira hacia adentro y le entrega una jarra de agua. La puerta se cierra. Tarayev se mueve y se planta sobre Anna Petrov. Desenrosca el grueso tapón de plástico de la jarra. Luego lo saca. Sale vapor a raudales. Inclina la jarra de lado, sosteniendo el agujero abierto sobre el rostro de Petrov. Un chorro de agua hirviendo se arremolina y salpica su cara, mojándole los ojos y entrando por la nariz. Ella jadea. Sus ojos parpadean abiertos y se lleva las manos al rostro para protegerse del chorro continuo. Tarayev le aparta los brazos con la bota y continúa vertiendo. Ella gira la cabeza hacia un lado, con los ojos cerrados, y empieza a llorar.

—¡Hace frío y tú me torturas con agua caliente! ¿Ni siquiera te importa?

Henrik sonríe. Su capacidad para procesar lo que ocurre se ha vuelto infantil. Podría ser un niño allí tirado, clamando consuelo mientras otro golpe le cae sobre las nalgas.

—A nadie le importa, Anna. Y menos a nosotros. Escucha al hombre. Solo di la verdad. Dinos que conoces a Xiang. Dinos que disparaste contra los guardias. Dinos que asesinaste al hijo del señor Tarayev esa noche.

De algún modo, a pesar del frío, de las patadas en la cabeza, del puñetazo en el costado, un pensamiento se filtra. «El hijo de Tarayev murió allá afuera». «Dios mío», piensa ella, «ide eso se trata todo esto! ¡Matamos al hijo de este hombre!»

Ahora sabe que nunca se detendrá. Va a morir.

Pero él nunca sabrá la verdad. Nunca sabrá que ella disparó a los hombres de la derecha, siendo el primero el joven de cabello teñido de rubio. Recuerda haberlo apuntado y haber colocado el punto de la escopeta en el centro de su pecho. Recuerda haber visto su pecho explotar y volar por el patio nevado.

El hijo muerto de Tarayev murió estúpidamente y sin luchar. Por supuesto que le otorgarían una medalla póstuma, tal vez una o dos cintas. También imprimirían su nombre en un documento y se lo entregarían a su madre.

A veces, incluso los muy tontos hacen fortuna.

Logra incorporarse apoyándose en un codo y dice, mirando bajo la mesa hacia las piernas de los hombres:

—Vi a tu hijo y vi su caja torácica volar por la nieve. Fue hermoso y horrible al mismo tiempo. Pero, sobre todo, fue estúpido. Tu hijo murió como un estúpido.

Los dos hombres se inclinan hacia adelante y la miran por debajo de la mesa. Ella les sonríe.

—¿En serio? ¿Esto es lo mejor que tienen?

Capítulo Diecinueve

MICHAEL GRESHAM

He aprendido que Moscú es una de las ciudades más caras del mundo, si no la más cara. Sin embargo, Verona ha conseguido suficiente carne para hacer una buena salsa de espagueti, ya que esta noche cenamos italiano. Hay salsa espesa, hecha con pimientos, salchichas y carne molida; hay espárragos a la parrilla y un excelente pan francés, ligeramente salado con una pasta de ajo. De postre comemos *Ptichye Moloko* (Leche de Pájaro) hasta quedar tan llenos que nos cuesta sentarnos. Y luego llega la pieza de resistencia: Verona ha comprado en el Starbucks de Krasnopresnenskaya y ha traído café molido fresco. No sé cómo sabía que era mi favorito. Pero lo endulzamos con una gota de miel, le añadimos crema y está delicioso.

Esta mujer es hermosa, amable y parece muy inteligente. Lleva una falda larga morada con una blusa verde y un pesado collar de plata con flores de calabaza nativas americanas. Su rostro está lleno de vida, los ojos brillan y los dientes son blancos y perfectamente alineados; y cuando sonrío, siento como si una amiga de toda la vida me diera su aprobación y me enviara calidez. Estar con ella me deja resplandeciente por dentro, y quiero tomar su cabello suave con la

mano y acercar su rostro al mío. Por supuesto, no dejo entrever nada de esto... o eso creo.

Entramos en la sala de estar de su pequeño apartamento y nos sentamos en los extremos de un sofá azul. Hay tres cojines; ella tiene el número uno y yo el número tres. Ella sugiere que nos quitemos los zapatos y yo la imito.

Después de casi una hora de charla trivial, se mueve incómoda sobre su cojín y dice:

—Necesito ponerme de pie y moverme un poco. ¿Quieres bailar, Michael?

Esperaba poder abrazarla esta noche. Una sonrisa se apodera de mi rostro y sé que me estoy sonrojando mientras me pongo de pie y acepto su invitación. Coloca su teléfono en una base, y una serena balada rusa llena el espacio entre nosotros.

Se acerca a mí y dice, con una suave sonrisa:

—Abrazame, esposo mío.

Al instante la tengo entre mis brazos, la acerco a mí y comenzamos a mover los pies al ritmo de la música. Mientras bailamos, siento su aliento en mi cuello, con su rostro vuelto hacia mí. La canción termina y una segunda, mucho más rápida, nos anima mientras nos separamos un poco y empezamos a hacer algo que se parece a un *jitterbug* lento. Bailarín torpe como soy, intento aparentar que estoy muy cómodo, pero nada podría estar más lejos de la verdad.

—Te he echado de menos —sonríe—. Has estado fuera demasiado tiempo.

Me doy cuenta —quizás solo me lo estoy imaginando—, pero ¿acaso cree que en realidad soy su esposo?

A mitad de la tercera canción, otra balada rusa lenta y romántica, ella se detiene y me mira a los ojos.

—Por favor, bésame —dice, y yo presiono mis labios contra los suyos.

Tiene un sabor dulce y, cómo decirlo, saludable. Tal vez no sea una observación romántica, pero esta es una mujer que se cuida y que ha sabido cuidarse bien a lo largo de los años. ¿Eso es algo que normalmente excita? A mí sí.

De todos modos, cinco minutos después ya nos estamos quitando la ropa, aunque seguimos moviendo los pies al ritmo de la música mientras lo hacemos.

—Baila conmigo desnudo —dice, y se dirige al interruptor de la luz. Ahora está oscuro, salvo por el resplandor de un reloj digital en la pared y la tenue luz de la pantalla de su teléfono, que sigue sonando una y otra vez. Entonces la abrazo por completo y ella tiembla contra mí.

—Esto no durará mucho —dice, y deja que su mano recorra mi espalda hasta llegar a mis glúteos. La deja allí, acariciando suavemente mientras tararea al oído.

Entonces se aleja un poco.

—¿Quién eres en realidad? —pregunta.

—Soy Michael Gresham. De verdad lo soy.

—Bueno, si necesitas fingir que eres mi esposo, está bien. Pero tendrás que demostrármelo primero.

—¿Cómo lo demuestro?

Vuelve a acercarse a mí y me rodea con los brazos.

—Llevándome a la cama. Hay ciertas cosas que solo mi esposo sabría. Vamos a ver si realmente eres él.

Una hora después, mientras yacemos abrazados en su cama, sus ojos se abren lentamente y se aparta de mí. Ahora me mira profundamente a los ojos.

—Mijaíl, has regresado.

—Gracias —digo, feliz de haber pasado la prueba, fuera cual fuera.

—Te pongo un sobresaliente. Haces el amor como un Mijaíl que ha estado lejos mucho tiempo y ha aprendido muchas habilidades nuevas en sus viajes. Ahora, ven aquí.

Me deslizo hacia ella y coloco mi mano libre en el centro de su espalda.

—He estado ausente mucho tiempo. No volverá a pasar, Verona.

—Rozo sus ojos con mis labios. Ella se estremece bajo mi contacto.

—Estás perdonado —dice ella—. Puedes quedarte con el nombre.

—Gracias.

Capítulo Veinte

MICHAEL GRESHAM

Entramos en la sala del tribunal, Van y yo, el lunes siguiente a mi llegada a Moscú. Es el día y la hora de la audiencia preliminar de Xiang. No tengo idea de qué esperar y, como en todos los eventos en los que he participado donde las reglas son desconocidas y los resultados pueden ser desastrosos, tengo miedo. Pero respiro hondo y exhalo lentamente por la nariz. Una calma interior se restablece y me permite seguir actuando como si nada.

La sala del tribunal es grande, más bien como un salón de baile. Miro alrededor buscando a mis clientes —he aceptado el caso de Petrov y la representaré junto con Russell—. No veo a ninguno, así que me doy la vuelta para mirar. A lo largo de la pared trasera está la celda acristalada de los acusados donde, encerrados, están sentados mis clientes, uno al lado del otro en un banco amplio. Evidentemente, observan el procedimiento desde allí. Camino hacia ellos hasta poder extender la mano y tocar el vidrio. Russell está sentado, fuertemente vendado y aún mostrando señales del abuso tras su intento de fuga. Y junto a él hay una joven que solo puede ser Anna Petrov. Les hago un gesto con la cabeza y fuerzo una

sonrisa falsa. Solo me miran. Así que me doy vuelta y voy a buscar mi mesa.

La sala está llena de alguaciles —todas mujeres— que visten pantalones azul marino, camisas celestes de manga corta y cinturones de servicio con armas en las fundas. En la cabeza llevan algo parecido a gorras de béisbol con una estrella plateada en el centro de la frente. Las mujeres son corpulentas, musculosas y extremadamente serias respecto a conservar sus empleos, así que el tribunal funciona con mucha eficiencia.

Los espectadores son agrupados en las primeras cuatro filas de bancas frente a la plataforma del juez; los medios ocupan las siguientes dos filas. Todas las cámaras están prohibidas y las solicitudes para filmar son denegadas, me explica Van. Me dice que nosotros, los abogados, nos sentamos al frente en una mesa larga perpendicular al estrado del juez.

Al sentarnos, nos encontramos frente al equipo de la fiscalía: dos hombres y dos mujeres, todos vistiendo trajes de negocios bien cortados, con camisas blancas muy almidonadas y corbatas negras. Me recuerdan a los agentes de *Matrix*, excepto que ninguno lleva gafas de sol. Al menos no dentro de la sala.

Escucho mi nombre, me giro y veo a Antonia Xiang. Se pone de pie cuando le hago un gesto con la cabeza y se acerca antes de que pueda detenerla. No quiero que los funcionarios del tribunal vean que nos conocemos, pero ya es demasiado tarde.

—Intenté hablar con él a través del vidrio, pero las vigilantes me echaron.

—Sí, estoy seguro de que aquí es muy diferente. Escuche, preferiría que no supieran que estamos relacionados, pero ya es demasiado tarde para eso. ¿Podemos hablar cuando terminemos?

Ella ignora mi petición.

—Fui a verlo anoche. La noche del domingo es para visitas. Se negaron a dejarme verlo, incluso con un nombre falso. «Está acusado por secretos de Estado», dijeron, sea lo que sea que eso signifique. Dijeron que los acusados por secretos de Estado no reciben visitas, salvo de sus abogados. ¿Cree que podría presentarme como una de sus abogadas defensoras?

Tiene razón. En Washington, Antonia Xiang es una fiscal federal adjunta de primer nivel. Probablemente sería de un valor incalculable para mi equipo. Claro que está el hecho de que su especialidad habitual es el terrorismo. Es posible que el FSB ya tenga información sobre ella y se oponga violentamente a que participe en el caso.

—Déjeme hablarlo con Van. Ahora mismo estoy tentado a decir que sí, que se una, pero la seguridad es lo primero. Déjeme consultarlo y le responderé.

—¿Me llama al hotel?

—Lo prometo. Hoy mismo.

Ella sonríe y vuelve a su asiento en el banco. Otro asunto para nosotros.

Van me ha explicado lo que está ocurriendo ahora en el caso. La investigación penal en el caso de Xiang se divide en dos etapas: una pesquisa informal realizada por la policía y una investigación preliminar formal, que usualmente lleva a cabo un investigador con formación legal que trabaja para el Ministerio del Interior.

Una palabra sobre las confesiones, ya que abundan en los tribunales rusos. Van me lo explicó durante el trayecto en taxi hacia el tribunal. Para proteger a los sospechosos de ser obligados a confesar delitos, existe por ley un derecho constitucional a contar con un abogado desde el momento del arresto. Además, la Constitución rusa garantiza el derecho a no declarar contra uno mismo. El Tribunal Supremo ha interpretado esto en el sentido de que la policía debe informar al sospechoso de su derecho a guardar silencio y a contar con un abogado antes de iniciar un interrogatorio. Desafortunadamente, la policía suele presionar a los sospechosos para que «renuncien» a su derecho a un abogado. Si los sospechosos se niegan a declarar, a menudo son torturados. Me dice que alrededor del cuarenta por ciento de todos los sospechosos son torturados, generalmente mediante golpizas, asfixia o descargas eléctricas. También dice que los guardias otorgan privilegios especiales a otros reclusos para que golpeen, violen y obliguen a los sospechosos a confesar. Suponemos que Russell no ha hecho ninguna confesión desde la última vez que lo vimos. Aun así,

juzgando por su aspecto, los vendajes y las envolturas, nuestra suposición podría ser totalmente errónea.

El juez entra en la sala con paso mecánico una vez que los abogados están sentados y sus papeles desplegados ante ellos. Por alguna razón lo conocen como *Chickenhawk*, me dice Van con evidente deleite. Cuando le pregunto de dónde viene el apodo, me mira y niega con la cabeza.

—Quizá lo descubramos esta mañana —dice.

El juez comienza a hablar. Sus palabras son interpretadas en tiempo real por un intérprete que está de pie al lado derecho del estrado, ofreciendo la interpretación al inglés. En otras palabras, el juez habla y el intérprete ofrece de inmediato la versión en inglés, incluso mientras el juez pasa a su siguiente comentario.

La interpretación inicial es esta:

—Señor Sájarov, usted ha presentado documentos solicitando la libertad provisional antes del juicio. —Luego se lanza al lenguaje del derecho penal sobre la fianza—. La mayoría de los sospechosos contra quienes se inicia una investigación preliminar permanecen detenidos en centros de detención preventiva hasta el juicio. La detención se autoriza si existe temor de que el acusado no se presente al juicio, destruya pruebas, cometa más delitos o simplemente debido a la gravedad del delito. Señor Sájarov, este es su caso en todos los puntos. Uno, si se le concede la libertad bajo fianza, Xiang no se presentará al juicio. Dos, al hacerlo, cometerá más delitos; incluso podría destruir pruebas. Tres, no hay delito más grave que adquirir secretos de Estado. Por lo tanto, el acusado Xiang queda bajo custodia en la cárcel de la ciudad. Ahora escucharemos los asuntos preliminares. Señor fiscal, adelante por favor.

El fiscal se pone de pie. Es un hombre delgado, de tez cetrina, que hojea nerviosamente sus papeles y se empuja constantemente las gafas sin montura sobre la nariz. Mira al juez y habla en ruso con urgencia, mientras me señala y, a veces, incluso me apunta con el dedo.

Van me da un codazo y me inclino hacia él.

—Este es Sergei Gliisky, el fiscal. Está alegando que usted no es quien dice ser y que no está calificado para comparecer ante este

tribunal. Está pidiendo al juez que ordene a la milicia que lo detenga hasta que se aclare su historial y se establezca su identidad. Usted es un fraude ante el tribunal.

Entonces el juez reacciona y el intérprete vuelve a hablar:

—Señor Sájarov, el fiscal acaba de presentar documentos en los que afirma que su verdadero nombre es Michael Gresham y que usted es un agente de la CIA estadounidense. Estas son acusaciones muy graves. Mi inclinación es mantenerlo bajo custodia hasta que se conozca su verdadera identidad, antes de tomar una decisión sobre la moción del fiscal de que se le declare en desacato penal por intentar influir ilegalmente en el resultado de un proceso judicial ruso. Podría ir a prisión por un mínimo de diez años si se prueban estos cargos en su contra.

Casi me desmayo al oír «diez años».

—¿Qué? —le susurro a Van—. Haz algo, hombre.

Van se pone de pie y mira alrededor, parpadeando. Sus palabras iniciales son vacilantes y pronunciadas en un tono que incluso yo puedo interpretar como una disculpa. Su intervención dura menos de treinta segundos, luego vuelve a sentarse.

—¿Qué? —pregunto.

—Le dije al juez que usted vino a verme y me dijo que se llamaba Mijaíl Sájarov. Le dije al juez que, hasta donde yo sabía, ese era su verdadero nombre. Luego me disculpé por si resultaba que me equivoqué.

—¡Van, qué demonios! ¡Te pagué para que fueras mi coabogado, no para que te cubrieras las espaldas!

Van se aleja varios centímetros, separándose de mí.

—Pensé que estaba siendo honesto, señor Sájarov. No tenía ni idea de que podría no ser quien me dijo que era. ¿Tiene familia que pueda presentarse ante el juez y aclarar esto?

Mi mente vuela de inmediato a Verona Sájarov. Luego la apago. Absolutamente no voy a pedirle, bajo ninguna circunstancia, que entre a esta sala y me identifique como su esposo. Sería un abuso terrible de nuestro tiempo juntos y destruiría cualquier confianza que pudiera tener en mí con solo pedírselo. Absolutamente no lo haré.

—No tengo familia que pueda aclarar esto. Vivo solo.

Entonces el juez habla y Van vuelve a prestarle atención. Escucho mientras el intérprete anuncia de nuevo:

—El tribunal ordenará que el abogado defensor Mijaíl Sájarov sea detenido hasta que se verifique su identidad. Después será liberado de inmediato y se le permitirá continuar con la defensa de Russell Xiang. Se levanta la sesión.

Inmediatamente se produce un gran alboroto en la sala. El juez desaparece, me doy la vuelta y veo que ya han sacado a Russell de la jaula. Van se dirige hacia la salida; cuatro mujeres rusas armadas me rodean y me ponen las esposas en las muñecas. Pero me dejan un atisbo de esperanza porque me esposan por delante en lugar de por detrás.

Al pasar junto a mí, Antonia Xiang me lanza una mirada triste porque me conoce como Michael Gresham, y su rostro lo dice todo: «Nos vemos en diez años».

En cuanto a mí, lo peor que podía pasar ha pasado. Se han despertado sospechas sobre mi verdadera identidad. La identificación que Marcel preparó para mí se desmoronará como un colador bajo una inspección minuciosa. Mi pulso retumba en mi cuello y mi respiración se vuelve forzada. Jadeo por aire y lo trago con dificultad. Mis pulmones parecen a punto de estallar mientras arden y claman por una respiración normal. Pero tengo miedo y lo sé, y los guardias también lo saben, mientras me empujan desde atrás por el pasillo, hacia un largo corredor oscuro, y bajamos hacia lo que solo puede ser el montacargas. Todos los demás se dirigen al primer piso por la escalera principal. Mis ojos memorizan rápidamente cada centímetro mientras me acerco. Sus escalones están pulidos por el uso y los pasamanos están desgastados. Con gran angustia, miro a las almas afortunadas que se van por las escaleras. Me empujan con más insistencia cuando disminuyo el paso para observarlas y considerar si debo lanzarme por ahí y escapar.

¿Pero adónde iría? ¿Cómo y dónde me escondería si de repente saliera corriendo por las puertas principales del Tribunal Municipal de Moscú? ¿Con esposas? Nadie va a ayudar a un hombre esposado. Yo no lo haría. Así que saqué esa idea de mi cabeza.

El hueco del ascensor tiene dos puertas. Se abre la de la izquierda y una flecha verde apunta hacia abajo. Me empujan por detrás y tropiezo al entrar mientras me aplastan la cara contra la pared. Escucho voces fuera de la puerta corrediza justo antes de que se cierre y me doy cuenta de que no todas las guardias han entrado conmigo. Lentamente me doy la vuelta y me asombra ver que solo una me está custodiando. ¿Dónde fueron los demás? ¿Los veremos otra vez abajo cuando se abra nuestra puerta? No lo sé, lo que me deja en gran desventaja. Pero hay algo que sí sé: los policías de todo el mundo llevan llaves de esposas. Por lo general, en el bolsillo del pecho del uniforme. Es común, y me doy cuenta de que puedo aferrarme a ese hecho y convertirlo en algo mucho más grande.

Por ejemplo, la mujer que me custodia está a varios pasos, mirando los números de los pisos que cambian mientras bajamos. Estoy esposado con las manos al frente, lo que hace posible atacarla. Así que sufro un infarto. Justo ahí, en este ascensor descendente, me desplomo de repente como un saco, asustando a la mujer rusa. Su rostro aparece de pronto sobre mí y me grita la misma palabra una y otra vez, y yo no hago ningún intento por responder. Entonces la puerta del ascensor se desliza y antes de que alguien pueda entrar, ella los hace retroceder con una advertencia severa.

Se queda de pie sobre mí y estudia mi rostro. Me toma el pulso y luego dice algo por su micrófono de hombro. Probablemente viene ayuda, así que es ahora o nunca. Me esfuerzo por ponerme de pie y me lanzo hacia ella; choca contra la pared. Localizo su funda. Le abro la solapa con desesperación y saco su arma. Luego apunto a su pecho.

—Las esposas —le digo jadeando—. ¡La llave!

Parece entender, porque levanta una mano como para decir que me calme, luego mete la mano en el bolsillo de su camisa —efectivamente— y saca la diminuta llave de las esposas. Con un giro rápido, las esposas se sueltan y las arrojo a un lado. Sigo apuntándole con el arma. Solo entonces me doy cuenta de que ha estallado un gran alboroto justo al otro lado de la puerta.

Sin pensarlo dos veces, me abro paso entre la multitud que esperaba abordar nuestro ascensor y salgo por el otro lado. Todavía tengo el arma en la mano cuando me acerco a un ruso corpulento y empiezo a bajarle el cierre del abrigo mientras le hago señas de que se lo quite. Cooperera, levantando las manos como para evitar que le dispare.

Mientras me pongo su abrigo, cuatro milicianos rusos aparecen en los escalones del exterior y me ven a través de la puerta de vidrio, de pie con un arma. Inmediatamente sacan sus pistolas y me apuntan. Me doy vuelta y busco una salida. Pero tres guardias mujeres acaban de bajar del segundo ascensor y se dirigen hacia mí con las armas desenfundadas, los rostros llenos de furia y determinación. Todo ha terminado.

La primera mujer que llega hasta mí lanza una orden en voz alta y sé lo que quiere decir. Me va a disparar si no suelto el arma. Me agacho y coloco el arma en el suelo de mármol. Entonces caen sobre mí y me colocan las esposas, esta vez tirando de mis brazos hacia atrás.

El hombre al que le robé el abrigo se acerca y les habla a los guardias en tono airado, quienes ahora están acompañados por los milicianos. Claramente quiere que le devuelvan su abrigo. Pero le dicen que se haga a un lado, lo cual hace, y me escoltan por las puertas principales y bajan los escalones hasta una furgoneta que espera.

Me empujan y arrastran dentro de la furgoneta y me obligan a recostarme contra mis muñecas esposadas. Duelen, pero sé que nadie me ayudará, así que guardo silencio.

La furgoneta tiene tres filas de asientos y poco a poco me doy cuenta al mirar a mi alrededor: Russell Xiang está en el asiento del medio justo delante de mí. Dice, sin volverse:

—Bienvenido, Mijaíl. Ahora tendremos tiempo ilimitado para discutir mi defensa.

Quiero reírme, pero no lo hago. Por las expresiones en sus rostros, estos milicianos se molestarían mucho si su prisionero se pusiera a reír. Tal vez lo suficiente como para darle un golpe en la boca.

Así que mantengo el silencio.

Las calles se ven borrosas a través de la ventanilla. No sé nada sobre las calles ni las direcciones de Moscú, y no tengo idea de dónde estamos. Incluso si hubiera logrado escapar, me habrían capturado enseguida porque no habría sabido hacia dónde correr.

Así que seguimos avanzando a trompicones por las calles cubiertas de nieve.

Mi miedo empieza a crecer en el estómago cuanto más nos alejamos del tribunal. Porque cuanto más lejos estamos del tribunal, más cerca estamos de la cárcel de la ciudad de Moscú y de las historias que he oído sobre ese lugar.

Rezo en silencio para que esas historias no sean ciertas.

Capítulo Veintiuno

Cuando firmó la confesión, tenía el brazo izquierdo roto en dos partes, la muñeca derecha dislocada tras recibir golpes con una porra policial, el ojo derecho hinchado y cerrado por los golpes salvajes, tres costillas fracturadas por patadas brutales y dos dientes partidos incrustados en el paladar tras recibir un porrazo en la mandíbula. Anna Petrov vio dos líneas y dos nombres firmándose al mismo tiempo, aunque en realidad solo había una línea y un nombre. La diplopía puede indicar un trauma severo en el nervio óptico, y Petrov, tras ser golpeada repetidamente en la cara, ahora veía todo doble.

No llevaba abrigo cuando fue detenida, y tampoco lleva abrigo cuando la empujan por la rampa de carga trasera de la cárcel de Moscú, hacia la nieve que le llega hasta la cintura. Cae de espaldas y permanece allí varios minutos, recuperando el aliento y tratando de detener las arcadas. Luego se esfuerza por ponerse de pie y sacude la nieve en polvo que se le ha pegado en la espalda. Lleva zapatos náuticos verdes y unos vaqueros con las rodillas rotas; en la parte superior viste un suéter de cuello alto de lana con una camiseta de algodón debajo. Sopla sobre sus manos. Se aplica nieve en la muñeca palpitante. Decide que la dislocación es lo peor y sabe que necesita atención médica. También sabe, por las preguntas que le

han hecho, que trabaja para el gobierno, pero no puede decir cuál. Simplemente no puede recordar esos datos. Le dijeron qué nombre debía poner en la confesión cuando firmó, pero por más que lo intenta, no lo recuerda. No le suena en absoluto.

«Es una pérdida de memoria a corto plazo», se dice en el callejón oscuro mientras el viento aúlla a su alrededor. «Pasará». Sus palabras eran frases memorizadas durante el entrenamiento en la escuela de espionaje en Maryland. Ciertas expresiones repetidas e «islas de conocimiento» existían para ayudar al espía con el cerebro alterado a sobrevivir, cortesía de su empleador, la Compañía.

Se palpa los bolsillos. Hay unos seis mil rublos arrugados y una cajita de fósforos de un bar del centro de Moscú. Obligándose a moverse y no simplemente rendirse a la nieve, avanza con dificultad unos sesenta metros hasta la calle más cercana y sube a la acera, donde se tambalea, mirando entre la aguanieve y la nieve que caen con fuerza. No pasa ningún vehículo durante varios minutos. Se dirige hacia el frente del edificio donde estuvo encarcelada. A la luz amarillenta de la farola distingue un cartel doble que está bastante segura dice «Novoslobodskaya». ¿No es esa la calle que da al frente de la cárcel? Conoce Moscú y cree tener razón, si es que puede confiar en su memoria. Espera, tiritando y pisando fuerte con los pies, hasta que un taxi se le acerca; entonces se mete en su carril y le hace señas para que se detenga. Él se orilla. Ella se tambalea hasta la ventanilla del conductor y le pregunta, en su perfecto ruso, si puede llevarla a un hospital.

—¿A qué hospital? —quiere saber él.

Ella le pregunta cuál recomienda.

—Hospital Clínico Central y Policlínico —le dice él—. Es el que mejor conozco. Pueden ayudarte allí.

—Está bien —le responde—, llévame allí.

La deja en una entrada con marquesina, sobre un acceso despejado frente a la sala de urgencias del hospital. Ella entra tambaleándose e intenta hablar con la recepcionista de admisión. Pero no logra expresarse con coherencia y se da la vuelta para salir. La recepcionista, sin embargo, es una joven que se preocupa y alcanza a Petrov, la toma del brazo y la guía con suavidad hasta una

camilla, ayudándola a recostarse. Luego la cubre con una manta ligera y llama a la enfermera de urgencias.

Le enyesan el brazo roto desde el hombro hasta la mano y le colocan la muñeca dislocada en su sitio, el peor dolor que ha sentido hasta ahora. Luego le examinan los ojos y los dientes, y comienzan una revisión física completa, elaborando un plan de tratamiento. Detienen a un oftalmólogo justo cuando se iba del hospital esa noche, y él regresa a su consultorio, adonde la llevan en camilla para evaluarla. Cree que las alteraciones visuales se deben, en este momento, al edema provocado por el trauma y predice que se resolverán en las próximas cuarenta y ocho horas.

Después la ingresan y la llevan al piso superior.

Por la mañana, un médico de planta le extrae los fragmentos dentales del paladar. Luego le hacen un examen dental y le colocan coronas temporales.

Para el tercer día comienzan a regresar ciertos recuerdos. Primero, su nombre; luego, la información de su residencia y, para el cuarto día, los detalles de su empleo. Lo cual la deja en shock. Es una agente de la CIA que trabaja en la Estación de Moscú y es imperativo que se comuniqué con su empleador de inmediato. Así lo hace, saliendo del hospital por voluntad propia por la misma puerta de urgencias por la que ingresó tres noches antes. El hospital le ha proporcionado un abrigo de segunda mano de los almacenes de ayuda del condado y unos guantes de cuero negro demasiado grandes para sus manos, pero que acomodan su muñeca hinchada.

La dejan en la embajada estadounidense ese mediodía nevado y para la una ya ha pasado todas las pruebas de identificación —sin papeles ni tarjetas de acceso— y ha regresado con su equipo. La última vez que estuvo allí, el jefe de Estación en Moscú, Edward R. Henshaw, fue abatido por un rifle de alta potencia, y en el caos que siguió huyó con Russell Xiang hacia la «casa verde». Todo eso le parece ahora un sueño mientras se sienta en la sala de espera aguardando una nueva identificación, las llaves de su piso y dinero.

Luego viene un interrogatorio intensivo. Le cuenta a su superior toda la historia, comenzando con la redada en la casa de Henrik, el tiroteo y el hallazgo del conocimiento de embarque de las armas y

municiones. Le hacen más preguntas y les habla de la «casa verde» y de la redada del FSB donde ella y Russell fueron capturados. Le pregunta a su jefe cómo pudo saber el FSB que ella y Russell se escondían allí, y él mira a su superior y hay un momento de comprensión, pero ninguno responde a su pregunta. Entonces le preguntan sobre la cárcel, el juicio, las palizas —especialmente si los moretones, fracturas y daños dentales fueron fotografiados y preservados—, y ella responde que sí, recordando que le hicieron fotos a sus heridas en el hospital. Por supuesto, todos están de acuerdo en que, al ser un hospital de la Federación, esas mismas pruebas que demuestran la gravedad de sus heridas podrían desaparecer con la sola orden del FSB. En ese momento traen a un fotógrafo y a un equipo médico, y se realiza un examen *ad hoc* y se toman fotografías para los archivos de la CIA.

Cuando todo ha terminado, Anna Petrov solo quiere ir a casa, caer en los brazos de Rodney, llenar la bañera y sentarse en el agua caliente con los ojos cerrados.

Con el yeso fuera de la bañera, por supuesto.

Capítulo Veintidós

MICHAEL GRESHAM

El guardia se hace entender. Lo hace mediante el gesto universal de boca hablando, dos bocas hablando, dos manos yendo y viniendo. Tengo una visita. Ingenioso, pienso. Así que digo:

—Bien, llévame con esa visita, por favor. Al menos es una oportunidad para salir de la parte de la cárcel de Moscú que no tiene calefacción —las celdas y salas de detención— y entrar en la parte que sí la tiene: las oficinas administrativas y la sala de visitas.

Me sigue mientras avanzamos por los pasillos, hasta llegar por fin a una puerta pintada de rojo brillante que no tiene manija, solo botones. El guardia se adelanta, pulsa varios números —cinco en total, creo— y la puerta se abre con un sistema neumático. Un chorro de aire caliente me golpea la cara y dejo atrás la zona penal.

Sigue guiándome desde atrás, y rápidamente aprendo las palabras rusas para «derecha», «izquierda» y «recto». Finalmente damos la última vuelta a la derecha y nos encontramos en una especie de gimnasio pequeño, con techos altos y ventanas. Una tras otra, hay cabinas alineadas contra la pared. Me indica la cabina nueve y me empuja dentro. La disposición es evidente de inmediato:

sentarse, levantar el teléfono del soporte en la pared, empezar a hablar.

Al otro lado del vidrio un hombre de unos cuarenta años se recuesta en su silla, apoyada en solo dos patas. Me saluda en inglés a través del sistema telefónico.

—Hola, Mijaíl. Hablaremos en inglés para que los que escuchan no entiendan.

—Hola. ¿Quién es usted?

—Me llamo Anatoly Palatov. Trabajo para el gobierno ruso.

—Tiene un inglés muy bueno para ser ruso. Si no lo supiera, diría que es de Texas, quizá de Arkansas.

—No, nací en Leningrado. Estoy aquí porque el gobierno quiere ayudarme.

—¿El gobierno ruso quiere ayudarme?

Él sonríe y puedo ver que su sonrisa no tiene nada de rusa: dientes bonitos y bien alineados, sin duda resultado de ortodoncia estadounidense, sin los empastes metálicos ni las coronas plateadas brillantes tan comunes entre los rusos. Pero si dice que es ruso, que así sea. Algo muy dentro de mí me dice que no siga por ese camino. Después de todo, la FSB está en la línea con nosotros. No dice nada pero está presente.

—Me alegra que su gobierno quiera ayudarme. Créame, no he hecho nada malo.

—Lo sabemos. Hemos reconocido nuestros errores. Así que voy a pagar su fianza. Hoy volverá a casa.

Se me llenan los ojos de lágrimas, estoy tan aliviado. En ese momento, si pudiera atravesar el panel de plexiglás y besarlo, lo haría. ¡A casa! Lejos del frío paralizante, lejos de una repisa de concreto como cama sin sábanas —especialmente sin ningún tipo de manta. Además, somos cuatro en esa celda de uno ochenta por dos setenta, con un agujero de cerámica en el suelo para todas las funciones corporales, y una ventana pintada de negro sin ninguna fuente de luz. La única vez que podemos ver algo es cuando la puerta se abre de golpe y los guardias nos obligan a ponernos firmes. Entonces entra un instante de luz por la puerta y miramos rápidamente a nuestro alrededor para ver con los ojos lo que hasta

entonces solo habíamos percibido con las manos, los dedos y los pies. Pero ahora me voy a casa.

—¿A qué hora saldré?

—Dentro de una hora. Ya he presentado el aviso de fianza, que debe entregarse una hora antes de la fianza real para que se puedan presentar objeciones, si las hay. No habrá objeciones porque solo el gobierno puede objetar y, en lo que respecta a esta gente, yo soy el gobierno. Tal vez esté a media hora o una hora de salir. Habrá un coche negro del gobierno estacionado al frente para llevarle a casa. Tiene pequeñas banderas de la Federación Rusa en los parachoques delanteros. Solo súbase en la parte de atrás. El conductor ya sabe su dirección.

—Increíble. ¿Cómo puedo agradecerle esto?

—¿De verdad? Haga un gran trabajo para su cliente. El gobierno quiere ver que se haga justicia. Así que defiéndalo con todo y haga un jonrón.

¿Hacer un jonrón? Si eso no es una expresión típicamente estadounidense, no sé qué lo es. Entonces me doy cuenta de que me está dando pistas con algunas de estas frases.

—Me aseguraré de hacer un jonrón, señor Palatov. Y haré un gran trabajo para mi cliente. Eso es todo lo que siempre he querido hacer. Ahora, ¿volverá a ponerse en contacto conmigo o esto es todo?

—Esto es todo. Está libre, el tribunal ha sido notificado de que debe desistir de todas las preguntas sobre su nacionalidad y aptitud para ejercer ante él, y a partir de aquí seguirá con una hoja limpia. Felicitaciones, señor Sájarov, ha ganado.

—He ganado —digo, asombrado.

—Oiga, ¿no será usted Sájarov el Oso, por casualidad?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué?

—Oh, es una leyenda que ese Sájarov viene a Rusia desde el oeste cada cien años y destruye a los enemigos del pueblo ruso. Lo sabría si fueras usted.

Sonrío.

—No, no tengo intención de destruir a nadie. Soy un hombre pacífico de Moscú.

—Estoy seguro de que lo es, señor Sájarov. Bueno, eso era todo lo que venía a decir, así que adiós, amigo mío. Y buena suerte con el señor Xiang.

Con eso, se pone de pie, guarda su teléfono y se da la vuelta, abotonándose el abrigo mientras se aleja. Un golpe repentino en la puerta detrás de mí me sobresalta, y el mismo guardia abre la puerta de un tirón. Lo sigo al pasillo y esta vez, en lugar de girar a la izquierda por donde vinimos, seguimos de frente.

Entonces lo sé. Estoy de camino a casa.

Dos horas después me dan el alta. Había una tonelada de papeleo y firmé al menos veinte formularios, algunos de los cuales exigían que jurara bajo pena de perjurio que era quien decía ser: Mijaíl Sájarov. Que así sea, pensé, y seguí firmando mi nombre.

Me devuelven el abrigo que le había robado al hombre en el juzgado. Por primera vez noto que me queda al menos dos tallas más pequeño, pero igual me lo pongo. Afuera hace bajo cero y usaré lo que me den.

Salgo apresurado por las puertas principales y me detengo en lo alto de las escaleras. El vehículo que espera es uno de muchos en una larga fila junto al bordillo. Pero es el único con las pequeñas banderas del Estado. Así que bajo los escalones de dos en dos.

La puerta trasera se abre al acercarme y subo al interior.

Y para mi gran sorpresa, allí está mi benefactor, Anatoly Palatov, quien acaba de sacarme de la cárcel. Se mueve hacia el otro lado del asiento trasero, dándome espacio para desplegar mi metro ochenta de estatura.

—Así que —dice, evidentemente divertido consigo mismo— nos volvemos a encontrar.

—¿Y por qué?

—Siga —le dice al hombre al volante—. Y suba el panel de privacidad, por favor.

Espera hasta que el panel esté completamente levantado entre nosotros y el asiento delantero.

—Soy empleado del gobierno ruso, como le dije, Michael Gresham. Pero también trabajo en paralelo para su gobierno.

—¿En paralelo? ¿Cómo en... qué?

—Ustedes tienen ciertas agencias que requieren información interna de Rusia. Yo trato de ayudarlas a conseguir esa información.

—Es de la CIA, ¿verdad? —suelto de golpe.

Él sonríe y hace un gesto con la mano, como apartando el aire hacia mí.

—Hombre tonto, en Rusia no hay nadie de la CIA. Deportamos a todos esos cobardes hace años. Solo quedan funcionarios oficiales del Departamento de Estado en la embajada.

—Igual que la KGB se fue de Washington, ¿no? —él ignora mi comentario.

—Su gobierno quiere que libere a Russell Xiang. Su gobierno está dispuesto a ayudarlo con todo lo que necesite para lograrlo. ¿Necesita asesoría adicional? Solo diga la palabra. ¿Necesita dinero para contratar a un investigador más o cinco? Solo diga la palabra. ¿Necesita una oficina con personal completo? Chasquee los dedos y estará hecho. ¿Necesita dinero para sobornos...

—Diga la palabra. Así que esto es lo que necesito. Necesito que saque a mi cliente de la cárcel. Es un infierno allí dentro y lo necesito afuera, donde pueda ayudarme.

Anatoly frunce los labios y comienza a negar con la cabeza.

—Eso no es tan fácil. Este caso está bajo la lupa. Cada ciudadano ruso quiere que ejecuten a su cliente por matar a un agente ruso, aunque fuera un agente del FSB. Somos raros en ese sentido. Leales hasta el extremo, incluso cuando eso nos perjudica.

—Nada de excusas si usted es quien dice ser. Sáquelo bajo fianza hoy mismo o detenga este auto y déjeme aquí. Seguiremos caminos separados si no va a ayudarme.

Su rostro se contrae, pero luego se relaja y su encantadora sonrisa regresa.

—Déjeme hacer unas llamadas. Veremos si los lobos se han calmado un poco ya. El tiempo y la distancia son grandes sanadores, ¿sí, Michael?

—Y basta con el Michael. Llámame Mijaíl siempre. No quiero volver a pasar por lo de la cárcel nunca más.

—Entonces Mijaíl será.

Seguimos conduciendo. Su chofer conoce el camino a mi piso sin que yo diga una palabra.

Alguien ha hecho los deberes. Claramente, es hora de mudarse a otro sitio.

Capítulo Veintitrés

MICHAEL GRESHAM

La CIA tenía una regla que prohibía a sus empleados asociarse en público. La necesidad de esa regla era evidente.

El 2 de enero, cuatro ingenieros de software violaron la regla de la CIA al desayunar juntos en el IHOP de Stafford Street, a solo treinta y dos kilómetros de la nueva sede de la CIA en Virginia. Los cuatro ingenieros conformaban el equipo de guerra cibernética de la CIA conocido como CyWar y estaban allí para celebrar un éxito silencioso: habían desactivado la capacidad bélica de Rusia durante todo el día de Año Nuevo. Para lograrlo, reprogramaron los códigos nucleares rusos en un galimatías ininteligible, incapaz de lanzar un ataque nuclear. Ese día, la capacidad nuclear rusa dejó de existir durante veintidós horas mientras los rusos trataban de descifrar su software.

Mientras esperaban en su cabina a que apareciera una camarera, los cuatro ingenieros hicieron una encuesta. Las probabilidades de ser atrapados mientras se asociaban eran del diez por ciento, dijo Stephen Taft, un experto en algoritmos; Ainsley Burshtin, experto en ciber-matemáticas, las fijó en quince por ciento. Siempre el caso atípico, Samuel T. Washington, experto en guerra cibernética rusa,

las puso en menos diez —aunque solo él parecía saber exactamente qué significaba eso. Para no quedarse atrás, Melody Winston, ingeniera eléctrica, los sorprendió a todos con una estimación bien razonada de una posibilidad entre cuatro de ser atrapados en su salida ilegal, porque la CIA, en el Distrito de Columbia y sus alrededores, tenía ojos en todas partes. La ciudad era vigilada en cada rincón por cámaras de video que no se perdían nada. Una sede de gobierno requería tanto. Cuando Melody compartió su razonamiento, los tres hombres se inclinaron involuntariamente hacia adelante y bajaron el rostro para no ser vistos.

La camarera apareció llevando un ramillete navideño de campanillas, bayas y acebo. Melody la miró y dijo:

—No me digas, eres la misma que todavía tiene las luces de Navidad encendidas en julio.

El chiste pasó desapercibido. Se repartieron los menús. Los comensales estudiaron las sabrosas opciones. Dos tortillas de vegetales y una campestre para los hombres, mientras Melody pidió un plato de frutas con yogur. Se sirvió café, el jugo de naranja fue bebido de un trago y los panqueques llegaron minutos después. Un plato giratorio con jarabes apareció y pronto los azules, marrones y morados de los dulces se mezclaron con mantequilla real. Todo estaba en orden.

El equipo se relajó mientras devoraban los panqueques. Ningún agente de la CIA había sido asesinado en Estados Unidos en años, salvo por el tiroteo de Qazi el 25 de enero de 1993. Pero eso fue una anomalía. Ese ataque se consideraba desde hacía tiempo como un hecho aislado. Tuvo lugar frente a la sede de la Agencia Central de Inteligencia en Langley, cuando un hombre armado mató a dos empleados de la CIA e hirió a otros tres. El autor fue capturado, juzgado y declarado culpable de asesinato capital. Fue ejecutado por inyección letal en 2002. El FBI dijo que su destino era una advertencia para todos los que pensarán en cazar empleados de la Agencia, y que por eso no había habido ningún caso desde entonces. Pero la CIA sabía la verdad: simplemente habían tenido suerte, nada más.

El desayuno de los agentes solo debía durar treinta minutos. Mientras limpiaban sus platos y lo acompañaban con café, la charla ligera derivó inevitablemente en su trabajo. Hablaron durante el desayuno del hackeo del día anterior. El ciberataque fue una represalia por el hackeo ruso a ciertas computadoras estadounidenses durante la campaña presidencial. La CIA quería inutilizar la capacidad de guerra nuclear de Rusia para dejar claro un mensaje: No me pises. El líder del equipo, Russell Xiang, incluso había viajado a Rusia para silenciar a un agente británico que, según informes, estaba dispuesto a vender a los rusos los detalles del próximo ciberataque.

Con el azúcar en sangre elevado tras los panqueques empapados en jarabe, los empleados de la CIA cayeron en una especie de sopor tranquilo. Pensaban, en su mayoría, en los objetivos de Año Nuevo en la Agencia. No vieron al comensal que los siguió hasta el IHOP y eligió la cabina contigua a la suya. No vieron que solo pidió café, el cual dejó intacto. Su identificación decía que se llamaba Gorkin. Llevó al restaurante, bajo su abrigo Burberry, una Remington 870 Police Magnum. La escopeta tenía un cañón acortado, con su correspondiente sello fiscal de la ATF, aunque no a su nombre real. La camarera intentó por segunda vez interesar a Gorkin en el menú de desayuno; necesitaba una propina de su mesa, pero él la rechazó con la mano.

—No para mí —dijo en un inglés vacilante—. Tal vez más tarde debería intentarlo otra vez, ¿sí?

El celular de Gorkin vibró. Tenía un mensaje de texto. Sacó el teléfono del bolsillo de su camisa y leyó: ????

Respondió por mensaje: *Cuatro patas de la serpiente sin su cabeza. Procedo.*

Gorkin echó un vistazo alrededor del restaurante. Bien, ningún uniforme policial. Deslizando lentamente la mano dentro de su abrigo, desactivó el seguro del arma. Observó cómo la camarera entregaba la cuenta al equipo de CyWar dentro de un portatarjetas de plástico. Alguien le pasó una tarjeta. La camarera giró sobre sus talones y se dirigió a la caja. Gorkin respiró hondo y de repente se levantó de su cabina, se acercó al grupo de cuatro y, al mismo

tiempo, sacó la escopeta de su abrigo. Disparó cuatro cartuchos magnum. Caras y cabezas volaron en pedazos; carne, cerebro y fragmentos de hueso salpicaron la ventana, o lo que quedaba de ella después de que la segunda detonación la hiciera estallar hacia el estacionamiento. Sujetando la escopeta con la mano derecha, se dirigió con calma hacia la salida. Sin mirar atrás para comprobar si lo seguía algún agente de civil, Gorkin salió al exterior hacia una motocicleta Suzuki azul y blanca y montó. El motor arrancó al instante y el ruso salió disparado del estacionamiento hacia Stafford.

Exactamente a tres kilómetros del IHOP, por la misma carretera, había un centro comercial con varios pequeños negocios y el Langley Athletic Club. Gorkin metió la moto en un espacio libre frente a Terry's Gold and Coins y estacionó. Se bajó y, llevando la bolsa de gimnasio, se apresuró a entrar al Athletic Club. Luego redujo el paso para no llamar la atención. Fue directo al vestuario masculino, se detuvo frente a un casillero vertical —uno entre cientos— y marcó la combinación. Un cambio de ropa lo esperaba colgado de forma ordenada. La bolsa con el arma fue directo al casillero. Luego se cambió rápidamente el atuendo del tirador por un traje negro con rayas finas, camisa azul, corbata llamativa y zapatos tipo wingtips. Cerró la puerta de inmediato y giró la combinación, asegurando el casillero nuevamente. Ya fuera, cruzó en diagonal el carril de tráfico. En la primera fila, sacó un llavero del bolsillo y presionó el control remoto, desbloqueando las puertas de un Toyota Corolla azul. Subió y encendió el motor. En el parabrisas había una calcomanía de estacionamiento/acceso del campus de la CIA con el familiar emblema del águila y la rosa de los vientos debajo. Otorgaba Acceso de Seguridad Nivel 1 al vehículo, al igual que la tarjeta de identificación que sacó y guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

Ahora conducía hacia el norte por Great Falls Street y luego al oeste por el bulevar Dolley Madison, donde giró hacia el campus de la CIA con sus advertencias y puntos de control. En el camino pasó junto a una fila de manifestantes con carteles que decían «CIERREN GUANTÁNAMO» y «OBAMA LO PROMETIÓ». Sonrió y siguió rumbo a su lugar de estacionamiento asignado.

Después de estacionar su Toyota, Gorkin se dirigió hacia la entrada y se aproximó a la zona de seguridad del edificio. Sacó la billetera del abrigo y mostró su identificación al lector de tarjetas. Luego apoyó el rostro contra el escáner óptico y permitió que leyera sus retinas.

La tarjeta de identificación decía, simplemente: «Anatoly Palatov, Nivel 1».

El software óptico quedó satisfecho, el lector de tarjetas también y la barrera de seguridad se levantó.

—Buenos días, Dr. Palatov —dijo el guardia de turno. Anatoly Palatov devolvió el saludo con una sonrisa.

Palatov se dirigió a su oficina, ubicada en la parte trasera que conformaba el primero de los nuevos edificios.

Había regresado.

Capítulo Veinticuatro

La llamada había llegado quince minutos antes: cuatro espías de guerra cibernética de la CIA abatidos a tiros. En un IHOP, nada menos. Anatoly Palatov había actuado. El presidente resopló y se apartó del inodoro, confiado en que el goteo de la uretra había cesado y sus calzoncillos permanecerían aceptablemente secos. Mientras se lavaba las manos en el lavabo, estudió el rostro que le devolvía el espejo. Blanco, anglosajón pero no protestante. En realidad, no era nada, aunque había intentado muchas veces convertirse a algo —lo que fuera— y mantenerse comprometido. La foto obligatoria del domingo por la mañana del presidente y su familia saliendo de su lugar de culto. Pero, por desgracia, nada había funcionado y ahora Sinclair era un agnóstico sin tapujos. Tenía muchas respuestas, claro, como cualquier presidente debe tener. Pero respuestas sobre Dios... ahí era donde se bajaba del tren de las respuestas. Porque no tenía ninguna y no le gustaba adivinar. Adivinar sobre el destino de su alma era mejor dejarlo a los religiosos y, cada vez más, a los mecanicistas cuánticos. «Ni siquiera sabes qué pasará dentro de sesenta minutos, mucho menos tus perspectivas para la eternidad», reprendió a su reflejo en el espejo.

«Mejor callar y parecer un tonto que hablar de estas cosas y confirmarlo», se dijo con su sonrisa de campaña, la sonrisa que

había conquistado a los votantes durante sus treinta años de carrera política. La sonrisa Colgate.

Regresó a su dormitorio, donde Harald Stennis, su asistente personal, tenía listo otro traje azul oscuro, con otra camisa blanca y otra corbata roja.

—Algunas cosas nunca cambian —murmuró a Harald, cuya práctica habitual era simplemente asentir para indicar que había escuchado tales comentarios, lo cual hizo ahora.

El presidente se vistió con rapidez y destreza, con todos los pliegues y dobleces en su sitio, y luego salió del dormitorio, recogiendo a su primer guardaespaldas del Servicio Secreto del día. Entró en el Pasillo Norte, donde giró a la derecha y pasó por su sala de lectura, luego por el Salón Oval Amarillo, hasta los ascensores y la escalera. Hoy eligió la escalera, para hacer algo de ejercicio con la esperanza de mantener a raya a los médicos idiotas. Bajó los escalones de dos en dos y el agente lo siguió igual. Al llegar al fondo, otros dos agentes se unieron al grupo y el cuarteto se dirigió al Despacho Oval. Pasaron por la Oficina del Asesor de Seguridad Nacional, bajaron varias puertas y giraron a la derecha hacia el vestíbulo presidencial, terminando en el Despacho Oval. El presidente Sinclair se dejó caer en su silla de escritorio, giró y contempló el Jardín de las Rosas, luego se contuvo y volvió a girar para concentrarse en el día que tenía por delante.

Eran las 8.30 y la secretaria personal del presidente, Andrea Gomirivi, lo esperaba. Ella le repasó la agenda del día. Él permaneció impassible mientras ella le detallaba sus reuniones, llamadas, sesiones fotográficas y apariciones. Luego asistió a las rondas de saludos protocolarios y después se reunió con sus asesores legislativos. Durante todo el tiempo, estaba ansioso por abordar los asesinatos de la CIA, pero logró mantener un semblante sereno y una sonrisa amable para las fotos y los visitantes, de los cuales no recordaría a ninguno al caer la noche.

A las diez de la mañana recibió el Informe Diario Presidencial del Asesor de Seguridad Nacional. Quince minutos después, el jefe de la CIA se les unió.

Jed Buchholz era el jefe de la NSA. Era un hombre corpulento, atrapado para siempre entre la mediana edad y la vejez incipiente gracias a su rostro de bebé y piel perfecta. Tenía el olfato de un cazador para detectar a un enemigo cercano y se decía que era capaz de despertar de un sueño profundo a las tres de la mañana y ordenar un ataque contra un caudillo afgano a dieciséis mil kilómetros de distancia. Al otro extremo, alguien moría y nadie sabía exactamente por qué, salvo Buchholz, que operaba la agencia bajo una estricta necesidad de saber. El asesinato de cuatro agentes de la CIA era motivo de angustia en la mayoría de las oficinas de Washington, pero no en la de Buchholz. Estaba listo para perseguir a quienquiera que hubiera disparado contra el núcleo intelectual de la CIA y luego hubiera huido de la escena. Perseguirlos y colgarlos del cuello sin juicio alguno. Ese era el resultado perfecto para Buchholz: justicia sin la molestia de un juicio. Por esta razón, por este rasgo de carácter, encajaba perfectamente en el rol de jefe de la NSA.

La CIA estaba dirigida por una mujer que nunca se había casado, nunca había tenido hijos, y que se decía que estaba trasladando la agencia por completo del SIGINT de vuelta al HUMINT. La razón: encontraba que los activos de inteligencia humana eran mucho más comunicativos, productivos y fiables que los cifrados del SIGINT. La antigua CIA podía estar feliz extrayendo señales del éter, pero no Lucy Ya. Su doctorado en chino era de Stanford, su licenciatura en matemáticas, de Harvard. Era china-estadounidense del Área de la Bahía, donde su padre era vicepresidente en Apple. Algunos la llamaban lesbiana; otros, heterosexual. Daba igual; no se había dejado atrapar por la sexualidad mundana de la especie, concentrando su atención más en su carrera que en las relaciones. No había llegado a donde estaba por hacer amigos. Había llegado allí produciendo pruebas contundentes para sus jefes de estación en Berlín y Bagdad gracias a los encuentros clandestinos que tuvo con cientos de hombres que vendían fragmentos de información sobre todo lo alemán y todo lo iraquí a cambio de los dólares estadounidenses que ella entregaba en lo que parecía una fuente inagotable. Había ayudado a George W. Bush a invadir Irak y había regresado a Estados Unidos poco después, donde comenzó su

rápido ascenso dentro de las oficinas administrativas de la CIA. El presidente Sinclair la había elegido para dirigir la agencia en su segundo día en el cargo. Desde entonces, había permanecido allí y la inteligencia confiable nunca había estado tan disponible desde la creación de la agencia.

A la reunión de esa mañana asistieron únicamente Sinclair, Buchholz y Ya. Había contramedidas electrónicas activadas dentro del Despacho Oval. La reunión comenzó frente a una mesa de café. De un lado, Sinclair estaba inclinado hacia adelante en un sofá con su taza de café, mientras Buchholz y Ya ocupaban el sofá opuesto. Buchholz equilibraba su lata de Mountain Dew sobre una rodilla, mientras Ya sorbía su té verde de una taza de la Casa Blanca sobre un platillo de borde dorado, también de la Casa Blanca. Tras breves saludos, el trío se puso manos a la obra. Buchholz fue el primero, describiendo el asesinato de los agentes. Luego Ya relató el éxito del plan de la Agencia para inutilizar la capacidad de Rusia de ordenar un ataque nuclear. El presidente se mostró eufórico. También se maravilló del momento elegido por Palatov: antes de ejecutar la orden presidencial de eliminar a los agentes, les permitió desactivar la capacidad de ataque nuclear de los rusos. Tal vez solo fuera por un día, pero era un logro enorme al menos para el presidente.

El presidente Sinclair entonces condujo la conversación como siempre hacía. Era hora de montar su show.

—Bucky, hagamos un poco de trabajo detectivesco básico. ¿Quién sabría que nuestro cuarteto se reuniría para desayunar?

Buchholz extendió las manos.

—Estamos trabajando en eso. Todo lo que sabemos hasta ahora es que el equipo organizó el desayuno mientras estaban en el campus de la CIA. No se hicieron llamadas desde ni hacia ninguna casa; no hay evidencia de ningún rastro de correos electrónicos. Es un concepto muy difícil para el mundo del espionaje, pero creo que no fue más complicado que reunirse en el cubículo de alguien y acordar desayunar. Nada importante.

—Y Russell Xiang, por supuesto, está en Moscú. ¿Eso tiene algo que ver con esto?

—Por supuesto, señor. Nosotros matamos a oficiales del FSB; ellos juzgan a nuestros agentes por asesinato, con amenazas de fusilamiento. Nosotros les inutilizamos la capacidad de lanzar misiles nucleares durante un día entero, y ellos matan a agentes de la CIA.

El presidente parecía pensativo. Luego dijo:

—Entonces, ¿hacia dónde vamos ahora? ¿Cuál es la próxima piedra que hay que voltear?

—¿Saben lo que pienso? —dijo Lucy Ya, la jefa de la CIA. Los hombres la miraron—. Creo que tengo un topo.

—¿Qué?

—Ya ha pasado antes.

—¿Y qué planea hacer?

—Seguridad ya está investigando. Estamos empezando por proximidad y análisis digital.

—Entonces mientras hacen eso, ¿qué tipo de video han recuperado de IHOP? Supongo que había cámaras, ¿no?

—Sí, las había. Lo hemos analizado y pasó por reconocimiento facial. El problema es que el tirador conocía la ubicación de las cámaras. Nunca se giró hacia ninguna, así que lo único que tenemos es la parte trasera de su cabeza.

—Increíble —dijo Sinclair—. ¿De verdad pueden hacer eso?

—¿Qué, evitar la cámara? Un buen espía recibe un entrenamiento exhaustivo en técnicas de evasión. Se vuelve algo instintivo. Los rusos son maestros.

—¿Y eso qué significa para nosotros?

La CIA miró a la NSA. Buchholz, de la NSA, dijo:

—Que estamos empatados.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora estamos cuatro a cuatro, Rusia contra Estados Unidos.

El presidente se puso de pie. Se inclinó y dejó su taza sobre la mesa de centro. Los visitantes estaban ajenos, tal como él sabía que estarían. La verdad era su secreto y solo suyo. Claro que estaba Palatov, pero él siempre era de fiar.

—Una cosa más, doctora Ya —dijo Sinclair—. No quiero que arresten a su topo.

—No estaba pensando en arrestarlo.

—Bien. El mundo nunca sabrá de él. Ni qué fue de él.

—Sí, señor —dijo Ya.

El presidente miró a sus visitantes.

—¿Y el abogado estadounidense que ahora está ayudando a Xiang? ¿Alguna novedad?

—Acaba de salir de la cárcel bajo fianza.

—¿Cárcel? ¿Qué demonios hacía en la cárcel?

—Estaban verificando su identidad. El tribunal ruso había decidido que tal vez no era quien decía ser.

—¿Quién decía ser?

—Mijaíl Sájarov.

—¿Y cómo pensaba lograrlo? ¿Siquiera habla el idioma?

—No lo habla —dijo Ya—. Nada de ruso. Ya lo hemos contactado, señor.

—¿Y?

—Es inofensivo. Solo otro abogado estadounidense, nada especial, pero creo que si lo ayudamos puede hacer el trabajo.

—¿Ah sí?

Ya movió la mano por el aire.

—Queremos a Xiang fuera, donde podamos controlarlo. Si lo condenan en un tribunal ruso, tal vez lo cuente todo a los rusos para salvarse. Entonces ellos tendrían una razón para romper las negociaciones nucleares. Así que ayudamos a Gresham a sacarlo. Es la mejor garantía de que sus conversaciones seguirán adelante.

El presidente sabía que esa era la mejor manera de manejar a Xiang. Eso significaba que Gresham y sus esfuerzos eran un componente clave. Si Xiang salía como un hombre libre, Ya lo controlaría. Si no lograban llevarlo a casa, las conversaciones entre EE.UU. y Rusia para reducir armas nucleares se romperían de repente, porque Xiang resultaría ser un agente de la CIA que había matado a un oficial del FSB.

—Le hemos dicho a Gresham que vamos a ayudarlo con lo que necesite —dijo Ya, leyendo la mente del presidente.

—Si necesita testigos, consíganselos. Dinero, ilimitado. Cualquier otra cosa, hacedla si la pide —dijo Sinclair.

Los jefes de agencia asintieron en señal de acuerdo.

—Bien jugado, señor —dijo Buchholz.

—¿Y qué hay de Anna Petrov?

—¿Quién?

—La agente que ayudó a matar a cuatro guardias rusos.

—El mismo trato que Xiang. Pónganla en libertad y tráiganla a casa.

—Sí, señor.

—Bien. Bien. Muy bien entonces. Hemos terminado.

Capítulo Veinticinco

Russell Xiang lee la nota que le ha traído el guardia, quien ha recibido mil de los diez mil rublos que Michael Gresham depositó en su cuenta de la comisaría de la cárcel. Fue un soborno, sí; todos lo hacían y era lo esperado si querías recibir correo del exterior.

Xiang deja la nota a un lado y contempla, pensativo, la pared frente a su litera. Luego la toma de nuevo y la lee otra vez.

«Russell», comienza, «por favor, no me olvides. Anna Petrov. P. D.: ¿Quién es tu abogado? ¿Me ayudará a mí también?»

Por otros mil rublos, los guardias le traen a Russell papel y bolígrafo. Escribió: «Su nombre es Mijaíl Sájarov. Haré que se comunique contigo».

Ella sabía que el contacto de Sájarov llegaría a través de la embajada. Ese era el procedimiento estándar. Ahora solo podía esperar.

Durante los tres días siguientes, se reporta con su enlace tres veces al día. Luego, en la mañana del cuarto día, le indican a dónde debe ir para encontrarse con el abogado y a qué hora.

Al llegar temprano al apartamento de Verona Sájarov, Petrov se queda de pie frente a la puerta, debatiéndose entre si debería tocar o no. ¿Y si es una trampa y los rusos van a capturarla otra vez? ¿Y si esta vez quieren matarla? Su mente se repliega por completo tras

todas las palizas y golpes en el cráneo y el rostro; no tiene respuestas. Aun así... llama a la puerta. La propia Verona le abre.

—Soy Petrov —anuncia la joven, mientras intenta mirar más allá de la mujer mayor.

—Entonces debes pasar de inmediato. Creo que Mijaíl esperaba que vinieras.

Esto hace que la joven se sienta mejor. ¿Podrían realmente ser amigos?

La conducen a la pequeña sala de estar. Michael Gresham se levanta de su silla y da un paso hacia ella. Extiende la mano y se saludan. Luego abre los brazos de par en par.

—Soy Anna Petrov —dice la visitante.

—Y yo soy Sájarov el Oso —dice Michael, atrayendo a la joven hacia él y abrazándola—. Qué horrible ha sido todo para ti. Lamento mucho no haber podido hacer más para ayudarte mientras estabas encerrada.

—Y... yo también lo lamento.

—Déjame intentar compensártelo por eso.

—¿Cómo?

—Liberándote, Anna.

—Sí. Eso estaría bien. Solo quiero irme a casa ahora.

—Y así será. Te lo prometo.

Michael saca su teléfono del abrigo y envía un mensaje de texto. La ayuda está en camino.

Capítulo Veintiséis

MICHAEL GRESHAM

Cuando se da cuenta de que hablo en serio, de que voy a ayudarla a volver a casa, quiere otro abrazo.

Finalmente, se aparta y Verona la guía hasta el sofá. Es evidente que nuestra Petrov está sufriendo mucho y que cada movimiento le cuesta. Pasamos los siguientes treinta minutos conversando de cosas triviales mientras yo hago tiempo hasta que llegue la ayuda. Justo estábamos pasando a hablar de las tareas laborales de Petrov cuando oímos que se abre y se cierra la puerta principal. Verona me mira alarmada.

Pero es Marcel, que ha respondido a mi mensaje. Se presenta ante Verona y Petrov, y toma asiento junto al samovar, donde cruza una pierna sobre la otra y observa su entorno.

—Anna Petrov —le digo a Marcel.

Él asiente.

—Lo sé.

Verona sirve cuatro tazas de té, las reparte y se sienta junto a mí en el sofá. Sostiene su taza y platillo con una sola mano.

—Marcel y yo hemos estado trabajando en la defensa de Russell Xiang. No podemos entrar en detalles sobre eso con usted.

—Lo entiendo. Podrían volver a torturarme y ustedes no quieren que yo...

—Exacto —dice Marcel—. A estas alturas, ni siquiera estamos seguros de quién es quién. Así que ténganos paciencia, por favor, mientras lo aclaramos todo.

—¿Me defenderán a mí también? —pregunta la joven, más como una súplica que como pregunta. Aún no está segura, al parecer.

—Claro —le digo—, pero aún no estoy seguro de cómo funcionará eso. Tenemos prácticamente toda la defensa de Russell planeada y estamos reuniendo testigos que corroboren su versión. Pero tú, tu situación es distinta y eso lo complica más.

Ella asiente.

—O sea que no soy china y no puedes inventarme una realidad alternativa.

Marcel y yo nos miramos. Él pone los ojos en blanco, como diciendo: «Es mucho más lista de lo que cualquiera de los dos esperábamos». Pero ¿por qué no habría de serlo? Al fin y al cabo, es una oficial de la CIA.

—Bien, empecemos por lo que sabemos —le digo—. Primero, cuéntame qué pasó con tu empleador después de que saliste de la cárcel. ¿Qué ha pasado con ellos?

—Me presenté en la embajada sin ninguna identificación. Así que fue un lío, pero al final lograron reconstruir mi documentación y me enviaron a la Estación de Moscú.

—¿Con quién hablaste allí?

—Ese es el punto. Nadie quiso hablar conmigo. Solo me atendió personal administrativo de bajo nivel que me dijo que nadie podía recibirme. No hizo falta mucho para entender que me estaban repudiando.

—¿Otro caso Russell?

—Igual que Russell. Son las negociaciones sobre armas nucleares, lo entiendo. ¡Pero tienen tantos recursos! Podrían simplemente enviarme...

Ella empieza a llorar, y Verona le pasa el brazo por encima y la atrae hacia sí.

—Llora todo lo que necesites —le dice a la chica—. Estás agotada y sufres mucho. Solo recuerda que todos aquí somos tus amigos y no vamos a abandonarte. Vamos a llevarte a un lugar seguro.

Petrov me clava la mirada con sus ojos azules.

—¿Cómo ocurrirá eso? ¿Me sacarán de contrabando del país? ¿Está trabajando con la CIA en secreto? Por favor, deme alguna garantía.

—No, no estoy trabajando con la CIA. Ellos ofrecieron ayudar, pero creo que lo hicieron más por dejar constancia. Querían que, si alguien escucha esta historia en el futuro, yo tuviera que decir que ofrecieron hacer todo lo posible por ayudarte a ti y a Russell.

—¿Entonces qué hará?

Marcel dice:

—¿Mijaíl? ¿Hablamos primero?

Estoy pensando: «¿Hablar de qué?» No tenemos ningún plan para Petrov. Ella cree que sí, pero no es así. Entonces me doy cuenta de que, si la situación fuera al revés, no tendría a nadie más que a ella para ayudarme a llegar a un lugar seguro. Es obvio que no puedo fallarle, porque los rusos la golpearán hasta matarla si nadie la defiende ahora que ha pedido ayuda a la CIA y la han rechazado. Para ellos se convierte en un conejo herido y se le echarán encima. Seguramente morirá. Así que me comprometo.

—Te ayudaré sacándote yo mismo de Rusia.

Todos se giran para mirarme. «¿Qué?», preguntan sus rostros.

Petrov responde de inmediato; ha comprendido bien que yo no soy precisamente un traficante de personas.

—Mijaíl, soy experta en técnicas de exfiltración. Tal vez sería mejor que lo hiciera sola, sin ponerte en peligro. Si te atrapan ayudándome, tú también morirás.

—Déjala que vaya sola, Mijaíl —advierte Marcel—. Si te atrapan, Russell no tendrá a nadie.

—Tiene a Van —respondo. Una respuesta débil, pero es lo mejor que puedo ofrecer.

—¿Van? —se burla Marcel—. Un abogado de urbanismo o algo así.

Niega con la cabeza, en total desacuerdo conmigo, y sé que tiene razón. Pero aun así, tengo que hacer todo lo posible por esta joven. Además, Henry Xiang me reemplazaría si algo me pasara, no tengo ninguna duda de eso.

—Estás pensando que tu amigo Henry simplemente te reemplazaría —dice Marcel—. Pero en realidad no sería tan fácil. Si te atrapan ayudando a la señorita Petrov, el jurado de Russell Xiang será informado de eso. Eso resultará en su condena segura, lo que llevará a su muerte. No lo dudes, Mijaíl, hay dos vidas en juego. Tres, contando la tuya.

—No tienes ni idea de cómo ayudar —dice Verona—. Eres abogado, no un espía con recursos. No tienes forma de ayudar.

—¿Cuánto tiempo llevaría falsificarle unos papeles? —le pregunto a Marcel.

Él niega con la cabeza y me lanza una mirada fulminante.

—¿Qué?

—No hagas esto, Mijaíl. Probablemente fracasará.

—Alguien tiene que intentarlo.

—Entonces déjame hacerlo yo —dice Marcel con exasperación—. Yo la sacaré.

—No —digo—, tú tienes antecedentes aquí desde hace años. Tendrán tus huellas y quién sabe qué más. Si te atrapan con ella, es muerte segura. Si me atrapan a mí con ella, hay una pequeña posibilidad de que sobreviva. Pero contigo es muerte segura. Así que tengo que ser yo.

—Esperen —dice Verona—. ¿Por qué alguno de ustedes tiene que ir con ella? ¿Por qué no puede ir sola? Mejor aún, tal vez, ¿por qué no puedo ir yo con ella? Puedo hacerme pasar por su madre.

—Yo planeaba hacerme pasar por su padre —respondo con brusquedad, con la paciencia casi agotada. No quiero poner a nadie más en riesgo.

—Entonces iremos los dos y fingiremos ser sus padres —dice Verona.

—Tú estás fuera de la ecuación —le digo a Verona—. No voy a permitir que te involucres.

—Fracasarás sin mí. Ahora escúchame. Si nos detienen y nos interrogan, o si nos retienen, diré que nuestra hija —Anna Petrov— sufre de autismo. Por eso no puede hablar ni valerse por sí misma, y la estamos llevando a Europa para recibir tratamiento.

—¿Y si deciden hacerle pruebas para confirmar que realmente es autista? —pregunto.

Estoy jugando al abogado del diablo en este punto porque, debo admitir, lo que dice tiene mucho sentido para mí, por más que me desagrade la idea de que se involucre.

—¿Si deciden hacerle pruebas? En su momento quisieron evaluar a mi verdadera hija, pero no había pruebas fiables. Hoy en día, las pruebas que se hacen para diferenciar entre cerebros normales y cerebros autistas solo pueden ser realizadas con precisión por científicos con la formación y experiencia adecuadas.

—¿Y dónde se hacen esas pruebas?

—En la UCLA.

Lo pienso durante varios minutos. Luego digo:

—¿Se han hecho las mismas pruebas aquí en Rusia?

—No. Los rusos están en la Edad de Piedra con esto. Incluso si quisieran hacerle pruebas, simplemente no tienen los medios.

—Entonces no es algo simple como un análisis de sangre o una prueba de ADN. ¿Nada por el estilo?

—Exacto. Si me dejas hablar a mí, puedo convencer a cualquier autoridad rusa que haga preguntas de que esta chica no es la persona que están buscando.

—Marcel, ¿qué tal una historia sobre su nacimiento como hija de Mijaíl y Verona Sájarov? ¿Puedes conseguirlo?

—¿Cuánto dinero tenemos?

—Intenta con el Departamento del Tesoro de EE. UU. Si no cooperan conmigo, tal vez empiece a hablar con la prensa sobre lo que sé.

—Esa es fácil. Simplemente te eliminarán, Mijaíl. No es la forma en que quieres terminar.

—Entonces el padre de Russell lo financiará. Al diablo, yo mismo lo financiaré si eso es lo que hace falta para sacarla de Rusia. Tienes mis cuentas, ahora haz que ocurra.

—¿El mismo nombre? —me pregunta.

—Excepto por el apellido. La señorita Petrov ahora es la señorita Sájarov.

—Hecho.

—¿Cuánto tiempo?

—Podemos tener los papeles para la mañana.

—¿A las ocho?

—Sí.

—Muy bien. Nos vemos aquí a las ocho de la mañana. Verona, prepara una maleta para ti y Anna. Yo traeré la mía.

—Está bien.

—Esta noche... Anna, quédate con Verona esta noche. Tengo que volver al hotel y reunirme con Van, y estaré despierto hasta tarde. Pero estaré aquí a las ocho mañana por la mañana. ¿Todos de acuerdo?

Los tres al unísono:

—De acuerdo.

Excepto que a la mañana siguiente, cuando estoy a punto de salir de mi habitación de hotel, hay una nota empujada por debajo de la puerta. Es la letra de Marcel. Me informa que Marcel, Verona y Petrov se reunieron temprano esta mañana y se fueron sin mí. Marcel ahora está haciendo el papel de padre de la chica.

Estoy atónito y me siento terriblemente traicionado. Me encierro de nuevo en mi habitación, maldiciendo y golpeando el sofá. Luego me calmo y pido un desayuno completo al servicio de habitaciones. Después de haber comido hasta el último bocado, sigo sin entender cómo pudieron los tres engañarme.

Estoy enojado y dolido. Pero también estoy pensando larga y profundamente en la última línea del mensaje de Marcel para mí.

Jefe, tú eres lo único que se interpone entre Russell y un pelotón de fusilamiento. Supere mi engaño y ve a ganar esto por tu hijo.

Solo entonces puedo sonreír. Marcel es muy meticuloso. Ha descubierto un secreto de mi juventud y estoy impresionado. ¿Cómo lo hizo? Probablemente con la ayuda de Henry Xiang. Por eso me ha engañado, porque Marcel me está cuidando. Lo que significa que no podía dejarme ir.

No podía dejarme ir porque Russell es mi hijo y Marcel lo sabe.

Capítulo Veintisiete

MICHAEL GRESHAM

Esa tarde, después de que Marcel, Verona y Anna estén lejos de Moscú, tomo un taxi desde el hotel hasta la cárcel. Está nublado, ventoso y oscuro cuando llego. Justo cuando bajo del taxi y estoy pagando al conductor, empieza a caer aguanieve; las partículas de hielo azotan mi rostro y mis ojos con ardor. Me apresuro a entrar en la cárcel, alejándome del embate. He venido a ver a mi hijo. Que no sabe que es mi hijo.

A estas alturas ya me conocen en la ventanilla de visitas y me procesan para entrar a una sala de conferencias entre abogado y cliente tras solo una hora de espera. Llego a la sala antes que Russell, quien entra quince minutos después que yo. Luce demacrado, sin afeitar, y tiene los ojos inyectados en sangre. Puedo oler el hedor de su aliento desde el otro lado de la mesa. Me asiente con la cabeza y baja la mirada.

—Sé que apesto. La higiene personal no está en la lista de prioridades aquí dentro.

—No te preocupes por eso. Estoy aquí para sacarte, no para juzgarte.

Se le llenan los ojos de lágrimas y se las limpia con una mano sucia. Sacude la cabeza con violencia y su cuerpo tiembla, claramente molesto consigo mismo por mostrar emociones.

—Lo siento. Me doy cuenta de que últimamente lloro por todo. Solo siento lástima de mí mismo.

—¿Te están alimentando mejor?

—Por lo que he podido notar, compran comida al por mayor. Y cada pocos días cambia lo que nos dan. Ahora mismo estamos comiendo una especie de fiambres fríos que están rancios y grasientos como no te imaginas. Nos los dan dos veces al día. Antes de eso nos daban un tipo de queso blanco. Nunca pude entender qué demonios era, pero nos lo dieron al menos durante una semana. A mí y a los otros en mi celda nos dio diarrea. Cada uno de nosotros iba al agujero al menos seis veces al día. Olía como una cloaca ahí dentro día y noche. Gracias a Dios por fin se les acabó. Los fiambres son un gran alivio después de eso.

Su voz se apaga y aún no me mira a los ojos. Una parte de mí quiere abrazarlo, darle palmaditas en la espalda y consolarlo como lo haría un padre con su hijo. Pero sé que no debo hacerlo. Así que mantengo límites cuidadosos, como siempre he hecho con él, y me cuido de no acercarme demasiado con nada de lo que digo. Él no me conoce como padre y así debe seguir. Es un contrato no dicho que tengo con Henry Xiang. Es algo curioso, pienso mientras estoy sentado ahí, haciendo charla ligera preliminar con mi hijo. Henry Xiang es asiático y tiene todos los rasgos faciales que uno esperaría. Y Russell tiene esos rasgos, pero en mucha menor medida. Su madre —con quien pasé una noche cuando estábamos en la universidad— también es asiática. Pero puedo ver mis propios ojos en el chico, tal vez incluso más que eso.

—Entonces —digo con mi voz profesional—, tengo entendido que eres agente de la CIA. ¿Cómo ocurrió eso?

Crecí expuesto al chino mandarín. Los hermanos de mi padre, sus padres... siempre había gente a mi alrededor que quería que hablara con ellos en ese idioma. Así que empecé a aprenderlo desde muy pequeño. Para cuando tenía siete u ocho años, ya me sentía bastante cómodo conversando en chino. Luego, en la universidad,

tomé chino como segunda especialidad. Lo cual, en Georgetown, es una verdadera pesadilla. Es una carrera muy difícil y me costó mucho antes de empezar a destacar. Entonces, en mi último año, me llamaron a la oficina de mi asesor académico en la universidad. Alguien quería reunirse conmigo, alguien que no quería contactarme directamente. Así que me presenté. Mi asesor me llevó a su sala de conferencias, y allí había un hombre con traje sentado a la mesa, con las manos entrelazadas y sin ninguna expresión en el rostro. Mi primera reacción fue: «Uy, estoy en problemas».

—¿Estabas en problemas? Lo dudo.

—No. Mi asesor nos dejó solos y el hombre se presentó. Nos dimos la mano. Me preguntó si alguna vez había considerado trabajar para el gobierno. Le dije que en ese momento no había considerado trabajar en absoluto, que ya me habían aceptado en la facultad de derecho.

—Supongo que planeabas unirme al bufete de tu padre.

—En realidad, no. Planeaba mudarme a Hong Kong después de la facultad de derecho y trabajar en una firma comercial. Estaba listo para la aventura, señor Gresham.

Miro a mi alrededor con nerviosismo. Luego escribo con fuerza un mensaje en mi tableta. *¡Lláname Sájarov!*

—¿Quién? —pregunto, esperando que convierta lo de «señor Gresham» en algo inocente.

—Gresham... ese era el nombre del hombre, creo. En fin, le dije que quería una aventura en un país extranjero, señor Sájarov. En ese momento, él realmente sonrió. Luego me mostró su identificación. Dijo que era un reclutador de la Agencia Central de Inteligencia. Bueno, casi salgo corriendo de allí.

—Querías una aventura en el extranjero, pero no ese tipo de aventura en el extranjero, supongo.

—Exactamente. Todo lo que sabía sobre ese mundo venía de películas de James Bond y Jason Bourne. No parecía algo con lo que quisiera despertarme todos los días. Así que lo rechacé de plano y me levanté para salir de la sala. Me pidió que esperara un minuto hasta que terminara, así que me volví a sentar.

—¿Entonces mejoró la oferta?

—Sí y no. Apeló a mi patriotismo —lo poco que tenía—. Habló sobre el once de septiembre y cuánto necesitaba ayuda el gobierno. Especialmente, dijo, ayuda de jóvenes con aptitudes para los idiomas, con formación en lenguas. Era algo que jamás había considerado. Había hecho una especialización menor en chino porque pensé que sería algo fácil. No lo fue; fue terriblemente difícil. Pero esa es una historia para otro día.

Mientras este joven habla y lo voy conociendo un poco mejor, avanzo por varias etapas de conmoción y sorpresa. A veces suena exactamente como yo, y muchas de sus rarezas faciales, al conectar conmigo, casi me hacen sentir que me estoy mirando en un espejo. Sigo forzándome a apartar esa sensación, tratando de concentrarme en hacer mi trabajo como profesional, pero es muy difícil. Este muchacho, sin duda, es mi hijo.

—En algún momento debió convencerte de que trabajar para la CIA tenía sus ventajas.

—Lo hizo. Me pidió veinte años de mi vida. Después de eso —dijo—, podría retirarme y volver a la universidad para estudiar derecho si aún quería, o podría descansar.

—¿Descansar?

—Ya sabes... mecedora. No hacer nada más que dormir, comer y leer. Lo que fuera. En realidad, eso me resultaba muy atractivo. Había pensado que algún día me gustaría probar suerte escribiendo. Eso parecía una posibilidad real, según como él lo planteaba. Además, para entonces tendría historias increíbles que contar.

—Seguro que sí.

—Así que dije que estaba dispuesto a seguir conversando. Luego hablamos sobre el salario, los beneficios y todo eso. Para cuando terminamos, al menos me había medio convencido de que era algo bueno. Pero aún quería hablar con mi papá. Y se lo dije al reclutador. No comentó nada al respecto, pero fijó una nueva cita conmigo para dentro de una semana. Esta vez lo vería en Langley para una visita guiada. Acepté.

—¿Hablaste con tu papá?

—Sí. No me permitieron decirle exactamente con quién había estado hablando. Solo que una agencia gubernamental se me había

acercado y que yo estaba interesado. Como siempre, me dijo que hiciera lo que fuera mejor para mí. Así que lo hice. Visité Langley, me gustó lo que vi y me inscribí como candidato. Más allá de eso, no me está permitido hablar mucho más.

—Claro, lo entiendo. Ahora hablemos de por qué estabas en Rusia cuando te arrestaron.

—No puedo entrar en eso. Lo siento.

—Hay ciertas partes en las que vas a tener que confiar en mí, Russell. Como tu abogado, hay aspectos de tu historia que necesito conocer.

—Eso simplemente no es posible, señor Sájarov. De todos modos probablemente esta sala esté intervenida.

En ese momento saqué mi detector de escuchas. Barrí la sala en busca de aparatos electrónicos y, para mi gran sorpresa, la sala no estaba intervenida. Se lo dije a Russell y le mostré mi herramienta electrónica. Parece un celular común, pero es capaz de mucho más que hacer llamadas.

—De un viejo agente de la Interpol que sabe lo que hace. Aquí estamos limpios.

—En realidad, no hay cámaras ni micrófonos aquí. Estoy asombrado, pero confío en mi equipo.

—¿De dónde lo sacaste?

—De un viejo agente de la Interpol que sabe lo que hace. Aquí estamos limpios.

—Está bien. Señor Sájarov, le diré lo que pueda. Pero hay partes por las que podrían ejecutarme si las revelo a alguien. Lo siento.

—¿Por qué no improvisamos y vemos a dónde nos lleva eso?

—Bien. Pregunte lo que quiera.

—¿Por qué estaba en Rusia? ¿La Federación Rusa es su asignación habitual?

—No. Nos topamos con cierto ruido mientras trabajábamos en otra cosa. Vine aquí a investigar.

—¿Ruido?

—Ciertas palabras clave. Frases hechas. Cosas sobre las que la NSA quiere saber más.

—Así que vino para averiguar sobre esas cosas. Pero ¿por qué usted? ¿Por qué no alguien que ya estuviera aquí?

—Porque resulta que serví en Oriente Medio con la persona de interés.

—¿El nombre de esa persona?

—Henrik Nurayov.

—¿Quién es esa persona?

—Es un oficial británico.

—¿Cómo? Ayúdame, Russell.

—Como en el MI6. Es mi homólogo.

—¿Lo conocías de antes?

Russell estira los brazos, se frota los hombros, claramente considerando cómo quiere que continúe esta línea de preguntas.

—Lo conocía de antes, sabía que era del MI6, pero no puedo decirle qué sospechábamos que hacía. Eso podría comprometer nuestra propia seguridad.

Sonríó.

—Russell, como su abogado, lo que me diga es confidencial. No es como si fuera a salir a repetir estas cosas, porque no lo haré.

Sus ojos oscuros se clavaban en mí.

—Tal vez no voluntariamente. Pero hay personas allá afuera que pueden hacerle decir cualquier cosa, señor Sájarov. Esas personas pueden averiguar todo lo que tiene en la cabeza. Créame.

—Le creo. Está bien, tiene sentido. Así que no entraremos en detalles de la misión. Pero vino a Rusia a investigar algo y terminó arrestado. Los documentos del tribunal dicen que mató ciudadanos rusos y que huyó con secretos del gobierno. Vamos por partes. Primero, ¿ha matado a alguien desde que está aquí?

Él asiente solemnemente.

—Puesto así, sí. Sé lo que está preguntando.

—Sí.

—¿A quién fue?

—A ellos, señor Sájarov.

—¿Fue en una misión oficial?

—Puesto así, sí. Sé lo que está preguntando.

—¿Dónde sucedió esto?

—En la *dacha* de Henrik, justo a las afueras de la ciudad, al norte de Moscú.

—¿Puede describir las circunstancias?

—Estas personas a las que disparé me estaban buscando para matarme. Simplemente disparé primero.

—¿Había alguien más con usted?

—No puedo decirlo. No puedo comprometer a otro oficial. Es un delito castigado con la muerte.

—Entonces no lo haga. De todos modos ya no es tan crucial en este punto.

—Gracias. Las personas que maté eran agentes del FSB ruso. Me han informado que uno de ellos era hijo de un alto funcionario del FSB. He provocado un gran escándalo entre nuestros países, señor Sájarov.

—¿Conoce el nombre de esa persona?

—No.

—¿Conoce el nombre del padre?

—Sí. El padre es Igor Tarayev, el jefe del FSB de Moscú.

—Maldita sea.

—Sí. Evidentemente, su hijo era un joven agente federal y lo neutralicé.

—¿Y cómo encaja Henrik Nurayov en todo esto?

—El hijo de Tarayev estaba proporcionando seguridad a Henrik Nurayov. Digamos simplemente que se estaba cerrando un trato.

—¿Qué tipo de trato?

Russell mira alrededor de la habitación; sus ojos recorren del suelo al techo y de pared a pared. Luego vuelve a mirarme.

—Se estaban vendiendo artículos militares. Artículos militares sobre los que Estados Unidos estaba obligado a informarse.

—¿Armas militares que alguien intentaba introducir en Estados Unidos?

—Exactamente —dice.

No estoy seguro de que me lo hubiera dicho si no lo hubiera adivinado. Creo que acabamos de cruzar una línea que él no habría cruzado solo para salvarse.

—¿Nurayov está vendiendo armas británicas a los rusos?

—No exactamente. Está actuando como intermediario. Hay un traficante de armas en un extremo del mundo y está el FSB en el otro. El FSB quiere que cierto material militar llegue a Estados Unidos para que se puedan llevar a cabo actos de terrorismo. El FSB —Rusia— está pagando una suma enorme de dinero por estos artículos y Henrik Nurayov se está marchando con más dinero del que podría haber ganado en cien vidas como agente del MI6. O como agente de la CIA.

—¿Y la CIA —o mejor dicho, la NSA— se enteró de esto y lo enviaron a investigar porque usted conocía a Nurayov de antes?

—Sí, pero hay más.

—¿Cómo qué?

—La esposa de Nurayov es hermana de mi esposa. Conocí a mi esposa gracias a Nurayov cuando trabajábamos en Oriente Medio. Hubo una fiesta de Navidad y Nurayov se hacía pasar por un diplomático de bajo rango cuya esposa lo había acompañado en su destino. Su hermana vino a la ciudad como parte de la tapadera, para que pareciera que las vacaciones navideñas eran unas vacaciones familiares normales. Resultó que me enamoré de la hermana y me casé con ella al regresar a Estados Unidos. El mundo es un pañuelo, señor Sájarov.

—Entonces debe ser extremadamente difícil para usted encontrarse ahora del otro lado de la barrera respecto a su cuñado.

—Nunca fuimos cercanos. Siempre ha habido algo en Henrik que incomoda a la gente. Es resbaladizo y siempre está tramando algo, y la gente lo percibe. Henrik Nurayov nunca ha sido una persona querida. Luego, hace unos cinco años, él y la hermana de mi esposa se separaron durante un año y después se divorciaron. Así que ahora no hay ningún vínculo, y yo le había perdido la pista. Pero la CIA no le perdió la pista a él ni a mi conexión con él. Cuando apareció en su radar, acudieron de inmediato a mí, y aquí estoy.

—Vaya, hay historia ahí. ¿Usted... vino aquí a matar a Nurayov?

—Sí.

—¿Iba a hacerlo?

—Absolutamente. Es solo un asunto profesional. Además, está intentando organizar un ataque masivo en Estados Unidos. Merece

morir, y estoy completamente dispuesto a hacerlo realidad.

—Si puedo sacarlo de aquí.

—Si puede sacarme de aquí.

—¿Y qué pasa con la negación? La CIA dice que no lo conoce. ¿Dónde lo deja eso con ellos?

Sonríe con cautela.

—Por favor recuerde, señor Sájarov, que aquí solo hablamos de negocios. Sigo siendo un agente de la CIA y lo seré siempre hasta que me retire. Me readmitirán en cuanto reaparezca en Estados Unidos y me asignarán a algún puesto. Una vez que entras, estás dentro de por vida. Nunca deje que nadie le diga lo contrario.

—Ahora hablemos de la defensa de su caso. Voy a demostrar que usted es chino, no estadounidense, y que está en Rusia para iniciar un negocio.

—Entiendo. ¿Ha estado recibiendo mis cartas? Las he escrito en chino, tal como me indicó.

—¿Tres?

—Sí, tres. Bien, entonces las recibió todas.

—Sí, las tenemos. Antonia me las interpretó y creo que ha hecho un buen trabajo presentando su nacionalidad como china. La historia de fondo que eligió también me convence. Ahora quiero plantearle un enigma.

—Adelante.

—La Estación de Moscú tiene registros que lo vinculan claramente a usted con la CIA como oficial.

—Correcto.

—Me visitó un hombre que se identificó como Anatoly Palatov. Es el hombre que pagó mi fianza para sacarme de la cárcel. ¿Ese nombre le dice algo?

Niega con la cabeza.

—Nunca he oído ese nombre.

Justo entonces llaman a nuestra puerta y, de repente, se abre de par en par. Dos guardias agarran a Russell y comienzan a sacarlo. Evidentemente, nuestra reunión ha terminado. Lo cual está bien. Conseguí lo que vine a buscar. Ahora sé lo que quiero de la CIA. Solo queda arrancárselo.

Salgo por la puerta principal de la cárcel. Adiós, hijo mío.
Pronto volveré para llevarte a casa.

Capítulo Veintiocho

MICHAEL GRESHAM

La voz que llama a mi teléfono suena como una carga de grava deslizándose por la parte trasera de un volquete. Es áspera, ronca y con un acento muy marcado, así que tengo que prestar mucha atención. Pero habla en inglés, y eso es rarísimo.

—Sí, habla Mijaíl Sájarov.

—Señor Sájarov, habla Sergei Gliisky. Soy el fiscal principal en el caso contra su cliente Russell Xiang.

—Gracias por llamar. ¿En qué puedo ayudarle?

—Llamo para dejar todo perfectamente claro, señor Sájarov.

—La claridad es buena.

—Dos casos. Uno contra usted por mentir al tribunal. Otro contra su cliente por asesinato y secretos de Estado.

No respondo. No hay necesidad de que me recuerde lo que me quita el sueño por las noches.

—Señor Sájarov, estamos convencidos de que su verdadero nombre es Michael Gresham y de que trabaja para la CIA. Como sabe, esto es muy serio. Podría ir a prisión por un mínimo de diez años si se prueban estos cargos en su contra.

—¿Y cómo planean probar que soy de la CIA?

—Tenemos nuestros métodos, señor Sájarov. Pero aquí tiene uno para considerar. Sabemos de sus hijos en Evanston, Illinois. ¿Todavía quiere continuar con su engaño en nuestro tribunal?

Casi se me cae el teléfono. Me tienen. Saben dónde vivo y saben de mis hijos. Llamaré de inmediato a casa y haré que trasladen a mis hijos a un lugar seguro que nadie conozca. Mis ojos ven destellos de eventos terribles desarrollándose y cosas demasiado horribles como para siquiera imaginar que puedan suceder. Pero tengo que actuar como si nada me afectara. Y lo hago.

—Me acaba de perder. No sé nada sobre Illinois ni ese lugar Evans. Tiene al hombre equivocado para esa conexión.

—Evanston. Presentaremos esta prueba ante el tribunal en el caso de su cliente.

—Un momento. ¿Van a intentar probar su caso contra mí durante el juicio que estoy defendiendo para Russell Xiang?

—Me ha oído bien. Está permitido y planeo hacerlo.

—Voy a pelear contigo por eso.

Él se burla. Luego carraspea y continúa.

—Segundo punto en nuestra lista. Voy a presenciar personalmente cómo ejecutan a tu cliente frente al pelotón de fusilamiento. Voy a mirar cómo lo acribillan. No habrá acuerdos para él, ni apelaciones, y el jurado lo odiará aún más porque usted es un mentiroso y un agente de la CIA. Ellos sabrán todo esto cuando se retiren a deliberar. ¿Suena tentador?

—¿Para esto llamó? ¿Solo para intimidarme?

—En absoluto. También quería informarle que ahora tenemos bajo custodia a una mujer que afirma ser la esposa de Mijaíl Sájarov, a un hombre que dice ser Mijaíl Sájarov y a una joven que dice ser Anna Sájarov. Fue un riesgo que tomó al enviarlos en el tren para escapar, pero fracasó.

Apenas puedo respirar. Siento como si me hubieran dejado caer una roca en el pecho. Han arrestado a Marcel, a Verona y a Anna. Probar su caso contra mí ahora es lo más sencillo del mundo. Además, presentarán cargos contra personas a quienes animé a huir. No tengo palabras.

—Que no le quepa duda. No habrá acuerdos para estas personas, al igual que no los habrá para usted. No ofreceremos reducir los cargos a cambio de una declaración de culpabilidad por un delito menor. Aunque occidentales como su cliente y su investigador tal vez esperen un acuerdo de último minuto, nosotros no ofrecemos tratos. Cumplirá al menos diez años. Con este nuevo engaño que podemos probar que organizó, se enfrenta a veinte años adicionales. En cuanto a sus amigos, ya están pudriéndose en la cárcel. Me dicen que la joven ya está dispuesta a testificar contra usted a cambio de clemencia. Y no olvide que tenemos su confesión culpando directamente a su señor Xiang de la muerte del joven Tarayev. Un lindo y ordenado paquete de agentes de la CIA estadounidense listos para los campos de trabajo.

—¿Eso es todo?

—¿No es suficiente? Que tenga una buena noche, señor Sájarov. ¿O debería decir, señor Gresham? Como sea, en este punto realmente no importa. Cumplirá veinte años en un campo de trabajo ruso en Siberia sin importar el nombre que use, ¿me equivoco, señor?

Se ríe mientras cuelga.

En una explosión repentina, corro hacia el baño de mi habitación de hotel. Con la cabeza metida en el inodoro, lo vomito todo: todo el miedo, el engaño, la impotencia que he sentido todo este tiempo... todo sale rugiendo.

Luego me arrastro hasta la pequeña sala de estar de mi suite y me dejo caer en el sofá blanco. Es incómodo porque es largo y plano, y el respaldo es una pared en ángulo recto. Por supuesto que es incómodo, es ruso, pienso. Vacío la jarra de agua medio llena en un vaso grande de cristal. Dando enormes tragos del líquido, me enjuago el mal sabor de la boca y la garganta. Luego me recuesto y aflojo la corbata. Ha sido un día largo y terrible.

Es su sistema. Solo el gobierno puede ganar en el sistema ruso. Está hecho así. Me imagino que los jueces son todos amigos personales y confidentes de Vladímir Putin. Me imagino que le informan a diario cuántos ciudadanos corruptos enviaron al gulag.

En mi mente hay un jurado que yo ayudé a seleccionar. No es un jurado de pares ni uno considerado imparcial tras un exhaustivo proceso de selección. En cambio, solo veo marionetas, personas cuyas palabras y acciones están controladas por los titiriteros que los enviaron al tribunal a actuar desde el principio.

Entonces me visualizo tratando de convencerlos de la inocencia de Russell, de su ciudadanía china, de su situación injusta por la que debería ser liberado. Pero entonces veo al jurado mirarlo a él y luego a mí, y luego volver a mirarlo a él. No parece chino en absoluto, están pensando. No, se parece a su abogado, Michael Gresham. A eso se parece. Xiang es tan ciudadano chino como lo somos nosotros. Luego los veo apartar la mirada con disgusto. Ni siquiera se molestan en deliberar cuando se retiran a la sala del jurado. Simplemente firman los formularios del veredicto sin votar:

CULPABLE.

Decido llamar a Van y hablarlo con él. Pero no responde su teléfono. No puedo culparlo. Probablemente ya se enteró de los arrestos de los demás y lo relaciona conmigo. No me sorprendería en absoluto que se retirara del caso. Que se retire y me deje colgado.

Entonces, otra gran roca cae sobre mi pecho. Marcel y su expediente ruso de hace años. Me había advertido que no podía permitirse ser identificado por las autoridades rusas. Pero ahora lo han hecho. ¿Qué podría significar eso? Gimo y desearía tener más agua. El caso solo empeora cada vez que persigo a alguien por la madriguera. Incluso mi amante, Verona Sájarov, pagará caro antes de que todo termine.

Alguien golpea la puerta de mi habitación. Al instante me tenso, porque solo puedo predecir que han venido por mí. Con toda la rapidez que puedo reunir, busco una sudadera... cualquier cosa que me mantenga abrigado en esa celda helada donde me van a encerrar!

Ahora hay gritos fuera de mi puerta y escucho que llaman mi nombre.

Con la máxima resignación, sabiendo que pasaré el resto de mi vida natural en un bosque ruso haciendo trabajos forzados, me dirijo

a la puerta.

Siempre católico, me persigno. Luego, giro el pomo de la puerta.

Capítulo Veintinueve

MICHAEL GRESHAM

Allí de pie, extendiéndome una servilleta de cóctel, hay un mensajero. Me mete el suave papel en la mano y se da la vuelta. Despliego la servilleta y leo: «Parque Gorki - Vremena Goda, primera mesa a la derecha. Mañana a las 10.00».. Cuando levanto la vista, el mensajero ya se ha ido. No tengo idea de quién escribió esto ni si representa alguna esperanza. Podría ser una mala noticia o una buena, o incluso podría ser el FSB intentando tenderme una trampa; todo es posible. Pero esto sí lo sé: mañana estaré allí a las diez de la mañana. Cada bala con la que llegué aquí ya ha sido disparada. No tengo otra opción más que seguir esta invitación, o mandato, o lo que sea que resulte ser.

A la mañana siguiente, a las nueve, me subo al primer taxi que baja por la calle Tverskaya. Luego nos incorporamos al tráfico y me pongo en camino.

En la entrada del Parque Gorki, el Portal Principal, nos metemos al estacionamiento y avanzamos. Cuando llegamos lo más cerca posible, me bajo. A mi alrededor hay patinadores —solos y en pareja— deslizándose por los senderos congelados. Más allá, otros patinan por el río helado. Es deslumbrante bajo la rara luz matutina. En

menos de una hora volverá a estar gris, pero justo ahora —solo por este instante— cierro los ojos, levanto el rostro hacia la luz e imagino que tengo cinco años y que voy a salir a deslizarme en trineo. Luego abro los ojos y ese niño ya no está. Ese niño que me salvará, ese niño que, cinco años mayor, poseerá todas las habilidades que necesitaré para triunfar en cualquier tribunal del mundo. El interludio pasa y se desvanece. Pero yo he vuelto.

Subo las escaleras hacia el Portal Principal y estudio el mapa que hay allí. Una flecha señala hacia el restaurante Vremena Goda, así que me dirijo en esa dirección.

Es un corto paseo por un sendero helado. Patinadores pasan zumbando a mi lado mientras avanzo, gritando en ruso al acercarse por detrás. Me hago a la derecha y los dejo pasar.

Apenas entro al restaurante, lo primero que huelo es humo de cigarro. Alguien en la segunda mesa está fumando un puro, agitándolo mientras habla con entusiasmo; luego aspira y exhala grandes nubes de humo pestilente. Pero la primera mesa a la derecha está vacía y me acomodo allí. Quien sea que haya venido a encontrarme aún no ha llegado, así que, por costumbre, tomo el menú que la camarera deja frente a mí al pasar. Me recibe con dos páginas de incomprensible ruso. El servicio va a ser muy lento, ya que no regresa a tomar mi orden hasta casi diez minutos después. Para entonces, faltan diez minutos para la hora cuando se detiene en mi mesa, cambia el peso de una pierna a la otra y me habla en ruso.

—¿Café? —pregunto—. ¿Tienen café?

Ella me mira y se encoge de hombros. Así que hago un gesto como si estuviera sosteniendo una taza con asa. Veo cómo se le ilumina la mirada y pienso que quizá ha entendido. En cualquier caso, se va, doblando mi menú mientras se aleja.

Es entonces cuando veo una cara familiar entrar por la puerta y mirarme directamente, allí en la primera mesa.

Antonia Xiang. La esposa de Russell. Se quita el abrigo y sacude la nieve de su cabello —sí, puedo ver que está nevando ahora afuera de la ventana—. Luego se acerca.

—Estás aquí —dice con una sonrisa, y toma la silla frente a mí.

—Sí, lo estoy. ¿Quién podría resistirse a tu nota? Misteriosa, presentada en una servilleta de cóctel... me sentí como un espía recibiendo sus órdenes desde lo alto.

—Vi a Rusty anoche —dice—. Se está consumiendo. La comida es horrible y no hay suficiente. Voy a suponer que ya ha perdido unos nueve kilos.

—Yo también lo vi —le digo—. Pero la pérdida de peso no es el peor de sus problemas. Déjame ponerte al tanto de lo que ha estado pasando.

Procedo a contarle todo: la parte sobre Marcel, Anna y Verona siendo capturados mientras intentaban salir de Rusia; la parte sobre cómo me descubrieron, localizaron mi casa en Evanston y me acusaron de mis propios delitos; la confesión de Petrov y su acuerdo para testificar contra Rusty. La historia sale atropelladamente y, cuando termino, estoy temblando y ella está pálida.

—Dios mío, Michael, esto es grave. Muy grave.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Has estado trabajando con Van?

—Sí. Y he preparado la defensa de Rusty, te alegrará saberlo.

Casi creo que he entendido mal, y le pido que lo repita.

—Sí, dije que he preparado la defensa de Rusty. Tengo testigos, documentos, fotografías, todo el paquete completo. Estamos listos para liberarlo.

Llega mi café y Antonia señala lo que me han servido, asiente y luego se señala a sí misma. Está indicando que quiere lo mismo. La camarera asiente solemnemente y se aleja despacio.

—Retrocedamos un minuto —digo—. ¿Cómo hiciste todo esto?

Ella se recuesta y se ahueca el cabello con la mano. Está húmedo por la nieve y probablemente frío en su cabeza. Le ofrezco mi bufanda, pero la rechaza.

—He hecho todo esto con ayuda de nuestros amigos en la embajada. Al final, han sido dulcemente razonables.

—¿Cómo sucedió eso?

—¿Recuerdas que trabajo para el Departamento de Justicia en Washington?

—Sí.

—Mi trabajo me da acceso a ciertos documentos gubernamentales. En mi labor contra el terrorismo, tengo autorización de nivel máximo.

—Está bien, te sigo.

—Bueno, con mi autorización de seguridad pude acceder a ciertos archivos sobre algunos empleados del gobierno, uno de los cuales es mi esposo, quien también trabaja en contraterrorismo en la CIA.

Una luz se enciende en mi cabeza. Creo que sé lo que viene a continuación.

—A partir de ahí, armada con los registros de mi esposo, fue bastante fácil conseguir una audiencia con el jefe de la Estación de Moscú. Luego lo amenacé con revelar al FSB el verdadero empleo de Rusty si la CIA seguía negándose a ayudarlo. Así que, de repente, decidieron ayudar.

—Estoy impresionado. Entonces ¿qué se ha hecho?

—Bueno, nuestros amigos en la embajada han estado ocupados. Primero, me han proporcionado una testigo con credenciales impecables. Es una cirujana respetada y elocuente. Es la madre de Rusty, de Pekín. Testificará que Rusty vivió en Pekín hasta que vino a Rusia en busca de oportunidades de negocio.

Viejos sentimientos me atraviesan al oír que viene su madre. Ha pasado una eternidad.

—Increíble. Continúa.

—También tengo todo tipo de documentación: registros escolares, pasaporte, historial médico, el equivalente chino de declaraciones fiscales... tenemos todo lo necesario para probar que Rusty es ciudadano chino y que vino a Rusia por negocios.

—Espera. Lo detuvieron en la «casa verde». Estaba en compañía de Anna Petrov. ¿Qué hay de esa conexión?

Ella sonríe con facilidad.

—Michael, soy abogada y en casa me conocen por ser extremadamente meticulosa. Tengo los mismos registros para Anna Petrov, cuya fachada es que era una periodista estadounidense asignada por su agencia de noticias a China. Ella y Rusty estaban

trabajando en una historia. Ella cubría su viaje a Rusia para un artículo de revista. Lo acompañó a Moscú.

Por primera vez en semanas, puedo ver realmente un rayo de esperanza. Un nudo apretado en lo más profundo de mi estómago se afloja. Es un trabajo excelente el que ha hecho.

—Eres buena —le digo—. Eres muy buena, Antonia.

Ella sonríe con elegancia.

—Gracias. Tengo fama de ganarme lo mío.

—Una pregunta. ¿Cómo llegaron Russell y Petrov a estar en la «casa verde»? Según tengo entendido, es una casa segura de la CIA.

—La «casa verde» está situada en la propiedad de Rudina Alaevsky, quien ocupa un escaño en la Duma, la cámara baja de la Asamblea Federal Rusa. Es amiga de Estados Unidos y de sus agentes. He hablado con ella y está dispuesta a declarar que Rusty y Petrov la estaban visitando cuando fueron arrestados de repente, sin motivo alguno, y llevados esposados.

—Eso sería muy convincente: que una política rusa importante se presentara en el tribunal y respaldara a Rusty y Anna Petrov. Muy convincente, de hecho.

Antonia asiente y esboza una sonrisa discreta cuando nadie la mira.

—Hay aún más.

—Por favor, cuéntamelo.

—He estado ocupada hablando con Henry, tu antiguo compañero de cuarto.

—¿Qué tiene que ver Henry con todo esto?

—Muy poco. Pero dice que tú sí, Michael.

—¿Cómo?

—Dice que eres el padre biológico de Rusty. Planeo usar eso en la defensa de Rusty.

Estoy atónito. Todo esto ocurrió hace tanto tiempo. Creí que Henry jamás mencionaría nada de lo que pasó en aquella época.

—¿Cómo es eso?

—Vas a ser mi testigo. Vas a declarar que eres el padre de Rusty y que por eso se parece a ti. Lo hace, ¿sabes?

—Pero si soy su padre, ¿por qué vivía en China?

—Tú y su madre nunca estuvieron casados. Ella era estudiante en Georgetown cuando tú estabas allí. Volvió a Pekín avergonzada al descubrir que estaba embarazada. Vas a declarar que tu hijo también vivía en China.

—Nadie va a creer eso.

—Oh, claro que sí lo harán.

—¿Por qué?

—Porque vamos a hacer una prueba de ADN para probar que eres quien dices ser, que eres el padre de Rusty. Entonces tendrán que creerte.

Estoy pasmado. ¿Cómo se enteró de esto? Probablemente siempre creyó que Henry Xiang era el padre de Rusty. ¿Qué la habría hecho empezar a cuestionarlo?

—¿Cómo conseguiste esta información? —le pregunto.

—Henry y yo tuvimos algunas conversaciones muy sinceras. Una noche, simplemente lo soltó: que en realidad eras el padre biológico de mi esposo.

—Ya veo. —Estoy prácticamente sin palabras. Luego logro decir —: Decir que estoy impresionado sería quedarse muy corto. Esto es brillante, tu análisis.

—Michael, en Washington nunca he perdido un juicio. No voy a arruinar mi historial perdiendo uno aquí en Moscú.

Estoy pensando. El rayo de esperanza se vuelve más intenso.

—¿Qué hacemos con Marcel y Verona Sájarov? Siguen en la cárcel por mi estupidez.

—Estoy trabajando en eso. Creo que se pueden hacer arreglos entre la CIA y el FSB para que los liberen.

—¿Como cuáles?

Levanta una mano.

—Despacio, Michael. Dije que estoy trabajando en eso. No dije que ya tuviera respuestas. Déjame hablar con cierto hombre que conozco en la embajada. Puede que aún tengamos algo de influencia.

—Quiero abrazarte.

Ella mira alrededor.

—Por favor, no. Al menos no aquí. —Le han traído el café y da un largo sorbo antes de fruncir el ceño—. Esta porquería. ¿Cómo pueden beber esto?

—Empezaba a pensar que era solo yo. Lo que daría por una buena taza de café ahora mismo.

—Sé dónde hay un Starbucks. La próxima vez, nos vemos allí.

—Creo que es hora de que nos reunamos en casa de Van. Necesitamos ponerlo al tanto.

—Eso ya lo tengo cubierto. Van va a ayudarte en el juicio. Y yo también.

—¿Estás seguro de esto?

—¿Que si estoy segura de que quiero llamarte como el padre de Rusty y reforzar su versión? Sí, estoy segura. Necesito estar en la mesa de defensa para poder hacerlo.

—Tengo que preguntar. Todo lo demás ya se cubrió, salvo un pequeño detalle: mi propio caso. Te dije que me acusaron de mentirle al tribunal sobre quién soy. ¿Alguna idea para mí?

—Hablaré con el fiscal. Puede que tengamos que incluirte en el acuerdo que hagamos sobre Marcel, Verona y Anna. Serás solo otra cara bonita.

—Ahora sé que estás mintiendo.

Nos reímos y luego guardamos silencio. Sorbemos nuestro café y miramos la nieve afuera. Al fin, ella termina y me dice que debo irme primero. Ella esperará quince minutos y saldrá en otra dirección.

—¿Vas a estar bien? —le pregunto.

Me lanza una mirada absolutamente resuelta.

—¿Qué, ya se te olvidó con quién estás tratando? ¿Eso es?

Nos reímos y yo me pongo de pie para irme. De nuevo, quiero abrazarla y darle las gracias, pero no lo hago. En su lugar, me pongo el abrigo y me dirijo a la puerta.

Luego estoy afuera, sobre la acera helada, y regreso al portal principal por donde entré al parque. Cuando miro hacia atrás, no puedo verla a través de la ventana, pero sé que está justo al otro lado, observándome.

Por primera vez desde que llegué a Rusia, siento un pequeño consuelo, como si ya no estuviera solo en esto.

Entonces voy resbalando y patinando por el sendero cubierto con nieve recién caída y me paso la manga del abrigo por los ojos mientras lucho por contener un repentino torrente de lágrimas. Ocurrieron muchas cosas dentro de ese restaurante, y una de las más importantes fue mi paternidad. Finalmente, va a salir a la luz para que todo el mundo lo sepa.

Soy el padre de ese niño y haré lo que sea por él.

Capítulo Treinta

MICHAEL GRESHAM

Primer día del juicio. Es finales de marzo y la sala del tribunal se llena de espectadores y periodistas vestidos con ropa de pleno invierno. No hay señales de primavera ni deshielo; ni siquiera sé si eso ocurre alguna vez en Rusia. Hace bastante frío dentro del tribunal y lamento tener que quitarme el abrigo exterior. Empiezo a tiritar en cuanto lo dejo a un lado.

Estoy sentado en la mesa de la defensa en el Tribunal de la Ciudad de Moscú, esperando que traigan a Rusty para que comience el juicio por asesinato y por robar secretos de Estado. Sin importar los cargos, estoy decidido; hay algo que sé: cuando esto termine, Rusty se irá a casa conmigo. Anna también. Les prometí que haría que eso sucediera y ahora tengo que cumplir. El único problema es que no tengo la menor idea de cómo va a funcionar todo esto si no logro que el jurado crea que Rusty es realmente un empresario chino que simplemente fue atrapado por el FSB en una red de gran alcance.

En la mesa frente a mí, separados por una mampara de quince pulgadas de alto, está sentado Sergei Gliisky, el hombre que sé que es el fiscal. Mi coabogado, Van, está sentado a mi lado,

carraspeando ruidosamente y sonándose la nariz mientras lucha contra una gripe tardía de fin de invierno que está atacando a todos en Moscú este marzo. Tiene una caja de pañuelos frente a él, una pila de libros a cada lado y un pequeño cesto de basura en el suelo entre nosotros que llena y vacía, llena y vacía con sus pañuelos usados. Antonia está sentada al otro lado. Ha preparado un cuaderno completo para el juicio con pestañas rojas para los testigos y amarillas para las pruebas. Ella es el pegamento que nos mantendrá unidos.

No quiero darme la vuelta y mirar hacia atrás porque las cien personas, más o menos, que están sentadas allí podrían ser parte del jurado. No quiero darme la vuelta porque no quiero que vean lo malditamente asustado que estoy ahora mismo, sintiéndome como un canario en una mina de carbón. Aquí todo es posible, me ha explicado Van, incluida la muerte repentina.

Ahora oigo un alboroto detrás de mí y tengo que girarme para ver. Rusty y Anna Petrov han sido llevados a la jaula de cristal para acusados en la parte trasera de la sala. Desde allí nos miran a mí y a los demás como dos simios en un zoológico. De pronto me siento muy triste por Rusty. Desde que lo encerraron, solo me han permitido hablar con él por teléfono a través del plexiglás. Lo mismo con Anna. Ella parece ir desvaneciéndose en una especie de caparazón cada vez que la visito, cada vez sin llevarle esperanza ni algo a lo que pueda aferrarse. Pero no he podido revelarles a ninguno de los dos cómo voy a defenderlos por miedo a que el FSB se lo saque de alguna forma, ya sea engañándolos, golpeándolos o drogándolos para sonsacárselo. Hay demasiado en juego como para haberme preocupado por sus sentimientos estas últimas seis semanas, mientras he trabajado en sus casos y los he visitado normalmente tres veces por semana. Hoy le han puesto a Rusty un pantalón oscuro y una camisa gris con cuello Nehru. Anna lleva algo similar, pero su camisa es color crema. Ninguno de los dos tiene ni una pizca de color en el rostro y ambos están allí sentados, taciturnos, mirando fijamente al frente, como si ya estuvieran derrotados.

Rondando por la sala hay al menos ocho agentes uniformados, hombres y mujeres, con pantalones y camisas azules, botas de suela gruesa y gorras policiales con enormes insignias. En la cadera llevan grandes pistolas que todos portan altas, de modo que tocan el diafragma a los lados. Me recuerdan a los guardias del tribunal que he visto durante mi tiempo en el juzgado federal de Chicago. Armados, serios y listos para cualquier cosa. Miro en dirección a una de ellas y me lanza una mirada fulminante. Aparto la vista y miro hacia otro lado. Estos no son guardias a los que se pueda tomar a la ligera.

Ahora el murmullo en la sala aumenta entre los espectadores y la prensa cuando se abre una puerta detrás de la plataforma del juez y un hombre demacrado y escuálido, con una túnica negra y roja, asciende al asiento más alto del recinto. Se inclina hacia un lado y le dice algo a una mujer que debe de ser su secretaria, y luego se vuelve hacia un expediente grueso que lo espera en su escritorio. Lo abre, se rasca la barbilla y empieza a leer. Se llama Gregor Herzmink y ya he tenido varios enfrentamientos con él. Mientras nos preparábamos para este día, Van y yo presentamos no menos de once mociones preliminares y él falló en contra nuestra una por una. Excepto una, la última que presentamos, solicitando que se excluyera a los testigos de la sala excepto cuando testificaran. Esa la aceptó. Van me dijo después que no debía alegrarme demasiado por haber ganado esa; al parecer, la ley penal rusa ya exige la exclusión de testigos de todos modos. Aun así, se sintió bien que al menos una cosa saliera a nuestro favor.

Ya sé que el juez Gregor Herzmink me detesta intensamente. Varias veces durante la preparación de este caso me ha hecho saber que, si me declaran culpable de hacerme pasar falsamente por ciudadano ruso, pasaré el resto de mi vida realizando trabajos forzados en un lugar donde nunca hace calor y donde los prisioneros mueren congelados antes de cumplir su condena. Créame, tiene toda mi atención y me he estrujado el cerebro intentando concebir una defensa para mí mismo. Hasta ahora tengo muy poco que ofrecer, pero estos días estoy poniendo a Rusty y a Anna por delante

de mí. Aunque yo pueda acabar en un gulag, ellos deben ser devueltos a Estados Unidos.

Mis propios problemas son asunto para otro día. En resumen, al juez no le agrado, ya sea porque soy un farsante o porque soy abogado defensor, o ambas cosas. Realmente no importa; tengo mucho trabajo por delante y hasta el doble, gracias a su actitud hostil. Mientras él sigue hojeando el expediente frente a él, mi mente se encoge y luego se recompone, temerosa del próximo golpe desde el estrado.

Por fin, el juez levanta la vista y cierra el expediente frente a él. Le habla en ruso a una mujer sentada justo a su lado. He aprendido en estos últimos meses que ella es la traductora y —qué alegría— tiene dificultades con el inglés. Ella le responde y él me mira con el ceño fruncido. Dice la traductora:

—El juez quiere saber, ¿tiene usted excelente protección?

Esa me pasa por encima. Le susurro a Van:

—¿Tengo protección? No entiendo bien a qué se refiere.

—Te pregunta si tienes un coabogado ruso experto en juicios rusos.

—Ah —digo—. Bueno, díglele que tengo aquí al señor Ivanovich, que me ha acompañado todo el tiempo hasta ahora. Es mi experto.

Ella se gira y le suelta un torrente de ruso a su señoría. Su ceño se frunce aún más y casi responde algo, pero o bien lo reconsidera o se aburre de un abogado como yo, cuya única función es estar presente mientras se pierde el caso y se condena a muerte a los acusados. Luego habla durante un minuto aproximadamente y se recuesta en su silla. Cruza los brazos sobre el pecho mientras la traductora convierte su torrente en inglés. En resumen, el juez ha dicho al panel de jurados que hoy son personas honorables. Les dice que serán tratados con honor por el tribunal y las partes, como corresponde a su posición honorable. Se oyen murmullos detrás de mí. Aprovecho el momento para girarme en mi asiento como si fuera a sonreír al jurado, pero en realidad es para comprobar cómo está Rusty. Ni siquiera sé si algo de lo que ocurre en la sala está siendo transmitido a la jaula de cristal que comparte con Anna. Mi coabogado Van —que nunca ha asistido a un juicio de ningún tipo—

me ha dicho que no lo sabe, pero supone que están recibiendo algún tipo de señal. Antonia está sentada con las manos cruzadas sobre la mesa frente a ella, la imagen misma de la calma.

El juez asiente a la secretaria y ella se pone de pie. Luego empieza a llamar nombres y, uno a uno, los miembros del jurado avanzan. Se sientan en el estrado del jurado, donde miran alrededor y parpadean como si despertaran de un largo sueño. En Estados Unidos, en este punto el tribunal nos permitiría calificar a cada jurado con una serie de preguntas formuladas por ambos abogados. Evidentemente, ese no es el caso aquí; una vez que se sortean sus nombres y pasan al frente, se convierten en jurados sin más trámite. Todo este proceso toma menos de diez minutos.

La traductora ladra el nombre del primer testigo y me giro para ver a esa persona entrar en la sala y recorrer el largo camino hasta el frente. Es un toro de hombre, el testigo, con un cuello grueso y poderoso y el cabello blanco rapado. Una larga cicatriz en forma de «Z» le cruza la frente, dándole el aspecto de alguien con quien no querías enfrentarte fuera del juzgado. En el estrado gira y levanta la mano derecha. Le toman juramento y se sienta con fuerza en la silla, que resulta demasiado pequeña para su gran corpulencia. Ahora lanza la mirada por toda la sala, sin sonreír, evaluando, tomando nota, como alguien acostumbrado a pelear a la menor provocación. Observo todo esto y casi de inmediato me doy cuenta de que el hombre es del FSB.

La voz del fiscal es estridente al formular la primera pregunta al testigo. La traductora habla incluso mientras el testigo está respondiendo y, de pronto, resulta ser mucho mejor de lo que pensé al principio, traduciendo las palabras del testigo al mismo tiempo que son pronunciadas.

—Dimitry Vasilov —dice el testigo. Y ya tenemos su nombre.

Ahora escucharemos y veremos cuánto daño puede hacerle a mi hijo y a su compañera.

Capítulo Treinta Y Uno

MICHAEL GRESHAM

—Señor Vasilov —comienza el fiscal—, díganos su rango y ocupación.

—Trabajo para la Federación Rusa. Soy investigador. Mi rango es capitán.

«Tonterías», pienso. Es un agente del FSB, un espía, un asesino entrenado. Es cualquier cosa menos un investigador.

—¿Cuánto tiempo ha ocupado ese cargo?

—Diecisiete años.

—¿A quién reporta usted?

—Al coronel Igor Tarayev.

—El señor Tarayev es el investigador principal del gobierno, ¿no es así?

—Así es.

—Ahora dirija su atención a la noche del pasado veinticuatro de diciembre. Por favor, cuéntenos qué estaba haciendo esa noche.

—Estaba en una misión por mi trabajo. Proveía seguridad a un miembro de la embajada británica.

—¿El nombre de esa persona?

—Henrik Nurayov.

—¿A qué se dedica el señor Nurayov?

—Él organiza ventas comerciales de productos británicos.

—¿Qué tipo de ventas?

—Muchas veces una agencia gubernamental tiene un excedente de ciertos artículos, como automóviles, computadoras, televisores de pantalla plana... ese tipo de cosas que podría usar una embajada. Eso era lo que él estaba haciendo la noche en que yo lo protegía.

—¿Entonces estaba involucrado en una venta de productos británicos en Nochebuena?

—Así es. Acababa de cerrar una venta de esos productos con la Federación Rusa y el envío había salido ese mismo día.

—Eso suena bastante inocente. ¿Por qué un empleado de la embajada británica necesitaría guardaespaldas en ese caso?

—Dinero. Estaba en posesión de una gran suma de dinero una vez que se concretó el trato. Mis órdenes eran escoltarlo de regreso a la embajada británica con los fondos.

—¿Había cumplido funciones similares antes?

—Casi a diario. Somos un servicio de seguridad.

Claro. Son la agencia de espionaje más despiadada del mundo y un grupo de asesinos a sangre fría como no hay otro en la Tierra. ¿Servicio de seguridad? Como si el diablo fuera solo un niño travieso.

—Dirija su atención a los dos acusados al fondo de la sala, en el banquillo de los prisioneros. ¿Podría mirarlos, por favor?

Hace lo que le indican y luego vuelve la mirada hacia el fiscal.

—De acuerdo.

—¿Ha visto antes a estas personas?

—Sí. Las arresté en Moscú.

—¿Por qué las arrestó?

—Se presentaron cargos en su contra. Mi superior recibió una pista de que los dos podían encontrarse en la propiedad de Rudina Alaevsky, quien forma parte de la Duma.

—¿Qué hizo con esa pista?

—Mi equipo y yo fuimos al lugar. Entramos a la casa de huéspedes de la propiedad poco antes de las nueve y media de la noche.

—¿Qué ocurrió allí?

—Arrestamos a los dos acusados. Ambos están imputados por homicidio en primer grado y robo de secretos de Estado.

—¿Quiénes son estas personas?

—Sabemos que son agentes de la CIA estadounidense.

—¿Los vio usted personalmente en la *dacha* de Henrik Nurayov en Nochebuena?

—No lo hice. Pero sé que estaban allí.

—¿Cómo sabe que estaban allí?

—La mujer, Anna Petrov, lo ha admitido.

—¿A quién se lo admitió?

—A mí.

—¿Se redactó una confesión por escrito?

—Sí. Usted ya la tiene.

—¿Fue su confesión libre y voluntaria?

—Sí. Ha sido colaboradora.

—¿Qué le dijo que hicieron esa noche?

—Confesó que se acercaron a la *dacha* en la oscuridad con las armas desenfundadas. Luego, dispararon y mataron a varios miembros del contingente de seguridad. Esto incluyó al hijo del coronel Tarayev. Un hecho lamentable para todos.

—¿Por qué hicieron eso?

—Supongo que intentaban robar a Henrik Nurayov. En realidad, debería preguntárselo a ellos. Pero dudo que digan la verdad.

Me pongo de pie de inmediato.

—¡Protesto! ¡El testigo está haciendo comentarios sobre el carácter de mis clientes!

—Rechazada. Tome asiento, abogado.

—Señoría, por favor. Es inapropiado que el abogado...

—Ya basta, señor Sájarov. Su objeción fue denegada. Ni una palabra más.

Quiero decir más cosas, pero me lo pienso mejor. El juez Herzmink nunca ha estado dispuesto a considerar mis argumentos legales. Es un momento incómodo, y claramente me ha apartado como si fuera una mosca molesta. Una persona del jurado observa mi reacción y sonríe cuando vuelvo a sentarme dócilmente. Niega con la cabeza, y me doy cuenta de que su sonrisa no era amistosa.

Me está regañando con sus expresiones faciales, diciéndome que me lo merecía.

Pero el espectáculo aún no ha terminado.

—¿Ha considerado que la acusada Anna Petrov ha sido completamente sincera?

—Creo que lo que me ha dicho ha sido verdad. Lo creo porque he verificado esas partes de su historia. Pero ¿completamente sincera? Creo que omitió la mayor parte de sus acciones de esa noche. Dejó fuera una gran parte de la historia en un intento de encubrir todas las actividades delictivas en las que participaron.

—¿Observó usted alguna otra acción de los acusados esa noche?

—En realidad, salí por la entrada principal con el señor Nurayov y su invitada, una joven con la que estaba pasando el rato. Así que no vi nada después de eso.

—¿Por qué se fue con el señor Nurayov?

—Por su seguridad. Lo estábamos protegiendo.

—Eso es todo lo que tengo. Gracias, capitán Vasilov.

Se pone de pie como si fuera a marcharse, pero el fiscal interviene y él vuelve a sentarse en la silla de testigo. El juez me mira y asiente con un gesto seco.

—Señor Vasilov, ¿es correcto decir que en realidad no vio a los acusados en la *dacha* la Nochebuena?

El traductor convierte mi pregunta al ruso. El testigo espera con paciencia. Luego responde:

—Correcto.

—Entonces no sabe si dispararon a alguien esa noche o no, ¿verdad?

—La mujer, Petrov, dice que sí lo hicieron.

Ignorándolo.

—Ni siquiera sabe con certeza si estuvieron allí esa noche, ¿verdad?

—Ella dice que estuvieron allí.

—Permítame preguntarle sobre su supuesta confesión. Cuando fue liberada de la cárcel municipal después de que usted terminó con ella, estaba terriblemente herida.

—No sabría decirle.

—¿En serio? ¿No pudo observar que tenía el brazo izquierdo roto en dos partes?

—No.

—¿O que su muñeca derecha estaba dislocada después de recibir repetidos golpes con su porra?

—No.

—¿Ella no le dijo que tenía un dolor terrible en las costillas y que tres estaban rotas?

—No.

—¿No vio los dientes que le había roto?

—Yo no hice tal cosa.

—Entonces, ¿quién hizo esas cosas?

Se recuesta en la silla de testigo y se ajusta la corbata negra.

—No tengo información sobre sus acusaciones. Lo desconozco.

—Sin embargo, obtuvo su firma en la confesión, ¿no es así?

—Así es.

—Y la razón por la que sabemos que fue usted es porque su firma aparece en la confesión como testigo. ¿Presenció usted cuando ella firmó la confesión?

—Sí. A mí me pareció que estaba bien.

—Entonces, cuando ella fue al hospital y estuvo en cuidados intensivos durante tres días después de su liberación, ¿le está diciendo a este jurado que esas lesiones no fueron causadas por usted?

—Le estoy diciendo que no.

—Ahora, señor Vasilov, todos hemos oído hablar de los terribles abusos que comete el FSB en las cárceles rusas. ¿Sabe a qué me refiero, señor?

—No sé nada sobre eso.

—Señor Vasilov, mire al jurado y dígales que está diciendo la verdad. Mírelos a todos a los ojos y dígales que no está mintiendo.

—¡Protesto! —grita el juez—. El testigo no hará tal cosa. La palabra de este hombre vale oro en mi sala, abogado. Absténgase de hacer solicitudes tan ridículas como esa.

Estoy de pie.

—¿Qué, juez? ¿Es impropio que le pida al testigo que mire al jurado y jure que está diciendo la verdad? ¿Qué daño hay en eso?

—¡Siéntese, abogado! Su actitud con este tribunal es más que despreciable. Es criminal y, si vuelve a suceder, se encontrará tras las rejas junto a sus clientes.

Puedo sentir a Van tirando de mi manga.

—¡Siéntate! —me ordena, apenas audible para mí y tal vez para el fiscal—. ¿Quieres ir a la cárcel?

Me vuelve todo de golpe: la pesadilla que he estado viviendo desde que llegué aquí. No estoy en un tribunal estadounidense con todos los derechos, privilegios y normas garantizados por la Constitución de EE. UU. Estoy en tierra de nadie, donde cualquier capricho judicial es posible. Bien podría mandarme a la cárcel. Considero ese hecho y decido que no tengo miedo de ir a la cárcel, al diablo con eso. Pero en el instante siguiente me recuerdo a mí mismo que estoy defendiendo a mi hijo y a su compañera, y que no tengo derecho a abandonarlos al sistema judicial solo para demostrar un punto insignificante. Así que me siento y miro fijamente la superficie de la mesa. Entonces, el juez habla:

—¿Y bien?

—No, señoría. No quiero ir a la cárcel. Por favor, acepte mis disculpas.

—Aceptadas. ¿Había terminado con el testigo?

—Ya había terminado.

—Muy bien, el testigo queda excusado. Señor fiscal, por favor llame a su próximo testigo.

Capítulo Treinta Y Dos

MICHAEL GRESHAM

El fiscal llama a Henrik Nurayov. Me pongo de pie para estirarme mientras el secretario sale a buscar al testigo. Tirito por completo. Sigue haciendo mucho frío en la sala. El juez me lanza una mirada de desconfianza. Dice, a través de la traductora:

—Señor Sájarov, ¿necesita hacer una pausa?

Estoy sorprendido. Este hombre nunca me ha dado un respiro. ¿Y ahora quiere saber si necesito algo? Miro a mi alrededor antes de responder. Definitivamente, algo ha alterado el ambiente aquí. Pero no sé qué es ni puedo imaginarlo. Así que niego con la cabeza.

—No —digo sin convicción—. Estoy bien, gracias.

El juez vuelve a hablar con la traductora. Ella se vuelve hacia mí, extiende las manos con las palmas hacia arriba y se encoge de hombros. El gesto universal de «me rindo». Solo la miro. Así es como funciona esto; la mayoría del tiempo no tengo idea de lo que se dice ni de cuáles son las intenciones de los demás. Es un error que yo esté aquí; un error enorme, pero no hay vuelta atrás. Miro hacia Antonia. Ella pone los ojos en blanco y se encoge de hombros. «Por el amor de Dios», pienso, «¿alguien puede decirme qué significa todo esto? ¿Soy el único que no lo entiende?»

Entonces, Nurayov baja apresurado por el pasillo y todos se giran a mirar. Es un testigo clave y el jurado toma nota. ¿Cómo lo saben? ¿Acaso mi rostro revela la gran preocupación que tengo por este testigo? ¿Pueden estos jurados leerlo en mis ojos? Me vuelvo a sentar y finjo ocuparme de mis papeles. Mi intención es transmitir al jurado que lo considero irrelevante, alguien con quien probablemente ni me moleste. Aun así, temo que el jurado perciba otra cosa.

Nurayov presta juramento y se sienta en la silla de los testigos. Mira al jurado y les hace un gesto con la cabeza y una breve sonrisa. Al menos dos de ellos le devuelven el gesto. Una de ellas incluye una sonrisa con su asentimiento. En ese momento empiezo a sentir miedo. Entonces, Nurayov lanza un saludo muy amistoso y sonriente a Antonia Xiang, su excuñada. Ella no responde de ninguna manera.

El interrogatorio lo inicia el fiscal Gliisky. Primero, guía al testigo por los preliminares: nombre, dirección, empleador (según él, trabaja para la embajada británica) y cosas por el estilo. Luego, dirige el enfoque hacia la pasada Nochebuena.

—¿Qué estaba haciendo en Nochebuena? Por favor, comience con lo que hizo después del trabajo ese día.

—Bueno, primero pasé a tomar algo con un amigo del trabajo. Bebí dos vodkas, bastante rebajados, durante un período de unas dos horas. Luego nos despedimos y fui a mi auto.

—¿Qué estaba conduciendo?

—Un Volvo. No es un auto nuevo; lo tengo desde hace unos doce años.

—¿A dónde fue?

—Recogí a una mujer que iba a cenar conmigo esa noche en casa. Luego, condujimos hasta mi *dacha* al norte de Moscú.

—¿Había alguien más allí cuando llegaron?

—Sí. La embajada me había asignado guardaespaldas porque estaba manejando una gran suma de dinero.

—¿En qué podían ayudar los guardaespaldas?

—Como sabe, el secuestro de diplomáticos y empleados del Departamento de Estado se ha vuelto muy común en todo el mundo. Los guardias estaban allí para protegerme en ese sentido.

—¿Alguno de ellos lo siguió hasta su casa esa noche?

—Creo que sí, pero nunca estoy seguro. No me lo anuncian ni nada por el estilo.

—Cuéntenos lo que ocurrió después de su llegada a casa.

—Por supuesto. Entramos en mi camino de entrada y accedimos a la casa por la puerta principal. Varios guardias nos saludaron y luego se reunieron en la sala familiar, dándonos espacio a mi invitada y a mí en la sala de estar. Mi cocinero estaba preparando un estofado con verduras, y el lugar olía delicioso. Una vez en la sala, serví bebidas para los dos. Ella tomaba ginebra con tónica; yo, nuevamente, vodka. No soy muy bebedor. Luego bebimos despacio y charlamos. La mujer trabajaba conmigo en la embajada y teníamos mucho de qué hablar.

—¿De qué?

Nurayov sonríe y casi se ríe.

—Chismes, sobre todo. Chismes de la oficina: quién sale con quién, si esperamos aumentos de sueldo en el nuevo año, ese tipo de cosas. Estábamos repasando los planes que teníamos para las vacaciones del trabajo cuando, de repente, uno de los guardias entró en la sala y susurró que lo siguiera, que alguien estaba entrando a la casa por la puerta corrediza trasera. Me quedé atónito; nadie había intentado algo así antes y ocurrió sin advertencias ni amenazas previas. Con mis guardias allí parados con las armas desenfundadas, los intrusos estaban a punto de entrar por el agujero que habían hecho en el vidrio. Entonces entraron en mi casa, Russell Xiang y Anna Petrov. Hablé con ellos y les dije que serían arrestados. Luego, dos guardias de repente pensaron que no debía estar en la misma habitación y me agarraron de los brazos y me llevaron rápidamente por el pasillo hasta mi dormitorio. Mi invitada nos acompañó. Luego nos dejaron allí solos.

»Esperamos unos quince minutos más o menos y entonces oímos disparos. En ese momento, mi invitada y yo corrimos hacia la puerta principal de mi casa, y luego afuera, hacia mi coche. Las llantas patinaron al rodear toda la entrada circular y luego nos fuimos. Entonces pudimos oír muchos disparos detrás de nosotros. No

teníamos forma de saber qué estaba pasando mientras escapábamos de allí.

—¿A dónde fueron?

—Una cosa más. Vi el Lada de los intrusos estacionado dentro de un bosque de nogales, justo al lado del camino, cuando pasamos por allí.

—Está bien. ¿A dónde iban?

—Al único lugar que conocíamos: la embajada. Mostramos nuestras identificaciones, subimos en el ascensor y nos dirigimos a mi oficina. Luego esperamos, después de que notifiqué al director que estábamos allí.

—¿Qué pasó después?

—La embajada tiene instalaciones para estancias cortas. Finalmente, ambos nos fuimos a dormir en habitaciones separadas y dormimos hasta poco antes del amanecer, cuando los funcionarios de la embajada me despertaron. Supe que mi casa había sido volada. Así que fui a un hotel y mi invitada fue a su casa. Luego me quedé en el hotel durante los dos días siguientes, mientras se me calmaban los nervios y los funcionarios británicos llevaban a cabo la investigación. Qué noche; una que nunca olvidaré.

—¿Nos hemos dejado algo?

—No, ya está todo contado.

En ese momento me indican que puedo contrainterrogar al testigo. Me pongo de pie y camino hasta el atril, colocándome allí de modo que el jurado pueda ver mi rostro y mis reacciones ante lo que está a punto de decirse desde el estrado. Siempre he creído que el papel del abogado en el contrainterrogatorio no es solo hacer preguntas, sino también reaccionar de forma dramática para guiar al jurado en su percepción de lo que se ha dicho. Lo que me ha funcionado en Estados Unidos, espero que me funcione en Rusia. Al menos, ese es mi enfoque.

—Señor Nurayov, nos ha dicho que su invitada era una mujer. ¿Está seguro de que no era un muchacho joven que recogió en el estacionamiento de San Basilio?

La insinuación era clara. El estacionamiento de San Basilio, por la noche, es un hervidero de encuentros entre carne deseosa y carne

necesitada. Un lugar donde prostitutas, hombres y mujeres, se ofrecen a cualquiera.

—No fue el caso. Mi invitada era una mujer.

—Entonces, si un testigo viniera aquí y dijera que lo vio recoger a un muchacho muy joven en su coche en Nochebuena, ¿estaría equivocado?

—Sí, estaría mintiendo. Eso no ocurrió.

—¡Protesta, su señoría! —dice Gliisky, repentinamente animado y levantándose de un salto—. No existe ningún testigo que vaya a decir algo así. El abogado está tratando de insinuar algo al jurado que nadie va a presentar como testimonio.

—Objeción aceptada. El jurado deberá ignorar todas las preguntas sobre algún niño imaginario. Abogado, queda usted advertido. Por favor, cíñase a los hechos.

—Señoría... —empiezo a responder, pero él levanta un dedo en señal de advertencia. Sé que me está avisando de que el desacato y la cárcel están cerca si continúo con las preguntas sobre el niño invitado. Así que lo dejo y revuelvo mis papeles en el atril.

—Señor Nurayov, ¿cuál es exactamente su cargo en la embajada?

—Investigador.

—¿Qué es lo que investiga?

—Solicitudes de reemplazo de pasaportes. La gente viene al menos una vez al día diciendo que ha perdido su pasaporte y necesita uno nuevo para poder regresar a Inglaterra. Yo gestiono esas solicitudes.

—¿Qué hace para investigar?

—Les pido que reúnan y me presenten todas las formas de identificación que tengan. Los fotografío. Hago llamadas y envío las fotografías de los solicitantes a un repositorio central en Londres, donde se emplea un software de reconocimiento facial. Luego se toma una decisión y envío a las personas al siguiente agente de la embajada, donde se les entrega un pasaporte temporal para que puedan regresar a casa.

—¿No es cierto que usted trabaja para el MI6, los servicios de inteligencia exterior británicos?

—En absoluto. Hace veinte años solicité trabajar allí, pero me rechazaron. Rechazan a todo el mundo.

—¿Nunca ha trabajado para el MI6 en Rusia?

—Objeción, ya se preguntó y respondió. Solicito que el tribunal le dé una advertencia al abogado.

—Aceptada. Abogado —dirigiéndose ahora a mí— usted vuelve a hacer preguntas que no están respaldadas por la evidencia...

—¿Cómo que no? —grito—. Si no hago mis preguntas, esas cosas nunca estarán en evidencia. ¡Es un círculo vicioso!

—He leído su libro *Catch-22*, abogado. No es el caso aquí. Esta es la segunda vez que se le advierte. A la tercera no habrá advertencia, pasará la noche en nuestra magnífica cárcel de la ciudad de Moscú. Y ahora me da la impresión de que está bastante dispuesto a ello.

—Un momento, señoría, ¿puedo consultar con mi coabogado?

—Adelante. Sesenta segundos.

Regreso a mi mesa y Van me agarra hacia él.

—Este tipo va a enviarte a la cárcel, Mijaíl. Deja de hacer preguntas sobre cosas que no se mencionaron en el interrogatorio directo.

—¿En serio? —le pregunto a Van—. Pensé que el contrainterrogatorio no tenía límites.

Van sonríe.

—Quizá estás pensando en los tribunales de EE. UU., Mijaíl. Aquí no es así. Estamos muy limitados.

—Dios mío.

Me aparto de la mesa y regreso al atril. Ahora hasta mi coabogado me ha abandonado. Mi mente va a mil. ¿Cómo voy a desmontar el caso del Estado si no puedo hacer preguntas diseñadas para hacer tropezar al testigo, para mostrar quién es en realidad? Paso las hojas de mis documentos. Tengo una copia del conocimiento de embarque que Xiang tomó del dormitorio de Henrik en Nochebuena, después de que él y Petrov registraron. ¿Me atrevo a usarlo? ¿O solo lograré acabar en la cárcel si menciono un asunto tan claramente fuera del alcance del interrogatorio directo a Nurayov? Respiro hondo. Nunca he sido de los que se intimidan por

lo que pueda hacer un juez. Mis clientes merecen más que mi miedo; merecen una representación sin miedo.

Rodeo el atril y me acerco a la secretaria. En voz baja, le pido que registre como prueba el conocimiento de embarque de Ehrlych International Shipping. La traductora le da la interpretación en ruso. Ella marca mi documento y me lo devuelve. Ahora estoy comprometido a usar el documento que ya había mostrado ante el jurado.

—Señor Nurayov, le entrego una prueba. Está escrita en inglés, así que usted, como súbdito británico, no debería tener problema en leerla. ¿La ha visto antes?

Nurayov examina el documento. Lo voltea y no encuentra nada en el reverso. Lo vuelve a girar. Lo mira de un lado y del otro.

—No, no he visto esto antes.

—¡Protesto! ¡Nuevamente fuera del alcance del interrogatorio directo!

—Una pregunta más, señorita —respondo—. Si no la conecto con una sola pregunta más, entonces con gusto iré a su cárcel cada noche por el resto del juicio.

El juez sonrío, algo que nunca había hecho antes.

—No puedo resistirme a eso —dice, y asiente hacia mí.

Así que continúo.

—Señor Nurayov, dirija su atención a la parte inferior del documento. Hay una línea de firma con las iniciales «HN». ¿Son esas sus iniciales, señor?

—¿Qué?

—¿Puso usted sus iniciales en este documento?

—No... no lo recuerdo.

—Bueno, con el permiso del tribunal, he hecho que el documento sea examinado por un perito en caligrafía. Si fuera tan amable de escribir la fecha de hoy en una hoja aparte y firmarla, podemos comparar su escritura con las iniciales en el conocimiento de embarque. ¿Le parece justo?

—Espere —dice, mordiéndose la mejilla por dentro. Está examinando el documento otra vez—. Espere, creo que esas son mis iniciales. Creo que este era un documento del trabajo que alguien

me dio para probar que estaba en Rusia enviando mercancía, pero en realidad eran súbditos británicos. Sí, lo recuerdo, habían perdido su pasaporte.

—¿De verdad? ¿Un hombre enviando armas de grado militar?

—Sí, definitivamente era un hombre que había perdido su pasaporte.

—¿Y de dónde venían las armas y hacia dónde iban?

Nurayov se recompone rápidamente y ahora sonríe.

—Oh, yo no me metí en todo eso. Creo que tal vez entregué el documento al servicio de seguridad británico, pero fue la última vez que lo vi. El hombre también consiguió un nuevo pasaporte, por si le interesa saber.

—¿Estas no son armas por las que usted firmó? ¿No firmó este conocimiento de embarque con sus iniciales como confirmación de que las armas habían sido recibidas para su envío?

—Por supuesto que no. Eso sería absurdo y me ofende la insinuación.

—Su señoría, la defensa solicita que este documento sea admitido como prueba.

El juez escucha la traducción. Sus dedos tamborilean con impaciencia sobre el escritorio mientras el traductor recita monótonamente. Luego dice:

—Ya está admitido como prueba. Por favor, continúe con sus preguntas.

—Señor Nurayov, la noche del tiroteo, ¿vio usted a Russell Xiang en su propiedad?

—Sí.

—¿Vio a Anna Petrov?

—Sí. Ya dije que sí.

—¿Presenció alguno de los disparos que dice que ocurrieron en su propiedad?

—Yo ya me había ido para entonces. Ya lo he dicho antes.

—¿No es cierto que usted conocía a los acusados antes de la noche de Nochebuena?

—No es cierto. No los conocía antes; todavía no los conozco.

—¿Me conoce a mí, Mijaíl Sájarov?

—¿Conocerlo?

—Sí.

—No, no lo conozco. Sin embargo, sé de usted.

Ya se ha hecho sonar la campana. No puedo detenerme ahora.

—¿De verdad? ¿Qué sabe de mí?

En cuanto lo pregunto, desearía poder retirar mis palabras. Pero no me dejó opción una vez que dijo que sabía de mí.

—Sé que usted es un agente de la CIA, señor Sájarov. También sé que su verdadero nombre es Michael Gresham y que estuvo involucrado en el tiroteo de cuatro agentes de la CIA en Virginia.

Estoy atónito. No sé ni por dónde empezar. Echo una mirada rápida al jurado; la mayoría está recostado en sus asientos, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándome con hostilidad. De repente, soy el enemigo, la CIA, a quien todo el mundo odia.

Pero me lanzo de nuevo al ataque.

—Acusaciones graves, señor Nurayov, así que vamos una por una. ¿Qué pruebas tiene de que soy un agente de la CIA?

—Un agente del MI6 me mostró su foto. Me advirtió sobre usted.

—¿De qué le advirtió? ¿De que podría contrainterrogarlo?

—Ni de cerca. Me advirtió que podría intentar matarme para evitar que testificara. He estado escondido estas últimas semanas para que no pudiera encontrarme.

La arena se desliza bajo mis pies y me hundo cada vez más. Este hombre no solo es brillante, sino que además ha sido entrenado con brillantez. De pronto, mi estima por el FSB se dispara. Doy gracias cuando Van se levanta de un salto detrás de mí y solicita un receso de diez minutos, que el juez concede. Corre hasta el atril y me toma del brazo, guiándome hacia el pasillo y doblando la esquina hasta una pequeña sala de conferencias. Me empuja a una silla y cierra la puerta con llave.

—¿Qué demonios, Mijaíl? —grita con brusquedad—. ¿Estás tratando de perder esto?

Miro mis manos temblorosas. Nunca había estado en tantos problemas en una sala de audiencias, al menos no con un testigo adverso.

—Se salió de control y luego simplemente explotó, Van — respondo débilmente.

—Ahora mismo, él ha logrado que el jurado te vea como un agente de la CIA estadounidense que entra a su corte usando un nombre falso. ¿Cuál es tu plan para salir de este desastre?

—Realmente no lo sé. Estoy conmocionado; me cuesta mucho pensar con claridad.

La voz de Van es tranquilizadora.

—Volvamos al punto donde todo se descarriló. Le estabas preguntando sobre el conocimiento de embarque. Él lo negó todo, diciendo que era solo una prueba menor de su trabajo como examinador de pasaportes. ¿Puedo sugerir que empecemos por investigar más a fondo este asunto después del juicio de hoy?

—¿Más a fondo? ¿Como?

Van se recuesta en su silla.

—¿Qué tal si rastreamos a Ehrlyich International Shipping, que proporcionó el conocimiento de embarque? ¿Vemos qué podemos averiguar ahí?

—¿Cómo haríamos eso?

Van frunce los labios.

—Escucha, Mijaíl. Estás en un problema muy serio dentro de esa sala. Te han acusado de ser de la CIA. Te han acusado de ser un estadounidense que usa una identidad falsa de la Federación Rusa. Si te declaran culpable de eso, definitivamente acabarás en un campo de trabajo por el resto de tu vida. Además, está el problema con Xiang y Petrov. Si tú caes, ellos también caen. Así que, en respuesta a tu pregunta sobre qué podríamos intentar, déjame sugerirte que intentemos todo lo concebible. Incluido entrar por la fuerza para obtener sus registros.

—Eso no es alentador. Veo enormes problemas ahí.

Niega con la cabeza enérgicamente.

—¡Pero mira los problemas que tú mismo has creado dentro de la sala! ¡Es un castillo de naipes ahí dentro y se está derrumbando! Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas, Mijaíl.

Sigue mirándome como si evaluara si está logrando que asimile la realidad de nuestro caso. Lo está logrando. Tiene razón. Vamos a

tener que tomar medidas desesperadas. De pronto, desearía que Marcel estuviera aquí para ayudarme, pero no lo está. Esta vez el trabajo sucio me toca a mí. No hay nadie más.

—De acuerdo —digo finalmente—, esta noche vamos.

—No, esta noche *vas*. Aquí no hay un «vamos».

Ahí está. Ahora sí estoy verdaderamente solo, atrapado en una trampa rusa en un país que no conozco.

Terminamos nuestra pequeña charla y regresamos a la sala. Le pido al juez que hagamos una pausa y me permita terminar con Nurayov por la mañana. Para mi gran asombro, el juez acepta. Entonces quedamos en receso por la noche.

Tomo un taxi de regreso al hotel con Antonia a mi lado. Mi mente va a mil por hora mientras avanzamos. Apenas escucho su «buenas noches».

Ha llegado el momento de actuar o callar. Y yo nunca he sido de los que callan.

Capítulo Treinta Y Tres

MICHAEL GRESHAM

Van me llama a las nueve de la noche. Estoy sentado en mi habitación del hotel, vestido con vaqueros negros, un suéter de cuello alto negro y un gorro negro. Mi pesado abrigo negro de plumas cuelga junto a la puerta, esperando.

—Bien, Van. Lleguemos a un acuerdo. Tú esperas a varias cuabras y yo iré a buscarte cuando termine. ¿Qué te parece?

—Está bien, Mijaíl —comienza Van—. He localizado Ehrlyich International Shipping. Su oficina principal está en el Muelle Norte, sobre el río Moscova. Eso queda bastante lejos. Mi sugerencia sería que alquilaras un coche...

—Espera, Van. No puedo leer ruso y el cartel del edificio definitivamente estará en ruso. ¿Cómo sabré cuándo lo haya encontrado?

—Hmm, buen punto.

—¿Alguna sugerencia?

—Está bien, Mijaíl, te llevaré hasta allá. Pero no voy a esperarte. Tendrás que volver al hotel por tu cuenta.

—Bien, Van. Lleguemos a un acuerdo. Tú esperas a varias cuabras y yo iré a buscarte cuando termine. ¿Qué te parece?

—Está bien, está bien.

—Ya que estamos en eso, hay otra cosa. El conocimiento de embarque está en inglés. ¿Debo buscar un archivo o carpeta que tenga algo en inglés en la portada o en ruso?

—Más te vale que esté en inglés, amigo, porque yo no voy a entrar contigo.

—Me lo imaginaba. No intento convencerte de que lo hagas. Solo intento entender a qué me enfrento.

—Mijaíl, esta podría ser tu última noche en libertad en Rusia.

—¿Qué?

—El juez bien podría decidir mañana que eres de la CIA y que suplantaste a un ciudadano ruso, y simplemente meterte en la cárcel.

—¿Sin veredicto de un jurado? ¿Puede simplemente hacer eso?

Van suspira.

—Estamos en Rusia, ¿recuerdas?

Tiene toda la razón. Aquí no hay una Carta de Derechos, ni remotamente. Cualquier cosa puede pasar.

—Lo recuerdo.

—Una última cosa. ¿Tienes efectivo? ¿Dólares americanos?

—Tengo unos dos mil.

—Bien. Tráelos. Podrías necesitar un soborno.

—Buena idea. ¿Cuánto tardarás en llegar a mi hotel, Van?

—Lo curioso es que estoy llegando al hotel ahora mismo. Baja rápido y nos vamos.

—Así que ibas a venir de todos modos. Bien hecho.

—Sabía que tendría que encontrar sus oficinas por ti. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Ya voy en camino.

Juntos conducimos varios kilómetros al norte a lo largo del río Moscova. Las luces se han dispersado por esta zona y la ribera está muy oscura, aunque hay edificios que la flanquean de este lado del agua. Noto que hay muy pocos vehículos. El poco tráfico que hay consiste principalmente en camiones con remolque que arrastran lo que parecen ser enormes cargas destinadas a las barcazas del río. Entramos en el estacionamiento de una farmacia y Van corre hacia

adentro. Vuelve balanceando una linterna plateada. La enciende y apaga, luego sube de nuevo al auto. Me pasa la linterna y yo la guardo en el bolsillo del abrigo. Partimos de regreso a la carretera.

Van explica, mientras conducimos, que el río Moscova, en la ciudad de Kolomna, desemboca en el río Oka, que a su vez es afluente del Volga, el cual finalmente fluye hacia el mar Caspio. De esta manera, Moscú tiene acceso por agua al mar. Como era de esperarse, el tráfico fluvial es intenso y funciona las veinticuatro horas del día. Incluso mientras conducimos, podemos ver las luces de las barcas moviéndose por el río, localizando puntos de navegación a lo largo de la orilla y avanzando con cautela en las zonas donde el río no es tan ancho ni profundo. Luego comenzamos a reducir la velocidad y avanzamos lentamente hacia el Muelle Norte. Van va leyendo los letreros de los edificios a medida que pasamos.

Entonces dice:

—¡Ahí está! Mira, dice "EIS". Y debajo, en letras más pequeñas, está el nombre «Ehrlych International Shipping». Voy a pasar de largo y estacionar a varias cuadras. A partir de ahí estás solo, Mijaíl.

El corazón me da un vuelco en el pecho. Casi necesito pellizcarme para asegurarme de que no estoy soñando. Nunca en mi vida he cometido un robo. Y, sin embargo, estoy a punto de hacerlo. Deseo con todas mis fuerzas que Marcel estuviera conmigo esta noche. Pienso en él, encerrado en la cárcel de la ciudad de Moscú, probablemente con frío y temblando como yo. Mi determinación se refuerza y sé que voy a hacer esto.

Tres manzanas más adelante, Van gira a la izquierda, avanza dos manzanas más y luego se detiene junto a la acera. Estamos al lado de un parque y, al otro lado de la calle, hay casas bastante grandes y faroles encendidos.

—Suerte —dice justo cuando abro la puerta.

Salgo y el aire amargamente frío me golpea en la cara. Por una vez no está nevando, lo que significa que no dejaré huellas en nieve fresca, y la nieve vieja está demasiado derretida y pisoteada como para que puedan seguirme. O eso creo. Regreso por donde vinimos y luego giro a la derecha por la calle que corre paralela al frente de Ehrlych International Shipping. Con algo de suerte, el edificio se

extenderá hasta esta calle y podré reducir mi exposición al frente o incluso al costado. El camino está resbaloso y lleno de aguanieve en algunos tramos, especialmente justo al borde de las aceras, donde el deshielo del día se ha vuelto a congelar y amenaza con hacerme resbalar y caer. Pero no caigo. Los habitantes de Chicago como yo no nos caemos sobre el hielo porque siempre lo esperamos, incluso durante todo el año al parecer, y anticipamos esos lugares donde se esconde.

Dos manzanas más adelante hay un semáforo, y camino directamente hacia él y hacia el farol que ilumina la intersección. Por un instante, la luz revela claramente las facciones de mi rostro a cualquiera que esté observando. Meto la cabeza dentro del abrigo tanto como el cuello lo permite, pero sigo estando expuesto. Solo puedo rezar para que nadie tenga los ojos puestos en mí. Apresurándome al otro lado, camino rápido hasta las sombras más allá de la intersección y entonces yo —con mi ropa negra y mi gorro— me fundo con la noche oscura.

Falta una manzana más. Justo cuando llego a la mitad, un perro suelto en el jardín de alguien empieza a gruñir. Luego se oyen unos ladridos agudos y, de pronto, estalla en un frenesí de ladridos mientras paso junto a su cerca. No deja de ladrar hasta que llego a la siguiente esquina y giro a la izquierda. Avanzo hasta el callejón y allí, por fin, está la pared trasera de mi edificio. Giro a la izquierda por el callejón y avanzo unos cien metros. Estoy haciendo un reconocimiento, como dicen en las películas de gánsteres. Lo que estoy encontrando parece muy poco prometedor, debo añadir. No hay puertas a nivel del callejón, ni ventanas, ni medios evidentes de entrada que pueda detectar. Lo que me deja preguntándome cómo demonios voy a entrar.

Regreso hacia el muelle de carga: un sistema triple de muelles. Tres puertas articuladas descienden desde lo alto de la abertura hasta el borde del muelle. Son de acero pesado y no parecen vulnerables. Pero noto que cada una tiene una manija de tiro ubicada casi al ras del suelo, en el centro. Las puertas están retranqueadas unos cuarenta y cinco centímetros del borde del muelle. ¿Quién fue el que dijo: «Dadme una palanca lo bastante

larga y un punto de apoyo, y moveré el mundo»? ¿Fue Arquímedes? El problema, visto desde esa perspectiva, parece tener solución.

Así que necesito una palanca. Nada salta a la vista de inmediato, así que empiezo a revisar el callejón. Llego hasta el extremo y reviso por allí, pero nada. Entonces cruzo corriendo la calle hacia el siguiente callejón. Y aquí, solo puede ser una empresa de plomería, porque justo detrás de una cerca de alambre de casi dos metros hay tubos de todas las longitudes, alineados en un largo estante. Tras asegurarme de que no hay nadie cerca, agarro la cerca con ambas manos y empiezo a trepar desde el callejón. Un gran paso más y estoy arriba, paso la pierna por encima, me dejo caer y salto al otro lado. Sin pensarlo mucho, agarro un tubo de unos tres metros y medio de largo y cinco centímetros de grosor, y localizo un viejo bloque de hormigón. Lanzo ambos por encima de la cerca hacia el callejón. Mientras empiezo a trepar de nuevo, veo que el bloque se ha hecho pedazos. Así que bajo otra vez hasta encontrar otro. Esta vez está más cerca del edificio, y cuando me acerco, un detector de movimiento me detecta. Un reflector me ciega. Estoy completamente expuesto al mundo por esa luz horrible. Me quedo inmóvil. Luego agarro el bloque de cemento y corro hacia la cerca. Esta vez no lanzo el bloque por encima; lo sujeto con la mano izquierda, y con la derecha y los pies escalo la cerca y caigo de nuevo al callejón. Para entonces, el reflector ya se ha apagado y espero unos momentos mientras mis ojos se ajustan otra vez a la oscuridad. Luego agarro el tubo y me voy: el tubo sobre el hombro, el bloque de cemento golpeando contra mi muslo mientras cruzo trotando la calle.

Vuelvo volando hacia las tres puertas del muelle, llego sin aliento y jadeando. No tengo ni idea de si mi plan va a funcionar ni si las puertas están conectadas a una alarma. Supongo que sí, pero no puedo hacer nada al respecto. A estas alturas, no tengo más opciones. Solo puedo seguir adelante con mi débil plan. Una cosa a mi favor: el edificio es muy antiguo, los ladrillos se deshacen en los bordes alrededor de las tres puertas. Tal vez, espero, no hayan cableado estas puertas, pensando que nadie podrá abrirlas de todos modos.

Coloco el bloque de cemento en el borde del muelle, justo al lado de la puerta del medio, retrocedo, apoyo el tubo sobre él y encajo el extremo más alejado bajo la manija central de la puerta. Hago palanca hacia abajo y pruebo. El tubo permanece encajado bajo la manija. Así que presiono con más fuerza, aplicando parte de mi peso al problema. Luego aflojo y me acerco a la manija que estoy forzando. Para mi gran alivio, no parece estar doblándose hacia arriba. Ese habría sido el fin de mi plan si la manija se hubiera doblado antes de que la puerta se moviera. Pero no se ha doblado y parece lo suficientemente sólida.

Así que vuelvo a colocar la palanca sobre el bloque y esta vez aplico mucho más peso. Ahora estoy casi acostado sobre el tubo, dejando que más y más de mi peso presione hacia abajo. Estoy a punto de ir a revisar la manija otra vez cuando, de repente, con un fuerte chasquido como el de una pistola de arranque, la puerta se libera de su cerradura y se eleva bruscamente. Me sobresalto, cierro los ojos y espero las alarmas que estoy casi seguro de que comenzarán a sonar. Pasan varios segundos y sigo esperando. Poco a poco me doy cuenta de que no suena ninguna alarma. Tal vez una alarma silenciosa. No puedo hacer nada respecto a eso, así que apoyo el tubo contra la pared del muelle para que parezca un descarte abandonado. Subo a la rampa, me agacho bajo la puerta y entro al muelle de carga.

Está completamente oscuro. Me doy vuelta y bajo la puerta por completo. Luego saco la linterna del bolsillo del abrigo y deslizo el interruptor. Me encuentro en una sala de almacenamiento con una pared llena de herramientas colgadas de un tablero perforado, rollos redondos de tubería de cobre y cable eléctrico blanco, barriles de clavos y un largo banco de trabajo de madera. Hay guantes de trabajo esparcidos, pinzas, llaves, cables de diferentes longitudes y una prensa metálica. No tengo idea de qué tipo de negocio está conectado a esta sala, pero es el típico cuarto trasero que podría pertenecer a casi cualquier cosa. Así que aún no he llegado. Giro el pomo y empujo la puerta interior. Estoy frente a una sala rectangular que debe tener unos cuarenta cubículos de trabajo. Todo tipo de plantas, globos y muñecos gigantes flotan sobre varios de los

cubículos, dándole al lugar un aire de haber sido trabajado. La gente pasa un tercio de su vida aquí, y en uno de estos cajones, o en la miríada de archivadores que ocupan casi cada centímetro de las paredes exteriores, podría estar el archivo del conocimiento de embarque que he venido a buscar.

¿Pero por dónde empezar?

Para alguien que acaba de entrar, el lugar no tiene ni pies ni cabeza. No hay ninguna pista que indique qué empleado pudo haber ayudado a agilizar la venta de armas de Henrik Nurayov, las armas que fueron cargadas en las barcas del transportista, allá afuera en el río. Pero al menos sé que estoy en el lugar correcto. Sé que he encontrado al transportista y me obligo a concentrarme en lo que vine a hacer.

Recuerdo cómo funcionan las empresas estadounidenses, donde mientras más alto subes en sus edificios, más alto estás en su jerarquía. Efectivamente, al otro lado del salón hay dos ascensores. Me apresuro hacia ellos y presiono el botón entre ambos. Las puertas se abren de inmediato y entro en el más cercano. Hay tres pisos por encima, como indican los tres botones numerados sobre el primero. Presiono el cuatro y el ascensor comienza a subir.

La puerta se abre. Dentro del ascensor la luz automática está encendida. Afuera, en el pasillo, reina una oscuridad total. Salgo y miro a la derecha y a la izquierda. A lo lejos, en ambas direcciones, hay letreros con letras de neón rojas. Supongo que indican salidas, como lo harían en Estados Unidos. Además, en América hay una carrera entre los empleados corporativos por ascender y conseguir el despacho de la esquina. ¿Por qué no sería igual aquí? ¿Por qué importa esto? Porque los funcionarios de más alto rango son los más propensos a tener las manos metidas en muchos asuntos a la vez, incluida la venta y el envío de armas de guerra. Especialmente eso.

Mentalmente lanzo una moneda y giro a la derecha. En el preciso instante en que doy mi primer paso, veo el haz de una linterna proyectarse contra la pared del extremo izquierdo. Alguien viene desde el fondo del pasillo, por donde se conecta con la derecha. Me pego contra la puerta de la primera oficina e intento girar el pomo. Cerrada. Cruzo el pasillo y pruebo otra. También cerrada. Estoy

literalmente a oscuras y no sé qué hacer. Así que cierro rápidamente la distancia entre mí y la luz en la pared. Entonces, cuando estoy casi allí, siento que la pared se abre a mi derecha. Entro en una habitación bastante grande con ventanas que dan al cielo nocturno. Puedo ver el reflejo de las farolas de la calle subiendo entre la niebla y las ráfagas de nieve que han comenzado de nuevo. Cruzo la habitación corriendo y me coloco detrás de una mesa a la altura de la cintura con un panel de privacidad. Me agacho detrás de ella y controlo mi respiración. Entonces escucho los pasos que se acercan y veo la luz afuera, que ahora ilumina el pasillo que acabo de dejar. La luz tiembla de arriba abajo y de un lado a otro, y los pasos se acercan más. La persona detrás de la linterna va silbando una melodía, *Deep in the Heart of Texas*. Cuando llega a la línea «The sage in bloom is like perfume», se detiene, entra en mi habitación y enciende las luces. Luego, todo queda en silencio.

Todo mi diafragma lucha por exhalar de golpe. Me esfuerzo por resistir el impulso, obligándome a respirar de forma superficial y silenciosa. Se oyen pasos acercándose hacia donde estoy. Cuando la persona está a unos tres metros, los pasos se ralentizan y luego se detienen. Se escucha el roce de un fósforo al encenderse y luego el chisporroteo de la llama. En segundos, huelo el humo del cigarro y oigo la voz de un hombre exhalando con evidente satisfacción. Otra calada, otra exhalación, y estoy a punto de explotar por la anticipación.

Entonces, los pasos se alejan y retroceden por donde vinieron. La persona se detiene de nuevo en la entrada de mi habitación. Me lo imagino mirando por última vez antes de apagar las luces... y entonces, efectivamente, las luces se apagan. Ahora estoy en la oscuridad, mis ojos no se han adaptado y no me atrevo a moverme por temor a que solo haya fingido irse. Decido esperar cinco minutos y empiezo a contar lentamente hasta trescientos.

Al llegar a cuatrocientos me pongo de pie. Mis rodillas tiemblan y amenazan con doblarse, pero me sostengo con las manos sobre el escritorio mientras miro directamente hacia la entrada de la habitación. A estas alturas sé que estoy en silueta contra las ventanas detrás de mí, lo que me hace fácilmente visible para

cualquiera que pase. Pero ha llegado el momento de conseguir lo que vine a buscar, así que cruzo hasta la entrada y asomo la cabeza al pasillo. Todo despejado en ambas direcciones —al menos no hay ningún haz de linterna.

Avanzo por el pasillo deslizándome, con una mano apoyada en la pared a mi derecha, los ojos fijos en la puerta frente a mí que da al despacho de la esquina. Rezo para que no esté cerrada. Pero lo está, como descubro al llegar. ¿Y ahora qué?

Estoy parado allí, a la intemperie, sin poder avanzar hacia el interior, sin la menor idea de cómo entrar.

Mi mente recorre programas de televisión y películas. ¿No había algo sobre deslizar una tarjeta de crédito entre los bordes del marco y la puerta para forzar la cerradura? Por estúpido que suene, lo intento. Lo intento porque ya no tengo más ideas.

Voilà! ¡La tarjeta de crédito abre la puerta!

Y entro de un solo paso rápido, cerrando la puerta detrás de mí. Digo una oración silenciosa, esperando estar en el despacho correcto.

Ya que estoy adentro, decido que bien puedo ir hasta el final. Tras comprobar que las persianas de las ventanas están completamente bajadas y giradas para cerrarlas, saco mi linterna y la enciendo.

Es un despacho hermoso, con un enorme escritorio hecho de lo que creo que es caoba, una silla ejecutiva lujosa cubierta de cuero azul, tapices dorados y plateados en las paredes, y una infinidad de fotos personales. Me dejo caer en la silla azul y empiezo a abrir y cerrar los cajones del escritorio. Sin tener idea de qué tipo de carpeta o archivador estoy buscando, solo puedo abrir, hurgar y cerrar. Después de un minuto de eso, nada parece prometedor. No hay carpeta ni archivador ni un montón de papeles sujetos con clip que se parezca a registros de envío o a un conocimiento de embarque como el mío.

Así que me levanto y miro alrededor. Hay un archivador largo de dos cajones, cubierto del mismo tono de caoba, contra la pared debajo de la ventana que da a la calle lateral de la oficina. Me acerco, me arrodillo y abro el cajón inferior. Los archivos están

organizados de izquierda a derecha, con sus pestañas orientadas hacia la izquierda. Así que me deslizo hacia la izquierda para quedar frente a las pestañas y empiezo a hurgar. A mitad de camino, de pronto me congelo. Todas las demás carpetas tienen pestañas en ruso. Pero no la que acabo de encontrar. Esta tiene la pestaña en inglés y dice, simplemente, «Nurayov to Brotherhood».

La arranco del cajón y la abro de golpe.

Entonces empiezo a leer, porque todo está en inglés. El original de mi conocimiento de embarque está encima de todo. Luego leo los memorandos y cartas del archivo. Evidentemente, Henrik Nurayov adquirió y vendió a la Hermandad Saudí las armas y el material listados en el conocimiento de embarque. Nurayov entregó el primer envío de mercancías mediante un tráiler que descargó justo abajo, en los muelles de carga. Luego las armas fueron catalogadas y cotejadas con el recibo de venta de Nurayov, y después se ingresaron en el propio conocimiento de embarque. Ahora EIS ha entregado copias del conocimiento de embarque a Nurayov —dice la correspondencia del archivo— y a la Hermandad Saudí, con la firma de un tal Abu Degav al-Zawihiri. El conocimiento de embarque —el original que estoy mirando— tiene inscritas en su anverso las iniciales «HN». Henrik Nurayov. El resto del archivo contiene varias correspondencias dirigidas a Nurayov y a al-Zawihiri, además de memorandos y fotografías de las armas enviadas por EIS.

Dilema. Si robo el archivo y lo presento en el tribunal, me habré revelado como el ladrón. Por otro lado, ¿vendrá EIS a reclamar sus registros de lo que estoy seguro fue una venta y compra ilegal de armas de grado militar dentro del territorio ruso? ¿Serían tan tontos? Decido responder que no. Así que tomo todo el archivo y lo meto por debajo del cuello de mi suéter de cuello alto y cierro mi abrigo de plumas. Tengo lo que vine a buscar.

Inmediatamente entonces apago la linterna y me apresuro de regreso a la puerta de la oficina. De pie justo dentro, coloco mi oído contra la puerta y escucho. Al no oír nada, abro la puerta muy lentamente.

Y allí, cara a cara conmigo, está el mismo hombre cuya linterna y cigarrillo vi antes.

Antes de que pueda reaccionar, me quito el cinturón de la cintura y abro su cremallera interior. En un solo movimiento, saco dos mil dólares estadounidenses y se los ofrezco al hombre. Está tan atónito que apenas puede creerlo, y finalmente se recompone lo suficiente como para sacar un arma de su funda en la cadera. Me apunta con el arma; noto que le tiembla la mano. Le empujo el dinero otra vez, indicándole que lo tome, que quiero que lo tenga.

—Es tuyo si solo me dejas ir — le digo, aunque estoy absolutamente seguro de que no entiende nada.

Entonces, para mi total asombro, dice con voz firme:

—¿El estado de la estrella solitaria? ¿No te metas con Texas?

—¡Sí! —grito—. ¡Sí, me encanta Texas! ¡El estado de la estrella solitaria!

Y le vuelvo a empujar el dinero. Esta vez, él extiende la mano y lo toma.

—Green Bay Packers —dice mientras recibe mi dinero—. Aaron Rodgers.

—Sí, tal vez compre dos segundos del tiempo de Aaron, pero no mucho más. Son solo dos mil.

—NFL.

—Sí, todos amamos la NFL.

—NBA.

—Déjame pasar —le digo con una sonrisa—. ¡Voy a Texas!

—*Deep in the heart of Texas!* —grita él, esta vez bajando el arma y enfundándola.

Davy Crockett estaría orgulloso de mí mientras encabezó la procesión de dos hombres saliendo de El Álamo, de vuelta por las escaleras hasta el muelle de carga, donde salto al callejón dos mil dólares más pobre, pero listo para contrainterrogar hasta la extenuación a un testigo llamado Henrik Nurayov.

Capítulo Treinta Y Cuatro

MICHAEL GRESHAM

El día siguiente comienza temprano para mí, antes del amanecer, cuando el servicio de habitaciones golpea mi puerta. El desayuno es servido a los pies de mi cama, dejando un carrito con dos platos cubiertos, una jarra de café, porciones de mantequilla y un gran vaso de agua. Todo es necesario, ya que será un día largo y necesito cargar energías.

Después del desayuno, viene una larga ducha caliente y el afeitado. Mi rostro está marcado por cicatrices de un incendio de hace varios años, y la piel arde cuando paso la navaja por la barba. Pero lo hago de todos modos. Hoy quiero verme lo mejor posible y estar en mi mejor momento, porque es todo o nada. Nurayov es mío o me voy directo a la cárcel.

Luego me pongo nervioso al caerme encima la realidad de lo que me espera como una manta fría. Pero pienso más allá del miedo: tengo los documentos y, por supuesto, tengo las preguntas que quiero hacerle a ese tipo. Hasta ahora ha mentido sobre todo lo que ha dicho y hoy va a estrellarse de frente contra un muro.

Poco después de las ocho, Van se detiene bajo el pórtico del hotel. Se inclina hacia el otro lado y empuja la puerta del pasajero.

Subo al auto y lo miro. Tiene un enorme chichón que va desde la parte exterior del ojo hasta más allá de la ceja.

—¿Qué demonios? —digo.

Él se toca el chichón con cuidado.

—¡Ay!

—¿Qué te pasó, Van?

—Un hombre vino a mi apartamento anoche.

—¿Quién era?

—Sin nombres, sin presentaciones. Pero estoy seguro de que era del FSB.

—¿Qué querría la maquinaria de espionaje rusa contigo? No estás acusado de ser un agente de la CIA.

—Dijo que debía quedarme en casa hoy. Dijo que tú irías a la cárcel y que el juicio terminaría. Quería que me quedara en casa para que no pudiera hacerme cargo de la defensa de nuestros clientes yo solo.

Estoy incrédulo. Esto no puede ser.

—¿Y qué le dijiste?

—Me reí. Le dije: «Eso es absolutamente imposible». Justo cuando iba a pedirle que se fuera, me golpeó con una porra de cuero. Debía tener plomo en la punta, porque me dio en un costado de la cabeza y me desmayé al instante. Cuando por fin volví en mí, mi gata Rasputin me estaba lamiendo la sangre del rostro. Su lengua áspera se sentía como si alguien me frotara con papel de lija, así que eso me despertó. Intenté incorporarme y volví a caer. La habitación daba vueltas. Entonces rodé de lado y me empujé lentamente con un brazo hasta quedar sentado. Luego vomité sobre todo mi pecho. Finalmente llegué al baño y me metí en la ducha con toda la ropa puesta. Abrí el agua caliente y me fui quitando todo. Vomité otra vez, pero esta vez fue directo al desagüe. Luego fui a la cama y me metí, aunque aún estaba empapado. Estaba tambaleándome, Mijaíl. Esta mañana desperté, abrí los ojos con esfuerzo y traté de ver con el derecho. Aún veo doble. Ni modo. Pero aquí estoy. Si tú vas a la cárcel, yo voy a terminar el juicio. Tendrán que matarme primero.

—¿Y esa furia? ¿Qué te pasa, Van?

—Cuando era niño me acosaban todos los días, hasta que descubrí que era más inteligente que ellos. Soñaba con formas de arruinarles la vida por un momento. Lo que hoy llamamos venganza. Lo mismo con este juicio. Ningún maldito matón va a echarme. No me echo atrás. No lo hice entonces, no lo haré ahora.

—Vaya. Es una historia fuerte. Siento mucho que te haya pasado. Él me mira desde el volante.

—¿Cuál? ¿La infancia o anoche?

—En realidad, ambas cosas.

—Vamos al tribunal. Después de anoche, estoy listo para despellejar vivo a ese Nurayov.

Treinta minutos después, estamos de pie en la mesa de los abogados. Antonia se ha unido a nosotros con retraso. Ahora el juez asciende al asiento más alto de la sala. No hace contacto visual con nadie, se sirve un vaso de agua de una jarra dorada y se frota las manos enérgicamente. Enciende su micrófono y lo golpea dos veces. La retroalimentación del sistema de sonido crujiente le indica que será escuchado. Luego sus ojos se clavan en mí.

—Señor Sájarov, estaba terminando con el testigo Henrik Nurayov. ¿Algo más o puedo dispensarlo?

—Solo unas pocas preguntas más, señoría —digo intencionalmente para engañar a Nurayov, que ha vuelto a la silla de testigos y escucha con atención. Parece relajarse un poco al oír «pocas más». Está a punto de quedar libre y sus ojos se iluminan con anticipación.

—Muy bien, continúe con su contrainterrogatorio, abogado.

El jurado se acomoda en sus asientos y se prepara para verme nuevamente ensartado por este testigo que ha resultado ser mucho más listo —¿más astuto?— que yo. Promete ser todo un espectáculo, seguido de mi casi segura condena a prisión. ¿Quién sabe? Tal vez este sea el final de su servicio como jurados. ¿No sería genial?

Me acerco al atril, desplegando con decisión el expediente de EIS frente a mí. Ahora el mundo puede verlo. Pero la verdad es que no lo hará. No lo hará porque EIS nunca va a admitir que los

documentos en ese expediente son auténticos y le pertenecen. Querrán la mayor distancia posible de lo que contiene ese archivo.

—Señor Nurayov —empiezo—, ayer le dijo al jurado que un agente del MI6 en la embajada británica me había identificado. Le dijo que yo era un espía de la CIA. ¿Recuerda haber dicho eso?

—Totalmente.

—¿Y recuerda haberle dicho al jurado que su trabajo en la embajada británica era investigar denuncias de pasaportes perdidos? ¿Lo recuerda?

—Sí. —Mira alrededor con grandeza, muy satisfecho de que yo haya sido lo bastante estúpido como para permitirle repetir su condena hacia mí. Varios miembros del jurado incluso asienten con aprobación.

—Ehrlyich International Shipping, Moscú, Rusia. ¿Le suena familiar?

Mira al juez.

—¿No habíamos cubierto esto ya?

—Así es —proclama el juez—. Continúe, abogado. ¿O ya terminó? Ignoro al juez y me dirijo a Nurayov nuevamente.

—Permítame mostrarle un documento que el secretario ha marcado como Prueba Cuatro de la defensa. Es una carta escrita por Ehrlyich International Shipping y dirigida a usted. ¿Reconoce esta carta?

Le entrego la carta. La lee y comienza a retorcerse, pero se mantiene firme.

—No. No la vi.

—Mire la dirección. ¿No es esa su dirección de casa?

—Sí. O lo era.

—Ahora permítame entregarle la Prueba Cinco. ¿Qué es esto?

Lo examina. Le da la vuelta y echa un vistazo al reverso. Luego, lo vuelve a girar.

—Parece una carta mía dirigida a Ehrlyich International Shipping. Pero yo no escribí esto.

—¿No es esa su firma al final de la carta, donde confirma que hará un envío el primero de noviembre?

—No, no es mi firma.

Esta vez estamos preparados.

—Señor Nurayov, contraté a Danil Lemerov para que estudie la firma y sus iniciales en el conocimiento de embarque. Si él testifica que usted firmó esta carta, ¿estaría equivocado?

—Un momento. Esto debe haber sido el mobiliario que le envié a mi hija. Se acaba de casar.

—Mire de nuevo, señor. El valor de los bienes enviados figura como cien millones de dólares. Su hija debe vivir muy bien.

—¿Dónde dice eso? No lo veo.

—Tercer párrafo. Cuarta línea. Donde dice: «El vendedor declara que el valor del envío es de cien millones de dólares». ¿No lo había notado antes?

—Mire, abogado. Esa cuarta línea es la última del párrafo. Creo que fue añadida después de que envié esta carta.

—¿Entonces cree que hay una conspiración en su contra?

Se recuesta y se recompone lo suficiente como para sonreírme.

—Creo que *usted* quiere atraparme, señor Gresham. Creo que *usted* añadió la línea cuatro. Es un agente de la CIA y no le gustaría nada más que verme encarcelado o muerto.

He estado esperando este momento.

—Finalmente, permítame mostrarle esta fotografía. Lo muestra a usted de pie junto a un cargamento que está siendo subido a una barcaza. Son muchos contenedores de envío. ¿Los reconoce?

—No. Estaba en el río viendo cómo se llevaba el mobiliario de mi hija en la barcaza. Alguien debió tomar esta foto.

—Excepto por un detalle. Por favor mire el número en el contenedor de envío junto al que está usted parado. ¿Puede leer ese número en el contenedor?

—Sí. Es NB322V-1993x.

—Gracias. Ahora, lea al jurado los números del pie del conocimiento de embarque original. En la parte más baja, señor Nurayov.

Lee lentamente:

—NB322V-1993x.

—Otra vez, por favor. ¿Señor Ivanovich? Por favor, ponga la primera diapositiva.

Van proyecta una ampliación de la foto de la barcaza con el contenedor claramente visible, junto a una ampliación del conocimiento de embarque. El jurado puede comparar.

—Ahora lea los números del contenedor de envío, señor.

—NB322V-1993x.

—¿No estaría de acuerdo en que los dos números son iguales?

—Lo parecen. No sé quién puso los números en el conocimiento de embarque y ya le dije que esas no son mis iniciales.

—El doctor Lemerov hablará con el jurado sobre sus iniciales en el conocimiento de embarque y su firma en la carta. La sogá se está apretando, señor Nurayov, ¿no le parece?

—¡Protesto! ¡La única sogá en esta sala es la que está alrededor del cuello del señor Gresham!

—Protesta denegada. Continúe, abogado.

Estoy atónito. ¿Rechazó la objeción de Gliisky? ¿De verdad acabo de oír eso?

Pero el problema es que solo hay un número en el conocimiento de embarque original. ¿Dónde están los otros números? Estudio el conocimiento de embarque mientras pienso en mi siguiente pregunta. Entonces lo veo, claro como el día: en la parte superior dice «1 de 2». Solo tengo la primera página del conocimiento de embarque original con un solo número de contenedor. Los otros números están en la segunda página. Rápidamente reviso el archivo robado. No hay segunda página. Falta y no sé por qué. Así que hago lo único que puedo en ese momento, que es llevar al testigo por otro camino.

—¿Sabe qué? Me equivoqué. En realidad, era una agente y la enviaron de regreso a Londres.

—Usted mencionó mi linaje, señor Nurayov, así que hablemos de eso.

—Estoy completamente preparado, señor Gresham.

—¿Cuál es el nombre del agente del MI6 que le dijo que yo era de la CIA?

—No lo recuerdo.

—¿No lo recuerda porque no existe, cierto?

—No, se equivoca.

—Muy bien entonces. Descríbalo para el jurado.

—Es grande y... y...

—¿Qué tan grande? ¿Un metro ochenta y cinco?

—Sí, un metro ochenta y cinco o más. Además, es corpulento.

—¿Cuánto pesa?

—No lo sé.

—¿Color de cabello?

—Oscuro.

—¿Ojos?

—Oscuros.

—¿Cómo se llamaba? Me gustaría citarlo para que venga a testificar.

—¿Sabe qué? Me equivoqué. En realidad, era una agente y la enviaron de regreso a Londres.

—Ah, ¿así que ahora es una mujer y ya no está aquí?

—Así es. Ahora lo recuerdo.

—¿Cómo se llama? No tengo problema en ir a Londres y tomar su declaración.

—No sé cómo se llama.

—Descríbala, por favor.

—No... yo no... yo no...

—Protesto, señoría —dice Gliisky, que se ha puesto de pie de un salto—. El abogado está hostigando al testigo.

El juez levanta una mano en señal de advertencia.

—En absoluto. Yo también quisiera saber el nombre de esta persona. Sin un nombre, voy a desechar todo su testimonio. Por favor, denos un nombre, señor Nurayov.

Nurayov traga con dificultad. Mueve la mirada de Gliisky al fondo de la sala, hacia mí, y luego se sienta con los ojos bajos, en silencio.

—No tengo un nombre, señor.

—Señoras y señores del jurado, el tribunal les instruye que ignoren y olviden todo testimonio de este testigo sobre que el señor Sájarov es un agente de la CIA. El tribunal también lo ignorará. Continúe, abogado.

Estoy demasiado atónito para pasar a mi siguiente pregunta. ¡Acabo de cruzar la línea de gol y marcar!

—Eso es todo por ahora, señoría. Sujeto a volver a llamar a este testigo durante el caso de los acusados.

—Muy bien, el testigo puede retirarse. Pero no está excusado, señor Nurayov. Ahora debe esperar en el pasillo fuera de la sala hasta que el abogado decida si volverá a llamarlo al estrado. ¿Entendido?

Nurayov responde con mucha humildad:

—Entiendo.

Baja del estrado con la cabeza gacha y se apresura por el pasillo. Luego desaparece en el pasillo exterior.

Capítulo Treinta Y Cinco

MICHAEL GRESHAM

Es un hombre corpulento, como un defensa central de la NFL: cuello grueso, frente inclinada, ojos diminutos y una nariz grande que parece haberse roto una o dos veces. No hay nada agradable en él, y su voz va acorde con su aspecto rudo. Vassily Lukin es guardia nocturno en el Ala D de la cárcel de la ciudad de Moscú, le dice al jurado, y conoce a mi cliente, Russell Xiang.

—¿Cómo llegó a conocer al señor Xiang? —pregunta el fiscal Gliisky con aire de inocencia.

Aquí se está jugando un juego: Gliisky pretende que Lukin es un oficial de la ley confiable que dice la verdad y nada más que la verdad. Pero algunos de nosotros sabemos más. Lukin es un títere, un montaje, un ingenuo. Observo cómo avanza el juego.

—Conocí al señor Xiang cuando estaba de guardia por la noche. Solía pedirme cigarrillos.

—¿Le dio cigarrillos?

—Por supuesto. Es un hombre muy amable. Es muy difícil negarle algo.

Además, me imagino que le pagó por ellos. Si es que algo de esto realmente ocurrió, lo cual dudo seriamente.

—¿Tuvo conversaciones con el señor Xiang?

—Por supuesto. Todos los guardias y prisioneros hablan por la noche. Apagan las luces a las siete de la tarde. Nadie puede dormirse tan temprano, así que lo único que queda es charlar un poco.

—¿De qué tipo de cosas hablaban?

—Familia, ciudades natales, la infancia, el trabajo.

—¿Le habló de su trabajo?

—Por supuesto que sí. Y yo le hablé del mío.

—¿Qué le dijo?

El guardia frunce el ceño y se encoge de hombros.

—Me dijo que trabajaba para la CIA estadounidense.

—Señor Lukin, es muy difícil creer que él le dijera eso. ¿Por qué admitiría ser un espía contra la patria?

—Estábamos intercambiando historias y le aposté que la mía era la mejor de las cuatro.

—¿Entonces no era el único que escuchó esto?

—Claro, había otros.

—Volveremos a eso. ¿Habló sobre su trabajo para la CIA?

—No mucho. Dijo que había secretos que no podía contar.

—¿Le habló de su noche en la *dacha* de Henrik Nurayov? ¿La noche en que asesinaron a varios guardias rusos?

—No habló de eso. Pero sé que estuvo allí.

—¿De verdad? ¿Y cómo lo sabes?

—Su compañero de celda me dijo que Xiang se lo contó. Que se fue de lengua, así lo dijo.

—¿Su compañero de celda también es estadounidense?

—Sí. Un hombre que se emborrachó y agredió a un oficial de policía.

—¿Cómo se llama?

—Abraham Smerconish. Número 16-3344-D. Está en el ala D.

—¿Por qué ese hombre le contaría algo que su compañero de celda le confió?

—Pensó que delatar a su compañero de celda le ayudaría a salir de la cárcel.

—¿Le ayudó?

—¡Por supuesto que no! Nuestra cárcel es intachable. No aceptamos sobornos.

Me cuesta no soltar una carcajada en este punto. Qué mentiras tan enormes y cuentos de hadas. Pero mantengo el rostro serio y escucho mientras Lukin termina.

Hay poco que pueda hacer en el contrainterrogatorio, así que renuncio a él y llaman al siguiente testigo. Es la segunda guardia que también escuchó la supuesta confesión de Russell Xiang. La misma historia que la de Lukin: Xiang está solo, contó su vida, pidió cigarrillos, hizo una llamada a su esposa mientras estaba en la cárcel. Lukin otra vez, con algunos adornos. Ella también añade que Petrov corroboró la historia cuando habló con Petrov en circunstancias similares a las de Xiang. No se gana nada repitiendo la misma historia en el contrainterrogatorio, así que también renuncio.

Pero ahora ya han presentado su caso contra Russell y también contra Anna Petrov. Casos *prima facie*, pero casos al fin y al cabo.

A última hora de la tarde, después de un largo almuerzo y tras un receso del tribunal para atender otros casos pendientes, Gliisky llama a un perito forense. Se llama Martin Dinavy y es analista de escenas del crimen para el FSB. Sube al estrado, se acomoda incómodo en la dura silla de madera y se ajusta la corbata. Su uniforme es el de la Policía de la Ciudad de Moscú, pero testifica que en realidad está asignado a investigaciones del FSB. ¿Estuvo en la *dacha* de Nurayov en Nochebuena o la mañana de Navidad? Dice que sí.

Luego dice:

—Mi trabajo era recoger toda la evidencia que pudiera ayudarnos a identificar a los asaltantes.

—Dígale al jurado si tuvo éxito.

Desvía la mirada hacia el jurado y se dirige a ellos con soltura.

—Sí. Tomé moldes de las huellas de botas que quedaron en la nieve donde los asaltantes rodearon la casa. Pude seguir esas huellas todo el camino de regreso por el camino de servicio hasta un pequeño bosque de nogales. Evidentemente, allí habían dejado su vehículo mientras atacaban la casa del señor Nurayov.

—¿Pudo alguna vez hacer coincidir esas huellas de botas?

—Sí. Después de que fue arrestado, los oficiales trajeron varias botas pertenecientes al acusado Russell Xiang a mi laboratorio. Tomé mis medidas e hice mi examen bajo nuestros microscopios.

—¿A qué conclusión llegó?

—Las botas del acusado Xiang coincidían con las huellas de botas que encontré en la nieve.

Gliisky agarra una gran bolsa plástica transparente que contiene dos botas grandes.

—¿Estas son las botas? —Le entrega la bolsa al testigo.

—Sí, estas son mis iniciales en la bolsa. Esa es mi letra.

—¿Está seguro de que coincidían?

—No hay duda.

Gliisky se sienta en su mesa y hojea su bloc de notas. Luego dice:

—Nada más, señoría.

El juez asiente en mi dirección y me apresuro a ponerme de pie y acercarme al atril. Quiero dar la impresión de que estoy ansiosa por enfrentar a este testigo y creo que lo logro.

—Señor Dinavy, ¿qué marca de botas son estas?

—Work-Joy de Ollas. Estas botas las fabrica la compañía en Leningrado.

—¿Son populares?

—Sí, muy populares entre la clase trabajadora.

—¿El señor Xiang es miembro de la clase trabajadora?

—No lo sé.

—Bueno, el señor Gliisky quiere que el jurado crea que es un espía. ¿Los espías son miembros de la clase trabajadora?

—No lo sé. No, supongo que no.

—Estas botas podrían haber pertenecido a cualquiera entre miles de personas, son tan populares, ¿correcto?

—Correcto. Tal vez decenas de miles. Tal vez cientos de miles. Son una talla cuarenta y dos de hombre. Talla muy común, bota muy común.

—De hecho, ¿usted ha examinado botas similares en su laboratorio antes, en otros casos?

—Así es.

—¿Cuántas veces?

—Una docena.

—Entonces, ¿puede decirme cómo fue capaz de distinguir estas botas entre quizás cientos de miles de otras que podrían estar allá afuera?

—Eso sería imposible de decir. Hay marcas, marcas de herramientas, podría llamarlas así, en las suelas. Pero incluso esas son bastante comunes.

—¿Qué tipo de marcas?

—Bueno, las suelas son de goma y la goma se raya fácilmente. Ese tipo de suelas recoge marcas peculiares.

Ahora contengo la respiración mientras pregunto:

—¿Estas botas tenían marcas peculiares?

—No más de lo normal. No puedo decir que las tuvieran.

Esto no va a mejorar, así que agradezco al testigo y tomo asiento.

—Entonces se levanta la sesión por hoy.

Después de cenar esa noche, recibo una llamada de la embajada de EE. UU. en Moscú. El que llama se identifica como Harry Samson, quien dice ser funcionario del servicio exterior del Departamento de Estado. Pienso: sí, claro que lo eres, y yo también. Espías por todas partes, entrando y saliendo todo el día en la sala donde estoy defendiendo; algunos reconocibles por sus rasgos faciales, cortes de pelo y ropa, otros no tanto. De todos modos, saludo a Harry y le pregunto en qué puedo ayudarlo.

—Llamo por el juicio de Russell Xiang y Anna Petrov. Usted es su abogado y he oído que está haciendo un buen trabajo.

—¿Buen trabajo? ¿Solo bueno? Teniendo en cuenta que soy el niño que tapa la fuga del dique con el dedo, diría que estoy haciendo más que un buen trabajo. ¿Qué tal fantástico, señor Samson?

El señor Samson deja escapar una risa forzada. Luego continúa con su asunto.

—Hemos estado trabajando entre bastidores para ayudarle, señor Gresham.

—Sájarov.

—Cierto. En fin, hemos conseguido el consentimiento de la madre de Russell Xiang. Asistirá al juicio este lunes.

—Hoy es jueves. Mañana probablemente terminará la presentación del caso del Estado contra mis clientes. Así que el lunes es un momento excelente. No podría haber salido mejor.

Larga pausa. Luego:

—Lo sabemos, señor Sájarov. Nuestro trabajo es saber estas cosas y actuar en consecuencia.

Pero ya estoy flotando, perdiéndome en un estado de amor desesperado y anhelo de hace tantos años que ya no los puedo contar.

Éramos jóvenes y el tiempo se detenía cuando estábamos en la universidad. Los días eran largos, las noches aún más. Mi compañero de cuarto era Henry Xiang. Nos asignaron juntos por sorteo en el primer año y funcionó lo suficientemente bien como para seguir juntos hasta graduarnos. Pero sí teníamos nuestras diferencias. Una de ellas era Mai H. Yung, quien terminaría siendo la madre de Russell. Ella tocaba el clarinete y Henry también. El primer día de práctica de la banda de marcha se encontraron juntos, marchando y resonando con sus instrumentos, marchando y resonando con sus cuerpos mientras se estudiaban mutuamente aquel otoño en el campo de fútbol de práctica. Salieron de la práctica y caminaron hasta el centro estudiantil, donde tomaron café y comieron pastel mientras conversaban toda la tarde. Él había nacido y crecido en el Área de la Bahía; ella era de China continental. Él estudiaba para ser abogado; ella, para ser médico. Fueron inseparables hasta nuestro último año, cuando Henry fue al hospital por una apendicitis de emergencia. Dos noches estuvo fuera de nuestro dormitorio. El dormitorio al que Mai se había mudado y en el que vivía con Henry y conmigo. Por supuesto, yo desaparecía durante esos momentos clave en que necesitaban privacidad, pero siempre me recompensaban con pizza y un six-pack cuando terminaban y yo regresaba. Una regla: nada de hacer el amor después de las nueve de la noche porque yo siempre estudiaba de nueve a una de la madrugada. Era mi rutina.

Mientras Henry estaba en el hospital, las cosas cambiaron entre Mai y yo. Tal vez "cambiaron" no sea la mejor palabra; más bien, las cosas "llegaron a un punto crítico". Llevábamos dos años deseándonos. Ambos lo sabíamos; ninguno lo reconocía. Nos deseábamos como lo hacen los estudiantes universitarios, cuando las fronteras de las relaciones no están marcadas por licencias de matrimonio, sino que son fluidas como los estados de ánimo. Con esto quiero decir que Mai pertenecía a Henry y a la vez no. No estaban casados; ni siquiera comprometidos, una falla de Henry. Como solo eran novios, mientras Henry pasaba su segunda noche en el hospital, Mai y yo terminamos en la cama. Treinta días después, ella anunció su embarazo solo a mí, porque Henry no podía tener relaciones sexuales durante el período de la concepción debido a su cirugía. Sus padres se enteraron y la obligaron a regresar a China. Esa fue la última vez que Henry o yo la vimos. Pero nuestro hijo, Russell, fue trasladado de un lado a otro entre Pekín y San Francisco, donde, a los nueve años, terminó viviendo con Henry, el hombre al que conocía como su padre. ¿Por qué no conmigo? Porque ni Mai ni yo soportábamos romperle el corazón a Henry con la verdad sobre la concepción de su hijo. Así que lo dejamos pasar, como suelen hacer los jóvenes a esa edad.

¿Mencioné que estaba enamorado de Mai? Probablemente aún lo esté, a juzgar por mi corazón tambaleante mientras Harry Samson, me explica que Mai llegará a Moscú el domingo y que la llevarán a mi habitación de hotel para prepararla para el juicio. Y una última cosa: se le hará una prueba de ADN inmediatamente al llegar, en el mismo laboratorio donde me la hicieron a mí. En algún momento, ambos seremos presentados ante el jurado como los padres biológicos de Russell. Aún no he decidido cuándo será eso, pero probablemente durante el testimonio de Mai. Eso tendría todo el sentido del mundo.

—Y por cierto, señor Sájarov, Mai también se hospedará en el Marriott donde usted está, por si necesita más tiempo con ella. ¿Le parece bien, señor Sájarov? —quiere saber Harry Samson.

Casi me trago el teléfono. Pero me obligo a sacarme a mí mismo del centro de la escena y, en su lugar, poner a Russell y Anna, donde

deben estar. Todo esto se trata de ellos; no se trata de mí. Estoy seguro de que Mai no ha accedido a venir aquí por mí; lo ha hecho porque su hijo se enfrenta un pelotón de fusilamiento. Su intención es ofrecer un camino que libere a su hijo.

Colgamos y empiezo a cambiarme de ropa para regresar a la cárcel en mis visitas nocturnas con Verona y Marcel. Estoy registrado como su abogado y tengo un derecho casi irrestricto de verlos tantas veces como sea necesario. Me he ganado el favor de los guardias y se me permite llevarle cigarrillos a Marcel y latas de frutos secos surtidos a Verona. Lo que han pedido. Los guardias hacen la vista gorda, reciben agradecimientos por su cooperación en forma de billetes de veinte dólares americanos y todo sigue su curso.

Verona siente algo por mí. Me lo ha dicho mientras hablábamos a través del plexiglás que sin duda está intervenido. Lo cual está bien; seguimos alimentando el mito de que somos marido y mujer y que Anna es hija de Verona de otro matrimonio. Le he dicho que todavía estoy desesperadamente enamorado de ella, que solo quiero llevarla a casa. Y así, la realidad perpetúa el mito por necesidad. Y como el mito, repetido, a veces puede generar algo real, estoy empezando a creer su verdad. Estoy empezando a creer que tal vez sí amo a Verona. No lo sé. Una cosa: los momentos de estrés extremo, como los que vivimos aquí en Moscú, nunca son buenos para tomar decisiones sobre asuntos personales como el amor. Así que evito entrar en ese tema conmigo mismo, aunque sea tentador por las noches cuando me siento solo y proyecto mis necesidades hacia el futuro. Es una actividad peligrosa y trato de evitarla.

Es tarde cuando Harry Samson se despide. Pero antes me dice que traerá a Mai a mi habitación alrededor del mediodía del domingo.

Después de colgar, empiezo a discutir conmigo mismo sobre qué me pondré cuando ella llegue.

A veces uno no puede evitar alimentar sus mitos. Especialmente los más antiguos.

Capítulo Treinta Y Seis

MICHAEL GRESHAM

—Anna Petrov —llama Gliisky suavemente, y se vuelve para observar cómo las guardias sacan a Anna de la cabina de cristal para los acusados. Le quitan las esposas de la espalda y se las colocan al frente, luego la escoltan hasta la parte delantera de la sala. La observo mientras avanza. Al caminar, intenta mantener la cabeza en alto, como si no se hubiera rendido ante los bastardos que la tienen encerrada una vez más.

Pero cuando se da la vuelta y levanta la mano para prestar juramento es entonces cuando todos lo vemos. Los moretones en su rostro apenas se notan, pero son visibles a pesar del maquillaje espeso que le han aplicado. Las lesiones en los ojos se ocultan tras una capa generosa de rímel. Intenta una pequeña sonrisa que titila y desaparece. Pero en ese breve instante, puedo ver el rectángulo donde antes había un colmillo. Bastante reciente, además. Me cuesta no correr hacia ella, abrazarla y exigir atención médica. Pero eso solo lograría que me encerraran igual que a ella e igual que a mi hijo. Resisto el impulso de la decencia; mis clientes me necesitan libre más de lo que necesitan que actúe como su médico.

—Díganos su nombre, querida —le dice Gliisky con su tono más amable—. Todos queremos conocerla.

—Anna Petrov. Ciudadana estadounidense. Exijo ver a un representante de mi embajada.

—Petrov. Suena ruso. ¿Es usted rusa?

—Ciudadana estadounidense. Exijo ver a un representante de mi embajada.

—Señora Petrov, su encarcelamiento actual es en realidad el segundo en lo que va del invierno, ¿no es así?

Ella se muestra decidida, no mira ni a la derecha ni a la izquierda, sino que fija la vista en el fondo de la sala.

—Ciudadana estadounidense. Exijo ver a un representante de mi embajada.

—De hecho —continúa Gliisky con suavidad, el Hans Brinker del patinaje judicial—, usted estuvo presente en la *dacha* de Henrik Nurayov la noche del tiroteo. ¿Estoy en lo cierto?

Esta vez no hay respuesta de ningún tipo. Ella simplemente mira al frente.

—Y usted ha entregado a los guardias su declaración escrita, ¿correcto?

Mira fijamente y no responde.

—Permítame pedirle que revise su declaración escrita.

Él la coloca frente a ella sobre el escritorio de los testigos, pero ella ni siquiera la mira. Nuevamente no hay respuesta.

—El tribunal ya ha admitido esta declaración como prueba —dice Gliisky—, así que solicito que el secretario la lea en voz alta al jurado en este momento.

—Muy bien —dice el juez, rápido en estar de acuerdo—. El secretario leerá el documento para que conste en actas.

Gliisky le entrega la hoja al secretario y toma asiento. Ella comienza a leer.

«Yo, Anna Petrov, juro que la siguiente declaración es veraz en todos sus aspectos. El 24 de diciembre de 2016, mientras me encontraba en compañía de Russell Xiang, nos dirigimos a la casa de Henrik Nurayov en el lado norte de Moscú. Ocultamos nuestro auto más abajo de la residencia de Nurayov y regresamos caminando por

la carretera. Ambos estábamos armados y teníamos la intención de matar a Nurayov. En ese momento y lugar, ambos éramos empleados de la Agencia Central de Inteligencia y actuábamos bajo los términos de nuestro empleo.

»Cuando nos acercamos a la casa de Nurayov, hicimos un plan para cortar el vidrio de la puerta corrediza trasera. Hicimos el corte, retiramos el gran trozo de vidrio y entramos. Nos recibieron al menos seis hombres armados, así que entregamos nuestras armas sin pelear. Nos llevaron afuera para matarnos, pero en cambio matamos a quienes nos custodiaban. Pronto, los demás que estaban dentro de la casa salieron a ver qué pasaba y los sorprendimos con una lluvia de disparos que eliminó a los seis guardias. Entonces corrimos hacia el interior de la casa con el propósito de localizar y asesinar a Henrik Nurayov, pero él había huido. Así que registramos el lugar y luego regresamos caminando hasta nuestro auto, donde subimos, arrancamos y nos marchamos. Firmado, Anna Petrov, CIA».

—Tenía la muñeca rota en dos partes. Firmé con la muñeca rota, así que no es mi firma habitual.

—¿Eso es todo? —pregunta Gliisky.

—Lo es —dice la secretaria, y le extiende la confesión a Gliisky para que la tome. Él devuelve la confesión al montón de documentos que se están acumulando sobre una mesa justo debajo del juez. Todos esperan ser llevados por el jurado a la sala de deliberación. En ese momento el jurado podrá leer y asimilar a su propio ritmo.

—No tengo más preguntas para esta testigo poco colaboradora —le dice Gliisky al juez. Me hace un gesto con la cabeza y levanta las cejas en señal de pregunta.

—Sí, tengo preguntas. Señora Petrov, ¿es esa su firma en la declaración que la secretaria acaba de leer?

—Sí y no.

—¿Qué significa eso?

—Tenía la muñeca rota en dos partes. Firmé con la muñeca rota, así que no es mi firma habitual.

—¿Cómo se rompió la muñeca?

—Los guardias de la cárcel me golpearon con sus porras. Me patearon mientras estaba en el suelo. Me obligaron a desnudarme y

se burlaron de mí. Me lastimaron los genitales con alambre y alicates. Me arrancaron una uña con la hoja de un cuchillo. Solo después de que me hicieron todo eso firmé su papel.

—Sobre lo que dice el documento. ¿Usted y Russell Xiang fueron a la casa del señor Nurayov en Nochebuena o en la mañana de Navidad?

—No.

—¿Dispararon armas alguna vez en su casa?

—No.

—¿Mató a algún guardia en su casa?

—No.

—¿Ha estado alguna vez en esa casa?

—Nunca.

—¿La han perseguido alguna vez?

—Nunca.

—¿Entonces por qué firmó la confesión diciendo que hizo esas cosas?

—Me dolía. Tenía miedo. Firmé.

—¿Trabaja para la CIA?

—Trabajo para la embajada de Estados Unidos en Moscú. Soy operadora de teclado.

—¿Cuáles son sus funciones?

—Llevo un registro de ciudadanos estadounidenses que entran a Moscú.

—¿Por qué se lleva ese registro?

—Por si nuestro gobierno necesita evacuar a sus ciudadanos.

—¿Por qué ocurriría eso?

—Bueno, supongamos que el Kremlin ordena que todos los estadounidenses abandonen Rusia. Tendríamos una lista.

—¿Entonces este registro es una medida de seguridad?

—Sí, en gran parte es por seguridad.

—¿Dónde estaba usted cuando la arrestaron?

—Durmiendo en mi apartamento. Fue antes del amanecer cuando el FSB irrumpió, me esposó y se me llevó.

—¿Estaba asustada?

Ella sonríe.

—No más que usted cuando el juez lo metió en la cárcel, señor Sájarov.

—Gracias. Eso es todo.

—Nada más —refunfuña Gliisky. Sabe que debería considerarse afortunado. También sabe que ella no responderá nada de lo que pregunte.

—Señorita Petrov —dice el juez—, permanecerá en nuestra hermosa cárcel del centro hasta que cambie de opinión y responda a las preguntas de nuestro fiscal. ¡Guardias, saquen a esta testigo de mi vista!

La devuelven a la jaula de cristal, donde nadie puede protegerla.
Ni siquiera puedo soportar mirar.

Capítulo Treinta Y Siete

MICHAEL GRESHAM

Entonces es sábado y tengo algo de tiempo libre. Estoy aburrido de la habitación del hotel y aún no tengo a mi testigo clave para preparar el lunes. Así que decido salir y visitar Moscú. Lo primero es un paseo por la Plaza Roja. Mientras camino por el perímetro exterior, me pregunto si será cierto lo que he oído sobre el KGB/FSB de Putin. ¿Podrían estar siguiendo a un don nadie como yo? ¿Está mi habitación intervenida? ¿Están grabando en video todo lo que hago y digo allí? Decido que sí, y por esa razón sacaré a Mai de allí cuando llegue. Iremos a algún lugar al azar, un sitio donde no puedan instalarse para escuchar los planes que hagamos sobre su testimonio. Decido visitar a Marcel y ver si puede ayudarme con esto. Tomo un taxi hasta la cárcel, donde el personal de admisión me reconoce en cuanto entro y me preguntan: «¿Marcel? ¿Anna? ¿Verona? ¿Russell?» Sonrío con cortesía y digo el nombre de Marcel. Un fornido guardia, vestido con pantalones y chaqueta azul, con un arma en la cintura, me hace señas para que lo siga. Me guía por los pasillos que ya me sé de memoria, pero al llegar a la última puerta me detengo y lo enfrento.

—¿Habla inglés? —pregunto—. Espero que sí.

—Suficiente —dice, manteniendo su rostro impasible.

—¿Sería posible que visitara a Marcel en su celda?

—No lo creo. Tiene a otros hombres con él.

—¿Y en el pasillo frente a su celda? Podría vigilarnos desde lejos. Necesito hablar con él sin que nos graben ni escuchen.

—Cien dólares.

Rebusco en mi tarjetero y saco un billete de cien dólares.

—¿Sirve esto?

Toma el billete con avidez y se lo guarda en el bolsillo.

—Ven conmigo, Mijaíl.

Ahora nos guía por el último pasillo, y a la derecha hay celdas que voy contando mientras avanzamos. Al llegar a la número veintidós, alcanzamos la celda de Marcel. El guardia habla por el micrófono de su hombro para que abran la celda y, segundos después, suena con fuerza, a menos de un metro de mí, ese zumbido ignominioso de una celda abriéndose. Me sobresalta y doy un brinco. Ahora el guardia sonríe. Le indica a Marcel que se acerque, le coloca las esposas en las muñecas, llevándolas hacia atrás, y luego lo gira.

—Vamos —dice, y nos conduce hasta el final del pasillo. Allí, abre una puerta cerrada con llave y extiende la mano. Nos indica que entremos. Entramos y la puerta se cierra de inmediato tras nosotros. Enciendo el interruptor de la pared. Un armario de escobas y fregonas. Hay un fregadero, del tipo industrial, varios cubos para fregona, una docena de fregonas colgadas de un soporte en la pared y caja tras caja de productos de limpieza. Marcel se sienta sobre una de esas cajas y yo hago lo mismo.

—Eres un alivio para estos viejos ojos cansados —dice.

Niego con la cabeza.

—Perdón por no haberte sacado de aquí todavía. Pero estoy trabajando en ello.

—No intentes engañar a un viejo mentiroso, Michael. Nada menos que un indulto presidencial va a sacarme de aquí. Estoy jodido hasta el cuello y lo sé. Ahora ¿por qué estás aquí?

—Mi habitación de hotel. Sé que está intervenida y con cámaras. Él resopla.

—¿Y qué más hay de nuevo? Esto es Rusia.

—Claro. Mai Yung llega el domingo. Me reuniré con ella y la prepararé para el juicio.

—¿Quién es ella?

—La madre biológica de Russell.

—Mierda. ¿Y para qué demonios ha venido aquí?

—Va a testificar.

—¿Sobre qué?

Miro alrededor. Esta habitación fue una elección al azar. Me voy a arriesgar.

—Va a testificar que Russell estaba con ella en China en Nochebuena. Dirá que voló a Moscú al día siguiente para hacer arreglos comerciales para una de sus empresas.

—Así que tienes una coartada. Todo el mundo tiene una madre que mentiría por ellos. ¿Qué más tienes?

—Te dije que soy el padre de Russell. Es una larga historia que empieza en nuestros días de universidad.

—Ella iba contigo a la universidad, hubo una noche loca, y nuestro agente de la CIA es el producto de esa unión mágica. Entendido.

—Mierda, Marcel. ¿De verdad te has vuelto tan cínico aquí dentro?

Las comisuras de su boca se inclinan hacia abajo. Frunce el ceño.

—Siempre he sido así de cínico. Simplemente nunca te habías dado cuenta. O tal vez lo oculté por consideración a tus delicados sentimientos. Solo estoy jodiéndote, Mikey. No, no lo estoy. Me estoy volviendo loco, jefe. Tienes que sacarme de aquí. Y pronto.

—Estoy en eso.

—¿En serio? ¿Cuál es nuestro plan?

—No lo he decidido. Pero tengo algunas cosas en mente para ti. De verdad que sí.

—¿Como cuáles?

Sus ojos me taladran. Es hora de decir la verdad.

—Está bien. Te lo diré claro, Marcel. Estás acusado de crímenes contra el Estado por tus días aquí como agente de Interpol. Los documentos judiciales dicen que asesinaste a dos agentes del

Ministerio de Justicia. He preguntado. Hice que Van preguntara. Cualquiera de esos cargos te da cadena perpetua en un campo de trabajo. Dos de ellos te dan dos cadenas perpetuas. ¿Me sigues?

—¿Entonces no hay nada?

—Me temo que no.

Él deja escapar un largo suspiro y se le caen los hombros. Me doy cuenta por primera vez de que su uniforme de la cárcel le queda un par de tallas grande. No era así en los primeros meses que estuvo aquí. Está perdiendo peso. Ojalá sea la dieta la que lo hace adelgazar y no algo más serio.

Justo entonces, un gran insecto negro sale de debajo de la caja de Marcel. Camina hacia sus chancas. Me imagino que va a aplastarlo, como haría el Marcel que yo conozco. Pero no lo hace. En cambio, niega con tristeza y me mira a los ojos.

—Conozco al tipo. Nos visita en la celda. Va y viene cuando quiere, el bicho. Lo dejamos vivir porque admiramos totalmente su libertad de ir y venir como le da la gana. Todos aspiramos a ser este bicho.

El insecto choca contra la chancla de Marcel y él desliza la suela de goma fuera del camino. El insecto se tambalea hacia adelante y desaparece bajo la siguiente caja.

¿Qué puedo decir? Ahora vivimos en dos mundos completamente distintos y no tengo idea de cómo ayudar a mi amigo. Lo que empezó como un día con posibilidades de hacer turismo y comer bien se ha convertido en un día de arrepentimiento. Me duele el alma haberle pedido a Marcel que viniera a Rusia. Si hubiera sabido entonces sobre sus antecedentes con la Federación Rusa, nunca se lo habría pedido. Pero ahora es mi responsabilidad y su juicio aún está a dos meses de distancia.

No hay nada bueno que decirle.

—Marcel, ¿a dónde llevarías a Mai si necesitaras hablar en privado?

—Fácil. Siempre haz lo más impredecible. Súbete a un autobús, ve al asiento de atrás donde apenas puedes oír por el motor diésel bajo tu trasero, y habla. Es aleatorio y el ruido del diésel cubrirá la conversación. Esa es tu mejor apuesta.

—Muy bien. Eso haré.

Tengo lo que vine a buscar. Ambos sabemos que ya no tengo nada más que ofrecerle a Marcel en este momento, pero ninguno de los dos se mueve. Es demasiado doloroso simplemente salir de aquí, volver a la luz del sol y al aire fresco, y dejar a Marcel en este lugar. Es inhumano.

—¿Te están maltratando?

—No, son demasiado inteligentes para eso.

—¿Qué quieres decir con que son demasiado inteligentes?

—Saben que podría suicidarme si se pasan de la raya. Ahí se acabaría el juego.

—¿Por qué les importaría?

Suspira largo y profundo.

—Michael, ¿alguna vez te conté que formé parte del equipo que investigó la muerte de la princesa Diana?

—¿La princesa Di... del Reino Unido?

—Sí. Dos jóvenes de su séquito esa noche eran de Moscú. De hecho, trabajaban a menos de diez manzanas de aquí.

—¿Dónde sería eso?

—La sede de la KGB. Dos de su séquito eran agentes de la KGB que eran amigos de su amante.

—¡No puedes hablar en serio!

—En serio. El MI6 quería eliminarlos después de que la mataran. A mí me tocó la pajita más corta. Vine aquí, hice el trabajo y me estaba preparando para abordar el vuelo de Aeroflot de regreso a Londres cuando me arrestaron en el aeropuerto. En el último momento escapé, me subí a un vuelo de BOAC, mostré mis credenciales de Interpol a la tripulación y logré huir. Esa es la versión corta. La larga incluye espías, sombras y horas y horas esperando a que los objetivos se posicionaran, todo ese tipo de cosas siniestras que lees en libros o ves en películas.

—Guau. Esto es increíble.

—En realidad, todo es un secreto de Estado. Para lo que eso vale. No hay un alma viva en Londres que no aplaudiría lo que hice si alguna vez se supiera la historia. Todos la queríamos, ¿sabes?

—Claro. Era hermosa, encantadora y maravillosa. Entonces ¿el FSB sabe que fuiste tú quien apretó el gatillo?

—Les corté el cuello, pero sí, lo mismo.

—¿Por qué no me contaste esto antes de que te pidiera venir aquí?

Sonríe con amargura.

—Fuiste tú, Michael. Vine porque tú me lo pediste.

—Bueno, gracias por eso. Vaya mierda.

—Sé que te sientes fatal, pero no deberías. Tarde o temprano iba a pasar. Por eso cambié mi nombre a Marcel Rainford.

—¿Espera? ¿Marcel Rainford no es tu verdadero nombre?

—No. Lee mis documentos judiciales en ruso original. Página doscientos sesenta y tres. Verás que mi nombre en la Interpol era completamente distinto.

—¿Cómo podemos usar eso? ¿Identidad equivocada?

—¿Otra vez? ¿No estamos ya agotando ese tema?

Cambio de tema. Procedo a poner al tanto a Marcel sobre el conocimiento de embarque y la implicación de Nurayov. Luego le cuento que en la página uno del documento original solo aparece el número de un contenedor de envío. Le explico que la página que robé era una de dos. Y que no existe la página dos. Luego le explico por qué no necesitamos la página dos con los números.

—Russell los tiene aquí —digo, tocándome el costado de la cabeza.

—Entonces, ¿obtuviste el archivo original, incluido el conocimiento de embarque, de EIS? ¿Esa es una forma amable de decir que fue un robo?

—Algo así. Entonces ¿cuál es mi jugada? ¿Cómo uso los números de Russell?

—Contacta con la embajada. Te daré un nombre. Diles lo que tienes. Los intercambios de prisioneros entre nuestro gobierno y la Federación Rusa son constantes.

—No sabía nada de eso, Marcel.

—Nunca salen en la prensa. Todo es muy confidencial, pero extremadamente común. Por lo general, se intercambian cuerpos de un lado a otro. Pero a veces se intercambia información. En tu caso

sería cuestión de lograr que Estados Unidos se interese lo suficiente en nosotros como para soltar a uno o tres espías rusos e intercambiarnos para sacarnos de aquí.

—Ya veo. Dame el nombre de tu contacto en la embajada.

—Prueba con Charles Sidemayor. Lleva allí una eternidad.

—¿CIA?

—Definitivamente.

—Me encargo.

Se inclina hacia adelante y extiende las manos como si estuviera rezando. Nunca lo había visto así.

—Sácame de aquí, Michael. Por favor.

—Si quieren jugar, jugaré.

Él asiente con solemnidad.

—No tienen opción. De lo contrario, Chicago se verá bajo un ataque importante de tropas armadas con armas de grado militar. O Los Ángeles. O Toledo. ¿Quién sabe?

Nos despedimos. Abro la puerta y asomo la cabeza. Nuestro guardia está justo allí, de espaldas a la puerta, examinando su nuevo billete de cien dólares. Sonríe cuando abro la puerta.

—Ese es otro más —dice, señalando su dinero.

Voy por mi dinero. Esta vez le doy dos más. ¿Quién sabe cuándo tendré que hacer esto otra vez?

Luego lo sigo de regreso a admisiones, donde pido ver a Anna Petrov. Es hora de preparar su testimonio.

Capítulo Treinta Y Ocho

MICHAEL GRESHAM

Cuando paso por la embajada, le digo a la recepcionista mi nombre, pregunto por Charles Sidemayor y le digo que tengo unos números de contenedores de envío. Le aclaro que él sabrá a qué me refiero, que los contenedores fueron descargados en EE. UU. por la empresa rusa conocida como EIS. Ella responde que, como es sábado, el señor Sidemayor no está en su oficina y que tendré que esperar hasta el lunes. Le insisto en que simplemente lo localice y le dé el mensaje; luego veremos. A regañadientes acepta contactarlo, y yo recuerdo otra vez cómo se siente ser obstaculizado por burócratas, rusos y estadounidenses. Pero eso queda para otro día.

Tomo asiento en el área de recepción, abierta al público, y pongo los pies sobre la mesa de centro después de quitarme las botas. Estoy cansado y, en realidad, podría echarme una siesta. Cierro los ojos y, en cuestión de segundos, estoy soñando. Hay una visión de un conflicto entre Verona Sájarov y Mai Yung por ver quién se queda conmigo. Mi risa ante la imagen ridícula me sacude de vuelta a la realidad y abro los ojos. La recepcionista está justo ahí, con una amplia sonrisa y preguntándome amablemente:

—Señor Sájarov, ¿le gustaría llevarse un café americano?

—¿Adónde voy? ¿Él viene aquí?

—En realidad, quiere encontrarse con usted en el Pushkin a la una.

—¿Dónde queda eso?

—El Museo Pushkin de Bellas Artes. Todos lo llaman el Pushkin. Lo verá en la cafetería.

—¿Cómo lo reconoceré?

Ella sonríe.

—¿Qué tal ese café?

—Un café americano me alegraría el día. Vuelvo a preguntar: ¿cómo lo reconoceré?

—Él lo reconocerá a usted, señor Sájarov. No se preocupe.

A la una en punto estoy esperando en la cafetería del Pushkin cuando entra mi coabogado, Van. Se sienta frente a mí y mira a su alrededor. Con gafas de sol y un suéter de cuello alto negro, no se parece en nada al Van pulcro y de aspecto conservador al que estoy acostumbrado a ver conmigo en la sala del tribunal.

—¿Van? —digo—. ¿Estás aquí por casualidad?

Extiende la mano por encima de la mesa como si fuera a estrecharla.

—Charles Sidemayor —dice—. Agencia Central de Inteligencia.

—¿Qué? Van, estoy esperando a Charles Sidemayor. No me digas que tú eres...

—Charles Sidemayor. Te lo digo, Michael, hay más agentes de la CIA en Moscú que del FSB. Estamos en todas partes.

—Espera un minuto. Llamé a un número al azar para contratar a un abogado que actuara como mi codefensor ruso. ¿Estás diciendo que te contacté a ti en su lugar?

—Así fue. Interceptamos tu llamada y la redirigimos hacia mí. Estoy casi sin palabras.

—¿Has sabido todo este tiempo sobre Russell y Marcel?

—Y sobre Verona y Anna. Por cierto, has estado haciendo un buen trabajo con Russell. Estabas a punto de perder ese maldito juicio. Ahora la partida está abierta, Michael. Buen trabajo.

—Esto es imposible. No puedo creer...

—Supéralo, Michael. No tenemos mucho tiempo. Necesitamos los números de los contenedores de envío. Tu amigo Russell los tiene.

Justo en ese momento se nos une en la mesa un tercer hombre. Me resulta familiar; sé que lo he visto en algún lugar aquí en Rusia antes. Sonríe y extiende la mano.

—Anatoly Palatov. Te saqué de la cárcel cuando estuviste preso en Moscú, ¿recuerdas?

Todo vuelve a mi mente.

—Sí. Y gracias de nuevo por eso. Pero también recuerdo que te pregunté por Russell y dijiste que harías lo posible por ayudar. ¿Recuerdas eso?

Él sonríe con seriedad.

—Sí. Me temo que ha sido muy difícil.

—¿Qué significa eso? ¿Tenemos un intercambio que hacer por Russell y los demás o no? Sé que el Tío Sam quiere esos números de envío. Entonces ¿cuál es el problema?

—Queremos a Russell, a Verona, a Marcel y a Anna. Tenemos cuatro prisioneros rusos que intercambiaremos por ellos.

—¿Quiénes serían?

—¿Recuerdas cuando el gobierno envió de vuelta a todos esos trabajadores de la embajada rusa después de que hackearon las últimas elecciones?

—Sí.

—Cuatro de ellos no pudieron irse. Fueron retenidos por orden del presidente.

—Los cuatro que vamos a intercambiar por mis amigos.

—Así es.

—¿El presidente aprobó el intercambio?

Palatov mira a Van. Ambos hombres asienten.

—No tiene opción —dice Van—. No puede permitirse un ataque terrorista como el que desatarían estas armas. El trato ya está hecho.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?

—Los rusos no van a negociar. Están esperando que pierdas el juicio. Así se quedan con Russell y nos impiden obtener los números

de envío. Si perdemos, Russell tendrá que cooperar con los rusos para seguir con vida.

—Entonces no tengo otra opción más que ganar y sacarlo de Rusia.

—Si no lo haces —dijo Van, acercándose a mí y hablando en voz baja—, tendremos que eliminar a tu hijo nosotros mismos. No se puede perder, Michael, no si quieres mantener con vida a tu chico.

Ambos hombres están de pie, preparándose para irse.

—¿Por qué creen que es mi hijo? —pregunto.

Pero no responden. Me dan la espalda y se marchan.

Me recuesto y cierro los ojos. Así que ese es el juego de la CIA: o Rusty regresa a casa o muere. Tengo las manos metidas en los bolsillos del abrigo y me doy cuenta de que están apretadas en puños duros. Quiero golpear a alguien, preferiblemente a quien haya puesto a mi hijo en esta terrible situación. Pero estoy impotente; todos son fantasmas y no hay a quién golpear. Excepto que no estoy indefenso en el tribunal. Ahí está la clave para Rusty y para mí: la sala del tribunal.

Hay fila en la caja. Decido darle otra oportunidad al café ruso y me pongo en la fila. Avanzamos poco a poco hasta que llego al mostrador de pasteles. Estoy eligiendo una dona glaseada cuando estallan disparos afuera del museo. Un guardia entra desde la sala exterior con las manos en alto. Está gritando en ruso. Las personas delante de mí en la fila visiblemente se relajan y siguen esperando, así que yo también. Cualquiera que haya sido el problema debe haber pasado ya.

Diez minutos después salgo por las puertas principales del museo. Allí, al pie de las escaleras, hay varios coches de policía y una furgoneta de evidencias. Hay fotógrafos y cámaras de televisión por todas partes y allí, en medio de un área acordonada, yacen dos hombres que han sido abatidos. Me detengo antes de dar otro mordisco a la dona. El cabello del que está más cerca se parece al de alguien que yo... entonces me doy cuenta. Son ellos, Palatov e Ivanovich. Han acribillado a Van y a Palatov.

Dejo caer el café y la dona donde estoy, agacho la cabeza y echo a correr. Salgo a la acera, donde resbalo sobre el hielo y giro a la

derecha, de regreso hacia la ciudad. Corro hasta que ya no puedo más. Entonces reduzco el paso y me doy vuelta para ver el tráfico que se acerca. Es fácil hacer señas a un taxi y subirme. El conductor me observa por el retrovisor. Haré que me deje una manzana antes del Marriott.

A una larga y nevada manzana de mi hotel, le pido al conductor que se detenga frente al Ritz de Moscú. Entiende mis señas con las manos y gira el taxi hacia la acera. Le doy un puñado de rublos rusos y bajo.

Entonces se va, avanzando lentamente por la calle, el tubo de escape soltando una larga estela de humo, y yo mirando, esperando hasta que dobla la esquina y desaparece.

Ahora avanzo con dificultad por la nieve profunda hacia el Marriott. Estoy solo, nieva y todos los sonidos están amortiguados. Por un momento soy libre otra vez y solo doy un paseo en un día de invierno.

Dentro de mi habitación me quito el abrigo. Miro hacia abajo. Me tiemblan las manos. Tengo unas ganas enormes de orinar. Así que voy al baño y dejo salir un largo chorro amarillo.

Cierro los ojos. Estoy escribiendo mi nombre en la nieve con mi chorro, y soy un niño otra vez y nada de esto es real.

Me quito el traje y me estiro bajo las cobijas en la cama. Los resortes crujen mientras me acomodo.

Varias veces ese día oigo pasos fuera de mi habitación y cómo giran el pomo de la puerta. Me despierto por completo y me quedo allí acostado, jadeando de miedo y rezando para que los pasos sigan de largo.

Y lo hacen. Las cuatro veces.

Ya entrada la noche, Antonia sube a mi habitación. Yo la invité para hablar sobre el caso de su esposo.

Nos sentamos en mi mesa del comedor y le lanzo una mirada seria. Es una mujer fuerte; puedo hablarle sin rodeos.

—Hoy, dos agentes de la CIA fueron tiroteados afuera del Pushkin. Acababan de terminar de hablar conmigo y acababan de bajar las escaleras del frente. Estábamos discutiendo el caso de Rusty.

—Dios mío, ¿eso significa que Rusty está en peligro en esa maldita cárcel?

—No lo creo. Ya lo golpearon una vez por un supuesto intento de fuga, una gran mentira. No tienen una segunda oportunidad sin que la embajada de EE. UU. presente una queja. Esa es una mala publicidad que los rusos no pueden permitirse. Son tiempos delicados con las conversaciones sobre reducción de armas.

—¿Qué dijeron sobre su caso?

—Dijeron que esperaban un intercambio de prisioneros.

—¿Pero qué hay del juicio en sí?

—Eso en realidad nunca salió en la conversación. Creo que están apostando bastante fuerte a un intercambio para sacar a Rusty.

—Pero los han asesinado. ¿Eso lo cambia todo?

—Honestamente, no lo sé. Palatov y Van eran mis únicos contactos.

—¿Van? ¿Cómo?

—Es una larga historia. Pero resulta que Van era de la CIA. Astuto, ¿no?

—¿Entonces nuestro plan por ahora es seguir con el juicio?

—Ese es el único plan que tengo.

—Gracias a Dios. Dime, Michael, ¿qué opinas de nuestras posibilidades?

—Bueno, el gobierno acaba de presentar su caso. Ahora nos toca a nosotros. Mi testigo clave llega a la ciudad mañana y podré hablar con ella entonces.

—¿Testigo clave? ¿Quién demonios sería?

—Mai Yung.

—La mamá de Rusty. Bien, me alegra que venga.

—Desde China. Llegará mañana alrededor del mediodía, si quieres pasar a saludarla.

—¿Ella estará aquí, en tu habitación?

—Empezaremos aquí. Probablemente vayamos a otro lugar para tener una conversación seria.

Ella baja la mirada. Pasa un momento en silencio. Luego dice:

—Michael, los agentes que murieron hoy, ¿tenían un plan para Rusty?

Sinceramente, no puedo mirarla a los ojos. ¿Cómo le dices a una esposa que su marido será asesinado si pierde el juicio? Así que mi respuesta es muy vaga.

—Estaban hablando de hacer un intercambio. Rusos por estadounidenses. Sonaba lo suficientemente plausible. No sé qué implican sus muertes para nosotros. Supongo que nada cambiará en la Casa Blanca. El intercambio de prisioneros seguirá adelante.

Ella parece aliviada. Se aparta un largo rizo de la frente y mira alrededor. Luego vuelve a mí tras ordenar sus pensamientos.

—¿Y qué hay de Nurayov? ¿Se va libre?

Me recuesto y hago girar el hielo en mi Coca-Cola.

—Pensemos en eso. Tenemos a Nurayov, que sabemos que es ciudadano británico, trabaja para el MI6 y vende secretos británicos a los rusos o, posiblemente, a los chinos. Tal vez a los iraníes. Ahora la CIA lo quiere, desde que se encontró el conocimiento de embarque.

Ella piensa muy rápido.

—¿Y si Estados Unidos le dice a Nurayov que le pagarán por los números de los contenedores? Entonces ya no necesitarían a Rusty y tal vez no habría intercambio de prisioneros.

—Los rusos se vengarían si Nurayov los traiciona. Estaría muerto en seis meses y él lo sabe. No, no va a venderle números a Estados Unidos.

—¿Entonces tienen que quedarse con Rusty?

Levanto la mano como si hiciera un juramento.

—Absolutamente.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Extiende la mano y toca mi muñeca.

—Michael, el único hombre al que he amado o amaré en mi vida es a Russell Xiang.

—Lo sé.

Ella niega con la cabeza; poco a poco se recompone. Se pone de pie y alisa su falda.

—¿Qué te parece si paso mañana a la una?

—Perfecto para mí, Antonia. Pásate y saluda a tu suegra.

—Y a tu antiguo amor.

Atónito, la miro con la mandíbula caída sobre el pecho.

—¿Qué...?

—Relájate. A Henry Xiang le encanta contarlo como si fuera una broma universitaria. Todo está bien.

—¿Rusty lo sabe?

—Todavía no. Pensé que te dejaría eso a ti... papá.

—Dios mío.

—«Papá». Suena bastante bien.

Luego se va y paso el resto de la tarde solo, leyendo novelas en mi tableta.

Mientras, intento recordar cómo borrar mi sonrisa.

Capítulo Treinta Y Nueve

MICHAEL GRESHAM

Al día siguiente, domingo, me afeito a las siete cuando me ducho y otra vez a las once, justo antes de que ella llegue. Ella odiaba el vello facial; es algo que se me quedó grabado durante todas estas décadas. Información inútil. ¿O no?

Reviso la habitación con mi detector de micrófonos. No se encuentra nada. A las 12.05 golpean fuerte mi puerta. Me apresuro hacia el vestíbulo y abro de par en par. Ahí está un hombre negro enorme, con gafas de montura metálica, que muerde un puro grueso sujeto entre sus dientes blancos como perlas.

—Harry Samson —dice riendo—. Llamé la otra noche. Le dije que traería a Mai a tu habitación.

Luego mueve su cuerpo de casi dos metros hacia un lado, y ahí está ella. Sin decir una palabra más, Harry se retira de la habitación para dejarnos solos.

Aquí está el rostro de porcelana más perfecto, una túnica de seda verde abotonada hasta el mentón, dos peinetas rojas hundidas en su espeso cabello negro, y atrapada a mitad de una sonrisa, la hermosa chica de hace cuarenta años, traída aquí por la hermosa mujer en la que se ha convertido. La habría reconocido en cualquier

parte; tuve razón todos estos años. Ella es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Da un paso al frente y la envuelvo en mis brazos. Se abraza a mí muy cerca y, en su cabello, lo huelo: Tweed. Las feromonas nunca mienten y la nariz nunca olvida. Tweed enriqueciendo los aceites y fragancias naturales de la piel después de una larga sesión de hacer el amor. ¿Quién podría olvidarlo? Me tiene atrapado, en un nivel preverbal.

—Michael, no has cambiado nada.

Estoy sin palabras. Su inglés es perfecto. Es como si no hubiera pasado los últimos cuarenta años después de la universidad en China continental. Pero sí lo hizo.

Por fin logro decir:

—Necesito almorzar. ¿Quieres acompañarme?

Ella ríe.

—Siempre directo al grano. Ese es mi Michael.

Mi Michael. Por supuesto, tiene razón en eso.

—Lo del almuerzo salió sin pensarlo. En realidad, estoy tan emocionado de verte que probablemente no podría comer.

—Podríamos comer. Veamos qué decidimos hacer. Pero ¿tienes té? Estoy lista para un té ruso bien fuerte.

Llamo abajo y pido un samovar. Si me pidiera una casa, se la compraría y la mudaría allí. Y tal vez me mudaría yo también con ella.

La guío hacia la sala de estar de mi suite. Ella se sienta en el sillón orejero; yo me siento en el sofá de dos plazas. Estamos lo suficientemente cerca como para que el dobladillo de mis pantalones roce su pierna. Retiro la pierna, avergonzado.

—¿De qué hablamos, Michael? ¿Vamos directo al caso de Russell o hablamos primero de ti?

—Deberíamos hablar de ti —digo con una gran sonrisa—. Esa es la más interesante de las tres opciones que me diste.

—Había dos opciones, Michael. Y hablar de mí no era una de ellas. Pero bueno, allá vamos. Sí, estoy casada. Treinta y cinco años ya con el mismo hombre, un cirujano torácico en una sala pediátrica. Salva al menos la vida de un niño cada día. ¿Cómo no amar a alguien así?

—Estoy seguro de que lo amas mucho. ¿Y tú, Mai? ¿Fuiste a la facultad de medicina?

—Sí. En China. También soy cirujana torácica certificada. Solo que yo opero a adultos. Somos lo que comúnmente llaman «abrelatas», mi esposo y yo.

—¿Y la política? En la universidad estabas en contra de prácticamente todo. Una nihilista política. ¿Sigue siendo así?

—¿Sabes qué? Me suavicé. Como hacen los jóvenes, me calmé y aprendí a convivir. Vive y deja vivir.

—¿Eres comunista?

—Siguiente pregunta. No. ¿Y tu esposa? ¿Qué edad tenía, a qué se dedicaba, todavía la amabas con locura?

—Mi esposa murió. Sí, todavía la amo con locura.

—Lo siento, Michael. Siento mucho tu pérdida.

Me paso la mano por los ojos. Es una vieja amiga. Aquí puedo hablar con libertad.

—No pasa un solo día sin que hable con ella y derrame unas lágrimas. Era mi todo.

—¿Cómo se llamaba?

—Dania. La llamábamos Danny.

—Mi esposo se llama Zhang Wei. Significa «el grande». Así que tenía mucho que demostrar con un nombre como ese.

—Pero parece que lo logró, Mai. Y eso me alegra mucho por ti. ¿Cuánto tiempo puedes quedarte?

—Esta noche y mañana por la noche. Vuelo el martes.

—Entonces, ¿qué te parece si empezamos a trabajar? Tenemos mucho por cubrir.

Llega nuestro té y lo arreglamos a nuestro gusto. Luego sorbemos y simplemente disfrutamos de mirarnos. Ha pasado mucho tiempo, pero en ese momento se siente como si hubiera sido ayer. Me descubro deseando no haber perdido a Mai. Me descubro deseando que todavía estemos juntos y que estemos en esta habitación de vacaciones, recorriendo la ciudad más cara y más interesante del mundo, Moscú. Bebo mi té y dejo que esa fantasía se desarrolle, pero la realidad me llama de golpe. Es hora de prepararse para mañana.

Veinte minutos después estamos en un autobús, en la parte trasera, listos para hablar. Entonces comenzamos a trabajar en su testimonio. Es tedioso y está lleno de detalles persuasivos. Al final de la línea del autobús, bajamos y encontramos un pequeño café con té y pasteles. Pedimos, recibimos nuestras bebidas y galletas, y nos lanzamos a construir historias.

Dos horas después, ya tengo su historia armada y ella la ha adornado, y estamos listos para su testimonio de mañana. He descubierto que anteriormente proporcionó una muestra de ADN al mismo laboratorio que me analizó a mí, y que el perito estará listo para declarar el martes. Tomamos un taxi y regresamos al hotel.

Entonces le digo:

—Mira, ¿por qué no vas a tu habitación cuando regresemos, te pones ropa cómoda y paseamos por la Plaza Roja?

Ella sonríe, echa la cabeza hacia atrás y ríe sin hacer ruido.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Harry Samson me mintió.

—¿Sobre qué, Mai?

—Dijo que había hablado contigo y que tú habías dicho que era estupendo, esas fueron sus palabras.

—¿Qué era estupendo?

—Que me quedara contigo las dos noches.

Extiendo la mano y tomo la suya. Niego lentamente con la cabeza.

—¿Sabes qué, Mai? Por mucho que me encantaría volver a abrazarte, estás casada. No puedo hacerle eso a tu esposo ni a ti.

—Michael, relájate. Zhang y yo tenemos un matrimonio muy abierto. Él se acuesta con todas sus enfermeras; yo, con quien quiero. Que yo me desvíe del camino es raro; lo de él es casi cada noche. Pero Zhang ya sabe que vengo a verte y ya sabe que planeo quedarme contigo. Te manda su bendición.

—Santo cielo... Eso me sobrepasa. Pero es increíble y yo... lo acepto.

Entonces subimos a mi habitación y ella empieza a ordenar la mesa que habíamos dejado antes, tarareando mientras lo hace. Algo le causa gracia. Se ríe a carcajadas, derrama un poco de té y yo

salto con una servilleta de lino. Cuidadosamente limpio el té del dorso de su mano y, mientras lo hago, ella se gira, coloca la taza y el platillo en la mesita a su lado y me toma la mano. Acaricia mi mano y luego la apoya contra su mejilla.

Mirándome profundamente a los ojos, dice:

—Nunca dejé de amarte, Michael. Lo sabes, ¿verdad?

—Entonces estamos parejos. Yo tampoco he flaqueado nunca en mi amor por ti. Si tan solo...

—No pensemos en los "si tan solo". Quedémonos en el ahora y tomemos lo que podamos.

—Está bien. Ya era hora de que lo hiciera de todos modos.

—Por favor, llama a servicios de conserjería. Tienen mi equipaje.

—Haré que lo suban de inmediato.

Treinta minutos después terminamos lo que habíamos empezado y nos encontramos juntos en la ducha de dos cabezales, con el agua caliente golpeando nuestros cuerpos y el vapor llenando la habitación. Lo único que sé hacer es aferrarme y no pensar en el martes, cuando todo esto terminará. Hoy no existe el martes.

Es un corto viaje en taxi hasta la Plaza Roja, donde le pedimos al taxista que nos deje en la Plaza del Teatro.

—¡Mira! —exclama Mai—. ¡El Teatro Bolshói! ¡Cómo me encantaría comprar entradas!

Justo al otro lado de la calle está la fantástica fachada del Hotel Metropol, cubierta de mosaicos multicolores y piedra esculpida.

Desde allí caminamos hacia el suroeste por Okhotny Ryad hasta la Plaza Manezh. Luego seguimos hacia la Puerta de la Resurrección. Nuestra guía dice que, aunque este arco triunfal fue construido a principios de los años noventa, es una réplica exacta de la estructura original, que estuvo en este lugar desde 1680 hasta principios de los años treinta. Ahora se abre ante nosotros la impresionante plaza. A nuestra izquierda está la pequeña Catedral de Kazán, y a nuestra derecha está el Museo Estatal de Historia.

Caminamos por el lado este de la plaza, mirando vitrinas del Almacén Estatal, más conocido como GUM. Luego entramos y Mai encuentra algunos recuerdos entre las boutiques elegantes. Las

imponentes torres del Kremlin se recortan en silueta bajo la luz del sol de la tarde, dominando el lado oeste de la plaza.

En el extremo opuesto de la Plaza Roja, las coloridas cúpulas en forma de cebolla y los picos en forma de tienda pertenecen a la Catedral de San Basilio, la iglesia del siglo XVI que probablemente sea el sitio más reconocible de Moscú. Entramos solo brevemente, la encontramos llena de turistas y salimos de nuevo al paseo que conduce al sur hacia el río Moscova. En ese momento, Mai toma mi mano entre las suyas y somos dos amantes que salen a pasear una tarde de domingo. No pasa mucho tiempo antes de que regresemos apresurados al Marriott y a nuestra habitación, donde desaparecemos en nuestra cama y hacemos el amor largo y lánguidamente, saliendo solo para recibir el servicio a la habitación y una nueva tetera más tarde.

Capítulo Cuarenta

MICHAEL GRESHAM

Dentro de la sala del tribunal a la mañana siguiente, justo antes de las ocho, hay un momento espontáneo en que madre e hijo se encuentran y presionan simbólicamente sus manos a través de los gruesos paneles de vidrio que componen el estrado de los testigos. No pueden oírse, pero estoy seguro de que no necesitan palabras para expresar lo felices que están de verse. Sigo adelante hasta el frente de la sala, donde me siento y me preparo en nuestra mesa de defensa. Cuando el juez entra y asume su elevada posición a las ocho en punto, Mai sabe que es su señal para salir al pasillo y esperar allí hasta que la llamen a testificar.

Lo primero es explicar la ausencia de Van. Antonia llega temprano; parece dolida y sé que es por Van. Habían preparado juntos el juicio, y sé que ella había llegado a apreciarlo bastante.

Entonces el juez me mira y dice:

—¿Y bien?

Le digo simplemente que no sé dónde está Van, pero que estoy listo para continuar sin él.

—¿No lo ha llamado? —pregunta, y respondo que no.

—Bueno —resopla, como si lo hubiera despreciado un pretendiente, pero decide seguir adelante sin mi coabogado. Luego, el juez me indica que puedo comenzar con la defensa.

—La defensa llama a Mai Yung —digo con mi voz más segura de la sala, y comenzamos.

Mai se adelanta con un vestido negro sencillo y un discreto collar de perlas, nada demasiado llamativo. No mira ni a la derecha ni a la izquierda mientras avanza, con una sonrisa amable en el rostro. Luego gira en el estrado, levanta la mano y presta juramento. El mismo traductor está presente y traduce del inglés al ruso y viceversa.

—Por favor, díganos su nombre —le digo.

—Mai Yung.

—Señora Yung, ¿dónde vive?

—En Pekín, China.

—¿A qué se dedica allí?

—Soy cirujana. Trato toda clase de enfermedades y lesiones en pacientes adultos.

—¿Está casada?

—Sí. Mi esposo es Zhang Wei.

—¿Es usted la madre de Russell Xiang?

—Lo soy.

—¿Y quién es su padre?

—Usted.

Un murmullo emocionado recorre al jurado al recibir esta información que los toma por sorpresa. Solo puedo imaginar por lo que está pasando Russell en este momento al descubrir que su padre, Henry, no es su padre biológico. Es una forma cruel de enterarse de todo esto, pero no me permitieron verlo esta mañana cuando pasé por la cárcel para prepararlo para estas palabras. Así que solo puedo esperar que no se deje arrastrar por esta revelación y que no deje de escuchar lo demás que su madre ha venido a decir. Puede que tenga que confirmar sus palabras o puede que no: aún no he decidido si testificará. Siempre tomo esa decisión sobre el acusado en el último momento del juicio, justo antes de presentar mi caso como concluido.

—Díganos dónde vive Russell, si lo sabe.

—Por supuesto. Russell vive con su esposa y sus dos hijos en Chaoyang Park, un distrito exclusivo de Pekín. Muchos jóvenes profesionales y empresarios en ascenso hacen de esta zona su hogar.

—¿Qué tipo de vivienda tiene?

—La propiedad es muy cara en Pekín. Mi esposo y yo le hicimos un préstamo para el pago inicial de un piso de unos ciento cincuenta metros cuadrados, con tres dormitorios. Tiene vista al parque y es un excelente lugar para criar hijos; las escuelas son de las mejores de China y predominan los programas educativos enfocados en ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas.

—¿Con qué frecuencia visita a Russell en China?

—Diría que al menos una vez por semana. A veces almuerzo solo con él; otras veces, tenemos una cena familiar un viernes o sábado por la noche. Somos bastante cercanos.

Esta última parte la dice con una sonrisa encantadora que el jurado le devuelve. Veo por sus reacciones que hay muchos padres entre ellos. Hasta ahora, todo va bien.

—¿A qué se dedica Russell en China?

—Rusty es empresario. Siempre lo ha sido, desde que empezó a vender paquetes de semillas de hortalizas puerta a puerta cuando tenía nueve años. No ha dejado de vender ni de innovar desde entonces.

—¿Qué tipo de productos vende?

—Hoy en día, con los jóvenes, todo es compartido. Rusty está involucrado en acuerdos de intercambio de viviendas entre ciudadanos de China y Rusia. Es increíble la cantidad de personas que quieren viajar de un país al otro. Van por motivos de negocios, vacaciones o turismo. Hay empresas similares en otros lugares, pero Rusty insiste en que la suya fue la primera entre nuestros dos países.

—Quizá eso también sea una contribución a la paz mundial, a su manera. La gente empieza a conocerse.

—Rusty está profundamente comprometido con darles a sus hijos un mundo mejor que el que él heredó. Odia las cosas que hacen que

los países cierran sus fronteras a los demás. Cree en el libre comercio entre todas las naciones y en permitir que las fuerzas del mercado produzcan un cambio natural en lugar de uno impuesto por aranceles y políticas aislacionistas.

—¿Entonces Rusty es político?

—Ni un poco. Rusty es un humanitario, por decirlo de algún modo. Cree en las familias y en la mezcla de todas las personas. Ahí es donde su corazón es más feliz: trabajando para acercar a la gente.

—Entonces los viajes y el hospedaje entre países le interesan de forma natural.

—Yo diría que lo inspiran de forma natural, no solo le interesan. Es su razón de ser.

—Señora Yung, ¿se celebra la Navidad en China?

—Algunos de nosotros sí. Somos católicos, así que celebramos.

—La pasada Nochebuena, ¿vio usted a Russell esa noche?

—Sí, lo vi. Russell y Mya pasaron la Nochebuena y el día de Navidad en nuestra casa con Zhang y conmigo. Todos celebramos juntos. Incluso fuimos a la Misa de Gallo en la Nochebuena.

—El fiscal de este caso dice lo contrario. Está tratando de decirle al jurado que Russell Xiang estaba en Moscú en Nochebuena. ¿Usted no está de acuerdo con eso?

—Eso es ridículo. Rusty estaba conmigo, con su esposa, sus hijos y mi esposo. Nunca nos habíamos divertido tanto juntos ni habíamos estado tan unidos en nuestra adoración y alabanza al Señor.

—Lo agradezco. ¿Por casualidad tiene alguna foto suya con Russell en la víspera de Navidad?

—Sí. Justo aquí en mi cámara.

Entonces saca su iPhone y comienza a mostrar fotos al jurado, todas provistas por sus contactos en la CIA.

—Aquí están Rusty y los niños frente al árbol. Rusty y su esposa Mya. Rusty y yo. Lo único que falta es una foto suya con Rusty, señor Sájarov.

—Tal vez el próximo año —sonríó—. Señoría, tenemos impresiones de estas mismas fotos que me gustaría pasar al jurado.

—Adelante. Señor Gliisky, ¿no hay objeciones?

—Ninguna, su señoría. Podría alegar sorpresa, pero no lo haré. Las fotos son inofensivas.

¿Inofensivas? Por el amor de Dios. Muestran a Russell con estas personas en fotografías con la fecha impresa justo en la imagen: 24 de diciembre de 2016 y 25 de diciembre de 2016. No pregunté de dónde salieron estas fotos, pero supongo que de la CIA. Gliisky nunca lo sabrá, y yo tampoco. Júzguenme si quieren por este engaño; ¿en qué se diferencia de cuando el gobierno usa guardias para decir que Russell les confesó (algo que jamás haría) o que Petrov les confesó... solo después de que la golpearan hasta dejarla inconsciente y la tiraran en un banco de nieve sin dientes? Nunca he sido de los que usan evidencia contaminada a sabiendas en un juicio. Pero una vez que la otra parte lo hace, y el tribunal lo permite, entonces todo vale. Esto no es la iglesia; es un tribunal.

—Señorita Yung, ¿ha estado Russell Xiang alguna vez empleado o asociado con servicios de inteligencia?

—Nunca.

—¿Cómo lo sabe?

—Vigilo muy de cerca a mis hijos. Russell es uno de tres. Ellos también se vigilan entre sí.

—¿Sería propio del carácter de Russell matar a alguien?

—¿Russell? Una vez protestó contra pescadores japoneses que capturan tiburones vivos, les cortan la aleta dorsal y los devuelven al océano mientras aún están vivos. Russell aborrece la crueldad hacia los seres vivos. Jamás mataría a nadie. Odia las armas, se negó a servir en el ejército y en su lugar eligió el servicio social. Simplemente no está en su naturaleza hacer daño a otros.

—¿Entonces disparar contra guardias rusos sería algo que jamás haría?

—Eso es ridículo. No, nunca haría algo así.

—Creo que por ahora eso es todo. Gracias por venir.

—De nada. Es mi deber como madre de Russell.

El fiscal Gliisky intenta entonces contrainterrogar pero Mai Yung es demasiado inteligente para permitirle encontrar grietas en su historia. A eso se suma el hecho de que no tiene declaraciones previas para señalar inconsistencias ni informes policiales que

muestren contradicciones entre lo que ella dijo y lo que dice la policía, ninguna de las herramientas normales del contrainterrogatorio. Descubre rápidamente que no puede engañarla y que ella no cederá ni un ápice de su testimonio anterior. Así que se rinde diez minutos después de comenzar y Mai es retirada de la sala del tribunal.

A continuación, llamo al estrado al propietario del laboratorio de ADN en Moscú que realizó nuestras pruebas de ADN. Confirma que Mai y yo somos los padres biológicos de Russell.

Breve y al grano, no se necesita nada más. No hay preguntas en el contrainterrogatorio.

Ahora me enfrento a la pregunta más difícil que puede afrontar un abogado defensor penalista: ¿dejo que el acusado testifique? La mayoría de los acusados están ansiosos por testificar; la mayoría se pondría la soga al cuello sin que nadie los animara si yo se lo permitiera. Así de difícil es contar una historia inteligente e impenetrable ante un jurado. Y un consejo para los sabios: si dejas que tu acusado cometa un error y muestre que estaba engañando o mintiendo, aunque sea en el detalle más insignificante —algo tan trivial como el color de cabello de alguien o su edad—, el jurado dejará de hacer lo que sea que estuviera haciendo y lo declarará culpable en ese mismo instante. No toleran mentiras en la sala de deliberación. Ni siquiera las inocentes. Así que cuidado; están advertidos, me gusta decirles a mis nuevos asociados.

Durante la pausa del almuerzo, visito las celdas de detención y hablo con Rusty. Cuando estoy seguro de que estamos solos y he escaneado la celda con mi detector, le hago un gesto con la cabeza. Él estalla de inmediato.

—Estoy atónito, señor Gresham. ¿Usted es mi padre? ¿De verdad?

—Todos pensamos que era mejor no decirlo.

—¿Mejor para quién? ¡Toda mi vida es una mentira!

—No puedo disculparme lo suficiente contigo. Pero ¿podemos dejar esto para después? Ahora mismo no tenemos mucho tiempo.

Su lado profesional regresa.

—Lo siento. Por supuesto. Adelante.

—Sabes, Rusty, los hechos del caso están fuertemente en tu contra. Y los fiscales y el FSB tienen mucho en tu contra.

—Pero mi madre, ella fue...

—Su testimonio está fresco en tu memoria. Dale el peso que merece en este momento. Veámoslo en contexto. El laboratorio forense ubica tus botas en la escena. Tomaron moldes y los compararon con tus botas. Esa fue una prueba muy eficaz contra ti. Los guardias que testificaron que confesaste ante ellos, eso es muy contundente. Luego está Anna Petrov. Se vio obligada a incriminarte con su confesión, aunque demostramos que fue obtenida a golpes. También tienes al propio Nurayov. Era lo bastante simpático y te ubica dentro de su casa después de cortar el vidrio de su puerta corrediza. Eso fue muy perjudicial. Y todas las fotografías: el vidrio en la nieve, la puerta corrediza recortada, las huellas de botas en la nieve, los casquillos expulsados, las huellas de neumáticos junto a los nogales, tu arresto poco después en la «casa verde». Estuviste ahí y había demasiados testigos como para refutarlo. No, creo que en este punto prefiero que te retires, Russell. Voy a entrar y decirle lo mismo a Anna cuando termine contigo.

—Haré lo que usted crea conveniente. Tú eres el experto, Michael.

—Gracias. Puede que me odies por esto, pero también podrías amarme. Ya veremos.

—Muy bien. ¿Entonces ya hemos terminado?

—Ya terminamos.

Charlamos unos minutos más y luego hago que los guardias me saquen de la celda de detención de Russell y me dejen entrar en la celda de detención de Anna.

Nos abrazamos y ella se aferra con fuerza.

—¿Cómo lo estás sobrellevando?

Ella se encoge de hombros.

—No bien. Lloro mucho. Me duele el cuerpo. Los guardias se burlan de mí. Mis compañeras de celda quieren tener sexo conmigo.

—¿Las mujeres de tu celda?

—Por favor, Michael.

—Está bien. Fue una tontería lo que dije. En fin, ¿qué opinas de subir al estrado a testificar?

—Ya subí al estrado y testifiqué. No quiero volver a pasar por eso nunca más.

—No tengo a una madre aquí para ayudarte, ¿sabes?

—Sí, ¿y por qué?

—Sabes por qué. Tu madre es agente del FBI. No funcionaría muy bien traerla aquí.

—Lo sé. Estaba siendo sarcástica, Michael.

—Ah. ¿Entonces no hay testimonio?

—No —dice ella—. Hoy no. Tal vez nunca.

—¿Y estás bien con eso?

—Hundirme o nadar, estoy bien con eso.

Y así lo dejamos.

Informamos al tribunal a la una en punto que damos por concluido nuestro caso. El jurado parece aliviado. Han estado atentos, incluso absortos durante el testimonio de Mai, pero lo del ADN los aburrió a muerte y desde entonces han estado lanzando miradas furtivas hacia las puertas de la sala. Así que están listos para votar e irse a casa.

A la una y media, el jurado tiene el caso y yo estoy esperando con Mai y Antonia en el pasillo justo afuera de la sala del tribunal. Contamos nuestras historias y hacemos nuestras estimaciones sobre el jurado durante la primera hora. Luego guardamos silencio, perdidos en nuestros pensamientos.

A las tres y media nos llaman de nuevo a la sala del tribunal. El jurado ha enviado una pregunta, nos dice el juez. Nos dice que la va a leer: «¿Se nos permite establecer el castigo si encontramos culpables a los acusados o le corresponde eso al tribunal?»

—Voy a enviarles un mensaje que les indique que el castigo es competencia del tribunal y no del jurado. Que los castigos posibles no tienen cabida en sus deliberaciones.

—De acuerdo —dice Gliisky, que casi se frota las manos de gusto por la pregunta.

Se me cae el alma, pero sé que tengo que responder.

—Creo que el tribunal puede decirles que un castigo posible es la muerte por fusilamiento. Otro es cadena perpetua con trabajos forzados. Al menos, díganles algo sustancial.

El juez estalla en carcajadas ante mi sugerencia. Me hace un gesto despectivo con la mano, como ya lo ha hecho varias veces durante nuestro juicio. Estoy a punto de gritarle algo igual de despectivo, pero logro contenerme. Después de todo, esto es Rusia, me recuerdo. Esto no es Chicago, donde pagas una multa por desacato. Esto es Rusia, donde te mandan a un campo de trabajo en Siberia.

—Enviaré mi mensaje, abogado. Usted podrá enviar el suyo en persona una vez que el juicio haya terminado. Suponiendo que siga en libertad —dice con una mueca maliciosa.

¿Decirles qué? En los juicios rusos no hay alegatos finales. Nunca tuve la oportunidad de hablarle al jurado desde el corazón. Ellos nunca tuvieron la oportunidad de conocerme a mí ni a Russell. Tal vez, si hubiera sabido de antemano que no habría alegatos finales, habría dejado que Russell testificara después de todo. Pero Van no estaba ahí para guiarme a través de estas complejidades, y me di cuenta demasiado tarde de que no se permitiría ningún cierre. Fue un golpe devastador; siempre necesito desesperadamente hablar con libertad al jurado antes de que se retiren a deliberar. Los alegatos finales son la razón por la que vamos a la facultad de derecho: para poder ser los grandes oradores como Daniel Webster de nuestro tiempo, los Clarence Darrow del siglo veintiuno. Pero no esta vez, no en Rusia.

Camino con determinación hacia el fondo de la sala del tribunal una vez que volvemos a estar en receso. Exijo que me dejen entrar al banquillo de los acusados para hablar con mis clientes. El guardia, que no entiende ni una palabra de mis exigencias en inglés, por alguna razón saca una llave y abre la puerta exterior. Una vez dentro del compartimento de seguridad, introduce un código en el teclado y la puerta interior se abre de par en par.

—Lo siento, chicos, no hay alegato final —les digo—. Realmente he perdido esa oportunidad.

—¿Por qué no hay alegato final? —pregunta Petrov.

—Simplemente no forma parte de su sistema legal —le respondo—. No sé nada más al respecto. De verdad que no.

—Pero estaban preguntando sobre el castigo —dice Russell, con la voz cargada de fatalismo—. Eso es muy malo.

Solo puedo estar de acuerdo.

—No es bueno, estoy de acuerdo. Francamente, estoy muy asustado. Ojalá Van hubiera vivido lo suficiente para acompañarnos en este último día.

—¿Qué le pasó? —quiere saber Petrov—. Alguien le disparó. Nadie dice nada. Intenté llamar a la policía militar pero en su estación no hablaban inglés, así que no logré nada.

Justo en ese momento se oye un golpe en la puerta. El mismo guardia señala animadamente hacia el frente de la sala. Levanto la vista y veo que el juez ha regresado, Gliisky está de nuevo en la mesa de la fiscalía y el juez me hace señas para que avance. El guardia abre la puerta rápidamente y me empuja por detrás, obligándome a avanzar hacia el frente de la sala. Me doy vuelta para fulminarlo con la mirada, pero ya tiene el rostro inexpresivo, impasible, en posición de firmes y completamente ajeno a cualquier cosa que yo pudiera decirle. Así que avanzo por el pasillo y tomo asiento a los pies del juez.

—Caballeros, me informan que tenemos un veredicto. El alguacil hará regresar al jurado a la sala y les indicará que tomen asiento.

Pasan unos minutos y luego los jurados empiezan a entrar uno por uno. Intento hacer contacto visual, pero nadie me devuelve la mirada suplicante. Ni uno solo me mira.

El jurado entrega el veredicto al juez, quien lo sostiene casi a la altura del brazo extendido. Luego, de pronto lo acerca y lo lee por segunda vez, enrojeciendo.

—¿Este es su veredicto? —pregunta al jurado.

Todos responden de la misma manera y el traductor lo confirma: es su veredicto unánime.

Los hombros del juez se hunden al leer:

—Declaramos a los acusados no culpables de todos los cargos.

No hay reacción en la sala. Eso es otra cosa. En los tribunales rusos no se reacciona ante nada de lo que ocurre. Reaccionar

implica el riesgo de ir directo a la cárcel. ¿Lo has notado? Aquí todo puede terminar en cárcel, posiblemente.

Pero no puedo contener mi sonrisa. Y mi alegría. Me doy vuelta y veo a Russell y Anna de pie, abrazándose y saltando juntos de emoción.

—Señoría, ¿cuándo podrán ser puestos en libertad mis clientes?

—Inmediatamente —responde el juez—. Guardias, liberen a esos prisioneros.

Nada de esperar a que te procesen como en los tribunales estadounidenses. Solo ¡BAM! y eres libre.

Y lo están. Me los encuentro a mitad del pasillo mientras vienen hacia mí. Nos abrazamos. Hay muchas lágrimas y sollozos. Mai cruza desde las filas de los espectadores y se une a nosotros. Envuelve a su hijo con los brazos y llora, llantos desgarradores, contra su hombro, mientras él le da palmaditas en la espalda y la consuela. Luego es el turno de Antonia, pero con mucha sensatez solo le da la mano. Aquí es su abogada, no su esposa.

Tomo a Anna entre mis brazos y ambos nos aferramos el uno al otro. Rezamos para que esto no sea una especie de broma monstruosa, que realmente vayan a poder salir de este lugar terrible y represivo.

Pero no es una broma. Una hora después, estamos todos en mi habitación del hotel, tras apretujarnos en un pequeño taxi Lada y venir juntos hasta aquí.

Estoy seguro de que la CIA está movilizando a sus agentes para llevarse a Russell y Anna a un interrogatorio, pero por ahora están con nosotros. Paso el menú del servicio de habitaciones y Mai anota sus pedidos. Yo los llamo. Hay más lágrimas, muchas risas y temblores al darnos cuenta de lo cerca que estuvimos todos del abismo.

Capítulo Cuarenta Y Uno

MICHAEL GRESHAM

Hemos comido y alzamos copas de champán cuando llaman a la puerta. Miro a Russell y a Petrov. Me asienten. «Es la CIA», dicen sus miradas, «vienen a por nosotros». Russell dice que él abre, y lo hace. Vuelve minutos después.

—Nos necesitan, Anna —le dice a su compañera. Ella recoge sus cosas y se van juntos, pero no sin que Russell se despida de su madre, que se marcha mañana.

—Te veré antes de eso —le promete. Ella asiente.

Entonces quedamos solo los tres: Antonia, Mai y yo. Hablamos un rato. Antonia, tal vez media hora después, se disculpa diciendo que quiere volver a su habitación para ducharse y cambiarse.

—Hora de quitarse el traje —dice con una sonrisa, pero todos lo sabemos. Está dejando a Mai a solas conmigo para lo que necesitemos hacer.

Apenas se cierra la puerta, la tengo entre mis brazos.

—Deja China. Quédate conmigo —suplico.

—Nunca podría hacer eso. Tengo otros hijos, Michael. Nietos. Y tengo a Zhang Wei. Nunca podría hacerle algo así.

—Lo sé. Pero quería decirlo. Quería que supieras que pasaría el resto de mi vida contigo sin dudarlo si cambiaras de opinión.

Ella me empuja hacia atrás.

—No voy a cambiar de opinión. Ahora vamos a dar un paseo. Quiero hablar sobre Russell y tú.

Resulta que quiere que me resista a formar parte de la vida de Russell. Estamos parados frente a la tienda GUM, evitando que los compradores nos atropellen cuando me dice esto. La llevo hacia la acera y detengo un taxi. Mientras lo hago, me doy cuenta de que tengo lágrimas en los ojos. Tal vez sea el agotamiento, ahora que el juicio ha terminado y pueden aflorar los verdaderos sentimientos de cansancio y terror por lo que acabamos de vivir. O tal vez sea la idea de que la madre de Russell me pida que me mantenga al margen de su vida. O quizá sea todo eso; no lo sé. Pero mi mano tiembla cuando alcanzo el taxi y abro la puerta.

Llegamos de vuelta al Marriott diez minutos después. Mai me dice que va a la tienda de regalos, que tiene que llevar sudaderas y cosas así para sus hijos y nietos. Incluso ha traído una bolsa para guardar esas cosas y facturarlas en su vuelo.

Así que regreso a mi habitación y entro.

Y es entonces cuando me sorprende encontrar a Marcel sentado en mi mesa del comedor, comiendo una hamburguesa y tarareando.

Parece hambriento. Su ropa le queda por lo menos dos tallas más grande.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

—Relájate, Mikey. Hubo un intercambio de prisioneros. Yo simplemente fui uno de ellos. Y Verona está en casa esperando tu llamada.

—¡Ay, gracias a Dios! He estado enfermo de preocupación. Llamé a la embajada y me dijeron que algo se estaba gestando. Russell me dijo lo mismo cuando habló con ellos por teléfono después de ser liberado. Pero no lo sabía; no tenía idea de que sería tan pronto. ¡Dios mío, es genial verte!

Se pone de pie y me da un abrazo, lo cual no es nada típico de Marcel. Simplemente no es de abrazar, pero esta vez hace una excepción. Estoy seguro de que solo lo hace por mí.

—Entonces —empiezo—, vamos a reservar un vuelo de regreso a Estados Unidos.

—No puedo —dice—. Ya tomé una decisión. Me voy a detener en Londres, donde voy a encontrar un buen piso al que llamar hogar.

—¿De verdad vas a dejarme?

—Sí y no. Todavía puedo encargarme de los casos importantes. Solo tienes que llamarme, Mikey.

—Claro.

Me invade una tristeza. Temía que esto pudiera pasar y ahora ha sucedido. Ha habido demasiadas pérdidas. Sin embargo, todas las mañanas, temprano, he llamado a mis hijos y he hablado con ellos, con su niñera y su abuela. Todo está bien en casa; me necesitan allí y tengo dos hijos increíbles que me extrañan y me aman.

—Mai se va a casa por la mañana. Tenía que ser así.

—Claro, es una mujer casada con una familia. No puedes meterte en eso, Michael. Por cierto, Russell llamó a la habitación y contesté yo. Él y Anna estaban abordando un avión del gobierno rumbo a Washington. A Antonia le permitieron ir con ellos. Así que todo está bien con esos tres.

—Sé que Mai está casada. Dejémoslo así. Y me alegra mucho saber lo de Russell, Antonia y Anna. No podría pasarle a personas más agradables. Así que aquí estamos sentados, pero tú vas en otra dirección.

—Pero hay cierta Verona Sájarov esperando que vayas con ella ahora que ha sido liberada. No me lo echó en cara, pero sé que le importas. Mucho.

Entonces lo comprendo. Miro alrededor del cuarto. Dos maletas.

—¿Harías algo por mí, Marcel?

—Sí. Lo que sea.

—¿Reservarías dos billetes a Chicago, en el primer vuelo de mañana?

Él frunce el ceño, confundido.

—Imposible, jefe. No voy a volver. Ya te lo dije.

Le sonrío.

—¿Quién dijo algo sobre ti?

Llamo al conserje.

—Venga por mis maletas. No me quedo esta noche, pero tampoco haré el *check-out*.

Una expresión cruza el rostro de Marcel al comprenderlo.

—Supongo que quieres que cene esta noche con Mai Yung y que responda todas las preguntas que tiene sobre ti.

Levanto la vista de mis maletas, ahora cerradas con cremallera y listas para partir.

—Sí. Dile lo que quieras sobre mí. Solo asegúrate de adornarlo para que vea lo mucho que se pierde por no irse a casa conmigo.

—Ella ya lo sabe, jefe. Todos lo sabemos.

Entonces nos abrazamos de nuevo y alguien llama a la puerta.

—¿Listo? —dice Marcel, sonriendo de oreja a oreja.

—Listo. Te quiero, hermano.

—Yo también te quiero, jefe. Dale un abrazo a los pequeños de parte de su padrino.

—Hecho. Dile a Mai... no, no le digas nada. Solo dile gracias por venir.

—Hecho.

—Ya me voy.

—Lo sé.

Diez minutos después, estoy en el asiento trasero de un taxi verde y amarillo, pensando en Verona. ¿Viajará la verdadera señora Sájarov a Estados Unidos con el señor Sájarov temporal? Habrá turismo y tomarse de las manos, ojalá seguido de muchas charlas, hacer el amor y un sueño delicioso. ¿Quién sabe adónde podría llevar eso? Tal vez cobre vida propia, o tal vez se acabe en una semana y todos regresen a casa solos.

Sájarov el Oso se ha despedido de Danny, el amor de su vida; de Mai, el amor de su juventud; y de Rusia, una anciana sin corazón con demasiadas cicatrices para volver a ser hermosa.

Capítulo Cuarenta Y Dos

Es un día templado a principios de enero en el puerto de Long Beach cuando las camionetas Cadillac con vidrios polarizados llegan rugiendo al muelle, esquivando palés y contenedores a su paso, con luces rojas parpadeando y sirenas aullando. Son cuatro, más una media docena de coches patrullas. Frenan con estrépito frente a un grupo de varias docenas de contenedores que han esperado tanto tiempo para ser reclamados que pequeños brotes de hierba y flores amarillas han brotado entre las grietas de la plataforma. Fue un largo viaje llegar hasta aquí. Russell Xiang, al final, proporcionó los números de estos contenedores solo cuando él y Anna Petrov —con su Rodney— estaban de regreso a salvo en Estados Unidos con sus familias.

La policía, el ATF, el FBI y los técnicos de materiales peligrosos saltan de sus vehículos y corren hacia los contenedores. Cizallas eléctricas abren los candados y las puertas se abren de par en par.

Es hora de comenzar. Hay que hacer el inventario. Lo primero en salir: materiales peligrosos. Son termos marcados con «SARIN». El contenedor en sí no tiene ninguna señalización, en contra de lo que dicta la ley.

Se abren otros contenedores. «KALASHNIKOV» dicen las cajas de armas automáticas.

Y así continúa.

Al anochecer se ha instalado una cerca alrededor del hallazgo. Reflectores iluminan los contenedores mientras técnicos de la escena del crimen, ATF y expertos en materiales peligrosos lo abren todo y agregan cada pieza a su inventario. Los federales lo quieren, así que el FBI termina a cargo.

Los contenedores se cargan en enormes camiones plataforma poco después de la medianoche.

Al amanecer el área está despejada y asegurada. Los equipos de materiales peligrosos han hecho su trabajo y la zona se considera segura. No queda ni una pizca de evidencia que proclame que una guerra civil mortal nunca llegó a comenzar, todo por falta de armamento.

Ni siquiera una tuerca, un perno o una grapa suelta.

Más tarde ese mismo día, aparece en las noticias:

Estados Unidos y Rusia están avanzando en conversaciones para la reducción de armas. Al parecer, las diferencias que tenían se han resuelto.

Y en Washington D. C., Antonia Xiang da a luz a un niño sano. Su nombre: Michael Gresham Xiang.

Siguiente en la serie Michael Gresham



vinci-books.com/elveredictodeannie

Una chica brillante. Una familia asesinada. Una carrera para detener a un asesino.

Annie, una niña prodigio de doce años, puede leer a las personas como si fueran un libro, pero ahora debe usar su don para encontrar al asesino que, en realidad, la buscaba a ella. Con el abogado Michael Gresham a su lado, está en la cacería. Pero ¿será su genialidad suficiente para vencer a un asesino?

Pasa la página para obtener una vista previa gratuita...

El Veredicto de Annie: Capítulo Uno

A Gerry se le acababa el tiempo cuando voló a Chicago para reunirse conmigo.

—¡Michael Gresham! —me llamó mientras subía por el pasillo del avión—. ¡Gracias por tomarte el tiempo de venir hasta O'Hare, amigo! ¡Vamos por una copa!

Encontramos el bar en la sala principal y entramos. Él pidió un martini; yo, café. Antes de que termináramos de hablar, ya había pedido un segundo. Pero incluso con el alcohol en el cuerpo, le temblaban las manos. Sus ojos se movían por todo el salón y de nuevo hacia el vestíbulo, mirando y observando, siempre observando.

—Recibí una carta —dijo en voz baja—. Llegó a mi oficina el tres de octubre. Es de un banco en las Caimán. Según la carta, el banco dice que tengo una cuenta con poco más de doce millones de dólares.

Me pasó la carta. La examiné y asentí con aprecio.

—Doce millones de dólares. ¿No es una buena noticia? —pregunté.

—Lo sería, excepto que yo no puse el dinero en esa cuenta. Tampoco tengo ninguna cuenta bancaria en las Islas Caimán. Pero

ellos dicen que sí. Solo he estado allí una vez en mi vida, hace casi veinte años.

No estaba seguro de haber escuchado bien.

—¿No pusiste el dinero en la cuenta? ¿Y ni siquiera abriste una cuenta allá? ¿Pero en esta carta dice que tienes doce millones en una cuenta a tu nombre?

—Exactamente. Esa también es mi dirección correcta. No mucha gente sabe dónde vivo.

Ahora estaba desconcertado.

—¿Alguien te ha preguntado por el dinero?

—Solo el banco. Están recomendando que lo mueva de una cuenta corriente normal a una cuenta de ahorros.

—¿Nadie más te ha dicho nada al respecto?

—Nadie ha venido a pedirme que les devuelva su dinero, si eso es lo que insinúas. Estoy seguro de que es dinero robado y que alguien va a denunciarme y arruinar mi carrera política.

Gerry era el candidato del Partido Climático en la contienda por la presidencia de los Estados Unidos. En un mes, las elecciones presidenciales de 2016 contarían todos los votos y sabríamos quién sería el próximo presidente. Gerry no esperaba ganar; los partidos ecologistas nunca ganan. Pero había planeado hacer una declaración sobre el clima. Ahora temía que algún enemigo saliera a la luz y lo acusara de haber malversado el dinero. Su carrera política —y su oportunidad de hablar sobre el clima en las elecciones— quedarían arruinadas.

Le pregunté a Gerry:

—¿Quién querría hacerte daño de esta forma?

Me dedicó una sonrisa paciente, como lo haría un profesional con un principiante, que era lo que yo era, en términos políticos.

—Mucha gente querría hacerme daño. Soy conocido como un liberal encendido de Nueva York. Ese es el primer *strike*. El segundo son mis millones de enemigos en la industria de los combustibles fósiles, que estarían encantados de verme caer en desgracia.

—¿Y el tercer *strike*?

Lanzó una mirada por el salón.

—Ese es el problema: no sé cuál es el tercer *strike*. Eso es lo que no me deja dormir por las noches.

—Gerry, los enemigos no suelen abrir una cuenta bancaria a tu nombre y depositar doce millones de dólares —dije. Todo el concepto iba en contra de cualquier cosa que hubiera visto en mis tres décadas de ejercicio legal. La gente hacía cosas terribles entre sí; darle millones de dólares a un enemigo no era una de ellas.

—Mira esto —dijo Gerry. Sacó una segunda carta del bolsillo del pecho, abrió el sobre y alisó la hoja frente a mí sobre la mesa. Eran apenas unas pocas frases.

—¿Entonces esta carta es de tu PAC?

—Sí. Mi PAC se llama GULP.

—¿GULP?

—Política de Uso de Tierras del Gobierno. GULP. Yo formaba parte de la junta. De ahí viene el dinero para financiar mi campaña.

—¿Y según esta carta te están acusando de malversar doce millones de dólares de fondos de GULP?

—Sí.

—También hay una exigencia de que devuelvas el dinero. ¿Por qué no simplemente haces eso?

—Eso estoy pensando yo también. Terminar con todo de una vez.

—Entonces, Gerry, ¿qué necesitas de mí?

—Quiero que organices la devolución del dinero a cambio de un recibo que diga que todo fue un malentendido, que no malversé los fondos y que no se hablará más del asunto.

—¿Pero por qué yo?

Bebió un gran trago de su martini y tragó con dificultad.

—Quería a alguien que no estuviera en la Costa Este. Tú estás aquí en Chicago. Además, te conozco desde nuestro primer año en la facultad de derecho. Siempre fuiste honesto y nunca buscaste salir en los periódicos a costa de tus clientes. Sentí que podía confiar en ti, en resumen.

—Está bien. Hoy es seis de octubre. Quieres que el dinero se devuelva antes del día de las elecciones, ¿correcto?

—Sí —dijo Gerry—. Quiero la declaración de ellos de inmediato. Mi temor es que, si no, irán a los medios y dirán que los malversé. Si

eso llegara a pasar, perdería el noventa por ciento del voto que suelo obtener. Quiero devolverlo antes de que puedan hacer eso.

Consideré lo que me estaba pidiendo. Confiaba en él, al menos tanto como un abogado curtido como yo puede confiar en alguien: una cautela extrema sazónada con una sospecha igual de extrema. Pero ¿realmente lo conocía tanto? Estudiamos juntos en Georgetown. Él entró a la *Law Review*; yo, con mi saludable promedio de C, no. De hecho, fue editor del *Georgetown Law Journal* y escribió un artículo increíble en su último año en apoyo al caso *Tennessee v. Garner*. Ese fallo convirtió en delito que un policía dispare por la espalda a un sospechoso que huye, a menos que exista una amenaza de daño físico grave para el agente. Gerry denunció duramente a la policía local de D.C. por un caso pendiente en el que dos uniformados usaron como blanco a un adolescente negro desarmado que intentaba huir con un litro de cerveza robado de un 7-Eleven en la calle G.

—Me impresiona que hayas venido hasta Chicago para hablar — le dije.

—Michael —dijo mientras sostenía el martini doble —, hay gente muy mala que viene por mí.

—¿Tienes idea de por qué alguien de tu propio PAC querría ir contra ti?

—Tengo algunos detractores serios en el PAC. El tipo que quiere arruinarme es Paul Wexler. En su momento fuimos amigos, pero ya no. Ahora preferiría verme muerto y enterrado.

—¿Y qué puedo hacer para ayudarte?

Era justo lo que él esperaba que dijera.

—Quiero darte un poder notarial sobre la cuenta bancaria. Quiero que devuelvas el dinero y limpies mi nombre. Pero también tengo que protegerme.

—¿Y cómo funcionaría eso?

—Si anuncian que malversé los fondos uno o dos días antes de las elecciones, me quedará con su maldito dinero, Michael. Lo que significa que mandarán a alguien tras de mí. Me asesinarán. Si eso pasa, quiero que te asegures de que el dinero vaya a mis hijos.

—Porque tú no estarías para cuidar de ellos.

—¿Recuerdas a Kitty Sanders de la facultad de derecho? Estuvimos casados durante veinte años, pero falleció hace varios años. Mis hijos quedarían huérfanos.

—Lo siento.

—Tengo miedo, Michael. Tanto miedo que no duermo. No como. Me tiemblan las manos. Mi hija menor, Annie, tiene necesidades especiales. El dinero tiene que ir para ella. Además, están su hermano y su hermana. Ambos deben recibir una parte.

Tomé un sorbo del café ácido del aeropuerto.

—¿Entonces debo actuar como su abogado?

—No, como su apoderado.

Abrió su maletín en ese momento y hurgó en su interior.

—Tengo un poder notarial justo aquí... en alguna parte. Aquí está. ¿Puedes leerlo y firmarlo? Yo ya lo firmé, nombrándote a ti.

Acepté el documento de dos páginas y lo revisé escaneando tres líneas a la vez, como hacen los abogados con los documentos legales. Todo estaba en orden.

—Antes de firmar, ¿dónde está esta cuenta bancaria?

—Ese es el asunto. Esta mañana transferí todo mediante una transferencia bancaria.

—¿Lo moviste a dónde?

—Avtovazbank. Moscú, Rusia.

—¿Por qué Rusia?

—Porque no han cedido a las exigencias del gobierno de EE. UU. de que los bancos reporten las cuentas de ciudadanos estadounidenses al gobierno.

—¿Estás diciendo que está en una cuenta en el extranjero y que no la has reportado al Departamento del Tesoro?

—Exactamente. Técnicamente, podría enfrentar cargos penales por no haberlo reportado.

Le pasé el documento sin firmar a Gerry. Ni loco me metería en medio de una disputa política durante una elección nacional. Yo era abogado penalista, no político. De hecho, odiaba la política y no quería tener nada que ver con ese lío sórdido.

—No puedo ayudarte, Gerry. Acabo de terminar un juicio en Moscú y nunca en mi vida me alegré tanto de dejar un lugar. ¿Crees

que tenemos jueces terribles en Estados Unidos? No has visto nada hasta que litigas en Rusia.

—Te lo agradezco, Michael. Pero no hace falta ir a Rusia. Esto se puede hacer desde tu oficina aquí en Chicago. La retirada y distribución se harán electrónicamente.

Lo cual ayudó a disipar mi mayor objeción.

—Bueno...

—Por favor, Michael. No tengo mucho tiempo. Realmente lo necesito. ¡Mis hijos realmente lo necesitan!

Me devolvió el poder notarial. Las lágrimas le inundaron los ojos, y su angustia me ablandó. Habíamos sido compañeros de clase; nos conocíamos desde hacía mucho. Y podía hacerlo sin salir de mi oficina. Así que lo tomé, lo firmé sin decir nada y se lo devolví. Luego hicimos un segundo, este para mí. Ambos eran originales firmados.

—Listo —dije.

—Eres mi héroe, Michael. El viernes voy a decir una *Birkat HaGomel* por ti.

—Bueno, gracias por eso. ¿Y ahora qué? ¿Estás listo para ver Chicago? ¿Quizás ir a un partido de los Bulls?

Miró su reloj.

—No puedo. Tengo un vuelo que sale de aquí en cuarenta y cinco minutos.

—¿Quieres decir que volaste hasta aquí solo para conseguir mi firma y luego darte la vuelta y regresar de inmediato?

—Me temo que sí. Mis hijos están en Georgetown. No puedo quedarme.

Hablamos hasta que bajó por la rampa para abordar su vuelo de regreso. Se había tomado otro martini y yo había cambiado el café por una Filbert's Root Beer, una bebida secreta y maravillosa entre los habitantes de Chicago. Dobló la esquina al final de la rampa y desapareció.

Dos días antes de las elecciones se publicó una historia en el *Washington Post*. La nota acusaba a Gerry de malversación de fondos del PAC. Lo que Gerry temía ahora era noticia de portada. Su campaña se arruinó; dos días después obtuvo menos del uno por

ciento de los votos. Estaba seguro de que ahora movería el dinero a nombre de sus hijos, lo que me liberaría de cualquier obligación que hubiera aceptado bajo el poder notarial. Me sentí aliviado, pero también sentí lástima por Gerry. No merecía perder por paliza cuando lo habían engañado y manipulado. Me llamó al día siguiente de las elecciones y dijo:

—¿Ahora ves por qué quiero quedarme con el dinero? No tengo nada más que perder, Michael.

—Excepto tu vida.

—Excepto mi vida. No he tomado la decisión precisamente por eso: si algo me pasa, mis hijos se quedan completamente solos.

—Devuelve el dinero, Gerry —le dije—. Tus hijos te necesitan.

—Tal vez tengas razón. De hecho, tienes razón. Lo devolveré.

Pensé que todo había terminado. Colgamos como amigos y él me expresó su gratitud. No volví a pensar en el asunto.

Pero entonces Gerry voló de repente a Chicago otra vez, insistiendo en que dejara todo y me reuniera con él en O'Hare. Nos encontramos en la sala del aeropuerto. Insistió en que iba a quedarse con el dinero para sus hijos, lo que puso precio a su cabeza.

—He hecho enojar a gente muy poderosa por negarme a devolver el dinero.

—¿No ibas a devolverlo?

—No puedo. Estoy furioso por lo que me hicieron. Ni loco se los devuelvo.

—¿Te están amenazando?

—No es que hayan hecho una amenaza directa. Pero no importa: les dije dónde podían meterse su dinero. Tal vez me pasé, pero me mataron en la elección.

—¿Y ahora qué?

—Solo estate listo, Michael. Si me pasa algo, haz que el dinero llegue a mis hijos.

—Es una gran responsabilidad, Gerry.

—Prométemelo, Michael. Eres mi única esperanza, mi único amigo en este momento.

Suspiré y negué con la cabeza.

—Haré lo que pueda.

Justo en ese momento anunciaron su vuelo.

—Tengo que tomar un vuelo de regreso —dijo, y se dirigió a la pasarela.

Esa fue la última vez que vi a Gerry. Conduje de regreso a mi oficina rezando para que estuviera bien y para no tener que involucrarme.

Casi lo logré.

Pero entonces llegó el día final de Gerry.

El Veredicto de Annie: Capítulo Dos

Rudy era un torpedo, un matón, un asesino a sueldo, todas esas cosas y poco más. Amaba a los Washington Redskins porque vivía justo al sur del Beltway, en un departamento de una habitación donde todo el universo giraba en torno a ellos. Y amaba a su santa madre —que Dios la tenga en su gloria—, con su alma devota y su pescado de los viernes. Y Rudy odiaba a los políticos, algo difícil, si no imposible, de sobrellevar para alguien que vivía en Washington D. C. Así que dispararle a Gerry Tybaum sería fácil: el tipo era el candidato del Partido Climático, un político. Rudy lo habría matado gratis, excepto que le habían pagado cincuenta mil dólares por el trabajo. Normalmente, Rudy habría tomado su pago y se habría ido a Boca Ratón a apostar a los caballos, pero primero tenía un asunto pendiente, una exigencia del hombre que lo contrató para matar al padre: Rudy también debía asesinar a los hijos de Tybaum.

El hombre que lo contrató era Paul Wexler, en la sede del PAC de Gerry.

Paul Wexler había redactado la carta de demanda a Gerry en el membrete del PAC. Exigía la devolución completa de los doce millones de dólares que, según afirmaba, Gerry había malversado. La carta de demanda no trajo resultados. Así que Wexler recurrió a Rudy. Había obtenido el nombre de Rudy de un artículo del

Washington Post que anunciaba su liberación de prisión. Rudy se había convertido en una leyenda, al ser liberado tras cumplir una condena de veinte años por el asesinato del jefe de gabinete de un senador. Se reunió con Rudy en un bar de un barrio peligroso de Baltimore.

Rudy haría el trabajo por cincuenta mil dólares.

Antes de que se llevara a cabo el asesinato, Wexler contrató a Nivea Young para seguir a Gerry. Tenía que saber el paradero del dinero antes de que Gerry cayera. Nivea Young, una exagente de la CIA, siguió a Gerry desde Washington D. C. hasta Chicago. Lo observó reunirse con un abogado.

Young llamó a Paul Wexler esa misma tarde.

—Se reunió con un abogado en el aeropuerto O'Hare —le dijo a Wexler—. Hablaron solo unos veinte minutos. Luego, Tybaum se dio la vuelta y tomó un vuelo de regreso a D. C.

—Necesitamos averiguar de qué hablaron —dijo Wexler.

—Puedo entrar en la oficina del abogado —respondió ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo seguí de regreso al centro después de su reunión. Está en una oficina en el Loop, no muy lejos del tribunal federal en el Edificio Dirksen. Es un edificio antiguo, renovado, con suites de oficinas, mucha madera, vitrales en los tragaluces, todo el paquete completo. Está en el segundo piso. Puedo entrar y salir en minutos.

—Entonces hazlo. Entra, encuentra el expediente de Tybaum y hazle una copia. O encuentra las notas del abogado y cópialas. Algo se escribió después de su reunión. Necesito localizar ese dinero.

—¿Por qué no simplemente llamas al banco? Tú pusiste el dinero allí.

—Ese es el punto; lo puse a nombre de Tybaum. El banco se niega a darme cualquier información ahora.

Ella asintió con aprobación.

—Entraré en la oficina del abogado esta noche. ¿Algo más?

Justo entonces, Wexler, el cerebritito que era, fue un paso más allá de lo que la mayoría haría.

—Sí. Revisa el escritorio del abogado. Si tiene un arma, tráela contigo.

- Tendré que declararla en el avión.
- ¿Viajas con tu nombre?
- Por favor, señor W. ¿Qué cree que soy?
- Entonces ya está. Trae el arma.
- ¿Algo más? —preguntó ella.
- Solo no te dejes atrapar.
- No me subestime, señor W.
- Solo intento enfatizar.
- Se da por sentado.

Esa noche, Nivea entró fácilmente en la oficina del abogado. Tenía un solo objetivo: el expediente de Gerry Tybaum. Wexler había dejado claro que quería rastrear el dinero. Y, efectivamente, encontró un expediente justo encima del escritorio del abogado y lo abrió. Había una sola hoja dentro. Pasó la hoja por la fotocopiadora de la oficina, luego se sentó y la leyó completa.

Un poder notarial. Wexler estaría muy complacido. Siguió hurgando en los cajones del escritorio del abogado, buscando lo que suponía que podría estar allí. Y sí, en el tercer cajón, lado derecho, lo encontró: una pistola semiautomática, cargada. Con sumo cuidado, para no alterar las huellas ni el ADN adherido al arma, la metió en una bolsa de plástico, recogió la hoja que había copiado y se fue.

Regresó a Washington y fue directamente a ver a Wexler. Wexler vio el arma, leyó el poder notarial robado y la llamó brillante. Luego llamó al sicario, Rudy, y le dijo que se vieran en un Denny's en Foggy Bottom.

Después de que llegó el café, Wexler le pasó el arma del abogado a Rudy.

—Usa esto —dijo. Rudy asintió y metió la bolsa de plástico con el arma en el bolsillo de su abrigo. Eso fue todo lo que hizo falta.

El día del asesinato amaneció nublado y bastante frío. Se pronosticaba una helada para más tarde. Rudy, vigilando y esperando fuera del edificio de oficinas de Tybaum, vio al desafortunado Tybaum caminar por la acera hacia las puertas de vidrio. Rudy encendió la cámara *GoPro* montada en su abrigo *North*

Face. Wexler quería una imagen del asesinato y Rudy iba a dársela; un video completo, de hecho.

Eran justo antes de las seis de la tarde, lo que significaba que Tybaum probablemente estaba trabajando hasta tarde. Hacía frío, pero llevaba el abrigo desabrochado. Debajo tenía puesta una camisa de franela. Rudy notó todo esto sin pensarlo. Se colocó detrás de él. Tal vez, sintiendo que lo seguían, Tybaum se detuvo de golpe y se giró para mirar fijamente a su perseguidor.

Supo de inmediato que lo estaban siguiendo. Echó a correr. Sabía que este día llegaría desde que se negó a devolver el dinero. Saltó la baranda que corría junto a la acera y cayó tres metros sobre una entrada inclinada que terminaba en un muelle de carga del sótano. Rudy lo siguió, alcanzó a Tybaum y forcejearon antes de que Tybaum volviera a zafarse, le diera una patada en la cabeza a Rudy y saliera corriendo. Rudy se recuperó y luego persiguió a Tybaum hasta el muelle de carga del sótano. Gerry atravesó a toda velocidad el almacén y salió por el otro lado. Un sendero lo llevó más allá del Monumento a Lincoln y a lo largo del Espejo de Agua, esa lámina de agua poco profunda que evita que el Monumento a Lincoln y el Monumento a Washington se deslicen el uno hacia el otro. Al llegar al extremo cercano del estanque, Tybaum giró a la izquierda y comenzó a correr en diagonal. Justo entonces, cuando el candidato enderezaba su giro a la izquierda en una carrera de treinta metros hacia el otro lado del estanque, Rudy acortó la distancia entre ellos y, con guantes de látex cubriéndole las manos, levantó la pistola del abogado y apuntó a la espalda de Tybaum desde una distancia imposible de fallar.

La primera bala atravesó el corazón de Tybaum; su impulso lo llevó de cabeza al Espejo de Agua. Rudy entonces se acercó al hombre moribundo y disparó cinco veces más en su espalda. Rudy era un tirador excelente: el grupo de impactos no era más ancho que la boca de un vaso de whisky. Rudy se sintió orgulloso. *Hasta los asesinos a sueldo tienen sus estándares*, pensó mientras se daba la vuelta y regresaba por donde había venido. Corría hacia su auto esperándolo y el anonimato de la autopista cercana.

A mitad de las escaleras del Monumento a Lincoln, una mujer se giró al escuchar el primer disparo. Estaba de rodillas, realizando un acto sexual por dinero con el hombre que se encontraba sobre ella, y vio el rostro de Rudy, que le resultaba familiar porque era suscriptora del *Post* en la sección de «hombres buscan mujeres». No sabía su nombre, pero jamás olvidaría su cara.

De rodillas, la mujer volvió a su tarea para cumplir con el contrato que había acordado con el hombre que estaba de pie sobre ella. Levantó la vista y sus ojos se encontraron. *¿Deberíamos huir?*, le preguntaba su mirada al cliente. La mirada de él lo decía todo: *huye solo si quieres incumplir nuestro contrato*.

Así que ella terminó su trabajo y, una vez completado el contrato, el hombre bajó las escaleras a toda prisa y corrió hasta el extremo del estanque y el estacionamiento más allá.

La mujer, en cambio, tardó en huir porque, al abrir su bolso para sacar un pañuelo, su cartucho de monedas de veinticinco centavos del casino cayó sobre los escalones de concreto, esparciendo piezas arriba y abajo. Eran clave, esas monedas, el sustento de las tragaperras. Así que se agachó con calma y empezó a reunir las monedas de nuevo en su bolso. Ya había presenciado un ajuste de cuentas antes, y esas cosas ya no la asustaban, pues había visto cosas mucho peores. Pero había más. También había cumplido un contrato con un senador de los Estados Unidos conocido por ella como Stanley J. Jessup, un buen muchacho de Carolina del Sur que se mantenía feliz con prostitutas y whisky y se perdía las votaciones del Senado.

Mientras se agachaba tres escalones más abajo para recoger la última de las monedas, resbaló, se golpeó la cabeza con fuerza contra el escalón más cercano y despertó horas después con un policía del Capitolio sosteniéndole sales aromáticas bajo la nariz e inquiriendo:

—¿Puede oírme?

No respondió de inmediato. Él le masajeó las manos y volvió a decir su nombre.

—Puedo oírte —dijo ella—. Qué sueño. Alguien le disparó a alguien.

El policía del Capitolio habló por el micrófono de su hombro.

—He encontrado un testigo ocular.

Allá abajo, los agentes del FBI escucharon la noticia. Ayudaron a la mujer a bajar las escaleras y la entregaron a otros agentes para una rápida ronda de preguntas antes de llevarla a la sala de emergencias para que la examinaran.

—Sí —le dijo al primer trajeado que la alcanzó—. Vi todo. También lo vio mi cliente, el senador Stanley J. Jessup.

Un agente especial miró al otro.

El asesinato, de repente, prometía ser noticia de portada. Historias así forjaban carreras. Los agentes no podían ignorar las posibilidades.

El primer agente habló con naturalidad para no espantar a la soplona.

—Un senador... Entendido. No se preocupe, señora, está en buenas manos. Su colaboración es muy importante.

Tome su copia...

vinci-books.com/elveredictodeannie

Acerca del Autor

John Ellsworth es un abogado convertido en autor. Sus thrillers legales han vendido más de tres millones de copias, alcanzando el estatus de best seller.

Durante treinta años, John defendió a clientes acusados de delitos en todo Estados Unidos. Llevó casos que iban desde hurto en tiendas hasta asesinato en primer grado, RICO y evasión de impuestos, y ha llevado a juicio con jurado cientos de ellos.

Vive en la costa oeste de los Estados Unidos, donde sigue emocionando a los lectores con sus dramas judiciales que te mantienen al borde del asiento.